Saladin Ahmed

El Trono de la Luna Creciente



En los Reinos de la Luna Creciente, la lucha por el poder entre el tiránico califa y un misterioso ladrón que se hace llamar el Príncipe Halcón se acerca a su punto culminante. En medio de la rebelión que está gestándose, una serie de asesinatos de origen sobrenatural asola el corazón del reino. Solo un reducido y variopinto grupo de héroes será capaz de dar con la verdad e intentar parar la matanza.

Con los sesenta ya cumplidos, el doctor Adoulla Makhslood está cansado de la caza de los monstruosos gul. Le gustaría poder disfrutar al fin de unos momentos de tranquilidad para saborear una buena taza de té. Pero cuando encuentran asesinado al sobrino del amor de su vida, se ve obligado a reanudar la caza. Cuenta con la ayuda de su aprendiz, Raseed bas Raseed, cuya valentía y destreza con la espada son superadas únicamente por su fe, y de la intrépida Zamia Badawi, que ha heredado el don de su tribu que le permite transformarse en león. Los tres se verán inesperadamente unidos en una carrera contrarreloj para destapar un complot que no solo amenaza con arrasar la legendaria ciudad de Dhamsawaat, sino que podría dejar el mundo entero en ruinas.

Saladin Ahmed firma un debut inolvidable, una novela fantástica repleta de acción y aventura, cuya exótica ambientación mágica bebe del universo de *Las mil y una noches*.

Ganadora del premio Locus a la mejor primera novela (2012) y finalista de los premios Nebula y Hugo a la mejor novela, y del British Fantasy Awards al mejor debut (2013).



Saladin Ahmed

El Trono de la Luna Creciente

Reinos de la Luna Creciente - 1

ePub r1.0
Titivillus 20.04.15

Título original: *Throne of the Crescent Moon*
Saladin Ahmed, 2012
Traducción: Manuel de los Reyes
Ilustración de portada: Jason Chan

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



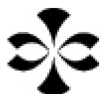
Para mis padres, Ismael Ahmed y la difunta Mary O'Leary, quienes me introdujeron en el fabuloso mundo de los libros;

para mi esposa, Hayley Thompson, quien me ha apoyado de mil maneras distintas mientras escribía este en concreto;

y para mis hijos, Malcolm y Naima, quienes hacen de este mundo roto un lugar bello en el que merece la pena seguir viviendo y escribiendo: esto os lo dedico a vosotros.



Los Reinos de la Luna Creciente
A las Ciudades Moneda
y los Territorios Bélicos
Reino Desierto
Muralla Celestial
Rughal-ba
Abassen
Tamajal
Río Fecundo
Río de los Tigres
Dhamsawaat
Zimbuk
Islas Preciosas
Bahía del Centinela
República de Soo
Yasrah
Al fin del mundo
Priscilla Spencer



I

«Nueve días. ¡Dios Benevolente, te lo suplico, que sea este el día de mi muerte!».

Pese a estar con el cuello doblado y el espinazo retorcido, el guardia aún respiraba. Llevaba nueve días encerrado en la caja laqueada de rojo. A través de una rendija había visto aparecer y desaparecer el sol. «Nueve días».

Los atesoraba como si de un puñado de dinares se tratara. Los contaba una y otra vez, sin descanso. «Nueve días. Nueve días. Nueve días». Si lograba aferrarse a este recuerdo hasta el momento de su muerte, mantendría su alma intacta para recibir el protector abrazo de Dios.

Había desistido de intentar recordar su nombre.

Al oír el suave sonido de unos pasos que se acercaban, el guardia rompió a llorar. Todos y cada uno de los nueve días había aparecido el mismo hombre enjuto, de barba negra y sucio caftán blanco. Todos los días le practicaba algún corte al guardia, o le provocaba alguna quemadura. Pero lo peor venía cuando el guardia se veía obligado a contemplar el dolor ajeno.

El hombre enjuto había desollado a una muchacha marismeña, sujetando los párpados del guardia para que este viera cómo se rizaba la piel de la joven bajo el cuchillo. Y había quemado vivo a un muchacho badawi mientras sostenía la cabeza del guardia para que el humo asfixiante invadiera su nariz. El guardia había tenido que contemplar cómo los gules del hombre enjuto descuartizaban

los cuerpos mutilados y carbonizados y devoraban la carne de su pecho. Había sido testigo de cómo la criatura esclava del hombre enjuto, aquel ser compuesto de sombras y piel de chacal, extraía algo reluciente de aquellos cadáveres y los dejaba con el corazón reducido a jirones y los ojos vacíos encendidos de rojo.

Todo esto había estado a punto de quebrar la cordura del guardia. A punto. Pero se resistía a olvidar por completo. «Nueve días. Nueve… ¡Dios Misericordioso, sácame de este mundo!».

El guardia procuró dominarse. Nunca había sido proclive a gimotear y desear estar muerto. Había soportado palizas y cuchilladas apretando los dientes. Era una persona fuerte. ¿Acaso no había protegido al califa en persona una vez? ¿Qué más daba que ya no supiera su nombre?

«Aunque camine por la espesura infestada de gules y djinns malévolos, no hay temor capaz de… capaz de…». No lograba recordar el resto de la escritura. Incluso los Capítulos Celestiales lo eludían ahora.

La caja se abrió con un doloroso estallido de luz. El hombre enjuto del caftán mugriento apareció ante él. Junto al hombre enjuto se encontraba su esbirro, esa cosa —en parte sombra, en parte chacal, en parte hombre cruel— que se hacía llamar Mouw Awa. El guardia profirió un alarido.

El hombre enjuto, como siempre, no dijo nada. Pero la voz del ser-sombra resonó en la cabeza del guardia.

Escucha a Mouw Awa, portavoz de su bendito amigo. Eres un guardia honorable. Nacido y criado en el Palacio de la Luna Creciente. Juraste defenderlo por el nombre de Dios. Todos aquellos que estén por debajo de ti te obedecerán.

El parsimonioso zumbido de sus palabras le horadaba el cráneo. Su mente zozobraba transida de pavor.

¡Sí, tu temor es sagrado! Tu dolor alimentará los conjuros de su bendito amigo. Los latidos de tu corazón alimentarán a los gules de su bendito amigo. Después, Mouw Awa, el hombre-chacal, sorberá el alma de tu cuerpo. Ya has sido testigo de los gritos, los ruegos y la sangre de los otros. Ya has visto cuál es el destino que se cierne sobre ti.

Surgido de alguna parte, el recuerdo de la voz de una abuela afloró en la memoria del guardia. Antiguas historias sobre el poder que algunos desaprensivos podían extraer de los miedos de un

cautivo o de la sanguinaria ejecución de un inocente. «Conjuros de terror. Conjuros de dolor». Se esforzó por tranquilizarse, por privar de este poder al hombre del sucio caftán.

Entonces reparó en el cuchillo. El guardia había llegado a ver el arma ritual del hombre enjuto como algo vivo, y su hoja curvada como un ojo colérico. Percibió el olor de sus propios desechos cuando lo traicionaron sus intestinos. No era la primera vez que le sucedía algo así en los últimos nueve días.

El hombre enjuto, todavía en silencio, comenzó a practicarle pequeños cortes. El cuchillo mordió el pecho y el cuello del guardia, que chilló de nuevo, rebelándose contra unas ataduras cuya existencia había olvidado.

Mientras el hombre enjuto lo torturaba, el ser-sombra continuó susurrando en la mente del guardia. Le recordó el nombre de todas las personas y lugares que amaba, restauró pergaminos completos de su memoria. A continuación, le relató historias sobre lo que pronto habría de acontecer. Gules en las calles. Toda la familia y los amigos del guardia, hasta el último de los habitantes de Dhamsawaat, bañándose en un río de sangre. El guardia sabía que estas palabras no encerraban ninguna mentira.

Notaba cómo el hombre enjuto se alimentaba de su miedo, pero no podía evitarlo. Sentía el cuchillo hundiéndose en su piel y oía el susurro de los planes por usurpar el Trono de la Luna Creciente, y olvidó cuántos días llevaba allí dentro. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? Su interior tan solo albergaba temor, por él y por su ciudad.

Entonces ya no hubo nada más que tinieblas.

1

Dhamsawaat, la Reina de las Ciudades, la Joya de Abassen.
Mil veces mil hombres podrían entrar en ella y atravesarla.
Calles, calzadas y murallas dibujan mosaicos y retablos.
Tal cantidad de librerías y burdeles, tantos colegios y establos.
Tu aire nocturno es mi esposa, casado estoy con tus avenidas.
Quien se aburre en Dhamsawaat, se ha aburrido ya de la vida.

El doctor Adoulla Makhslood, el último cazador de gules auténtico que quedaba en la insigne ciudad de Dhamsawaat, exhaló un suspiro al leer esas líneas. Se diría que en su caso ocurría más bien lo contrario. A menudo se sentía cansado de vivir, pero aún no estaba dispuesto a renunciar a Dhamsawaat. Tras más de diez sexenios sobre la faz de la magna tierra de Dios, Adoulla opinaba que su querida ciudad natal era una de las pocas cosas que no lo aburrían. La poesía de Ismi Shihab era otra.

Repasar estos versos tan familiares a una hora tan temprana, en este libro recién elaborado, había hecho sentir más joven a Adoulla; una sensación grata. El volumen, de dimensiones más bien reducidas, estaba encuadernado en piel de oveja y en la cubierta se podía leer: HOJAS DE PALMA, DE ISMI SHIHAB, en caracteres grabados con ácido dorado de la mejor calidad. Era un libro muy caro, pero Hafi, el encuadernador, se lo había regalado sin pedir nada a cambio. Ya hacía dos años desde que había salvado a su esposa de los gules de agua de un magus cruel, pero la gratitud de Hafi aún no

había perdido ni un ápice de efusividad.

Adoulla cerró el libro con delicadeza y lo dejó a un lado. Estaba sentado a una larga mesa de piedra, solo, en la terraza del local de Yehyeh, su salón de té predilecto. La noche anterior sus sueños habían sido vívidos y macabros —ríos de sangre, cadáveres en llamas, voces horribles—, pero el despertar había difuminado el filo de los detalles. Acomodado en uno de sus lugares preferidos, aspirando la fragancia de una taza de té de cardamomo y leyendo a Ismi Shihab, Adoulla había conseguido olvidarse casi por completo de sus pesadillas.

La mesa lindaba con la espectacular Gran Avenida de Dhamsawaat, la vía más amplia y transitada de todos los Reinos de la Luna Creciente. Incluso a esta hora tan temprana, la Gran Avenida se hallaba medio atestada de gente. Al pasar a su lado, unas pocas personas miraban de reojo el caftán de Adoulla, de un blanco inmaculado, pero la mayoría no le prestaban la menor atención. Tampoco él les hacía demasiado caso. Se hallaba absorto en algo más importante.

El té.

Adoulla se inclinó sobre la pequeña taza y aspiró profundamente, necesitaba aquella cura aromática para combatir la fatiga existencial. El vapor del cardamomo, dulce y especiado, lo envolvió, le humedeció el rostro y la barba, y por primera vez en esta aturdida mañana se sintió realmente vivo.

Cuando salía de Dhamsawaat, ya fuera para perseguir a gules de hueso por catacumbas infestadas de arañas o a gules de arena por llanuras cubiertas de polvo, a menudo tenía que conformarse con mascar raíces de té dulce. E incluso había ocasiones en que debía prescindir de las fogatas. Pero como cazador de gules, Adoulla estaba acostumbrado a trabajar en tales condiciones. «Cuando te enfrentes a dos gules, no pierdas el tiempo deseando que fueran menos» era uno de los adagios de su vetusta orden. Pero aquí, en casa, en la civilizada Dhamsawaat, no se sentía realmente parte del mundo a menos que hubiera disfrutado de su té de cardamomo.

Se acercó la taza a los labios y dio un sorbo, paladeando la picante dulzura. Oyó cómo se acercaba Yehyeh, arrastrando los pies, y su olfato captó las pastas que traía su amigo. «Esto —pensó Adoulla— es vivir tal y como Dios Benevolente manda».

Yehyeh depositó su propia taza de té y una bandeja de pastas encima de la mesa de piedra con sendos tintineos estridentes y deslizó su nervuda figura en el banco, junto a Adoulla. A este siempre le había maravillado que el bizco y cojo propietario fuera capaz de manejar toda aquella vajilla y llevarla de un lado a otro con tanta eficiencia y tan pocos accidentes. Cuestión de práctica, supuso. Adoulla sabía mejor que nadie que la costumbre era una buena maestra.

La amplia sonrisa de Yehyeh dejó al descubierto los pocos dientes que le quedaban.

Le ofreció los dulces con un ademán.

—Nidos de almendras… Los primeros del día, antes incluso de abrir las puertas del establecimiento. ¡Y que Dios nos libre de los amigos que nos obligan a madrugar!

Adoulla agitó una mano con gesto desdeñoso.

—Cuando uno llega a esta edad, viejo amigo, debería despertarse siempre antes que el sol. El sueño se parece demasiado a la muerte.

—Eso lo dice el as de las siestas a mediodía —refunfuñó Yehyeh —. ¿Y a qué vienen esas palabras morbosas, eh? Desde tu última aventura estás más taciturno que de costumbre.

Adoulla cogió un nido de almendras y lo partió por la mitad de un mordisco. Masticó ruidosamente y tragó sin apartar la mirada de la taza mientras Yehyeh aguardaba una respuesta.

—¿Taciturno? —comentó al fin Adoulla, aunque sin levantar la cabeza—. Hum. Tengo motivos. ¿Aventura, dices? Hace dos semanas me enfrenté cara a cara a una estatua de bronce animada que se proponía matarme con un hacha. ¡Con un hacha, Yehyeh! —En el té, su oscilante reflejo sacudió la cabeza—. Diez sexenios a mis espaldas y sigo metiéndome en ese tipo de locuras. ¿Por qué? —preguntó, mirando a su amigo.

Yehyeh se encogió de hombros.

—Porque Dios Omnisciente así lo decretó. No es la primera vez que afrontas amenazas así, o peores, mi buen amigo. Aunque tu aspecto recuerde al de la cría de la osa que se acostó con el alcaudón, eres el único cazador de gules de verdad que queda en esta ciudad olvidada de Dios, oh, gran y virtuoso doctor.

Yehyeh intentaba provocarlo empleando los pomposos títulos

honoríficos adscritos a los médicos. Los cazadores de gules compartían el trato de «doctor» con los «grandes y virtuosos» miembros de esa profesión, pero poco más. Ningún charlatán armado de sanguijuelas sería rival para los monstruos con colmillos con los que había batallado Adoulla.

—¿Qué tienes que decir tú de mi aspecto, Seis Dientes? ¡Tú, cuyos ojos revirados solo alcanzan a ver el puente de tu nariz! —Pese a los fúnebres pensamientos de Adoulla, el familiar intercambio de insultos con Yehyeh era reconfortante, como un par de viejas sandalias de buena factura.

Se limpió las migas de almendra de los dedos en el impoluto caftán. Por arte de magia, los restos y las manchas de miel resbalaron por su atuendo, bendecido con el don de la pureza, hasta el suelo.

—Llevas razón en algo —continuó Adoulla—. Me he enfrentado a cosas peores. Pero esto… esto… —Sorbió ruidosamente el té. El enfrentamiento con el hombre de bronce lo había soliviantado. El hecho de que hubiera necesitado el brazo armado de su ayudante, Raseed, para salvarse demostraba que se estaba haciendo mayor. Más preocupante aún era que no hubiera dejado de soñar despierto con la muerte durante todo el combate. Estaba cansado. Y cuando uno se dedicaba a cazar monstruos, el cansancio era la antesala de la muerte—. El muchacho me salvó las gordas posaderas. Habría perecido de no ser por él. —No era fácil reconocerlo.

—¿Tu joven asistente? Eso no es ninguna deshonra. ¡Es un derviche de la orden! Por eso lo aceptaste, ¿verdad? Por su espada bífida, «capaz de escindir el bien del mal» y todo eso, ¿no?

—Últimamente se repite demasiado a menudo —dijo Adoulla—. Debería jubilarme. Como Dawoud y su esposa. —Bebió un poco más de té y guardó silencio durante largo rato—. Me quedé paralizado, Yehyeh. Antes de que el muchacho acudiera a socorrerme. Me quedé paralizado. ¿Y sabes en qué estaba pensando? Que jamás volvería a disfrutar de una ocasión como esta… Que nunca volvería a sentarme a esta mesa, ante una buena taza de té de cardamomo.

Yehyeh inclinó la cabeza; a Adoulla le pareció ver que a su amigo se le habían humedecido los ojos.

—Te habría echado de menos. Pero el caso es que has regresado, alabado sea Dios.

—Sí. Y ahora, Seis Dientes, ¿por qué no me dices: «Vete a tu casa, carcamal, y no salgas de ella»? ¡Eso es lo que haría un amigo de verdad!

—Porque hay cosas, oh, oso de pico ganchudo, que los demás no pueden hacer y tú sí. Y la gente necesita tu ayuda. Dios te ha marcado esta senda. ¿Qué podría decir yo para cambiar algo así? —Yehyeh apretó los labios y arrugó el entrecejo—. Además, ¿quién te asegura que en casa estarías a salvo? Ese chiflado del Príncipe Halcón podría reducir esta ciudad a cenizas con todos nosotros dentro cualquier día de estos, escucha bien lo que te digo.

No era la primera vez que abordaban este tema. Yehyeh repudiaba las melodramáticas y sediciosas proezas del misterioso ladrón que se hacía llamar el «Príncipe Halcón». Adoulla estaba de acuerdo en que el Príncipe no debía de estar en sus cabales, pero eso no era óbice para que el aspirante a usurpador le cayera simpático. Aquel hombre había desvalijado las arcas del califa y de los mercaderes más adinerados, y gran parte de ese dinero iba a parar a los más necesitados de Dhamsawaat, entregado a veces en mano por el Príncipe Halcón en persona.

Yehyeh tomó un sorbo de té y continuó:

—La semana pasada eliminó a otro de los sayones del califa, ¿sabes? Ya lleva dos. —Sacudió la cabeza—. Dos agentes de la justicia del califa, asesinados.

—¿«La justicia del califa»? —resopló Adoulla—. He ahí dos palabras que no pueden compartir el mismo techo. Ese pedazo de mierda que tenemos por regente no es ni la mitad de inteligente que su padre, pero sí el doble de despiadado. ¿Llamas justicia a permitir que media ciudad se muera de hambre mientras ese codicioso hijo de perra se dedica a saborear uvas peladas entre almohadones con brocados? ¿Llamas justicia a…?

Yehyeh puso los ojos bizcos en blanco, un espectáculo grotesco.

—Nada de sermones, por favor. No me extraña que te caiga bien ese granuja… ¡Los dos compartís la misma bocaza! Pero te diré una cosa, viejo amigo, ya en serio. Esta ciudad no puede acoger a alguien así y al nuevo califa a la vez. La batalla tomará las calles. Estallará otra guerra civil.

Adoulla frunció el ceño.

—Dios no lo quiera.

Yehyeh se incorporó, se desperezó y dio una palmadita en la espalda a Adoulla.

—Sí. Que Dios Misericordioso se lleve discretamente a los viejos como nosotros a la tumba antes de que se desate la tormenta. —Las palabras brotaron sin convicción de los labios del estrabón, que apretó afectuosamente el hombro de Adoulla—. En fin. Te dejo con tu libro, oh, Gamal el de las Lentes de Oro.

Adoulla protestó con un gemido. En sus tiempos mozos, cuando no era más que otro pendenciero cualquiera en la vía del Asno Finado, él mismo había utilizado ese nombre, el del héroe de numerosos cuentos populares, para burlarse de los chicos aficionados a la lectura. En las décadas transcurridas desde entonces había aprendido mucho. Apoyó una mano encima del libro, con ademán protector.

—No deberías mofarte de la poesía, mi buen amigo. Estos versos contienen mucha sabiduría. Sobre la vida, la muerte y la suerte de cada uno.

—¡Sin la menor duda! —Yehyeh adoptó la pose de quien sostiene un libro inexistente ante él y deslizó un dedo por las palabras imaginarias mientras impostaba una voz ronca que pretendía imitar la de Adoulla—. «¡Ay de mí, que cargo con tanto peso por ser tan obeso! ¡Ay de mí, infeliz, con esta nariz! Dime tú, Dios Benevolente, ¿por qué huyen despavoridos los niños cuando ven que vengo de frente?».

Antes de que a Adoulla le diera tiempo de pensar en alguna contrarréplica inspirada en el temor que los ojos bizcos de Yehyeh infundían a su vez en los más pequeños, el dueño del salón de té se alejó renqueando, mascullando obscenidades entre dientes y riéndose por lo bajo.

En una cosa tenía razón su amigo: Adoulla estaba vivo y en casa, alabado sea Dios, de nuevo en la Joya de Abassen, la ciudad con el mejor té del mundo. A solas una vez más en la larga mesa de piedra, continuó bebiendo y observando cómo se animaba la madrugadora Dhamsawaat, rebosante de vitalidad. Un zapatero, con un cuello tan fuerte como el de un toro, pasó caminando ante él con dos largas varas ensartadas de calzado cargadas al hombro. Una mujer de Rughal-ba paseaba con un ramo de flores en las manos, ondeando a su espalda la larga estela de su velo. Un muchacho

desgarbado, con un grueso libro en los brazos y el caftán tachonado de remiendos, se encaminaba ocioso hacia el este.

Mientras Adoulla contemplaba la avenida, revivió su pesadilla con tanta intensidad que se quedó paralizado, sin habla. Recorría —vadeaba— las calles de Dhamsawaat, sumergido hasta la cintura en un río de sangre. Las vísceras y la escoria mancillaban su caftán. Todo estaba teñido de rojo, el color del Ángel Traidor. Una voz incorpórea, como la de un chacal que aullara palabras humanas, descargaba zarpazos contra su mente. Y a su alrededor, los habitantes de Dhamsawaat yacían muertos y destripados.

«¡En el nombre de Dios!».

Se obligó a respirar. Se concentró en los hombres y mujeres de la Gran Avenida, rebosantes de vida y enfrascados en sus quehaceres. No había ningún río de sangre. No se oían los aullidos de ningún chacal. Su caftán estaba impoluto.

Adoulla respiró hondo de nuevo. «Solo era una pesadilla. El mundo de los sueños invade mis días. Necesito una siesta», se dijo.

Tomó el penúltimo sorbo de té, paladeando todas las sutiles especias que añadía Yehyeh bajo el cardamomo. Se sacudió sus lúgubres pensamientos lo mejor que pudo y estiró las piernas antes de emprender la larga caminata de regreso a su hogar.

Todavía estaba desperezándose cuando vio que su ayudante, Raseed, salía del callejón que discurría a la izquierda del salón de té. Raseed se acercó a él con largas zancadas, vestido como siempre con el impecable hábito de seda azul de la Orden de los Derviches. El guerrero sagrado arrastraba un voluminoso fardo, algo envuelto en harapos de tela gris.

No, algo no. Alguien. Un niño, de unos ocho años de edad y largas guedejas. Con la ropa cubierta de sangre. «Por favor, no. —Adoulla sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago—. Que Dios Misericordioso me asista, ¿y ahora qué?». Adoulla rebuscó en el fondo de su ser y, sin saber muy bien cómo, acertó a encontrar las fuerzas necesarias para soltar la taza de té y ponerse de pie.

2

Adoulla vio cómo Raseed sorteaba las mesas de la terraza del salón de té, tirando con delicadeza del pequeño. Se detuvieron ante él, de espaldas a la aglomeración de transeúntes de la Gran Avenida. Raseed inclinó la cabeza, cubierta por su habitual turbante azul. Ahora que se fijaba con más atención, Adoulla descartó que el chiquillo, aun atemorizado y desgreñado como se veía, estuviera herido. La sangre de su atuendo debía de pertenecer a otra persona.

—Con la paz de Dios, doctor —dijo Raseed—. Os presento a Faisal. Necesita nuestra ayuda. —La mano del derviche descansaba en la empuñadura de la espada curva de dos puntas que colgaba de su cadera. Con su esbelto metro y medio de altura, no era mucho más alto que el niño situado a su lado. Sus ojos rasgados destacaban entre unas refinadas facciones azafranadas, de huesos delicados. Pero Adoulla sabía mejor que nadie que bajo la esbelta figura y el rostro lampiño de Raseed acechaba el talento de un asesino consumado.

—Con la paz de Dios, muchacho. Y también tú, Faisal. ¿Cuál es el problema? —le preguntó al derviche.

La expresión de Raseed era torva.

—Alguien ha asesinado a los padres de este niño. —Sus ojos oscuros apuntaron fugazmente a Faisal, pero no realizó ningún esfuerzo por bajar la voz—. Disculpadme, doctor, pues la información que poseo es incompleta, pero a juzgar por la descripción de Faisal creo que la familia del pequeño fue atacada

por gules. Además…

Pasaron junto a ellos dos porteadores, ambos invitándose mutuamente a que los follaran con un pepinillo en vinagre, y el clamor ahogó las últimas palabras que había susurrado el derviche.

—¿Cómo dices? —preguntó Adoulla.

—Decía que me envió aquí… que Faisal es… —titubeó.

—¿Qué? ¿De qué se trata? —lo apremió Adoulla.

—La tía de Faisal es alguien que vos conocéis, doctor. Fue ella la que lo llevó a vuestra residencia en la ciudad.

Adoulla miró a Faisal, pero el niño no dijo nada.

—¡Basta ya de tanto misterio y tantas monsergas, derviche balbuceante! ¿Quién es la tía del muchacho?

Los labios de Raseed, tan finos como el pico de una avecilla, se tensaron en una mueca de desagrado.

—La tía del muchacho es el ama Miri Almoussa.

«Que me lleve Dios».

—Su emisario se presentó con el muchacho y con esta nota, doctor. —Raseed extrajo un rollo de papel basto de su túnica de seda azul y se lo ofreció.

> Doullie:
>
> Ya sabes cómo están las cosas entre nosotros. No te molestaría si la necesidad no fuera tan acuciante. Pero ¡mi sobrina está muerta, Doullie! ¡Asesinada! Ella y el marismeño cretino de su marido. Por lo que dice Faisal, lo que los mató no era ni hombre ni bestia. Eso significa que tú mejor que nadie en toda la ciudad sabrás qué hacer. Necesito tu ayuda. Faisal te contará todo lo sucedido. Envíalo de nuevo a mi casa cuando obtengas toda la información que precises de él.
>
> Que la paz de Dios sea contigo,
>
> MIRI

—¿«Que la paz de Dios sea contigo»? —Adoulla leyó las últimas palabras en voz alta, no sin cierta incredulidad. ¡Qué despedida tan desapasionada y manida viniendo de la antigua llama de su corazón! El ama Miri Almoussa, vendedora de sedas y dulces. Conocida en ciertos círculos selectos como Miri la de los Cien Oídos. Adoulla se la imaginó, capaz aún de inspirarle más deseo que cualquier muchacha con la mitad de sus años, sentada en el

despacho del prostíbulo que regentaba, rodeada de montañas de resmas y docenas de palomas mensajeras.

Cierto era que su último encuentro no había sido agradable. Pero ¿realmente estaba tan harta de él que incluso en una situación tan grave como esta prefería enviarle una nota en vez de acudir en persona? Su recuerdo, envuelto en la fragancia del agua de rosas, amenazaba con abrumarlo, pero Adoulla lo aparcó a un lado. Necesitaba su capacidad de análisis intacta, libre de las impurezas de la nostalgia.

La sangre seca que presentaba el áspero tejido de la camisa de Faisal debía de pertenecer a alguno de sus progenitores. Miri no había querido perder tiempo ni siquiera lavando la ropa del niño antes de enviárselo.

—Así que eres el sobrino nieto de Miri. Recuerdo que alguna vez mencionó a una sobrina que vivía cerca de los embarcaderos de la marisma.

—Sí, doctor. —La voz del muchacho, seca y sin inflexiones, daba a entender que todavía se resistía a dejar que su mente asimilara lo que habían visto sus ojos.

—Y dime, Faisal, ¿por qué has venido tan lejos en busca de ayuda? En los embarcaderos de la marisma hay un barracón lleno de guardias… Después de todo, el califa tiene allí varias minas. ¿No les contaste a los guardias lo que había ocurrido?

Una amargura impropia de su edad, como mucho diez años, retorció los rasgos del pequeño.

—Lo intenté. Pero ellos no escuchan a los marismeños. Les da igual lo que pase más allá de las paredes de la mina, mientras el oro y el hilo engemado no corran peligro. Mi mamá me dijo que la tía Miri tenía un amigo en la ciudad que era un cazador de gules de los de verdad, como los que aparecen en los cuentos. Por eso he venido a Dhamsawaat.

Adoulla sonrió con melancolía.

—En la vida, muy pocas cosas son igual que en los cuentos, Faisal.

—Pero mamá… y pa… —La máscara de chico duro de las marismas se desmoronó, y las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Faisal.

Adoulla no se sentía cómodo con los niños. Alborotó los largos

cabellos morenos de Faisal, con la esperanza de que esta fuera la reacción adecuada.

—Lo sé, pequeño, lo sé. Necesito que seas fuerte, Faisal. Necesito que me cuentes exactamente lo que pasó.

Adoulla volvió a sentarse mientras el niño se acomodaba enfrente de él. Raseed se quedó de pie, con la mano en la empuñadura de la espada, atentos sus ojos rasgados al gentío que discurría ante el salón de té.

Faisal relató su historia. Adoulla cribó los balbuceos, los hipidos y las exageraciones nacidas del miedo, intentando aislar los detalles más útiles. Pero estos escaseaban. Faisal vivía con sus padres en las marismas, a una jornada a caballo de la ciudad. Habían salido a alancear pescado con otra familia cuando los emboscaron unos monstruos siseantes de piel gris, con forma humana pero inhumanos. Gules de hueso, a menos que las suposiciones de Adoulla anduvieran desencaminadas, tan fuertes como media docena de hombres e igual de difíciles de matar, armados además con unas zarpas temibles. Faisal había huido, pero no antes de ver cómo los gules comenzaban a devorar el corazón aún palpitante de sus padres, todavía con vida.

La sangre de su camisa pertenecía a su padre. Faisal era el único que había conseguido escapar. Adoulla había visto cosas truculentas en su trabajo, pero a veces era peor ver el efecto que esas mismas cosas surtían en los demás.

—Salí corriendo y los dejé… ¡Mamá me pidió que corriera y lo hice! ¡Ahora están muertos por mi culpa! —Empezó a berrear de nuevo—. ¡Por mi culpa!

Azorado, Adoulla rodeó con un brazo los hombros del pequeño. Se sintió como un simio gigante que intentara acunar a un pollito recién salido del cascarón.

—No es culpa tuya, Faisal. Alguien creó esos gules. Dios Todopoderoso mediante, lo encontraremos e impediremos que sus criaturas hagan daño a nadie más. Ahora necesito que me cuentes tan solo una vez más qué ha pasado… Todo, hasta el último detalle que recuerdes.

Adoulla extrajo así otra versión del incidente. No le gustaba obligar al muchacho a revivir este horror una y otra vez, pero no le quedaba otro remedio si quería hacer su trabajo. A menudo las

personas atemorizadas recordaban las cosas como no eran, aunque se esforzaran por ser francas. Prestó atención a cualquier posible detalle novedoso o incongruencia, no porque desconfiara del niño, sino porque la gente nunca recordaba el mismo incidente exactamente igual dos veces seguidas.

A pesar de todo, Adoulla descubrió que Faisal era mucho mejor testigo que la mayoría de los adultos que se habían tropezado con un gul en alguna ocasión. Era marismeño, después de todo, un pueblo recio y observador. Nadie, ni siquiera los badawi del desierto, coqueteaba con el riesgo de la hambruna como ellos. Aún podía recordar el disgusto de Miri, hacía una docena de años, cuando supo que su sobrina se iba a casar con un marismeño. «¿Qué se le ha perdido allí a ella?», le había preguntado durante el transcurso de una partida de bakgam. Adoulla no había sabido qué responder; al igual que ella, era un animal de ciudad hasta la médula. Pero no se podía negar que allí donde la misma supervivencia dependía del esmerado arte de la pesca con lanza y del cultivo del frágil arroz dorado, los sentidos por fuerza se agudizaban.

Las posteriores versiones de Faisal le confirmaron a Adoulla que los agresores habían sido tres criaturas, y que en ningún momento se había dejado ver ningún hombre. Adoulla se giró hacia Raseed.

—¡Nada menos que tres de esos seres! Controlados sin necesidad de contacto visual. No estamos hablando de un magus de medio dinar cualquiera, embriagado por el poder de su primer gul conjurado. Preocupante.

Los Capítulos Celestiales decretaban que los creadores de gules estaban condenados al Lago de las Llamas. Los Capítulos hablaban de una antigua época corrupta en que los hombres controlaban legiones enteras de esos seres a kilómetros de distancia. Pero esos tiempos eran cosa del pasado. En todos sus años de cazador de gules, Adoulla nunca había visto a nadie que creara más de dos de esos monstruos a la vez, y siempre estaba a unos pocos cientos de metros de distancia, a lo sumo.

—Preocupante —repitió.

Encargó a Raseed que cortara un jirón de la camisa del muchacho, teñida de escarlata. Aparte del nombre de su creador, la sangre de la víctima de un gul era el componente más eficaz para

elaborar un hechizo de rastreo. Las criaturas en sí serían fáciles de encontrar. Pero Adoulla necesitaría acercarse a la escena de la carnicería y alejarse del bullicio de confusas energías vitales de la ciudad a fin de elaborar un conjuro con garantías de éxito.

Rezaba tan solo para ser capaz de encontrar a las criaturas antes de que volvieran a alimentarse. Mientras la silenciosa plegaria resonaba en su mente, una cauta determinación cobró fuerza en su corazón. Su sangriento deber lo llamaba. «Oh, Dios, ¿por qué tengo que ser siempre yo?». Adoulla había pagado con creces la «entrada del festival de este mundo», como dicen los poetas. Había llegado la hora de que alguien más joven tomara el relevo.

Pero Adoulla sabía que nadie más joven que él podría hacerlo sin necesitar su ayuda. Había combatido junto a muchos hombres, pero nunca había tenido el ánimo de adiestrar a nadie en las costumbres de su orden, ya casi extinta; nunca había sido capaz de guiar a nadie por la ingrata senda que él recorría. Hacía dos años que accedió a regañadientes a que Raseed fuese su ayudante. Pero si bien las aptitudes marciales del muchacho no tenían rival, carecía de talento para las invocaciones. Era un aprendiz excelente en lo que a cazar gules se refería, pero los medios de los que se valía para llegar a ese fin eran de su propia cosecha, y no podrían diferir más de los de Adoulla.

En la antigüedad, tanto los creadores de gules como sus cazadores proliferaban en abundancia. El anciano doctor Boujali, quien fuera mentor de Adoulla, se lo había explicado al principio de su aprendizaje. *Lo que te voy a enseñar es un arte ya prácticamente muerto, jovencito* —le había dicho—. *Hubo un tiempo en que los creadores de gules campaban a sus anchas por la faz de la magna tierra de Dios, y los miembros de nuestra orden eran más necesarios. Hoy en día… En fin, pocas personas utilizan gules contra sus semejantes. El califa cuenta con sus soldados y con los magi de la corte para imponer lo que él califica de «orden». Y si un puñado de hombres diabólicos todavía siguen las enseñanzas del Ángel Traidor y obtienen su poder de la muerte y el descuartizamiento de unos desdichados, qué le vas a hacer, eso no les va a quitar el sueño a quienes gobiernan desde el Palacio de la Luna Creciente. Los cazadores de gules ya no somos ni la sombra de lo que fuimos antaño, ni siquiera en otros países. Los pachás de Soo tienen sus mercenarios y sus Gloriosos Guardianes. El sumo*

sultán de Rughal-ba controla a los pocos que todavía conocen nuestras artes. Forman parte de su Ejército Celestial, tanto si lo desean como si no. Nuestra labor no se parece a las heroicidades que describen las antiguas leyendas. Ninguna horda de abominaciones se yergue ante nosotros. En estos tiempos nos dedicamos a salvar la vida de un pescadero por aquí, la mujer de un mozo de cuerda por allá. Pero sigue siendo la obra de Dios. Nunca lo olvides.

Sin embargo, en los muchos años transcurridos desde que el doctor Boujali pronunciara por primera vez estas palabras, en ocasiones a Adoulla le daba la impresión de que el fiel de la balanza comenzaba a inclinarse de nuevo en la misma dirección de antaño. Entre sus aliados y él habían despachado a tantas criaturas diabólicas en las últimas décadas que sospechaba que las antiguas amenazas volvían a arraigar en la magna tierra de Dios. Pero Él no se había dedicado a crear decenas de nuevos cazadores de gules. En vez de eso, por motivos que únicamente Aquel que Contiene Todas las Respuestas conocía, Dios había considerado oportuno amontonar un problema tras otro sobre los encorvados hombros de un hatajo de ancianos. Cualquier día de estos, y la fecha no debía de andar muy lejos, Adoulla veía que su espinazo terminaría por partirse bajo la presión.

¿Por qué debía cargar él solo con semejante peso? ¿Cuándo aprenderían los demás a defenderse de los siervos del Ángel Traidor? ¿Qué ocurriría cuando Adoulla ya no estuviera? Diez mil veces le había planteado estas mismas preguntas a Dios Todopoderoso a lo largo de su vida, pero Aquel que Contiene Todas las Respuestas no se había dignado nunca a contestar a ellas. Las dotes de Adoulla parecían bastar siempre para mantener a raya a las criaturas a las que se enfrentaba, pero volvió a preguntarse por qué Dios había querido que su vida en este mundo se redujera a una labor tan penosa y solitaria como esta.

A pesar de todo, por cansado de vivir que se sintiera a veces, y por insensatas que le parecieran la mayoría de las personas, nunca conseguía abandonar por completo a la gente a la más cruel de las suertes. Aspiró una bocanada de aire con resignación, suspiró y se levantó. La taza de té estaba vacía. Adoulla rebuscó en los aparentemente interminables pliegues de su caftán, blanco como la

luz de la luna, extrajo un fals de cobre y lo dejó encima de la mesa con un manotazo.

Yehyeh apareció como conjurado por el sonido. Intercambió la paz de Dios con Raseed y fijó su bizca mirada en los ropajes ensangrentados de Faisal. Pero lo único que dijo cuando Adoulla y él se abrazaron y se besaron en las mejillas, según la tradicional costumbre de despedida, fue:

—Cuídate, Pico Ganchudo.

—Lo intentaré, Seis Dientes —replicó Adoulla, antes de girarse hacia Raseed y Faisal—. Vosotros dos, en marcha.

Raseed se apartó sin hacer ruido de la pared del salón de té en la que estaba apoyado. Era como ver una sombra que cobrase vida y se despegara de la arenisca. Se zambulleron en el caudal de la Gran Avenida, con Adoulla y el derviche cerciorándose de que el pequeño caminara siempre entre ellos.

Una vez en la esquina, Adoulla llamó por señas a Hadruba, un porteador al que conocía desde hacía años. Aunque Hadruba medía prácticamente un palmo menos que Adoulla, en sus fuertes hombros cabrían dos hombres sentados.

Intercambiaron la paz de Dios y besos en las mejillas. Adoulla dejó una moneda en la palma de la mano del porteador.

—Lleva a Faisal, aquí presente, a la casa del ama Miri Almoussa, en el barrio de los Cantantes. —Hubo de levantar la voz para imponerse a los rebuznos de un burro que protestaba a media manzana de distancia.

Un ataque de pánico le sobrevino de repente al muchacho.

—Pero… pero… ¿no necesitáis que os acompañe, doctor? ¿Para enseñaros el camino?

—No, muchacho —dijo Adoulla, agachándose—. Emplearé la magia para seguir el rastro de los gules. Nos entorpecerías. Y, además, no quiero ponerte en peligro.

—No tengo miedo.

Al mirarlo a los ojos, Adoulla lo creyó. Si Faisal volvía a cruzarse con los gules, no saldría corriendo por segunda vez. Y eso solo podía significar una cosa: su muerte. Adoulla había visto antes casos parecidos. No sentía el menor deseo de volver a ser testigo de algo así.

—Faisal, te prometo que vengaremos a tu familia. Pero tu madre

renunció a todo por tu supervivencia. No tengas prisa por renunciar a ese regalo. La harás feliz portándote bien y viviendo durante muchos años. —Adoulla hizo una pausa mientras su mensaje calaba en el niño.

Faisal asintió con la cabeza, aunque saltaba a la vista que no estaba convencido del todo. Se marchó con Hadruba, y la multitud no tardó en engullirlos a ambos. Cuando Adoulla se giró hacia Raseed, descubrió al derviche fulminándolo con la mirada.

—¿Qué? ¿Por qué frunces el ceño, muchacho? —En algún lugar a su espalda, en la calle, a alguien se le cayó algo que se hizo añicos con estrépito y dejó el aire cargado de un olor agrio.

Raseed miró de reojo por encima del hombro, observó a Adoulla de refilón y resopló, indignado.

—Acabáis de enviar a un chiquillo de apenas diez años a una casa de mala reputación. —Sus finos labios se fruncieron en señal de desaprobación.

El pequeño hombre santo a veces podía ser un completo zoquete.

—Lo he enviado a la casa de su tía. A uno de los pocos lugares de la ciudad donde recibirían de buen grado a un huérfano sin dinero aunque no tuviera ninguna relación de parentesco con la propietaria. Miri y sus chicas siempre pueden darle trabajo a uno o dos recaderos más.

—«¡Oh, creyente! ¡Si alguien os pide que elijáis entre la virtud y vuestro hermano, elegid la virtud!» —exclamó Raseed, citando los Capítulos Celestiales—. Existen órdenes caritativas en las que el muchacho estaría mejor atendido. Criarse rodeado de semejantes degeneradas es…

Adoulla sintió cómo las palabras del derviche le encendían la sangre. La última vez que la vio, hacía ya casi dos años, Miri Almoussa le había dejado muy claro que no quería volver a saber nada de él. A pesar de lo cual, maldita fuera su alma si consentía que la insultaran de esa manera. Imprimió un timbre amenazador a su voz:

—¿A quién te refieres exactamente, muchacho?

El derviche se lo pensó dos veces antes de responder a la pregunta. Su turbante azul osciló cuando hizo una reverencia.

—Disculpadme, doctor. Me refería tan solo a que una formación

virtuosa en cualquiera de los orfanatos de la ciudad, donde el niño podría aprender un oficio, sería…

—Sería condenarlo a pasar seis noches a la semana de «formación» entre las sábanas de cualquier educador borracho pero, eso sí, temeroso de Dios. Lo dejarían en paz el día de la Oración. Hum. Aprendería un oficio, sí, ya lo creo.

—¡Doctor! Me cuesta creer que… —Las palabras de Raseed se quedaron flotando en el aire, inacabadas, cuando una mujer tan corpulenta como un toro se abrió paso entre ambos, maldiciéndolos por quedarse plantados en mitad de la calle. Adoulla reanudó el paso, y el derviche lo siguió.

—Por favor, muchacho —dijo el cazador de gules—, ahórrate las solemnes protestas contra algo que desconoces por completo. Sería más probable que terminara prostituyéndose en una de esas casas de los horrores que viviendo bajo el techo de Miri desde el mismo día de su nacimiento. En mis tiempos de huérfano evitaba esos lugares como las mazmorras que eran. ¡Y no ha cambiado nada! —exclamó Adoulla sin levantar del todo la voz, y dio una palmada con la que pretendía zanjar la discusión—. Tengo que ir a casa a recoger unos cuantos ingredientes sortílegos. Después saldremos de la ciudad. Démonos prisa. Como nos entretengamos más de la cuenta, terminaré arrepintiéndome de todo esto.

Apretaron el paso en la medida que se lo permitía la aglomeración de gente. El sol brillaba resplandeciente cuando se alejaron de la calle para internarse en las sombras que mediaban entre los edificios y cruzaron el espacio abierto de la plaza de los Ángeles. Adoulla no se detuvo para admirar por enésima vez las expresiones, rebosantes de vida, de las antiguas efigies esculpidas de los Ángeles Hospitalarios. Antes bien, se abrió paso a bruscos empujones entre un grupo de forasteros de estrafalario atuendo que, boquiabiertos, estiraban el cuello como garzas en dirección a las espectaculares obras de mármol. «¡Pueblerinos!», renegó Adoulla para sus adentros, aunque lo cierto era que no los culpaba.

Incluso durante la guerra civil que arrasó la ciudad hacía doscientos años, la plaza de los Ángeles siempre había constituido una especie de santuario. Ambos bandos accedieron a no derramar ni una gota de sangre sobre sus piedras. Pese a los refugiados que se hacinaban en sus confines, uno aún podía saborear la paz que

flotaba en el aire, o al menos eso aseguraban los historiadores y las leyendas transmitidas de generación en generación. Hoy, aparte del grupo de turistas, la plaza se encontraba relativamente tranquila. De no ser por la siniestra tarea que lo aguardaba, Adoulla pensó que podría haberse contagiado siquiera en parte de la ancestral serenidad que allí se respiraba. Sus pensamientos, en cambio, giraban en torno a los hechizos de rastreo que necesitaba y las ropas ensangrentadas de un niño.

Raseed y él dejaron atrás la plaza de los Ángeles y se internaron en la mugrienta calleja de las Gachas. En los mapas del califa, el angosto y sucio camino que comunicaba la plaza con el vecindario de Adoulla lucía el nombre de algún regente que llevaba ya tiempo enterrado, pero hacía siglos que los dhamsawaatis lo denominaban la calleja de las Gachas por su pobreza y por sus tétricas posadas. Tras sortear los ocasionales charcos de orina, Adoulla llegó a la intersección que señalaba la linde de su inhóspito vecindario, irónicamente llamado el barrio de los Eruditos.

El pío y anciano Munesh, con sus vaporosos mechones de pelo cano y su puesto de frutos secos, removía en la esquina almendras garrapiñadas y pistachos salados en bandejas calentadas al fuego. El aroma provocó que a Adoulla se le hiciera la boca agua. Se detuvo a comprar un puñado de pistachos tostados.

—¡Doctor! —Adoulla ya casi se había olvidado por completo de Raseed, que había permanecido callado durante la mayor parte del trayecto. Era evidente que el derviche se sentía escandalizado por esta nueva demora. Adoulla deseó ser lo bastante joven como para creer que el celo y el afán por enfrentarse a los monstruos bastaban para llenar el estómago. Pero los años le habían enseñado lo contrario, y lo aguardaba un día muy largo.

—Solo he desayunado a medias, muchacho. Necesito sustento para pensar con claridad, y unos instantes aquí no van a marcar ninguna diferencia. «El hambriento no construye palacios», dicen los Capítulos Celestiales.

—También dicen: «Para el hambriento, la oración es el más exquisito de los manjares».

Adoulla se dio por vencido. Respondió a Raseed con un gruñido, le dio las gracias a Munesh y reanudó la marcha, partiendo las cáscaras y masticando ruidosamente.

Su ayudante era un auténtico derviche de la orden, más auténtico que muchos de los hipócritas pavos reales que lucían las sedas azules. Había dedicado años a fortalecer su diminuta constitución con el único propósito de ser el arma más digna al servicio de Dios. Adoulla opinaba que esa forma de entender la vida no era saludable para un chico de apenas diecisiete años de edad. Cierto, Dios le había concedido a Raseed unas facultades sobrehumanas; armado con la espada bífida de la orden era prácticamente invencible. Incluso sin ella, el muchacho podría encargarse de media docena de rivales a la vez. Adoulla había sido testigo de ello. Pero el hecho de que nunca hubiera besado siquiera a una chica reducía considerablemente el respeto que sentía por él.

A pesar de todo, era la pía disciplina de Raseed lo que lo convertía en el compañero de batalla ideal. El uso que hacía una persona de sus dones era el reflejo inequívoco de su personalidad. En los cuarenta años que llevaba cazando gules, Adoulla había visto cómo un hombre se impulsaba a seis metros de altura de un salto y cómo una muchacha convertía el agua en fuego. Había visto cómo alguien se dividía en dos guerreros primero, y en cuatro después. Había visto cómo una anciana conseguía que los árboles caminaran.

Lo que había visto hacer a la gente dotada de semejantes poderes variaba tanto, o tan poco, como las mismas personas. Sus motivaciones cubrían el mismo abanico de razones por las que todo el mundo hace las cosas. En ocasiones ayudaban al prójimo y estaban dispuestos a sacrificarse. La mayoría de las veces se guiaban por el egoísmo y obraban en perjuicio de otros hijos de Dios como ellos. Raseed, por su parte, siempre elegía la primera opción.

El hijo de un vecino gritó el nombre de Adoulla y lo saludó con la mano desde el otro lado de la calle de tierra prensada. El cazador de gules dejó a un lado sus divagaciones, se chupó los dedos para eliminar los últimos restos de sal y pistachos, devolvió el saludo y se adentró en el zaguán de su residencia.

Pasó frente a la pequeña tienda de arenisca que pertenecía a sus amigos y antiguos compañeros de andanzas, Dawoud y Litaz, una pareja de Soo que llevaba décadas viviendo en la ciudad. No había nadie en casa, al parecer; los postigos de madera de cedro del establecimiento estaban cerrados a cal y canto. «Lástima», pensó Adoulla. No se le ocurriría nunca pedirles a sus amigos, ya

jubilados, que lo acompañaran en esta cacería de gules, pero Litaz había seguido perfeccionando sus dotes alquímicas, y habría estado bien contar con alguna de sus asombrosas soluciones paralizantes o preparados explosivos para facilitar la tarea.

Pero era el día de los Idus, por lo que Adoulla dedujo que la pareja estaría pasando la jornada y quizá toda la noche con sus amistades en el Mercado Occidental, donde los comerciantes de la República de Soo se daban cita una vez al mes cargados de marfil, oro y los dulces de ñame que Litaz siempre tenía a mano porque le recordaban a su tierra natal.

Raseed y él llegaron por fin a la residencia de piedra blanquecina que constituía su pedacito particular de Dhamsawaat desde hacía veintitantos años. Adoulla abrió la puerta de madera encalada de la casa y, seguido del derviche, cruzó el delicado arco de la entrada.

No era ningún palacio, pero sí mil veces preferible a los cuchitriles que habitó en sus comienzos y probablemente también su única herencia como huérfano de la vía del Asno Finado. Que hubiera podido comprar la propiedad se debía tan solo a los azares de su vocación, que por una vez habían jugado a su favor. Muchos años atrás, en compañía de Dawoud y Litaz, se había enfrentado a una serpiente dorada de doce metros de longitud, con inmensos rubíes por ojos; un antiguo monstruo creado en tiempos de los faroes de Kem, despertado por las excavaciones de un hombre empujado por la codicia. El mero hecho de contemplar al rutilante animal infundía un temor mágico aun en los corazones más recios, y la serpiente había aniquilado ya a un escuadrón de los guardias del antiguo califa. Pero Adoulla y sus compañeros tendieron una emboscada a la criatura y drenaron la magia que la impulsaba.

La serpiente se había desmoronado ante sus ojos, reducida a enormes montones de polvo dorado. Casi treinta años después, Adoulla sonreía aún al rememorar el sonido que produjeron aquellos rubíes, tan grandes como puños, al caer al suelo. «Ahora soy un hombre rico», recordó que había pensado mientras sus amigos y él se apresuraban a llenarse los petates y las faltriqueras de polvo de oro, dando saltitos de alegría sin poder evitarlo.

Aquel tesoro rivalizaba con los amasados por los mercaderes más influyentes de Dhamsawaat. Y si bien, en el transcurso de los

últimos veintitantos años, su vocación le había obligado a realizar varios viajes muy caros a lugares remotos, todavía conservaba una suma nada desdeñable. Después de todo, no tenía mujer ni hijos que mantener. Sus gastos se habían incrementado hacía dos años, cuando Raseed, tras prestarle una ayuda inestimable para dar caza a un gul, le preguntó si estaría dispuesto a aceptarlo como ayudante. Pero ni siquiera eso le suponía un sacrificio excesivo, habida cuenta de la frugal dieta que seguía el muchacho.

Adoulla se dispuso a reunir sus pertrechos. Las marismas se encontraban al oeste, a menos de una jornada a lomos de una mula, por lo que necesitarían pocos víveres para el viaje. Pero toda cacería de gules conllevaba una serie de preparativos. Se echó al hombro una bolsa de becerro, grande y raída, y deambuló por las habitaciones atestadas de libros y cajas. Sobre la marcha, llenó la bolsa de objetos sacados de distintas estanterías, mesas y esquinas llenas de polvo. Una astilla de madera de aloe. Una caja de agujas con grabados de las escrituras. Una ampolla de hojas de menta secas. Bolsitas y paquetes, trozos de papel y botellitas de vivos colores envueltas en paño.

En cuestión de un cuarto de hora ya estaba listo para partir; Raseed lo esperaba de pie junto a la puerta, limpiando la espada. Los pertrechos del derviche eran escasos: su espada, sus hábitos azules y su turbante, hecho de una seda resistente que podía servir tanto para escalar un muro como para maniatar a alguien. La mochila cuadrada que llevaba colgada a la espalda contenía víveres, una tienda y un cazo.

El muchacho deslizó la mirada a lo largo de la hoja de la espada antes de envainarla con delicadeza en su funda de cuero azul y lapislázuli. Adoulla le había visto limpiar el arma el día anterior y dudaba de que se hubiera ensuciado desde entonces, pero había aprendido a respetar este ritual de Raseed como algo más que el simple cuidado de una espada valiosa. Le servía para concentrarse, para recordarse a diario qué era lo que realmente importaba.

Tras echar un último vistazo a las estanterías y los escritorios de su casa, Adoulla sintió algo por el estilo.

3

La Gran Avenida de piedra y las calles aledañas estaban atestadas de hombres y mujeres que avanzaban con dificultad y competían a voces por los escasos palanquines y mulas disponibles. Que Adoulla pudiera ver, quienes se desplazaban a pie en realidad iban más rápido. Lo que significaba que ellos irían andando hasta los establos de la periferia de la ciudad. «Estupendo». Debería haber nacido en el seno de una tribu badawi, con todo lo que había caminado en su vida. Así que emprendieron la marcha, y se dirigieron hacia el oeste. Era un trayecto de una media hora.

—En fin, henos aquí de nuevo —refunfuñó para Raseed, harto del silencio que se había instalado entre ambos—. Dejando atrás la seguridad y el confort para irnos a matar monstruos. O a que los monstruos nos maten a nosotros. Dios Todopoderoso sabe que no me aguardan muchas más correrías así. Pronto tendrás que encargarte de todo esto sin tu mentor, ¿sabes?

—No lo diréis en serio, doctor. —Las delicadas facciones del muchacho se arrugaron en una mueca de repugnancia cuando se cruzaron con un carro de desperdicios estropeado en medio de la calle, maloliente al sol de la mañana.

—¿Que no? Hum. ¿Tengo que recordarte lo que pasó durante nuestra última excursión? ¡Estuvieron a punto de decapitarme, muchacho! ¿Es así como debería vivir un anciano?

—Salvamos vidas, doctor. Vidas de niños.

Adoulla consiguió esbozar una sonrisa ante las palabras del

derviche. «Ojalá el saber eso impidiera que me doliesen los pies, como ocurría cuando tenía tu edad. Ojalá impidiera que me quedase paralizado y aceptase la muerte», pensó. Pero lo que dijo en voz alta fue:

—Sí, supongo que en eso llevas razón.

El trayecto los condujo ante las chillonas fachadas que ribeteaban la vía de los Monos. Ante ellos, en la terraza de un salón de té, Adoulla vio a un matrimonio de ancianos sentados encima de una estera de juncos, con las piernas cruzadas. Eran todo grasientos cabellos nevados y arrugadas pieles marrones, y estaban enfrascados en una feroz partida de bakgam. El hombre movió su ficha sobre las puntas de espada dibujadas en el tablero y, con un golpazo seco y una sonrisa victoriosa, aterrizó en la primera espada. La anciana estaba a punto de perder. Frunció el ceño y escupió una flema que a punto estuvo de caerle encima a Raseed cuando Adoulla y él pasaron por su lado.

Justo después de dejar atrás a la pareja de ancianos, Adoulla oyó cómo los dados piramidales tabaleaban en el cubilete de bakgam y rodaban por el tablero; a continuación oyó una sarta de improperios. La anciana se rio con voz cascada y entonó una canción de victoria, tan mordaz como ininteligible, mientras su marido maldecía presa de la incredulidad. ¡Había sacado un ocho!

«Como si fuéramos Miri y yo», no pudo por menos de pensar Adoulla. Hacía tiempo que debería haberse casado con ella. Debería haber renunciado ya a la demencial vida de cazador de gules. En vez de eso, un año tras otro, no dejaba de decidir como un insensato que batirse con criaturas con colmillos e interponerse en el camino de los conjuros de un hatajo de miserables era más importante que la felicidad. En lugar de un matrimonio dichoso, las monstruosidades infestaban sus pensamientos y una montaña de «debería haber» oprimía su alma.

Al cabo, Raseed y él llegaron a la puerta occidental por la que saldrían de la ciudad. Mientras cruzaban una callejuela, una jovencita de grandes ojos castaños cuya edad debía de ir pareja a la del derviche le dedicó a este una sonrisa carente de timidez. Raseed emitió un sonido estrangulado y no levantó la vista del suelo hasta que la chica estuvo a una manzana de distancia.

Aunque sabía que era una causa perdida, Adoulla no pudo

reprimirse.

—¿A ti qué te pasa, muchacho? ¿No has visto cómo te miraba esa florecilla? ¡Le podrías haber devuelto la sonrisa, por lo menos!

—¡Doctor, por favor! —El joven hizo una pausa—. Este ataque. Habéis mencionado los extraordinarios poderes del amo de esta manada de gules. ¿Creéis que serán obra de los Mil y Uno, y no de un solo hombre?

«Cuánta dedicación al deber, y cuánta indiferencia ante lo que de veras importa. No sabe cuál es el doloroso destino al que conduce esta senda…».

Adoulla desistió de su cordial empeño por intentar que Raseed se comportara como un chico de carne y hueso. El derviche prefería pensar en monstruos antes que sonreír a una chica. Perfecto. Pero parecía demasiado ansioso ante la posibilidad de enfrentarse a un djinn. «Si alguna vez hubiera luchado de verdad contra uno de los Mil y Uno, no opinaría lo mismo».

—No se trata de ningún djinn, muchacho. Cuando uno de los nacidos del fuego golpea, no escapa nadie, y menos un niño pequeño.

El derviche asintió con la cabeza, contemplativo. Pese a los muchos defectos de Raseed que irritaban a Adoulla, al menos el muchacho se mostraba deferente con la experiencia del veterano cazador de gules.

—Me pregunto… —continuó Adoulla mientras doblaban una esquina, pero sus palabras se truncaron con una maldición al ver la descomunal aglomeración de gente que les bloqueaba el paso—. ¡Ah, por las pelotas de Dios! ¡El Alto Atroz! —Pronunció esto con una repugnancia que surgía de la familiaridad del término dhamsawaati para referirse a las retenciones de tráfico. Ante ellos parecía que se irguiera una muralla de personas mientras la maraña de carros, camellos y bestias, a lo largo de varias manzanas, desfilaba a paso de tortuga por la amplia puerta occidental. Adoulla tropezó con el hombrecillo desaseado que hasta ese momento caminaba delante de él. Apenas si reaccionó ante la airada recomendación de fijarse mejor en dónde ponía las zarpas.

—¿Algún tipo de inspección de tránsito? —preguntó Raseed.

—«Inspección de tránsito» —resopló Adoulla—, «reajuste de las tarifas», «asuntos de la guardia». Es todo el mismo guano. Y todos

los días se inventan algo nuevo. —Al paso al que avanzaba la columna tardarían al menos otra hora en salir.

Una manada de gules campaba a sus anchas, lo que significaba que había vidas en juego. Pero las cien jaquecas de Dhamsawaat no se daban prisa por nadie. Uno no traspasaba las puertas de la ciudad como quien cruza el umbral de su casa. Primero estaba el muro interior de piedra gris, después había que atravesar la plaza de los Inspectores, y por último la gran muralla principal, de treinta metros de grosor. Solo entonces se podía recorrer la vía que cruzaba el último muro de la guardia antes de llegar al Puente de las Rosas Amarillas, tendido sobre una zanja. El proceso jamás se había caracterizado por su celeridad, y, debido a la penosa gestión de la ciudad por parte del nuevo califa, ahora era más engorroso que nunca.

El cazador y su ayudante se abrieron paso como pudieron a través del gentío, procurando no molestar en exceso. Adoulla no quería pelearse con nadie, y las trifulcas no eran infrecuentes en situaciones como esa. Transcurrido otro cuarto de hora, Raseed y él consiguieron aproximarse al amplio pórtico de la muralla principal. Allí la carretera ascendía describiendo una suave pendiente, lo que le permitió a Adoulla ver que esto era algo más que una simple congestión de tráfico.

«¡Una ejecución!». Se habían retirado todos los carros de las grandes losas grises de la plaza de los Inspectores, en cuyo centro se extendía una raída estera de cuero. En ella se arrodillaba un muchacho de no más de doce años de edad, atado de pies y manos y con la mirada desorbitada de terror. Sobre él se erguía un encapuchado fornido, armado con una espada de hoja ancha.

Adoulla se detuvo, transfigurado por el horror. «¡En el nombre de Dios! ¿Qué puede haber hecho ese niño para merecer semejante destino?».

A modo de respuesta, una voz estridente alcanzó de golpe sus oídos. Al girarse, Adoulla vio que un pregonero con librea se había encaramado a un nicho tallado en el arco de piedra del pórtico.

—¡Oh, afortunados súbditos del Regente de Dios en el Mundo! —exclamó el hombre con la voz atiplada por el cono metálico que utilizaba para amplificar sus palabras—. ¡El Garante de la Virtud, el más sublime de todos los hombres, Su Majestad el Califa, cómo os

sonríe Dios al proveeros de semejante regente! ¡Mirad cómo vuestro benevolente monarca, Jabbari akh-Khaddari, califa de Abassen y de todos los Reinos de la Luna Creciente, os protege de las ávidas manos de los ladrones! ¡Mirad cómo castiga a los miserables, raudo e implacable!

El tráfico seguía avanzando a paso de tortuga, pero ahora la mayoría de los ocupantes de la calzada contemplaban boquiabiertos la plaza. Adoulla se quedó paralizado, deseoso de detener esa injusticia pero sabedor de que no podía hacer nada. Alguien lo adelantó abriéndose paso a empujones, ansioso por avanzar en la aglomeración.

Volvió a concentrarse en la estera de cuero. «Dios Todopoderoso, ¿por qué consientes algo así? ¿Por qué me envías a combatir monstruos fuera de la ciudad cuando hay tantos que moran en ella?».

Dios no le ofreció ninguna respuesta.

Raseed, que también se había parado, lo miró con preocupación.

—Doctor, ¿qué os…?

Sin previo aviso, algo surcó el aire hasta impactar en el rostro del ejecutor, cuya capucha quedó cubierta de una viscosa sustancia ambarina. A continuación, el pecho del hombre explotó como un surtidor rojo.

«¡Una flecha de ballesta!». Hombres y mujeres por igual prorrumpieron en alaridos. Restalló un sonido atronador, seguido de una nube de humo naranja que oscureció la plaza. Instantes después, cuando se despejó la humareda, Adoulla vio la figura inerte del ejecutor, muerto.

El muchacho se había esfumado.

«Pero ¿qué…?».

Se oyó otro estruendo, esta vez procedente del nicho que coronaba el pórtico. Otra columna de humo naranja envolvía el antiguo emplazamiento del pregonero. Se despejó casi de inmediato y Adoulla distinguió la librea del hombre tendida a los pies de un desconocido muy alto, de hombros fornidos. El recién llegado lucía un traje de piel de becerro y seda negra, estampado de halcones. Sus brazos eran tan gruesos como las piernas de algunos hombres, pero sus movimientos poseían la gracia de un bailarín cuando se encaramó a la balaustrada del nicho.

«¡Es él! —pensó Adoulla, que había oído hablar mucho de aquel hombre, aunque no lo hubiera visto nunca hasta ahora—. Pharaad Az Hammaz, el…».

—¡El Príncipe Halcón! —exclamaron una docena de personas alrededor de Adoulla.

«Más problemas». Una sonrisa confiada se ensanchó bajo el bigote del célebre ladrón. Adoulla no debería ser capaz de distinguir su expresión con tanta nitidez a tanta distancia. De modo que había algún tipo de hechizo de dirección en juego, la clase de sortilegio que supuestamente solo el califa se podría permitir. Todos los presentes en la multitud gozarían de la misma vista del Príncipe Halcón, oirían sus palabras como si estuvieran a su lado, y se verían… no «coaccionados» por la magia del Príncipe, pero sí «receptivos» a escuchar lo que tuviera que decir. Probablemente ese era el único motivo por el que no se habían desbandado aún, presas del pánico.

—¡Ese delincuente! —gruñó Raseed.

Bueno, se corrigió Adoulla, la mayoría de las personas se mostrarían receptivas. Técnicamente, Adoulla no podía contradecir el epíteto de Raseed. Habían transcurrido diez años desde que se atribuyera una epidemia de osados atracos a un astuto bandido que se hacía llamar el Príncipe Halcón, cuyas víctimas eran siempre los ciudadanos más acaudalados de la ciudad. Pharaad Az Hammaz, como revelaría más tarde que se llamaba, no había reconocido nunca que corriera sangre azul por sus venas, pero los rumores más persistentes aseguraban que se trataba del heredero de una dinastía monárquica cuyos orígenes se remontaban al neblinoso pasado de Abassen.

Perteneciente a la realeza o no, lo cierto era que el Príncipe Halcón se contaba entre las personas más poderosas de Dhamsawaat. Él y su pequeño ejército de mendigos y ladrones se habían convertido en una fuerza casi gubernamental, en la voz semioficial de los más desfavorecidos. Y si bien los terratenientes y los mercaderes que se hacían eco de su llamamiento a «compartir la riqueza» eran pocos y mal avenidos, Adoulla sabía de buena tinta que unos cuantos de los ministros más influyentes del califa, ya fuera por convicción personal o animados por los sobornos, respaldaban en secreto al bandido.

—¡Con la paz de Dios, buenas gentes de Dhamsawaat! —exclamó con voz atronadora el ladrón, cuyos brazos extendidos abarcaban toda la multitud—. ¡El tiempo del que disponemos es breve! ¡Escuchad las palabras de un príncipe que os aprecia! —Se elevaron unos pocos vítores, cautos y dispersos—. He liberado a un muchacho inocente del sayón del califa. ¿Su delito? ¡Ser tan insensato como para pensar que podía coger las monedas de la bolsa de un guardia para alimentar a su anciana madre! Pero los adultos sabemos que los guardias sienten tanto apego por sus monederos como los hombres de a pie por sus saquitos de olivas. —El bandido se agarró la entrepierna, y su descaro consiguió que la muchedumbre se riera tímidamente—. Pero ¿merecía morir por eso? ¿Acaso a los dhamsawaatis nos importa más el dinero mal ganado de unos matones que la vida de un niño?

El gentío se envalentonó, y de todos los rincones surgieron gritos de «¡No, no!» y «¡Dios no lo quiera!».

El Príncipe Halcón se irguió cuan alto era, con los brazos en jarras, solazándose en el clamor.

—¡Me declaro culpable, buena gente! He liberado al muchacho. ¡Golpeé al sayón con una tarta de miel antes de matarlo! Solo alguien verdaderamente hambriento estaría dispuesto a decapitar a un chiquillo por un puñado de cochinas monedas. ¡De modo que le di de comer! ¡Miel y acero, buena gente!

La multitud se carcajeaba ahora con la desenfadada jocosidad del Príncipe Halcón, que continuó:

—El antiguo califa y yo éramos enemigos. Nunca fue un héroe, pero durante cincuenta años veló por esta ciudad, a la que amaba. Hace ya tres años, sin embargo, que el necio de su hijo se dedica a sangrar Dhamsawaat. Ha intentado encontrarme y asesinarme. ¡Pero! ¡Ha! ¡Fracasado! —Con la ayuda del hechizo de dirección, pronunció cada palabra con la resonancia de un inmenso tambor.

La multitud prorrumpió en vítores de júbilo, y un corrillo de hombres comenzó a entonar:

¡Vuela, vuela, oh, halcón!
¡Que ninguna flecha interrumpa tu vuelo!
¡Vuela, vuela, oh, halcón!
¡En tu mirada y en tu corazón arde el fuego!

Tan vieja como las arenas, esta canción —en la que un noble halcón le saca los ojos a un monarca sin corazón— se asociaba desde hacía tiempo con el Príncipe Halcón, y como castigo, el nuevo califa había mandado azotar a quien se atreviera a interpretarla en público.

«Aquí se va a liar una buena». Una docena de guardias con jubones ribeteados se abrían paso a través de los apiñados espectadores en dirección a la puerta. Blandían estilizadas mazas de acero y se esforzaban por no perder de vista el nicho sin dejar de vigilar a la multitud.

Cuando los hombres del califa se acercaron al corrillo de cantores, estos enmudecieron. De inmediato, sin embargo, alguien entonó el «Vuela, oh, halcón» en la otra punta de la aglomeración. Las cabezas de los guardias giraron al unísono en dirección al sonido, pero desistieron de capturar a los provocadores y se volcaron en la tarea de ponerle las manos encima al Príncipe Halcón, que había dejado de perorar para contonearse al son de la canción en la medida que se lo permitían las reducidas dimensiones del hueco del muro. El regocijo del bandido imprimió renovado brío a los cantores que se camuflaban entre la muchedumbre. En esta ocasión no se calló nadie al paso del grupo de guardias, y Adoulla vio que los hombres del califa observaban a la gente con recelo mientras avanzaban hacia la puerta. «Una docena contra cientos».

Junto a él, Adoulla sintió de repente cómo su protegido se tensaba para la batalla. Cuando Raseed desenvainó la espada sin hacer ruido, todos los que lo rodeaban retrocedieron un paso. La hoja se bifurcaba, tal y como dictaban las Tradiciones de la Orden, «A fin de separar el bien del mal». Adoulla se temió que precisamente eso fuera lo que se proponía hacer ahora el derviche.

—¿Qué pretendes? —susurró el cazador de gules.

—Me disponía a ayudar a los guardias, doctor.

—El Príncipe Halcón no es nuestro enemigo, muchacho.

—Con el debido respeto, doctor, no es ningún príncipe. Se vale de la magia para delinquir. ¡Conductas así, ni más ni menos, son las que estamos obligados a combatir!

Raseed hizo ademán de avanzar, pero Adoulla cerró los dedos en torno a uno de sus escuálidos hombros. Aunque no podría inmovilizar al derviche si este se empeñaba en entrometerse,

abrigaba la esperanza de que su edad y su autoridad bastaran para disuadirlo.

—Estamos obligados a combatir a los siervos del Ángel Traidor. Pharaad Az Hammaz será un criminal, pero da de comer al hambriento y enseña lo que es la humildad al orgulloso. ¡Ni siquiera tu fanatismo te puede cegar a la virtud que eso conlleva!

El muchacho guardó silencio y su ceño se ensombreció, pero terminó envainando la espada.

En el nicho, el Príncipe Halcón extendió sus fuertes manos como si estuviera invitando a un festín a los guardias que se acercaban a él.

—¡Los perros del califa vienen a por mí, amigos! ¡Si oís que de sus fauces babeantes comienzan a brotar blasfemias, será porque alguna sabandija ha saboteado sus ballestas! Pero ¡esto no es más que el principio, mis queridos dhamsawaatis! ¡Prestad atención! ¡No está lejos el día en que habremos de recuperar lo que nos pertenece! ¡Todos deberemos tomar una decisión, aunque haya quienes querrán hacernos creer que Dios los ha elegido a ellos para tomarlas por los demás! Mas ¿acaso están aún los habitantes de Dhamsawaat cargados de aquellas cadenas que forjaran los tiranos de antaño? ¿Acaso debe gobernarnos alguien carente de toda mesura y sabiduría por el mero hecho de que antes nos gobernara su padre?

Entre la multitud, alguien respondió con un «¡NO!» ensordecedor, y una docena de voces distintas corearon el grito.

—¡Que gobierne el Halcón!

—¡Que Dios nos conceda un califa sensato!

—¡Aquí no hay cadenas, oh, Halcón!

Adoulla sin duda habría apostado a que el melodramático ladrón había plantado personalmente allí a estos simpatizantes. Los guardias ya casi habían llegado a la puerta, pero debían remontar una corriente de personas cada vez más hostiles. El Príncipe continuó:

—El afecto de los habitantes de la Joya de Abassen será para aquel califa que cumpla con su deber. Que contribuya a alimentar a sus súbditos. Que no los despoje de sus monedas. Pero no para un califa que nos azote con su codicia y su crueldad. Cierto es… —La voz del bandido adquirió un tinte amenazador—. Cierto es que incluso un califa no deja de ser un hombre, ¡y la muerte de un mal

hombre sería preferible a la de nuestra buena ciudad! —Merced al conjuro de dirección, todos los presentes pudieron ver el brillo contagioso que anidaba en los ojos del Príncipe Halcón.

Un clamor se adueñó del gentío. Murmullos escandalizados, en parte, pero saltaba a la vista que las regicidas declaraciones del Príncipe habían envalentonado a no pocas personas, y estas eran las que hacían más ruido. Al filo de la multitud, Adoulla reparó en un mercader de extravagante atuendo y en un funcionario público con librea que comenzaban a alejarse de la aglomeración, atemorizados.

Raseed volvió a apoyar una mano en la empuñadura de la espada y se revolvió inquieto en el sitio.

—¡El pueblo de Dhamsawaat ya se ha alzado antes, antes de que la comida y el trabajo escasearan, antes de que la mitad de nuestros hijos conocieran la cárcel y la mitad de nuestras hijas sufrieran el vergonzoso acoso de los guardias! ¡Esto se repetirá, amigos míos! ¡Preparaos! ¡Estad listos!

Los guardias habían empezado a subir al hueco de los pregones. No dejaban de acudir en tromba, procedentes del otro lado del pórtico. Pero restalló otro ruido atronador, se elevó otra nube de humo naranja, y el Príncipe Halcón se desvaneció.

«¡Dios Todopoderoso!».

La multitud no tardó en perder el arrojo. Hombres y mujeres por igual regresaron a sus quehaceres habituales, dando un amplio rodeo para evitar a los guardias enfurecidos. Raseed carraspeó junto a Adoulla, y este recordó lo apremiante de su cometido. Abrirse paso a través del apretado gentío había sido tarea imposible durante la aparición del Príncipe, y ahora la muchedumbre se movía despacio.

—En marcha, muchacho; esta puerta permanecerá taponada durante horas. A lo mejor podemos acercarnos a la avenida y alquilar un palanquín. Con toda esta conmoción, quizá acabemos antes saliendo por la puerta de los Porteadores que por aquí. —Adoulla intentó no obsesionarse con todo el tiempo que ya habían perdido. Cada nuevo retraso se traducía en más personas abatidas por los colmillos de los gules.

Recorrieron a pie media docena de manzanas de viviendas y doblaron una esquina que los condujo a un callejón poco transitado. Parecía que hubiesen llegado a otra ciudad. Incluso el calor se había

mitigado, resguardada como estaba la callejuela por la sombra de los altos muros que la ribeteaban. Sentada en el zaguán de su casa, una mujer de mirada acerada levantó la cabeza con suspicacia del cesto que estaba tejiendo cuando la pareja pasó caminando ante ella. Esta señora y un escuchimizado adicto a las semillas de amapolas, aparentemente enfrascado en conversar con las nubes, eran los únicos ocupantes del callejón. Cuando el agudo olfato de Adoulla detectó las fragantes vaharadas de cabrito estofado que escapaban por una ventana, el cazador de gules aspiró los efluvios con avidez.

—¡Mire por dónde va, doctor! —Antes de que las palabras de Raseed terminaran de brotar de sus labios, Adoulla notó cómo una de sus sandalias se hundía en una cálida boñiga de camello. Profirió una maldición, restregó la suela contra una piedra y se giró para continuar maldiciendo, esta vez a la mancha pardusca que había dejado a su paso.

Y se topó de bruces con el Príncipe Halcón.

«¡En el nombre de Dios! ¿De dónde ha salido?». El hombre, que medía casi dos metros, era más alto incluso que Adoulla, y sus músculos se cincelaban allí donde el cazador de gules tan solo poseía pliegues de grasa. Llevaba el bigote negro meticulosamente arreglado, y sus apuestas facciones morenas enmarcaban una sonrisa radiante.

Adoulla vio por el rabillo del ojo cómo Raseed se volvía y desenvainaba la espada. El Halcón, precavido, retrocedió un paso. El ladrón observaba a Raseed como si este fuera un animal peligroso, pero sonrió de nuevo al decir:

—¡Vaya, esto es algo que no se ve en cualquier callejón! Un derviche de la orden y un cazador de gules… El doctor Adoulla Makhslood, supongo. —La actitud del Príncipe resultaba llamativamente desenfadada, habida cuenta de la peliaguda situación de la que acababa de escapar.

Sin decir nada, Adoulla dejó que su expresión reflejara la sorpresa que le producía el hecho de que lo hubieran reconocido lejos de su residencia habitual.

—Sí, doctor, he oído hablar de vos. Si dispusiéramos de más tiempo, recitaría todos los cumplidos que os dedican los menesterosos del barrio de los Eruditos. Pero los guardias que me

persiguen están a escasas manzanas de distancia.

—¡Asesino! —escupió Raseed mientras daba un paso adelante, pero Adoulla le frenó interponiendo un brazo ante su pecho.

El Príncipe hizo como si el derviche no estuviera allí y continuó dirigiéndose a Adoulla.

—¿No vais a ayudarme, mi señor? Mis próximos pasos… y las vidas de muchos… dependen de que los guardias ignoren el camino que sigo.

«Bueno, conque un muchacho huérfano por culpa de los gules no era bastante por hoy para el viejo Adoulla Makhslood, ¿eh, Dios? ¡Qué va! ¡Además tenías que involucrar a Tu orondo y añoso siervo en los complots de un usurpador chiflado! Estupendo». Adoulla contempló al Príncipe.

Podía aplazar lo inevitable todo cuanto quisiera, pero lo cierto era que solo cabía una decisión posible, y el tiempo apremiaba.

—Ignorarán el camino que sigas —musitó.

A su lado, Raseed refunfuñó sin poder disimular la rabia que lo embargaba.

El Príncipe inclinó la cabeza.

—¡El Príncipe Halcón os da las gracias, mi señor! Quizá algún día tenga ocasión de devolveros este favor. —Dicho lo cual, el bandido se elevó por los aires con una pirueta que lo depositó en un balcón a dos plantas de altura.

«Asombroso». No era la primera vez que Adoulla veía un hechizo de salto en acción, pero eso no restaba ni un ápice de espectacularidad al modo en que la gracia física del Príncipe se combinaba con los incuestionablemente mágicos potenciadores. Dos rápidos brincos más lo condujeron al tejado del edificio, donde se perdió de vista. Junto a Adoulla, al derviche se le escapó un gruñido teñido de respeto.

Los gritos y el repiqueteo de los guardias que se aproximaban a la carrera llegaron a oídos de Adoulla.

—Hemos visto cómo se alejaba en la otra dirección, ¿de acuerdo? —dijo con voz tensa el cazador de gules.

Los ojos rasgados del joven se inundaron de furia.

—¡No pienso mentir para proteger a ese bellaco, doctor!

—Pues escóndete, muchacho, y déjame hablar a mí. —El derviche no se movió—. ¡Por favor! —lo apremió Adoulla.

Aunque su turbante experimentó una sacudida cuando negó con la cabeza, Raseed se internó en las sombras del callejón, donde pareció desaparecer sin dejar rastro.

Dos guardias doblaron raudos la esquina. «A juzgar por el escándalo, cualquiera diría que se trata de todo un pelotón. Necios beligerantes». Los ojos de Adoulla no dejaban de saltar de una sombra de la callejuela a otra. Rezó para que el derviche no decidiera salir de su escondite.

—¡Eh, viejo! ¡Alto ahí! ¡Detente si en algo valoras tu vida! —Los dos guardias eran altos y muy jóvenes, con las mejillas lampiñas. Pese a que Adoulla no se había movido del sitio, volvieron a ordenarle a gritos que se detuviera.

Cuando llegaron en tromba a su altura, el cazador de gules detectó el olor a sudor que desprendía la pareja.

—¡Tú! ¿Has visto…?

—¡Por ahí! —exclamó Adoulla, apuntando en la dirección que no era. Adoptó su mejor expresión de abuelo cascarrabias—. ¡Se fue corriendo por esa boca! ¡Cochino bandido, que Dios lo confunda! ¡Estuvo a punto de arrollarme! En el nombre de Dios, me pregunto qué hacen sus hombres para evitar que ocurran estas cosas. Cuando yo tenía vuestra edad, os aseguro que la guardia jamás habría permitido que…

Los dos hombres apartaron a Adoulla de sendos empujones y salieron corriendo en la dirección que indicaba su dedo. Cuando se hubieron perdido de vista, Raseed resurgió de entre las sombras.

Ahora fue Adoulla el que sacudió la cabeza.

—Hemos perdido mucho tiempo, muchacho. Me da que esta noche nos va a tocar cabalgar.

Raseed asintió con sombrío deleite.

—Cazar gules a oscuras.

Adoulla, alentado por la tenacidad de su ayudante, no pudo reprimir una leve sonrisa.

—Eso. Y solo a un chiflado como tú, con una espada donde debería tener la sesera, le podría hacer ilusión semejante perspectiva.

Sin pizca de ganas de averiguar qué sería lo siguiente que le deparaba Dios Todopoderoso, Adoulla hizo una seña a su ayudante y reanudó la marcha.

4

En las polvorientas afueras al oeste de Dhamsawaat, Raseed bas Raseed vio cómo el doctor resoplaba al desmontar del palanquín que habían alquilado. Los pestilentes y correosos efluvios que impregnaban el aire formaban una incongruente combinación con los trinos de las aves cantoras. Aquí las edificaciones eran menos numerosas y se encontraban más espaciadas entre sí que dentro de las murallas. Flanqueaban la carretera viviendas de adobe, poco más que meros chamizos, y casitas de ladrillo cocido y aspecto más próspero. Incluso aquí, donde la población era mucho más escasa, inundaba la calle un heterogéneo conglomerado de gentes. Una parte de Raseed, tan atento a su entorno como siempre, reparaba en todo esto. Pero el grueso de sus pensamientos giraba en torno al fugaz encuentro con el Príncipe Halcón y su comportamiento durante el mismo.

«¡Mira que ocultarte de la autoridad del califa para proteger a un infiel! Deberías haberlo capturado. Deberías haber insistido, da igual lo que dijera el doctor», se censuró el derviche. Después de todo, Pharaad Az Hammaz era un delincuente. Y un traidor al Trono de la Luna Creciente, por mucho que el doctor se empeñara en que la causa del bandido era justa.

«El doctor». Raseed había ayudado a un ladrón sedicioso a evadirse de la justicia, ¿y todo por qué? Porque el doctor así se lo había pedido. Había equivocado sus actos, y esa constatación le sobrevino de nuevo, como un mazazo. Cierto era que Raseed había

accedido a desempeñar el papel de una especie de aprendiz, motivo por el cual le debía lealtad al doctor, pero este asunto del Príncipe Halcón… Se preguntó qué dirían sus shaykhs en la Logia de Dios si pudieran verlo ahora. Le preocupaba —algo que ocurría a diario— que sus acciones pudieran haber desagradado a Dios Todopoderoso. Al fin y al cabo, no tenía forma de saberlo. Todas las noches, sus ejercicios de meditación le ayudaban a apaciguar su alma inquieta lo suficiente como para permitirle conciliar el sueño, pero no era tarea sencilla.

Cuando una muchacha de largos cabellos y túnica ceñida pasó caminando por su lado, Raseed supo que Dios Todopoderoso estaba poniéndolo a prueba una vez más. Desvió la mirada y reprimió los vergonzosos anhelos que amenazaban con desbordar su cuerpo.

La vida resultaba mucho menos confusa en la Logia de Dios, pero en los dos años transcurridos desde que el sumo shaykh Aalli —el más venerable de sus tutores, además del más permisivo— lo enviara a adiestrarse con el doctor, Raseed se había dado cuenta de que la complejidad era consustancial al mundo exterior. *Cuando conozcas a Adoulla Makhslood, gorrioncito, comprobarás que existen verdades más importantes que todas las que hayas podido aprender en la logia. Descubrirás que la virtud anida en lugares insospechados*.

En el transcurso de los dos últimos años, Raseed había tenido ocasión de confirmar cuán certeras eran las palabras de su antiguo maestro. Rememoró la primera cacería en la que había acompañado al doctor, cuando rescataron a la esposa de Hafi, el encuadernador, de las garras del magus Zoud y sus gules de agua. Raseed había comenzado aquella aventura asombrado ante el hecho de que ese hombre tan impío y desaliñado realmente fuera el célebre y virtuoso cazador de gules para el que el sumo shaykh Aalli no escatimaba elogios. No obstante, antes de que el malvado Zoud yaciera sin vida en el suelo, el muchacho se había visto obligado a admitir que tanto los poderes del doctor como su devoción por el deber eran incuestionables.

Aun así, durante los primeros días en compañía de Adoulla Makhslood, Raseed había resistido la tentación de abandonar una docena de veces; tan zafio e irreverente le parecía el doctor. Pero contravenir las órdenes del sumo shaykh Aalli no era algo que le correspondiera a un derviche recién ordenado, y menos cuando sus

instrucciones eran tan precisas.

De modo que, una y otra vez a lo largo de los dos últimos años, Raseed había tenido ocasión de comprobar que en alguna parte entre todos los eructos, las blasfemias y la laxitud del doctor se escondía un encarnizado enemigo del Ángel Traidor. Alguien que servía a Dios con una dedicación tan profunda que sería digna rival incluso de la del sumo shaykh Aalli. Alguien a quien el Todomisericordioso bendecía y prodigaba Su afecto.

Lo cual no era óbice para que a Raseed le preocupara qué ocurriría cuando llegara el día de regresar a la logia y tuviera que asumir el manto de shaykh. Todos los actos que hubiera cometido en el mundo exterior se juzgarían entonces, y cada vez que pensaba en la laxitud con la que también él abordaba cuestiones tales como este asunto del Príncipe Halcón, le asaltaba el temor de que la sentencia no pudiera ser muy favorable.

El doctor terminó de pagar al porteador, se giró y traspasó a Raseed con una mirada que se guarecía bajo sus pobladas cejas canosas.

—Te reconcome lo que ha pasado con esos guardias de antes, ¿verdad?

El derviche no se tomó la molestia de preguntarle cómo lo sabía.

—Sí, doctor. Es que… —Comenzó a brotar de sus labios un incontenible aluvión de palabras cargadas de malestar cuya intensidad lo sorprendió incluso a él—. ¡Tanto da si son unos necios y no debemos respetar al califa y a su heredero! ¡Tenemos que defenderlos! De lo contrario, ¿qué será lo siguiente a lo que le perdamos el respeto? ¿A los Ángeles Hospitalarios? ¿Al mismísimo Dios?

Su mentor puso los ojos en blanco y se rascó la narizota. Rodeó los hombros de Raseed con un brazo y recondujo sus pasos por una vía peatonal de tierra prensada que desembocaba en un par de edificios bajos y alargados.

—¿Sabes? —dijo el doctor mientras se dirigían a los establos—, no hay nada que me saque más de quicio que los jóvenes que hablan como vejestorios. ¿Te das cuenta de lo histérico que pareces? ¿Acaso te crees que siempre ha habido califas, muchacho? Dios y el hombre se amaban ya antes de que se levantaran los primeros palacios y nacieran los primeros nobles emperifollados. Y

si el Palacio de la Luna Creciente se desmoronara mañana, Dios continuaría amándonos. «Pues si bien es cierto que ellos gobiernan sobre el cuerpo de los hombres, Dios es el rey de sus almas».

Mientras el doctor citaba los Capítulos Celestiales, llegó hasta ellos el olor de los animales (mulas, caballos y camellos) que ocupaban los establos de Sayeed el Oblicuo. El caballerizo, un hombre deforme pero de vestimenta impecable con el espinazo prácticamente paralelo con respecto al suelo, salió a recibirlos golpeando el suelo con su delicado bastón de madreperla. El doctor se encargó de los preparativos, puesto que al parecer Sayeed el Oblicuo era uno de sus innumerables viejos amigos.

Aunque no fuera ese el caso, Raseed sabía que su mentor habría insistido en ser él quien llevara la voz cantante, pues consideraba al derviche demasiado ingenuo como para confiarle determinadas tareas. Un mes después de mudarse a vivir a Dhamsawaat, Raseed había salido a comprar la cena. El doctor, tras carcajearse al ver el miserable puñado de hortalizas marchitas que Raseed trajo a casa, sentenció con irritación que él habría podido comprar el doble de comida con la mitad de monedas. Aunque mediaban dos años entre aquel día y el día de hoy, Raseed sabía que su mentor aún lo tenía por «un genio con la espada pero un memo en la calle», según lo había expresado el mismo doctor, citando a un poeta.

Minutos después, el cazador de gules besó en las mejillas a Sayeed el Oblicuo, se despidió de él deseándole la paz de Dios y depositó en manos de Raseed las riendas de una mula de aspecto recio. El doctor parecía intranquilo mientras conducía su propia montura hacia la carretera; no dejaba de rascarse la barba y de mirar de reojo a su alrededor como si buscara algo. Raseed supuso que tendría algo que ver con ausentarse de Dhamsawaat. Se diría que dejar atrás la ciudad inspiraba en él una mezcla de nerviosismo y melancolía.

Raseed no había conocido nunca a nadie tan ligado a un lugar. El cazador de gules se quejaba siempre que podía de la vida en la urbe, pero Raseed sabía que le encantaba… quizá precisamente porque la Reina de las Ciudades era un lugar del que el doctor podía quejarse con familiaridad, cómodamente y sin fin. El muchacho abrigaba la esperanza de que a Dios le complaciera devolver cuanto antes a su ciudad a este hombre, bondadoso pese a

todos sus defectos. Para sus adentros, juró consagrar a tal fin tanto su espada como su virtud.

Cuando llegaron a la carretera, el doctor montó en la mula con una serie de gruñidos y resoplidos, tanto suyos como de la bestia. Raseed echó otro vistazo a su mula. Rara vez había necesitado corceles o animales de carga durante sus excursiones en solitario. «El verdadero derviche no necesita caballo», rezaban las Tradiciones. Además, los shaykhs de la Logia de Dios contaban que la orden jamás había visto un derviche tan veloz como Raseed. Era capaz de correr durante varios kilómetros sin fatigarse. En cuanto a los animales de carga, las Tradiciones eran igual de concisas: «El verdadero derviche no necesita más de lo que pueda llevar a la espalda». A pesar de todo, el doctor siempre viajaba a lomos de alguna bestia, y tildaba de «exhibicionista» a Raseed cuando este insistía en caminar a su lado. El chico se había acostumbrado a alquilar mulas y palanquines con el doctor, siquiera para no tener que oír sus protestas.

«¿Tan solo por eso? ¿No será que te has vuelto holgazán y así tienes la excusa perfecta?», resonaban dentro de su cabeza los ecos de sus propios reproches. Decidió que la próxima vez viajaría a pie.

Cabalgaron durante horas, dejando atrás los suburbios y las granjas de la periferia hasta que no quedó el menor indicio de que hubieran dejado la ciudad más importante del mundo a sus espaldas. Ahora eran escasas las personas que transitaban la carretera de tierra prensada, apenas uno o dos carros o camellos de vez en cuando. Desde que salió de la logia, Raseed había oído muy poco tiempo fuera de Dhamsawaat, y mientras avanzaba volvió a maravillarle cómo parecía abrirse el cielo sobre sus cabezas.

Por fin, cuando el sol se hundía ya a medias en el horizonte y no había nadie más en el camino con ellos, el doctor detuvo su mula, no sin antes forcejear brevemente con la bestia. Raseed se paró junto a él.

—¡Bueno! —poco menos que bramó el cazador de gules—. Este sitio parece tan apropiado como cualquier otro para lanzar el hechizo de rastreo. ¡Ven aquí! —Indicó a Raseed que se acercara al borde de la carretera y desmontó con un sonoro gruñido. A continuación, el doctor rebuscó en su faltriquera y se encorvó sobre el suelo con otro gruñido, aún más sonoro.

«La cantidad de ruidos groseros que es capaz de emitir —pensó Raseed, irritado—. Siempre está venga a gruñir, a rascarse, a carcajearse desaforadamente. Pero es mi deber mantenerlo a salvo». De un solo movimiento, Raseed desmontó a su vez, recogió las riendas de las dos mulas y se plantó junto a su protegido como un guardaespaldas mientras elaboraba su hechizo.

El doctor había sacado un trozo de papel, el jirón ensangrentado del atuendo del pequeño Faisal, un frasquito y una larga aguja de platino. Escribió algo en la hoja, se pinchó en un dedo con la aguja y sujetó la tela y el papel en el suelo. A continuación se incorporó, cerró los ojos y recitó unas líneas de los Capítulos Celestiales mientras espolvoreaba un pellizco de arenilla de color verde oscuro —¿menta?— cada vez que pronunciaba el nombre de Dios.

—«¡Dios es el vidente de lo invisible! ¡Dios es el conocedor de lo desconocido! ¡Dios es el revelador de las cosas ocultas! ¡Dios es el maestro de los misterios!».

A ojos de Raseed, no sucedió nada, pero el doctor, ahora con la frente perlada de sudor, abrió los suyos y le arrebató las riendas de su mula. Volvió a montar y continuó por la carretera. No dijo nada, ni se giró siquiera para ver si el chico lo seguía. El derviche comprendió por qué mientras montaba a su vez y trotaba para situarse a su lado. «Está agotado… El viaje, el conjuro… le están pasando factura». Raseed procuró evitar que esto le causara preocupación.

Le concedió a su mentor unos minutos para recuperar el resuello antes de preguntar:

—¿Habéis encontrado el rastro de los gules, doctor?

—Sí —dijo por toda respuesta.

Los kilómetros se sucedían conforme las mulas avanzaban a paso vivo, siguiendo una trayectoria sesgada con respecto al sol poniente. A medida que la carretera se alejaba cada vez más hacia el oeste, aproximándose al río de los Tigres, el terreno no tardó en volverse más llano y pantanoso. El aire, cargado ahora de humedad, estaba infestado de mosquitos que irritaban la nariz y los ojos de Raseed. Cuando el sol teñía ya el horizonte de rosa y morado, el derviche vio a un granjero barbudo y escuálido que caminaba hacia ellos, el primer viajero con el que se cruzaban en una hora. El hombre dio un amplio rodeo para evitar cruzarse con las mulas y

musitó «Con la paz de Dios» desde el otro lado de la carretera al pasar, esforzándose por no mirarlos a los ojos. «¿Tendrá miedo de nosotros? ¿O será que tiene algo que ocultar?».

«Él no es la razón que te ha traído hasta aquí —se recriminó Raseed—. Concéntrate».

El paisaje estaba salpicado de grandes peñascos tras los cuales se podría esconder cualquier cosa. Raseed aguzó la mirada, atento al menor indicio de movimiento a su alrededor. El río de los Tigres discurría fuera de su vista a la derecha, delatada su presencia tanto por la limpia fragancia del agua como por las palmeras cargadas de dátiles y los grandes macizos de juncos acerinos que castañeteaban al entrechocar, mecidos por la brisa vespertina.

—Alto —dijo Adoulla, lo bastante fuerte para sobresaltar a dos aves marismeñas que, asustadas, levantaron el vuelo. Era la primera vez en mucho tiempo que rompía su silencio—. El rastro se desvía a partir de aquí, pero algo anda mal.

—¿A qué os referís, doctor?

El mentor de Raseed parecía desconcertado de veras, un espectáculo insólito.

—No sabría explicarlo, muchacho. En todos los años que llevo lanzando hechizos de rastreo, jamás me había sucedido nada igual. Por lo general presiento… o mejor dicho, «oigo» dentro de mi cabeza… cómo Dios me guía hacia mi objetivo. Y todavía este es el caso. Nuestra presa anda cerca y se encuentra en esa dirección. —El doctor señaló la carretera a su izquierda, donde se erguían un denso cúmulo de peñascos y una colina solitaria de cima puntiaguda—. Pero también me proporciona pistas acerca de otros peligros. «El chacal que devora almas». «La perdición de la manada de leones». No… no sé lo que significa. En todos estos años, jamás… —Soltó las riendas y apoyó la cabeza en las manos. Raseed procuró disimular su preocupación.

El doctor respiró hondo y exhaló un estruendoso suspiro. Levantó la cabeza, la sacudió y se atusó la barba con una mano.

—Ya está. Fuera lo que fuese, se ha ido. —Miró a su alrededor como si acabara de despertar de un sueño. Volvió a llenarse los pulmones de aire y lo expulsó como si fuera un camello—. Olvídalo, muchacho, no tiene importancia. Me hago viejo, estoy cansado y hoy no he comido lo suficiente. —Saltaba a la vista que el mentor

del derviche no creía en sus propias palabras, pero si no deseaba seguir hablando del asunto, Raseed no podía hacer nada al respecto —. Continuemos. —El doctor sacó a su mula de la carretera y comenzó a descender por el suave declive que describía el terreno.

Raseed lo siguió.

La oscuridad lo invadió todo al cabo de otro cuarto de hora, salvo por la tenue luz de las estrellas y la luna, ocultas tras un plateado velo de nubes. Cuando llegaron al pie de la colina picuda, Raseed vio que no se trataba de una colina en absoluto, sino de una formación rocosa que sobresalía inclinada del suelo, como una diminuta montaña de quince metros de altura. El doctor guio los pasos de la mula hasta la pendiente, donde los cascos del animal repicaron estridentes contra la piedra. Tras él, Raseed emprendió a su vez el ascenso de la ladera, que no tardó en empinarse abruptamente. Siguiendo unas indicaciones que al derviche le resultaban tan inaudibles como invisibles, el cazador de gules se desvió para recorrer en diagonal la inmensa cuña rocosa.

La precisión de la forma triangular del promontorio y la ausencia de fisuras en la piedra llevaron a Raseed a preguntarse si la superficie que pisaban sus monturas no sería obra del hombre. «Pero, en tal caso, ¿qué clase de seres la habrán hollado antes que nosotros?».

—Doctor, ¿de dónde sale esta roca? ¿Qué edificación se erguía aquí antes? —preguntó Raseed con voz queda. Se preciaba de no asustarse con facilidad, pero había algo perturbador en el hecho de seguir los pasos de quienes sin duda debían de haber perecido hacía tiempo.

—Es del imperio de Kem, eso seguro —respondió distraídamente, sin dejar de explorar su entorno con la mirada—. Quizá la piedra angular de…

El doctor dejó que la frase muriera en sus labios y frenó la mula de pronto, a lo que el animal se rebeló con vehemencia. Entornó los párpados y miró a su alrededor.

—¡Desmonta! —susurró mientras se apeaba de la mula.

Raseed obedeció. Recogió las riendas de los dos animales, pero las dejó caer en cuanto el doctor susurró de nuevo.

—Suéltalas. No tenemos tiempo de amarrarlas. —Una vez más Raseed hizo lo que se le pedía, y las bestias bajaron trotando por la

pendiente hasta un macizo de tréboles espinosos que había junto al pie de la piedra—. Gules de hueso. Más de uno… muy cerca —dijo, ladeando la cabeza. Parecía que estuviera escuchando algo que solo sonara dentro de su cráneo. Hundió una de sus fuertes manos en la faltriquera—. ¡Al final de la cuesta! —exclamó.

Raseed no le preguntó cómo lo sabía. Desenvainó la espada y escudriñó la oscuridad casi absoluta que se extendía a sus pies. De improviso, las mulas empezaron a rebuznar aterradas. La aguda vista de Raseed descubrió sus siluetas huyendo de la ladera rocosa.

A continuación distinguió más figuras, humanoides —una, dos, tres de ellas—, que salían de detrás de los peñascos y comenzaban a escalar la pendiente. Y oyó sus siseos.

El siseo de los gules no se parecía a ningún otro sonido de este mundo. Como si un millar de serpientes carraspearan a la vez con un remedo de voz humana rezumante de odio. Raseed lo había oído en más de una ocasión, pero seguía poniéndole la piel de gallina.

Las nubes se deslizaban por el firmamento, desde donde la luna bañaba la escena de luz plateada. Incluso los ancianos ojos del doctor podían ver con claridad ahora. Tres gules de hueso, todo zarpas, fauces y piel cenicienta, ascendían por la falda del inmenso bloque de piedra.

—Hemos pasado de cazadores a presas, doctor.

El cazador de gules respondió con un gruñido y sacó algo de su faltriquera. Dos de los tres gules se encontraban ya a menos de veinte metros. Él los observó fríamente, sostuvo en alto un frasquito cerrado con un tapón de corcho y lo arrojó al suelo; el cristal se hizo añicos, el aire se inundó de un olor mezcla de flores y vinagre, y bramó, citando las escrituras:

—«¡Dios es la misericordia que extermina la crueldad!».

Se oyó un estruendo, como una avalancha, y los dos gules más próximos, apagada la falsa llama de sus almas, perdieron su forma humanoide y se desplomaron en sendos montones de tierra removida y gusanos necrófagos. «¡Dos monstruos de un plumazo!». No era la primera vez que Raseed se maravillaba ante los poderes de su mentor. Lo tranquilizó poder admirarlo en lugar de tener que temer por su vida.

Uno de los gules seguía en pie todavía. El doctor se inclinó hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas, visiblemente

agotado por el conjuro.

—¡Te toca, muchacho!

Antes de que las palabras del doctor terminaran de salir de sus labios, Raseed se abalanzó a toda velocidad sobre la criatura mientras su arma volaba hambrienta de carne de gul. La criatura emitió un siseo cargado de malevolencia irracional y arañó el aire con sus largas garras, pero Raseed la mantuvo a dos espadas de distancia.

Avanzó dos pasos, proyectó una estocada y sintió cómo su arma se hundía en el monstruo. El gul profirió un siseo estridente mientras una de sus zarpas, cercenada, trazaba un arco en el aire y dibujaba una estela de gusanos como gotas de sangre. Una de las larvas aterrizó en la mejilla del derviche. El gul no se detuvo, sino que empleó el muñón mutilado a modo de maza y obligó a Raseed a saltar hacia atrás; el chico no se atrevió a quitarse el molesto gusano de encima de un manotazo.

El gul persistió, pero ahora la ventaja estaba de parte de Raseed. La criatura era inmune al dolor, y aun con una sola zarpa podría acabar sin dificultad prácticamente con cualquiera. Pero Raseed no era cualquiera. Fintó a la izquierda primero, después a la derecha, manteniendo en todo momento las garras intactas del gul a una distancia prudencial. Esperó a que la criatura cometiera un descuido y vio su oportunidad cuando el engendro se abalanzó sobre él con las fauces abiertas.

Raseed reafirmó su posición, levantó la espada y la descargó con todas sus fuerzas. La cabeza del gul salió disparada de sus hombros. Con un estremecimiento, su cuerpo se disolvió en una pila de gusanos y tierra removida.

Raseed se sacudió la larva del rostro y regresó junto al doctor, sin resuello pero ileso.

—¡Doctor! ¿Dónde creéis que…?

Más siseos. Las palabras murieron en los labios de Raseed.

Otros dos gules de hueso comenzaron a escalar la cornisa de la escarpada cara opuesta del bloque de piedra. «¡Dios Misericordioso!». Raseed se había enfrentado a varios gules de hueso desde que se uniera al doctor. Pero siempre de uno en uno o en parejas. Ignoraba que los gules pudieran formar manadas tan numerosas. El doctor continuaba resoplando a su lado,

probablemente incapaz de elaborar otra invocación tan pronto.

Raseed embistió contra los gules y se cruzó con ellos como una exhalación, con la espada bífida extendida al costado. El arma, al hundirse en el cuello de una de las criaturas, estuvo a punto de salir despedida de sus manos. Liberó la hoja sin detenerse, esquivó una serie de zarpazos y se esforzó por distraer su atención de su mentor. Los gules lo obligaron a retroceder hasta que sus talones quedaron a menos de un metro del borde del precipicio que formaba el gigantesco bloque de piedra. Intentó atisbar de reojo al doctor, pero los gules le bloqueaban la vista.

Un reguero de gusanos supuraba de la herida en el cuello que le había infligido una de las criaturas. El gul se tambaleó, visiblemente perturbada la energía que lo animaba. Los ojos vacíos de su compañero observaban fijamente a Raseed. El feroz instinto sin vida que anidaba dentro del monstruo sopesaba el mejor momento para atacar.

La imponente figura del doctor, embozado en su caftán blanco, apareció de improviso arrastrando los pies, gritando.

—«¡Dios es la esperanza de los desesperados!» —proclamó con voz ronca.

El gul herido se desplomó. El otro surcó el aire en dirección a Raseed, que se quedó sin aliento cuando el monstruo impactó contra él. Trastabilló dos pasos de espaldas.

El suelo desapareció bajo los pies del derviche.

El gul y él se precipitaron al vacío sobre el filo del bloque de piedra, convertidos en un amasijo de brazos y piernas.

Raseed tensó el cuerpo y concentró su alma. Se giró mientras dejaba que su espada se alejara de la mano que la empuñaba y pateó al gul en pleno vuelo. Las rocas del suelo acudían a su encuentro a una velocidad de vértigo, pero la percepción atenuada del tiempo que formaba parte de su adiestramiento le infundía serenidad. Sus dotes acrobáticas eran una bendición de Dios ante la cual palidecerían las proezas de los mejores equilibristas y saltimbanquis del mundo. La caída no le provocaría el menor daño.

Se encogió hasta formar un ovillo y rodó al golpear el suelo, con tan solo un gruñido. Continuó dando volteretas durante seis metros antes de ponerse de pie, jadeante. Su aguda mirada detectó el reflejo de la luna en su espada a escasos palmos de distancia;

cuando la recuperó, la familiar sensación de la empuñadura en su mano lo tranquilizó.

«¿Dónde está el gul?». Raseed miró a su alrededor, listo para seguir peleando. Vio al gul de hueso a unos tres metros de distancia, tendido de bruces en el suelo, convulsionándose. El monstruo había aterrizado de cabeza y se había abierto la crisma con una roca de cantos afilados, tan grande como una persona. El ser emitió un débil siseo, tembló una vez más y se disipó en un montón de sabandijas sin vida.

«¡Alabado sea Dios!». Solo entonces se permitió Raseed acusar el dolor lacerante que le atormentaba el pecho y las costillas. La criatura lo había alcanzado con sus zarpas infectas, destrozándole los hábitos de seda y rasguñándole la piel. «Habrá que purgar la herida con hierbas». El doctor le había enseñado hacía tiempo que las antiguas historias según las cuales bastaba la herida de un gul para convertirse en uno de ellos carecían de fundamento, pero las sucias garras de aquellos monstruos podían provocar la muerte gracias a un sinfín de enfermedades reales.

Raseed oyó cómo el doctor gritaba algo en lo alto del bloque de piedra. «¿Todavía más criaturas?». Corrió hasta la escarpada falda rocosa y emprendió el ascenso a una velocidad que cualquier hombre corriente encontraría asombrosa. El cazador de gules ya estaba rendido cuando entonó la última invocación. En su estado, no sería rival para los esbirros del Ángel Traidor. Raseed apretó el paso. Desoyó las protestas de sus heridas, hizo caso omiso de la dolorosa aspereza de la roca contra las yemas de sus dedos y rezó para que no fuera demasiado tarde.

5

Adoulla, que había comenzado esta batalla con una seguridad impropia de su veteranía, presintió enseguida la presencia de los gules, eliminó a varios de ellos y vio cómo su ayudante decapitaba a uno más. Pero aquel estallido inicial de bravuconería nostálgica se había evaporado ya. Al cazador de gules no le cabía la menor duda de que Raseed había sobrevivido a la caída, pero así y todo podría necesitar su ayuda, y quizá hubiera más gules en los alrededores. Adoulla estaba muerto de cansancio, pero el orgullo profesional y la preocupación que sentía por su ayudante impedían que se derrumbara en el sitio. Se giró hacia el lugar desde el que Raseed se había precipitado al vacío, rebuscó de nuevo en la faltriquera y sacó un sobrecito de papel vitela.

Percibió que algo se movía hacia él. Adoulla se apartó bruscamente de lo que quiera que fuese, y recibió un pesado mazazo en la espalda.

Se cayó de bruces, y el sobre y la bolsa escaparon volando de sus manos. Una forma enorme reptaba entre la faltriquera y él. Obstinado, se obligó a olvidarse del dolor que sentía en la espalda. Se alejó gateando de la criatura y, con la respiración entrecortada, se incorporó.

Adoulla profirió un grito de consternación. Otro gul de hueso. Descomunal. El gul más grande que veía en cuarenta años.

«¡Imposible! Crear una criatura de este tamaño… ¡además de todas las otras!». El poder necesario para conseguir algo así era

incalculable. La criatura se imponía sobre él, y Adoulla no era ningún enano. ¿Quién podría crear y controlar a semejante monstruosidad de casi tres metros de alto?

El gul dio un paso hacia él. La mirada de Adoulla saltó de los ojos sin alma del ser a sus zarpas inmensas. Con una de ellas podría aplastarle la cabeza como si fuera un melón. Lo cierto era que únicamente su finta medio instintiva lo había salvado de encontrarse con la espalda rota. Y aunque todos los días debía hacer frente al cansancio que le infundía este mundo, que le aplastaran la cabeza como si fuera un melón todavía no entraba en sus planes. Siquiera tan solo porque Raseed lo necesitaba.

Clavó la mirada en los ojos del gul, tan carentes de vida como de pupilas. Con suavidad, a la desesperada, empezó a silbar «Bajo el peral, mi tesoro». En cuanto los primeros compases abandonaron sus labios, el monstruo se quedó paralizado en el sitio. Una actitud confiada y el sonido de una canción apreciada, reconfortante para los gules. Se trataba de un encantamiento poco fiable, una estratagema tradicional sin el poder ni la elegancia de las invocaciones con escrituras. No siempre daba resultado, y cuando lo hacía tan solo conservaba su eficacia durante un par de minutos. Pero le había salvado la vida más de una vez.

La gigantesca monstruosidad, con las zarpas encogidas a los costados, se mecía lentamente al compás de la melodía. Adoulla se esforzó por seguir silbando mientras sostenía la mirada del gul y sopesaba sus opciones, todo al mismo tiempo. La frase «Soy demasiado viejo» no dejaba de entrometerse en sus pensamientos.

«¡Ahora no!», le ladró una parte de su ser a la otra. La faltriquera, con todos sus pertrechos, yacía en el suelo justo detrás del coloso. «Como si estuviera en Rughal-ba». Si daba aunque solo fuese un paso adelante, rompería el hechizo de la melodía. Continuó silbando, pero se acercaba el final de la canción… y también la inmovilidad del gul.

Adoulla rezó para que las garras de la criatura no lo atraparan cuando se abalanzase sobre la bolsa que contenía sus pócimas. No le gustaba nada el aspecto que ofrecía aquello. «Bueno, así que este es el fin —pensó el cazador de gules—. Una muerte ignominiosa, cortesía de una abominación siseante. —Faltaría a la verdad si dijera que le pillaba por sorpresa—. Qué no daría por una última

taza de té de cardamomo, o por una última comida en mi casa».

Silbó débilmente la última nota de la tonada, con los labios resecos, y tensó los músculos. La criatura profirió un chillido estridente.

Algo se abalanzó sobre el gul.

No era Raseed. Adoulla distinguió un destello de pelaje dorado y el restallar de una cola como un látigo. Algún tipo de bestia se había encaramado al lomo del gul gigante. Los ojos lechosos de la monstruosidad se abrieron de par en par antes de contraerse de nuevo. El engendro volvió a gritar, pero esta vez de dolor.

Adoulla aparcó sus melancólicos pensamientos e intentó unir las piezas de aquel nuevo misterio. ¿Qué había agredido al gul, y de qué manera podría utilizarlo él a su favor?

La criatura gris y verde se contorsionó en un intento por sacudirse de encima a este nuevo contrincante. Al girarse el gul, Adoulla pudo ver mejor al extraordinario animal que le había salvado la vida: una esbelta chica-leona de llameantes ojos verdes y un pelaje dorado tan lustroso que parecía imposible.

Un torrente de tradiciones recordadas a medias inundó la mente de Adoulla. Aquello no era ningún animal. De hecho, si se podía creer en las leyendas del desierto, semejante criatura era un agente de la justicia de los ángeles… y, por consiguiente, de la de Dios. Adoulla se apresuró a musitar una plegaria de agradecimiento.

No obstante, «Dios ayuda sobre todo al que se ayuda a sí mismo». Adoulla se arriesgó a estirar un brazo en dirección a la bolsa.

Ya la había recogido y había metido una mano en su interior cuando vio que no le haría falta ninguna invocación. Su rescatadora había apagado el alma falsa que animaba aquel monstruoso remedo de armazón humano. Al morir, la criatura burbujeó de un modo que incluso todavía, después de tantos años, le revolvía el estómago. A continuación, con un sonido parecido al rechinar de la gigantesca tapa de un ataúd, el gul se desmoronó, extendiendo un manto de tierra de cementerio y polillas de mausoleo sin vida.

Unos destellos cegadores, como llamaradas solares, ondeaban en el pelaje de la leona. Cuando el resplandor se hubo apagado, allí donde antes se encontraba el felino se alzaba ahora una quinceañera morena de facciones perfectamente anodinas. Se cubría

con la sencilla piel de cría de camello, del color de la arena, que constituía el atuendo habitual de las tribus Badawi. Era como si Adoulla hubiera parpadeado y, aprovechando su distracción, alguien hubiese sustituido a la criatura de fauces erizadas de colmillos de hacía unos instantes por esta muchachita de ojos verdes.

No era la primera vez que veía algo así.

El raro y ya casi olvidado don de la forma del león. Muchos años atrás había conocido a otro nativo bendecido de esta manera por Dios; buena persona, para tratarse de un salvaje, pero aterrador a la vista cuando se enfadaba. Adoulla tendría que andarse con mucho cuidado.

—Hola —acertó a decir.

La muchacha se lo quedó mirando con aquellos ojos como esmeraldas, precavida.

—Con la paz de Dios —intentó de nuevo el cazador de gules.

Las facciones de la muchacha se mantuvieron igual de adustas, aunque a Adoulla le pareció ver que su expresión se suavizaba de forma casi imperceptible.

—Con la paz de Dios —respondió, desabrida, mientras se apartaba de los ojos el abundante cabello que le caía sobre los hombros. El tono de una jovencita debería ser más respetuoso al dirigirse a un hombre mayor como Adoulla; debería haberlo llamado «señor», cuando menos. Pero los groseros badawi reservaban el decoro para los suyos. Dos preguntas inopinadas siguieron al escueto saludo inicial de la muchacha—: ¿Estabas luchando con estas viles criaturas? ¿Fuiste tú el que destruyó a las otras?

—El mismo. —Adoulla decidió ahorrarse las reprimendas que tenía en la punta de la lengua—. Gracias por tu ayuda, niña. Hacía muchos años que no me encontraba con alguien a quien se le hubiera concedido el don de la forma del león.

La muchacha se quedó boquiabierta.

—¿Conoces el don? ¿Y no te doy miedo?

Adoulla se encogió de hombros.

—Estás acostumbrada a vértelas con tus ignorantes compañeros de tribu, sin duda. Seguro que te temen pese a que dependen de tus poderes. Pues bien, yo no soy ningún salvaje desagradecido. —La

muchacha gruñó al oír aquellos insultos dirigidos contra su gente, como si aún tuviera una leona encerrada en el pecho.

Adoulla levantó las manos en actitud conciliadora.

—Me dedico a estudiar tanto esos fenómenos como sus versiones más siniestras, pequeña. La forma del león es un regalo que Dios les hizo a los hombres por mediación de Sus ángeles. «Los verdaderos badawi entrañan virtudes divinas; dorada como el sol su melena, garras de luz argentina». Conozco la forma y sé que no tengo nada que temer. Además, después de cuarenta años cazando gules, haría falta algo más que una niña envuelta en piel de leona para asustarme. Debo confesar mi sorpresa, no obstante. Hacía veinte años que no me cruzaba con uno de los tuyos. E ignoraba que las chicas tuvieran el don.

Adoulla oyó el tenue susurro que anunciaba la llegada de Raseed, que acababa de escalar la escarpada pared de piedra. El sonido hizo que la joven se girara.

—¡Caramba, muchacho, ya era hora! —dijo Adoulla, mientras el derviche se acercaba a paso ligero—. ¡Mira que abandonar a un anciano a su suerte aquí arriba! Aunque, como puedes ver, no estamos solos.

Raseed ya tenía su espada en la mano, si bien su expresión denotaba más incredulidad que beligerancia.

—¿Quién es esta niña, doctor?

—Bueno, entre otras cosas, es el instrumento del que se han valido los Ángeles Hospitalarios de Dios para salvarme la vida. Pero no nos ha dado tiempo a presentarnos en condiciones. —Adoulla se volvió hacia la muchacha, que no perdía de vista a Raseed—. Soy el doctor Adoulla Makhslood, jovencita. Mi ayudante se llama Raseed. —Se levantó una ráfaga de viento helado, y Adoulla escondió las manos bajo las axilas para resguardarse del frío.

La muchacha frunció el ceño de nuevo.

—¿Eres un cazador de gules? ¿Y este de aquí es un derviche? —preguntó con brusquedad, sin apartar la mirada de Raseed.

Sus impertinentes modales hicieron que Adoulla enarcara una ceja en señal de desaprobación, pero dudaba de que ella se hubiera percatado.

—Sí que lo soy, y sí que lo es. Aunque pensaba que ni siquiera el más grosero de los badawi tendría la descortesía de husmear en los

asuntos de un desconocido antes de decir siquiera cómo se llama.

—Soy Zamia Banu Laith Badawi —anunció la muchacha sin que en sus rasgos se insinuara la menor sombra de turbación—, Protectora de la Banda de Nadir Banu Laith Badawi.

Adoulla lanzó una mirada de soslayo a su ayudante. Solo entonces reparó el cazador de gules en los ensangrentados jirones de seda azul que colgaban del hábito de Raseed. Los cortes no parecían profundos, pero Adoulla sabía por experiencia cuánto escocían. Como cabía esperar, el estoico muchacho jamás daría la menor muestra de malestar. Pero la situación requería hierbas: guláudano y lavanda. Adoulla no tenía madera de sanador, pero sus amigos Dawoud y Litaz le habían enseñado algún que otro remedio.

—Estás herido —le dijo a su ayudante mientras metía la mano en la faltriquera y sacaba una bolsita de ungüento. Cuando se la lanzó al derviche, este envainó la espada visiblemente a regañadientes y comenzó a aplastar la bolsa con las manos, preparando el contenido para su aplicación.

Adoulla arrugó la nariz al percibir la penetrante y acre pestilencia floral de las hierbas machacadas. Volvió a concentrarse en la jovencita.

—Zamia, aquí presente, puede adoptar la forma del león, muchacho. ¿Recuerdas mis enseñanzas sobre los antiguos poderes de las tribus de las arenas del Reino Desierto? Acaba de destruir al gul más enorme que he visto en mi vida.

El derviche abrió los ojos de par en par al tiempo que sus manos dejaban de estrujar la bolsita. Su frente se surcó de pequeñas arrugas.

—Impresionante, doctor. Pero las Tradiciones de la Orden dicen: «Ser el enemigo de mi enemigo no te convierte en mi amigo».

—Vaya, estamos de celebración, muchacho. Los viejos hipócritas de tus maestros tenían algo sabio que decir, para variar. Pero no estoy llamándola amiga. Me limito a contarte que me ha salvado la vida.

—¡Miserables! —escupió la joven—. ¡No habléis de mí como si no me tuvierais delante! —A oídos de Adoulla, el acento de los nativos siempre había sonado como si las piedras hablaran. Esta chiquilla de aspecto huraño, que sonaba como una rechinante lluvia de guijarros, lo traspasó ahora con su mirada de enfado—. ¿Qué

haces aquí, viejo?

—¡«Doctor», niña! ¡Dirígete a mí como doctor, señor u otro término más respetuoso! —Adoulla ya estaba harto del tono de esta mocosa insolente, bendecida por los ángeles o no.

—Los badawi no reconocen la autoridad de ningún título de la ciudad —repuso la muchacha con una mueca, antes de añadir a regañadientes—: Pero te llamaré «doctor» si lo deseas. —Una expresión aún más arrogante que la anterior se cinceló en sus anodinas facciones—. Tú mismo has dicho con tu propia lengua que te he salvado la vida… lo que significa que has contraído una deuda de muerte conmigo.

A Adoulla se le escapó una carcajada estentórea. «Hay que ver, qué ideas tiene esta gente».

—Conque sí, ¿eh? Soy un cazador de gules, niña. ¿Sabes cuántas vidas he salvado? ¿Cuántos hombres, mujeres y niños han escapado de las garras de los monstruos gracias a mí? ¿Acaso juraron servirme con la vida? ¿Se convirtieron en mis esclavos? No. Eso no es más que el vestigio de alguno de esos cuentos en verso de las seis noches de seis horas de tu pueblo.

La muchacha gruñó de nuevo, pero no dijo nada.

Adoulla exhaló un suspiro.

—Mira. Me has preguntado, a tu grosera manera, que qué hacemos aquí. Pues bien, resulta que esta manada de gules masacró a una familia de las marismas hace unos días. Mi ayudante y yo…

—Los vi —lo interrumpió Zamia, como si le hubieran exprimido toda la arrogancia de la voz—. Llevo casi una semana tras la pista de estas criaturas, desde que abandonaron el corazón de las arenas del Reino Desierto. Encontré los cadáveres de los marismeños, sus cajas torácicas abiertas como cascarones, con el corazón arrancado del pecho. Y sus ojos… No es la primera vez que veo a alguien muerto. ¡Yo misma he matado a muchos hombres! He sido testigo de cómo se apagaba la luz en sus ojos. Pero esto… Sus ojos no eran ni marrones, ni negros, ni blancos, tan solo rojos. Y no a causa de la sangre. Se trataba de un rojo brillante, como… como nada que hubiera visto antes. Si eso es lo que significa morir bajo las garras de un gul… —La muchacha se estremeció, envolvió los brazos alrededor de su cuerpecito aniñado y guardó silencio.

También Adoulla se quedó sin habla durante unos instantes.

Ojos que brillaban con el color del Ángel Traidor, otra prueba de que aquí estaba en juego algo más sombrío incluso que una cacería de gules. El miedo le atenazó las entrañas.

—Gul de hueso o gul de agua, gul de arena o gul de noche, los monstruos impíos devoran el corazón de los hombres cuando todavía está caliente. Pero esto… Esto que describes de los ojos es algo aún más horrible. Un tipo de magia cruel, una disciplina que los antiguos pergaminos aseguran que ya había sido erradicada del mundo. Un indicio de que no solo la carne, sino la misma alma ha sido succionada y devorada como el tuétano.

Los ojos verdes de la consternada muchacha se abrieron de par en par.

—¡No es posible!

Raseed, cuyas manos habían estado moviéndose bajo la túnica mientras se aplicaba el ungüento, habló antes de que Adoulla tuviera ocasión de responder.

—La chica tiene razón. ¡Dios no consentiría algo así! Los Capítulos Celestiales dicen: «Sí, aunque la carne sea profanada, el alma del fiel no siente…».

—¡Por favor, muchacho, no me cites las escrituras! Tus inadecuadas interpretaciones no nos sirven de nada, y debo canalizar mis energías hacia asuntos más importantes que encontrar las exégesis pertinentes con las que sacarte de tu error. Veamos…

Zamia ladeó la cabeza y olfateó el aire.

—Dices la verdad —habló con voz inesperadamente débil—. No detecto ni rastro de falsedad en ti. —Se le anegaron los ojos de lágrimas.

Adoulla estaba perplejo.

—Tampoco yo huelo ni rastro de falsedad en ti, Zamia Banu Laith Badawi. Sin embargo, pese a su prominencia, te aseguro que mi nariz dista de ser tan precisa como la tuya. Pero ahora me toca a mí hacer las preguntas. ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Y cómo es que has llegado aquí sola, persiguiendo a estos monstruos? ¿Dónde está tu banda?

—Eso no es de tu incumbencia —replicó Zamia, desabridas y pesadas sus palabras mientras se enjugaba unas pocas lágrimas de las anodinas mejillas. El viento, al arreciar por unos instantes, produjo un sonido espeluznante que se fundió con el estridente

grito de un milano nocturno que acababa de avistar a su presa.

—Niña, salta a la vista que compartimos el mismo adversario. Hasta una nativa como tú debería darse cuenta de que nos conviene compartir también toda la información. —La muchacha entornó los párpados, y Adoulla se acordó de uno de los proverbios predilectos de Miri: «Tanto las abejas como los escarabajos prefieren la miel al vinagre». El hecho de que Miri rara vez se guiara por este consejo carecía de relevancia. Adoulla necesitaba cambiar de táctica—. Zamia, no pretendía insultarte. Sé lo que es que los gules lo despojen a uno de su felicidad. Y puedo ayudarte, pequeña. Si me dejas.

Cuando la joven habló de nuevo, lo hizo con la voz de un cadáver:

—He mentido. Cuando te conté que había encontrado los cadáveres de los marismeños, dije que nunca había visto nada parecido. No es cierto. Lo vi días antes. Es lo que le ocurrió a mi banda.

«De modo que eso lo explica todo». Adoulla le tendió una mano a la muchacha, deseoso de reconfortarla, pero Zamia lo detuvo con una mirada iracunda. Tragó saliva con dificultad, se enjugó otra lágrima y reanudó su relato:

—Salí a explorar una noche, muy por delante del resto de la banda. A la mañana siguiente, cuando regresé al lugar donde habían plantado las tiendas… Lo que encontré… —El tono impávido de la joven se quebró. Enmudeció, inundados los ojos de horrores rememorados. Al cabo, se sobrepuso al dolor y prosiguió —: Cadáveres. Todos sus cadáveres. Los cincuenta y seis componentes de los Banu Laith Badawi… el viejo tío Mahloud y la mocosa malcriada de Wazzi. Faziza, de quien se pensaba que era ella la que dirigía la banda. Mi padre. Mi apuesto y joven primo, que habría sido caudillo… habían quemado su cuerpo. Todos, ¿lo entiendes? Soy la última.

Las palabras de la muchacha resonaron con un eco que denotaba que llevaba tiempo repitiéndolas para sus adentros. Adoulla optó por guardar silencio con la esperanza de que Zamia continuara.

—Una pestilencia desconcertante lo impregnaba todo —dijo la muchacha, al cabo—. Olor a chacal, allí donde no había ni rastro de pelo. Sangre de niño recién derramada que olía a edificios antiguos.

Pero estos olores no conducían a ninguna parte. La única pista que pude encontrar fue esto.

Zamia rebuscó en su túnica y sacó una ornamentada daga de filo curvo. La hoja presentaba unas manchas de lo que parecía ser sangre seca.

—Pertenecía a mi padre. La había ocultado entre los pliegues de sus hábitos de caudillo. Está cubierta de sangre, pero el olor no es humano ni animal. Y si las historias son ciertas, los gules no sangran.

Adoulla se devanó los sesos, rememorando las enigmáticas frases que habían aflorado antes a su recuerdo mientras imploraba la ayuda de Dios para encontrar a los gules. «El chacal que devora almas». «La perdición de la manada de leones». Una y otra vez repasó esas líneas en su cabeza, pero su significado continuaba eludiéndolo.

—Las historias no suelen ser ciertas —le dijo por fin a Zamia—, pero al menos esa sí que lo es. Lo que significa que tu padre hirió a algo o a alguien más. Dios mediante, esa daga podría contener la respuesta.

—Dios mediante —repitió la muchacha, aunque no parecía albergar muchas esperanzas—. Llevo días intentando encontrar el rastro de esas criaturas, buscando vengar a mi banda para que pueda descansar con honor. He tropezado con ellas casi por casualidad justo cuando se abalanzaban sobre vosotros.

Zamia se quedó callada durante unos instantes. Tragó saliva antes de añadir:

—Esa cosa… lo de devorar el alma. Eso es lo que le hicieron a mi banda. —No era una pregunta. Mantuvo la mirada al frente mientras hablaba, y sus ojos, ya secos, parecían despojados de alma a su vez. Levantó la daga—. Esto es todo cuanto me queda de mi padre, aunque no la empuñaré nunca, pues desde que se me concedió la forma del león he renegado de todas las armas. «¡Mis garras, mis colmillos, esos son los cuchillos de plata con los que golpean los Ángeles Hospitalarios!». Así reza el antiguo dicho.

«¡Dios nos libre de los bárbaros poetas!». El discurso de la muchacha, sin embargo, contenía una amargura como Adoulla jamás había oído antes. A lo largo de su vida había visto solo Dios recordaba cuántas expresiones de dolor, pero eso no volvía más

soportable el pesar que lastraban las facciones de esta pequeña salvaje. A pesar de todo sabía que, a diferencia de la mayoría de las víctimas con las que había tratado, lo que quería y necesitaba esta niña no eran palabras de consuelo, sino la verdad sin tapujos.

—Escúchame, bendecida por los ángeles. Tu familia está muerta, en cuerpo y alma. Nada de lo que yo pueda darte va a cambiar este hecho. Pero te puedo ofrecer la oportunidad de vengarte. —Adoulla sabía que ese sería el único anhelo de alguien de las tribus—. Si lo deseas, puedes viajar con nosotros en calidad de aliada, Zamia Banu Laith Badawi.

Junto a él, Raseed estuvo a punto de atragantarse. Adoulla casi se había olvidado de él.

—¡Doctor! No podemos invitarla a… No existe ninguna razón para que…

—Hum. No olvides cuál es el lugar que te corresponde, Raseed bas Raseed. ¿Quién es el mentor aquí, muchacho, y quién el ayudante? Además, necesitaremos el cuchillo de Zamia para encontrar al responsable de esto. La manada de gules ha sido destruida. Ahora debemos averiguar quién la creó. Y matarlo. Por desgracia, mi hechizo de rastreo ya nos ha llevado tan lejos como podía.

—Entonces, ¿no puedes lanzar otro conjuro? —La muchacha estaba en tensión. Si luciera la forma del león, pensó Adoulla, su cola no dejaría de agitarse de un lado a otro. El cazador de gules se atusó la barba.

—Mis invocaciones tienen sus límites, pequeña, al igual que tus habilidades. Los Capítulos dicen: «Hasta el hombre más poderoso no es más que una modesta astilla ante el bosque que es el poder de Dios». —Adoulla sacó el jirón de tela salpicado de escarlata que había empleado para elaborar el hechizo de rastreo—. Esta sangre la derramó la manada de gules que acabamos de exterminar. Así conseguí seguirles la pista. Pero su amo, el verdadero asesino de aquellos marismeños y de tu banda… En fin, tendremos que proporcionarle a Dios algo más para encontrarlo. La sangre de la daga de Nadir Banu Laith Badawi será un buen comienzo. ¿Me permites? —preguntó con delicadeza mientras extendía una mano en dirección al arma.

—Has recordado su nombre completo —dijo la muchacha, en

cuyas feroces facciones se reflejaba lo que Adoulla supuso que debía de pasar por respeto entre los salvajes. Le entregó la daga con un destello de trepidación en la mirada.

Adoulla tendría que alimentar la llama de ese respeto incipiente si no quería que la arrogancia y los recelos continuaran tiñendo la cooperación de la joven. Además, descubrió que estaba desesperado por ofrecerle algún tipo de consuelo. Sostuvo en alto la hoja y entornó los párpados para observarla con atención.

—Tu padre hirió a esa criatura, Zamia. Esta arma nos permitirá encontrar a la criatura y a su amo, y destruirlos. Tu padre sirvió a su banda hasta el último aliento.

Le devolvió la daga a la muchacha, pero el rostro de esta se había tornado inexpresivo. No dijo nada. «Hum. Pero bueno, ¿para qué me esfuerzo por congraciarme con sus incomprensibles insensateces tribales?». Regresó al asunto más acuciante e imprimió un tono frío y profesional a su voz cuando dijo:

—Alguien con tanto poder como para crear semejante manada de gules, y elaborar unos sortilegios tan antiguos y despiadados, dispondrá sin duda de potentes hechizos de ocultación. Ahora sabe que ando tras su pista y tomará las precauciones oportunas. Aun con estos restos de sangre, no podremos seguir su rastro sin la ayuda de un alquimista. Pero resulta que conozco a una de las mejores de toda Dhamsawaat, alabado sea Dios. Aunque ya no viaje tanto como antes, sé que nos ayudará. Regresaremos a la ciudad mañana.

Los ojos de la muchacha relampaguearon, y Adoulla vio cómo todo lo que había conseguido hasta ahora se evaporaba.

—¡Mañana! ¿Y por qué no partimos ahora? ¡Busco al perro que asesinó a mi banda, carcamal seboso! —La expresión de la pequeña badawi denotaba una petulancia asesina.

Con la sangre encendida, Adoulla hubo de recordarse lo que había padecido esta salvaje. Así y todo, no pensaba consentir que una mocosa le dijera lo que tenía que hacer. Y menos cuando dicha mocosa poseía el rechinante acento de un badawi con las orejas llenas de arena. Necesitaba que alguien le refrescara la memoria en lo concerniente a cuál era el sitio de cada uno.

—Escúchame, Zamia Banu Laith Badawi. Las aguas en las que nadamos son tan oscuras como siniestras. Necesitamos ayuda. Pero

ante todo necesitamos reponer fuerzas. Puedes comer con nosotros ahora, si lo deseas. Regresaremos a la ciudad mañana. —Bendecida por los ángeles o no, la muchacha en el fondo no era más que otra hija de Dios lastimada por la acción de los monstruos. El devenir de los años le había enseñado a Adoulla que lo que más necesitaban quienes recibían su ayuda era que alguien les dijese lo que tenían que hacer.

Transcurridos unos instantes de enfurruñado silencio, la joven pareció llegar a la conclusión de que no le quedaba más remedio que obedecer. Se pasó una mano por el cabello, enderezó los hombros y adoptó una expresión neutra.

—De acuerdo, doctor. Mañana —dijo por toda respuesta, desoyendo la invitación a compartir sus víveres. Se alejó a paso ligero en dirección a un gran saliente rocoso, no sin antes lanzar una enigmática mirada a Raseed.

Adoulla la vio desaparecer detrás de la roca. Al girarse hacia su ayudante, encontró al muchacho con la mandíbula medio desencajada. El derviche se apresuró a clavar la mirada en el suelo. Adoulla sabía que este no era el momento más adecuado para exhibir su acostumbrado sarcasmo, por lo que se refrenó y se limitó a decir:

—Hoy has combatido bien. —Siempre se sentía incómodo deshaciéndose en halagos, pero al atribulado derviche le vendría bien para disipar sus sempiternas dudas.

Un tenue rubor se extendió por las mejillas azafranadas de Raseed, que agachó la cabeza en señal de agradecimiento. Recibir cumplidos lo violentaba tanto como a Adoulla prodigarlos. Quizá, musitó el veterano cazador de gules, eso tuviera algo que ver con el hecho de que formasen tan buen equipo.

El joven carraspeó.

—Iré a buscar las mulas, doctor. No pueden andar muy lejos. —La tensión era palpable en su voz.

«Está más preocupado que de costumbre».

—¿Qué sucede, muchacho? —inquirió Adoulla, sin andarse por las ramas.

El derviche pareció pensárselo por un momento antes de ajustarse el turbante y decir:

—El Príncipe Halcón, una feroz manada de gules… ¡una badawi

bendecida por los ángeles! Portentos y monstruosidades suficientes para una vida entera. ¿No os preocupa todo lo que ha ocurrido en el día de hoy, doctor?

Adoulla encogió ligeramente los hombros.

—Más de lo que podría describir con palabras. Pero los he tenido peores, muchacho.

Era mentira, por supuesto, pero le arrancó una sonrisita al impresionado Raseed. El derviche asintió con la cabeza y, sin hacer el menor ruido, comenzó a bajar por la pendiente de piedra.

Mientras observaba los ágiles pasos de Raseed, Adoulla experimentó una punzada de envidia por la infatigable vitalidad de los jóvenes. Se quedó donde estaba durante largo rato, escuchando a los insectos nocturnos, con el gesto torcido a causa del dolor que sentía en los omoplatos. También se había raspado la espinilla contra las rocas, una herida en la que el cansancio o el miedo no le habían permitido reparar hasta entonces. Se preguntó si habría alguna parte de su ser que aún no hubiera recibido ningún corte o magulladura en algún momento de su vida. Al cabo, con cuidado, emprendió el descenso.

Raseed reapareció minutos más tarde, tan sigiloso como siempre pero delatado por el ruido que hacían las mulas que lo seguían. Las bestias parecían estar ilesas, gracias a Dios por los pequeños favores. Adoulla siempre había opinado que las mulas eran unos animales admirables: inteligentes y recelosas de la autoridad, pero maldecidas con los defectos de la obstinación y el mal genio. «Igualitas que yo».

El muchacho sacó un cazo de bronce y preparó un caldo sencillo sobre una fogata chisporroteante. Oculto en la oscuridad de la fría noche, algo emitió un gritito al morir.

—Quizá la chica haya salido a cazarnos la cena —musitó Adoulla medio en broma, medio en serio.

Saltaba a la vista que Raseed estaba preocupado cuando atacaron el pan y la sopa. Se trataba de algo más que los horrores y los prodigios de los que hoy habían sido testigos. Adoulla creía conocer el motivo, aunque le extrañaría que el derviche lo hubiera reconocido aún para sus adentros.

«La muchacha».

No cabía duda de que el derviche estaba volviéndose loco

intentando cuadrar el círculo de sus píos juramentos enfrentados a las reacciones naturales de un joven sano, consciente tan solo a medias de que fuera eso lo que ocurría. Cuando Adoulla contaba su edad le habría dicho a la muchacha que tenía una cara bonita, y a correr. Aunque la cara de esta muchacha en cuestión no fuera precisamente bonita.

No, Zamia distaba de ser lo que cualquiera podría calificar de preciosidad, pero poseía una feroz vitalidad que a Raseed era evidente que le agradaba. El muchacho, sin embargo, era incapaz de ser franco consigo mismo, y menos con una mujer. Adoulla culpaba de ello a la rígida Logia de Dios, institución que lo había adiestrado para ser más espada que hombre.

Por otra parte, hacía mucho que Adoulla no disfrutaba de las caricias de una mujer. Observaba de soslayo a las chicas, y en ocasiones incluso les guiñaba el ojo, pero se sentía demasiado torpe como para ir más allá. Y en cuanto a las mujeres hechas y derechas, solo había una que le importara.

«Miri».

Antes de quedarse dormido, Adoulla dejó que sus pensamientos se demoraran durante un rato en Miri Almoussa. Las cálidas y acogedoras curvas del gran amor de su vida danzaban en su imaginación, y prácticamente podía oír de nuevo aquella voz, grávida y grave, que le susurraba provocativas carantoñas al oído mientras le ofrecía confites para el té. Sus párpados aletearon y se dejó arrastrar por la corriente de la fatiga, medio soñando ya con caderas sinuosas y azúcar escarchada.

Al abrigo de la oscuridad resonó de nuevo el estertor de un animalito.

Nos acecha la guerra. Grita el becerro, sacrificado.
Ay de mí, que por la noche los sueños me han robado.

La estrofa, perteneciente a *Hojas de palma* de Ismi Shihab, irrumpió inopinada en los pensamientos de Adoulla. Resopló, desabrido, se dio la vuelta y se resignó a dormir solo en un jergón improvisado en el frío y duro suelo.

6

Zamia Banu Laith Badawi se desperezó lentamente y flexionó los músculos a la luz del sol, aún incipiente. Bebió un sorbo de su odre de agua, se puso las botas de piel de gacela y recogió el catre.

Justo cuando sus pensamientos se disponían a regresar a la batalla de la noche anterior y a sus nuevos aliados, su olfato percibió el rastro del derviche, Raseed, que se aproximaba al campamento en esos instantes. Medio momento después, el esbelto y menudo hombre santo se despegó de las sombras de una roca, a menos de tres metros de distancia. Zamia experimentó una punzada de vergüenza; nunca se le había acercado tanto una persona o un animal sin que ella lo oliera antes. La brisa nocturna había barrido los últimos vestigios de la corrupta pestilencia de la manada de gules, y la muchacha se sentía con más fuerzas que el día anterior. ¡No tenía excusa! Cuando captó el rastro del derviche con más nitidez, sin embargo, su sorpresa fue tal que se olvidó de seguir regañándose.

«¡Que los Ángeles Hospitalarios me amparen!». Jamás se había enfrentado a un olor tan potente y, al mismo tiempo, tan limpio. El bochorno de Zamia se intensificó, aunque por nuevos motivos. Hubo de hacer un esfuerzo para no quedarse mirando fijamente a aquel hombrecillo vestido de azul, con sus mejillas lampiñas y su fragancia pura. Un ruidito de consternación escapó de sus labios.

—Con la paz de Dios —dijo a modo de saludo el hombre santo, inescrutables sus facciones angulosas.

—Con la paz de Dios —repitió Zamia. El aire de la mañana le oprimía con calidez los pulmones.

—Perdona si te he asustado —dijo el derviche, lacónico—. Vamos a recoger y nos iremos enseguida.

—No me has asustado —resopló Zamia—. Y como puedes ver, yo ya estoy lista para partir.

El derviche inclinó la cabeza envuelta por su turbante.

—Desde luego.

A pesar de la naturalidad de su pose, lo envolvía un aura marcial. Zamia sabía que el hombrecillo era un luchador nato aunque la noche previa no lo hubiera visto en acción contra la manada de gules. La gracia y la confianza que rezumaban los movimientos del derviche, la implacabilidad de sus ojos rasgados, la sencillez con que su mano descansaba en la empuñadura de la espada… Indicios todos ellos en los que su padre le había enseñado a fijarse para reconocer a un adversario o a un aliado.

Aunque no sabría explicar por qué, Zamia se descubrió recordando las pullas que le lanzaban dos de los muchachos de su banda —nunca en presencia de ella— acerca de su aspecto, tan tosco y poco atractivo. Envidiaban su poder y su reputación, qué duda cabía, pero… Nunca antes le había importado que sus insultos contuvieran un poso de verdad.

El derviche la observaba sin pestañear.

Zamia frunció el ceño en su dirección.

—¿Qué pasa?

Una lagartija pasó corriendo entre ellos, deslizándose por el pedregoso terreno como una exhalación. Raseed se quedó contemplándola durante unos instantes, pero cuando habló de nuevo miró directamente a la muchacha.

—Tengo una duda que me corroe, Zamia Banu Laith Badawi. Por lo que me ha contado el doctor, tu pueblo no acostumbra a buscar ayuda en el exterior. Sé que has perdido a tu banda, pero ¿por qué no le has pedido apoyo a las otras bandas de tu tribu? Bendecida por los ángeles o no, eres demasiado pequeña para andar por ahí sola.

—¡Pequeña, dice! ¡Pero si tengo ya quince años! ¿Cuántos me sacas tú, «pequeño»? ¿Dos, a lo sumo? —Zamia replegó los labios en señal de irritación. «Pero al menos él es sincero, no como ese

doctor, con sus discursitos y sus sonrisas». Mientras el derviche le sostenía la mirada, un potente estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies—. Durante el último consejo tribal —claudicó Zamia, al cabo—, las demás bandas de la tribu le retiraron el agua a la banda de mi padre. Por mi culpa. Porque cometió la osadía de nombrar Protectora de la Banda a una chica. Y ahora… —Se le escapó una carcajada repleta de amargura—. Y ahora ni siquiera puedo vengarlos, porque ningún badawi quiere responder a mi llamada. De modo que he fracasado como protectora.

Zamia se interrumpió al fin, sin creerse del todo que acabara de pronunciar esas palabras. «¿Por qué le cuentas todo esto a un desconocido? ¿Porque su olor es puro? ¿Porque vas a combatir a su lado? ¡Los asuntos de la tribu conciernen únicamente a la tribu, así como los de la banda conciernen únicamente a la banda!».

El derviche metió una mano bajo el turbante azul para rascarse la cabeza.

—Pero tú…

—No pienso seguir hablando de esto —lo atajó con firmeza Zamia—. ¿Qué hay de ti, Raseed bas Raseed? ¿Dónde está tu parentela? ¿Por qué no ostentas el nombre de tu familia? —Descubrió que le costaba disimular el desprecio de su voz—. ¿Será que no tienes familia? ¿Ni banda? ¿Ni tribu? —Notó cómo se le formaba un nudo en el estómago al comprender que se podría decir lo mismo de ella.

El derviche exhaló un suspiro y, con intensidad contenida, recitó lo que daba la impresión de ser unas palabras que ya había formulado en más de una ocasión.

—Me llamo Raseed bas Raseed, que es la antigua manera de decir «Raseed, solo Raseed». Soy un derviche de la orden. Entre los hombres no necesito padre, ni hermano, ni hijo. —Se irguió cuan alto era, y curiosamente parecía serlo mucho más que antes—. «Pues Dios es mi padre; las espadas bífidas de la orden, mis hermanas; la virtud, mi hija».

Las palabras de un loco, pensó Zamia; ¿qué era una persona sin familia? Se sintió conmovida por esas palabras, no obstante, tanto como intrigada por quien con tanta solemnidad las había pronunciado. De nuevo la vergüenza se desenroscó en su interior, deslizándose por las carmíneas galerías de su piel. No tenía ningún

derecho a mirar a un hombre de ese modo. Ella era la Protectora de la Banda, y había fracasado. Lo único que le quedaba por hacer era entregar la vida al servicio de la venganza. Sus pies jamás hollarían la senda de la esposa y la madre.

Pero —que Dios la perdonara por abrigar tan irreverentes ideas— ¿y si sobrevivía? Era la última de los Banu Laith Badawi, y sobre sus hombros cargaba con la responsabilidad de evitar que su banda se extinguiera. A fin de lograr su objetivo necesitaría contraer matrimonio y tener descendencia…

Aquellos pensamientos, tan confusos como turbadores, se desbandaron cuando Zamia captó el rastro del doctor, que se acercaba en esos momentos. Instantes después vio su corpachón vestido de blanco caminando penosamente bajo el saliente rocoso.

—Dios Todomisericordioso, ¿ya está el hombre santo escupiéndote citas religiosas a la cara? Pero ¡si ni siquiera ha terminado de salir el sol! No me malinterpretes, sus lacónicas perlas de sabiduría son de lo más inspiradoras las dos o tres primeras veces que las oyes. Pero después empiezan a sonar un poquito pomposas.

Raseed protestó con un ruidito gutural.

—Doctor. Por favor. —Parecía un chiquillo hostigado.

El cazador de gules agitó una mano con gesto conciliador y, cuando habló de nuevo, Zamia se dio cuenta de que en su voz danzaban la irritación y el afecto.

—Vale, lo reconozco, tener cerca a Raseed resulta muy práctico. El muchacho es capaz de cruzar una habitación en un abrir y cerrar de ojos y… ¡a Dios pongo por testigo!… yo mismo he visto cómo mataba un cíclope.

«¿Un cíclope? ¿En serio?». El pueblo de Zamia, ligado al desierto, sabía muy poco acerca de los gigantes con un solo ojo de las montañas, pero la muchacha había oído hablar de su fuerza legendaria. Impresionada, lanzó una miradita de soslayo a Raseed. El derviche permanecía inmóvil como una estatua, sin decir nada.

—Pero, verás —prosiguió el doctor—, Raseed se cree que es «demasiado sabio para su edad». Deja que te diga una cosa, chiquilla: nadie es demasiado sabio para su edad. Los límites de nuestro conocimiento los marca aquello que nos haya enseñado la vida, aunque sin duda se puede aprender muchísimo menos. Este

muchacho ingresó en la orden a muy tierna edad, y desde entonces ha llevado la dura vida de todos los derviches. Es más serio que la mayoría de los jóvenes con sus mismos años. Después de todo, ¿cuántos de ellos partían rocas con los puños antes de aprender a afeitarse? Rompepiedras o no, el caso es que se trata de un chico que haría bien en recordar ese hecho más a menudo.

Cincuenta sensaciones distintas batallaban en el fuero interno de Zamia, que mantuvo la mirada fija en el suelo cuando dijo:

—Deberíamos ponernos en marcha.

Como si no se dirigiera a nadie en particular, el derviche observó:

—Seré joven, pero ya que entre nosotros hay un anciano, al menos uno de los tres tendría que saber comportarse como es debido.

Zamia levantó la cabeza y vio la diminuta sonrisa que aleteaba como un ave en las apuestas facciones de Raseed. El derviche encaminó sus pasos en dirección a las mulas.

Ese tipo de respuestas debían de ser infrecuentes, porque el anciano se quedó allí plantado durante unos instantes, parpadeando y mudo de asombro, observando cómo se alejaba el derviche. A continuación, el cazador de gules se giró hacia Zamia y profirió una carcajada que hizo estremecer sus anchos hombros y su prominente barriga.

—¡Ja! ¡«Uno de los tres», dice! ¡Jee, jee! ¡«Comportarse como es debido», dice! —Dirigiéndose a la espalda de Raseed, exclamó—: ¡Y tanto que sí, perillán, ya lo creo! ¡Y como está claro que ese no voy a ser yo, parece que te ha tocado! —El doctor agitó las pobladas cejas grises y le lanzó un guiño de complicidad a Zamia—. ¿Sabes, pequeña?, detesta que lo llamen «perillán».

—Y yo detesto que me llamen «pequeña», doctor.

El anciano aspiró con fuerza por la nariz, ofendido.

—Bah. Te diré lo mismo que a él: ¡a los mocosos los llamaré cómo me plazca! Al fin y al cabo, bonita, tengo años más que de sobra para ser tu tío abuelo.

Zamia sintió cómo se disparaba la rabia en su interior mientras se disponían a seguir los pasos de Raseed.

—Antes de morir, mi tío abuelo me llamaba «Protectora de la Banda». —Su imaginación conjuró una imagen de su encorvado y

canoso tío abuelo, Mahloud, a quien la edad no había mermado el talento para encontrar agua. También a él lo habían matado los gules.

Los recuerdos la golpearon de nuevo como un mazazo en la boca del estómago. ¿Por qué no era capaz de frenarlos? No podía quedarse aquí sentada y regodearse hasta la náusea en este dolor cada pocas horas. Semejante debilidad no engendraría jamás la venganza que buscaba.

El anciano dijo algo; repitiéndose, al parecer. A la tercera, Zamia oyó por fin sus palabras.

—¿Zamia, estás bien?

La muchacha emitió un gruñido, ronco y prolongado. Dejó la debilidad aparcada a un lado.

—Perfectamente, doctor. ¿Qué hacemos aquí de cháchara? ¿No nos disponíamos a emprender la marcha?

El anciano exhaló un suspiro de cansancio y optó por guardar silencio. Zamia lo observó con mayor atención.

Le había visto destruir a tres de aquellas viles criaturas que con tanta facilidad habían aniquilado a los feroces guerreros de su banda. Sabía que ostentaba un poder inmenso. Pero al mirarlo ahora, un viejo obeso que sudaba copiosamente a pesar de que el sol apenas si acababa de salir, no vio ninguno de los indicios que según su padre delataban a un guerrero. En honor a la verdad, sabía que no habría tenido la menor oportunidad de derrotar a aquel gul gigante si el doctor no lo hubiera distraído. Pero ¿por qué le había dado aquella impresión de indefensión? Silbando como si estuviera medio dispuesto a morir, sin importarle que sus enemigos cayeran con él o no. Tener un cazador de gules de su parte aumentaría las probabilidades de obtener su venganza, no era tan necia como para pensar que no necesitaba aliados. Pero este anciano…

Y luego estaba el derviche. Los badawi no eran tan tímidos como los aldeanos en lo que a las relaciones entre un hombre y una mujer se refería. Si bien Zamia era la Protectora de la Banda, las mujeres mayores le habían enseñado, al igual que a las otras muchachas, qué era lo que podía depararle el futuro. Las sensaciones que la sobrevendrían cuando mirara a un hombre, las cosas que haría cuando estuviera casada. Al observar a Raseed, sin embargo, lo que sentía era confusión. El derviche constituía un poderoso aliado,

pero también una distracción. Su mente era un torbellino de contradicciones.

A lo largo de la mañana recorrieron un camino de tierra prensada que no dejaba de ensancharse y volverse más llano conforme avanzaban. El derviche le ofreció a Zamia montar en su mula. La muchacha supuso que no pretendía ofenderla con ese gesto. ¿Cómo iba a saber él que ningún badawi viajaría jamás a lomos de algo que no fuera un purasangre? Ya había claudicado bastante accediendo a caminar por aquella carretera.

Zamia, que se mantenía dos pasos por detrás de sus nuevos aliados, se esforzaba por acostumbrar sus pies a la dura tierra del camino. Y por mantener a raya sus disparatadas preocupaciones. La pequeña comitiva caminaba en silencio, y Zamia se descubrió echando casi de menos las peroratas del doctor, tan inanes como fascinantes. Mejor que enfrentarse a solas a las dolorosas imágenes que poblaban sus pensamientos.

Viajaron durante horas, con el anciano y Raseed cruzando ocasionalmente unas pocas palabras. Zamia, que apenas si les prestaba atención, se concentró en la daga que llevaba en el bolsillo. Jamás la empuñaría personalmente, ni que decir tiene, pero a su extraña manera se había convertido en el objeto más importante de la magna tierra de Dios.

Atardecía cuando un fuerte cambio de viento sacó a Zamia de su sombrío ensimismamiento. Se acercaban a una ingente masa de olores humanos. Minutos después, el camino —la senda más amplia que Zamia hubiera visto en su vida— discurrió entre dos grandes peñascos para unirse a otra carretera, el doble de ancha. Era como si se hubieran zambullido en una tormenta, no de arena, sino de personas. Zamia, asaltada por los amenazadores rastros de una docena de desconocidos distintos, intentaba mirar a todas partes a la vez. Hubo de recurrir a toda su fuerza de voluntad para no adoptar la forma del león. «Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Acaso reaccionabas así cuando la banda salía al encuentro de las caravanas de comerciantes? —Cierto era que ahora le faltaba la guía de su padre, pero aun así, no tenía excusa—. Concéntrate. No puedes sucumbir al pánico cada vez que te cruces con un montón de gente».

Los tres se vieron absorbidos por una compacta columna de

viajeros que serpenteaba a buen paso en dirección a Dhamsawaat. Zamia vio que la carretera continuaba en línea recta durante un buen trecho antes de elevarse siguiendo la pronunciada pendiente de una gigantesca duna cubierta de maleza. Ahora los matojos formaban un manto más o menos uniforme sobre las dunas en vez de salpicarlas esporádicamente, lo que significaba que había agua en los alrededores. Y en abundancia, dedujo Zamia, a juzgar por el cada vez más denso entramado de color verde y pardo. «El río de los Tigres. Debe de estar realmente cerca», pensó.

Instantes después, distinguió a lo lejos la gruesa franja verdosa. Zamia sabía que los forasteros pensaban que incluso el regato más insignificante bastaba para deslumbrar a un badawi. Los muy idiotas no tenían ni idea de la cantidad de bellos arroyos y manantiales que alimentaban los grandes oasis del Reino Desierto. Pero este río tan inmenso, con sus barcos y la gente que pescaba en él… Zamia estaba en verdad deslumbrada, aunque se esforzó por disimularlo.

En la orilla opuesta se extendían las granjas y los cultivos que, tal y como le enseñara su padre, cada dos años enviaban sus cosechas a las hambrientas hordas de Dhamsawaat. Aceitunas, dátiles, trigo, patatas con la piel lisa, pequeños prados dedicados al pasto. Esto era lo más cerca de Dhamsawaat que Zamia había estado en su vida. Los Banu Laith Badawi eran —o habían sido, se corrigió apesadumbrada— ferozmente independientes, aun entre los badawi. Su banda mantenía al mínimo el contacto con las gentes de la ciudad. Pero a veces hasta una banda independiente necesitaba cosas de otras personas: herramientas, frutas, cereales y, cuando escaseaban los pastos, forraje para sus animales. De la Protectora de la Banda se esperaba que contribuyera en todos los aspectos al bienestar de la misma, y Zamia había acompañado a su padre en numerosas ocasiones cuando visitaba las ferias de comercio que se celebraban cerca de aquí. Pero a tan poca distancia de Dhamsawaat, algo parecía distinto. La ciudad irradiaba una especie de… «vida», y Zamia la percibía como si de algo palpable se tratara.

Prosiguieron la marcha. El abrupto desnivel de la carretera y el calor, cada vez más intenso, conspiraban para que el rostro del doctor se surcara de regueros de sudor. Zamia volvió a preguntarse si sería prudente luchar codo con codo con ese vejestorio

gordinflón. «Por ahora no te queda elección —se recordó—. Estos dos son los únicos aliados que tienes en el mundo». Era una idea inquietante, pero no tardó en huir de su mente en cuanto la carretera hubo coronado la duna: ante ella se extendía Dhamsawaat, la Reina de las Ciudades.

Zamia se detuvo en seco y, durante unos instantes interminables, fue incapaz de decir nada. «No me extraña que llamen a este sitio la Joya de Abassen —pensó mientras admiraba las relucientes cúpulas de oro, blanco y turquesa que jalonaban el tapiz de edificios—. Siempre creí que las historias de padre eran exageradas, pero ahora me doy cuenta de que en realidad no le hacían justicia al espantoso tamaño de este lugar».

Le sobrevino una sensación vertiginosa. ¡Los edificios! No sabía por dónde empezar a contarlos: los había planos, puntiagudos y abovedados, de piedra y de baldosas, de una docena de tonos distintos. ¡Y tan altos como montañas! Señoreando el paisaje, cerca de lo que en un principio parecía ser el centro de aquel amasijo —si es que tenía algún centro—, se elevaba una inmensa cúpula blanca. Zamia no estaba acostumbrada a ese tipo de construcciones y le costaba estimar el tamaño de la cúpula, pero no le extrañaría que el edificio que había debajo de ella fuera más grande que muchas de las aldeas comerciales que conocía.

Aquel debía de ser el legendario Palacio de la Luna Creciente, el opulento hogar y fortaleza del califa y su familia. El pueblo de Zamia no sabía gran cosa del supuesto regente de toda Abassen, ni le importaba. Los badawi limitaban sus interacciones con los habitantes de la ciudad tanto como les era posible, temerosos de convertirse en fichas de bakgam, en el mejor de los casos, o en esclavos, en el peor. Sin embargo, incluso entre los badawi era célebre la magnificencia del palacio, y los pocos que habían visto Dhamsawaat confirmaban que las historias no exageraban al ensalzar su esplendor. Incluso a esta distancia, Zamia podía ver que decían la verdad.

Frente a las grandes murallas de la ciudad había dos edificios alargados que apestaban poderosamente a caballo. Allí, el doctor dejó las mulas al cuidado de un individuo encorvado al que su atuendo, característico de las grandes urbes, prestaba un aspecto ridículo. Prosiguieron su camino a pie y, tras cruzar las inmensas

puertas de la ciudad, se sumergieron en una masa de gente todavía más densa que antes. Zamia hubo de recordarse que aquello no era ningún sueño febril. «Cuántas piedras y ladrillos… ¡Hasta el aire está cargado de su olor!». Se obligó a dejar de mirar fijamente a su alrededor como una chiquilla deslumbrada por el sol.

Más asombrosas aún que los edificios de la ciudad eran sus gentes. Si en la carretera que los había llevado hasta allí pensó que había muchas personas, mientras deambulaba por las calles vio cien veces más. Las mayores aglomeraciones a las que Zamia se hubiese enfrentado eran la aldea y los lugares de peregrinación del nordeste. Estos últimos la habían asombrado especialmente, con sus cientos de tejados y sus edificios de dos plantas. Pero esto… esto era imposible. Una amalgama caótica de atuendos y complexiones. Resultaba sobrecogedor. El rastro de los hombres y mujeres se fundía con otro millar de olores mientras un sinfín de personas entraba y salía de su visión periférica.

¿Cómo podría detectar el olor de sus enemigos en medio de semejante multitud?

—¡Aquí hay demasiada gente! —exclamó sin poder evitarlo.

—¡Tendrías que haberlo visto cuando nos fuimos! —bramó el anciano, antes de girarse hacia Raseed—. Creo que llegaremos a casa el doble de rápido.

A Zamia le costaba imaginarse que las calles pudieran estar más atestadas. Ribeteaban la calzada mujeres rughali cubiertas con velo que molían especias de dulce fragancia con rodillos del tamaño de mazas de guerra. Muchachas vestidas con túnicas de medio corte de hilo engemado paseaban del brazo de hombres de aspecto blando y adinerado. Dos muchachos conducían un rebaño de cabras enanas por el filo de la multitud. Vio incluso a dos hombres ataviados con las pieles de cría de camello que los identificaban como miembros de la tribu de los badawi. Procuró pasar inadvertida a sus ojos, pero parecían más interesados en la ciudad misma que en la extraña aparición de una joven nativa sin compañía en la Joya de Abassen. Zamia se esforzó al máximo por bloquear los olores de las bestias y las personas; las imágenes ya eran lo bastante confusas.

Un individuo malencarado se cruzó en su camino. Zamia se tensó, anticipando el conflicto, y sopesó los pros y los contras de cambiar de forma en un escenario con el que no estaba

familiarizada. El hombre, que apestaba a estafador, sacudió un cubilete de cuero y gritó algo acerca de unos dados triangulares. Antes de que a Zamia le diera tiempo a hacer nada, el doctor apartó al desconocido de un codazo y farfulló que esos juegos de azar estaban amañados. El hombre ensayó una reverencia burlona y se volvió hacia otro posible contrincante.

Zamia reprimió de nuevo el impulso de dar media vuelta y salir corriendo a la velocidad del león en dirección al desierto. Pero se acordó de su padre, que había estado en Dhamsawaat una vez, cuando era joven. Esto le dio fuerzas: si Nadir Banu Laith Badawi había visitado ese monstruoso lugar y había vivido para contarlo, sin duda su hija sería capaz de honrar su memoria haciendo lo mismo. Pensar en su padre y en la suerte que había corrido le infundió una creciente resolución. Se recordó que la senda de la venganza —lo único para lo que vivía ahora— pasaba por esta tormenta de arena de ciudad y su abigarrado manto de… ¿cientos de personas? ¿Miles? No tenía palabras para describir la cantidad de gente que debía de vivir aquí.

Continuaron caminando por la calle despacio; la aglomeración les impedía avanzar más deprisa. Cada pocos instantes Zamia miraba a su izquierda para comprobar que el doctor aún estuviera allí. Se había enfrentado a los guerreros más feroces de las tribus rivales. Había matado a un gul. Pero jamás había experimentado un temor como el que ahora la atenazaba. ¿Y si se separaba de aquel anciano? ¿Cómo lograría encontrarlo? Entre las innumerables dunas del desierto podía seguir la pista de cualquier hombre o criatura. Pero ¿allí? ¿Con todos esos edificios, carretas, olores, sonidos y personas? «Esta ciudad podría devorarme entera y nadie se percataría». Se arrimó todavía más a Adoulla Makhslood.

—¿Cuánta gente vive en Dhamsawaat? —susurró.

El anciano esbozó una sonrisa que hizo que Zamia se sintiera como una estúpida, aunque dudaba que hubiera sido esa su intención.

—Cariño —empezó—, ¿cuántas personas integraban tu banda?

—Unas cincuenta, la mayoría de los años.

—¿Y cuántas bandas integraban tu tribu?

—Alrededor de cien. Celebramos un consejo tribal una vez cada tres años. —Aunque tenía los ojos secos, Zamia notó el escozor del

fantasma de unas lágrimas de frustración al recordar el último consejo tribal al que había asistido, hacía tan solo un año. Pero a pesar del trato tan injusto que había recibido entonces su banda, Zamia aún se enorgullecía al rememorar las inmensas masas de asistentes que atraían las reuniones de los Banu Laith. Levantó la barbilla antes de añadir—: Los Banu Laith Badawi forman una gran tribu. Cuando nos congregamos, nuestro número es formidable. Las tiendas salpican las dunas como…

Dejó la frase flotando en el aire, inacabada, al percatarse de la ridiculez que iba a decir.

El anciano carraspeó y fingió no percatarse de su azoramiento.

—Imagínate a toda tu tribu reunida, y después noventa y nueve tribus más del mismo tamaño. Luego, a su lado, otras cien tribus del mismo tamaño. Doscientas de vuestras reuniones tribales una junto a otra y una encima de otra. Esas son las personas que viven en la ciudad que tienes delante. —El orgullo que destilaba su voz era inconfundible.

Por un momento Zamia pensó que el anciano estaba engañándola, pero ¿qué motivos tendría para ello? Sin embargo, ¿cómo era posible que un solo sitio contuviera tantos habitantes? ¿Cómo respiraban? ¿Cómo se desplazaban de un lugar a otro sin volverse locos?

Le planteó estas preguntas al doctor, sabedora de lo ingenua que debía de parecer pero sin permitir que eso la arredrara. El anciano se echó a reír y dijo:

—Créeme, cariño, hasta yo pierdo un poco la cabeza cada vez que salgo a la calle. ¡Eso es lo que demuestra que una ciudad está viva de verdad! Recuérdame que te cuente lo de aquella vez que tardé dos días enteros en ir de la vía de los Monos a los Jardines Lejanos.

El trayecto se volvió ligeramente más transitable mientras el doctor y el derviche la conducían por una gran plaza enlosada, ribeteada de estatuas. Zamia estaba tan concentrada en no separarse del doctor que apenas se fijó en las estatuas hasta que se encontró justo delante de una de ellas. Se dio cuenta de que representaba a uno de los ángeles. Cuando observó sus ojos, se quedó paralizada en el sitio ante su belleza. Los Banu Laith Badawi comerciaban con tantas cosas que a veces caían en sus manos ejemplos del refinado

trabajo de los escultores de la ciudad, obras que inevitablemente se exhibían con una vanidad y una afectación tan impropias de la tribu que Zamia no podía ocultar su irritación. Pero la maestría de estas estatuas, el modo en que sus ojos rebosaban de vida…

El doctor le tiró del brazo.

—Te entiendo, pequeña. Incluso después de tantos años, también yo me quedo pasmado a veces por su belleza. Pero reanudemos la marcha. —Sonrió de nuevo, orgulloso, como si fuese un caudillo y la ciudad fuera su banda.

Caminaron un poco más; saltaba a la vista que los edificios ante los que pasaban ahora servían de hogar a personas menos adineradas. En la calle, la gente saludaba al doctor a voces y observaba a Zamia con curiosidad, pero sin hacer preguntas. Se detuvieron por fin cuando llegaron a una construcción de piedra blanquecina frente a la que dos tristes matas de tréboles espinosos languidecían en sendas macetas de tierra cocida. El doctor se valió de una gran llave de hierro para abrir la puerta principal. Tras quedarse inmóvil durante unos instantes, elevó las palmas de las manos hacia el cielo y sonrió.

—¡Gracias a Dios que puedo volver a traspasar el umbral de mi casa! —bramó.

En cuanto hubieron entrado, el anciano se dejó caer en un diván de madera oscura y soltó el bostezo más estruendoso que Zamia hubiera oído en su vida. Le ofreció un cojín de aspecto raído que entre los Banu Laith Badawi habría sido un bien preciado, aunque saltaba a la vista que un hombre de ciudad como el doctor no lo apreciaba.

El derviche se perdió de vista en otra habitación y regresó con una jarra llena de agua fría y una bandeja de frutos secos y frutas confitadas. Encendió una lamparita de aceite de oliva cuya agradable fragancia apaciguó los nervios de Zamia. El trío se dedicó a comer a mordisquitos y beber a pequeños sorbos durante unos minutos, tras los cuales dijo el derviche:

—Temo conocer la respuesta de antemano, doctor, pero sugeriría que nuestro siguiente paso fuera informar de esta amenaza a los hombres del califa.

El doctor puso los ojos en blanco.

—Si ya sabes cuál es la respuesta, muchacho, no hará falta que

te diga que el hecho de que el califa volcara su atención sobre estos asuntos sería más un estorbo que una ayuda.

Zamia estaba convencida de que su expresión denotaba el mismo escepticismo que la del doctor. Carraspeó.

—¡Hasta los badawi saben que los hombres del califa son perversos, derviche! A los perros de Dhamsawaat les trae sin cuidado lo que haya sido de los Banu Laith Badawi.

—«Los perros de Dhamsawaat» —repitió el doctor—. ¿Y eso qué es, algún apelativo despectivo para referirse a los habitantes de la ciudad? Te das cuenta de que yo también soy un perro de Dhamsawaat, ¿verdad, pequeña? Pero ¡bien que te apresuraste a aceptar mi ayuda!

Zamia se contuvo con esfuerzo para no responder al anciano con un gruñido.

—¿Tu ayuda, doctor? ¿No fui yo la que anoche te salvó a ti de aquella criatura apestosa?

—Lleva razón, doctor —intervino el derviche, quien parecía haber renunciado ya a su sugerencia con respecto a las autoridades.

Por segunda vez Zamia vio cómo se reflejaba algo parecido a una sonrisa en aquel semblante de rasgos delicados, circunspecto pero no exento de atractivo. De nuevo lamentó con amargura que, no hacía mucho, si hubiera conocido a este mismo hombre, sus pensamientos habrían derivado enseguida hacia el cortejo. Hacia el orgullo con el que su padre habría recibido la idea de semejante emparejamiento y la admiración a regañadientes que sus dotes para la batalla habrían despertado en la banda. Pero ahora esas divagaciones eran absurdas. La banda —el recuerdo de la banda— llamaba a gritos a la leona vengadora. Aquella chiquilla con la cabeza repleta de planes de boda era una deshonra.

El doctor masculló algo acerca de unos mocosos insolentes y deslizó una mano por los interminables pliegues de su caftán. Al cabo, se levantó y comenzó a deambular de un lado a otro.

—Veamos. Como dije anoche, todo este asunto del cuchillo cubierto de sangre es la especialidad de los alquimistas. Mis amigos ahora no están en casa, pero iremos a visitarlos al despuntar el alba. Luego quiero que te reúnas con otro pequeño que también ha perdido a su familia por culpa de estos monstruos. Vosotros dos sois los únicos testigos de esta amenaza, y me será de gran ayuda

escuchar vuestros testimonios una vez más, para poder compararlos.

Un estallido de ira sobrevino a Zamia.

—¡¿Más cháchara?! ¡Perderemos un día, viej… doctor! Seguro que en esta ciudad hay más personas con las habilidades adecuadas.

El anciano se encogió de hombros.

—Un puñado. Pero todas cobran un buen pellizco. Y no son de las que miran con buenos ojos a las jovencitas que irrumpen en su establecimiento diciéndoles lo que tienen que hacer, como sin duda sería tu caso.

Zamia emitió un gruñido gutural.

El anciano se limitó a sonreír.

—Además, ninguno de esos alquimistas le llega a la suela de los zapatos a Litaz. El tiempo que perdamos esperando lo recuperaremos con creces gracias a su eficiencia. Y ahora, procura calmarte. Mañana tenemos mucho que hacer. En cuanto dispongamos de un objetivo, comenzará la cacería.

La sonrisa del doctor se endureció.

—Me tomas por un vejestorio holgazán. Y yo, cuando te miro, lo que veo es una salvaje impertinente. Pero, en el nombre de Dios, nuestro encuentro en la batalla me trae a la mente los Capítulos Celestiales: «¡Oh, fiel! ¡Fíjate en el accidente que no es ningún accidente!». Estábamos predestinados por Dios a enfrentarnos juntos a esta sangrienta crueldad, Zamia Banu Laith Badawi. Y eso es lo que haremos.

El brillo que anidaba en los ojos del cazador de gules le dio a Zamia la primera esperanza real que sentía en días. Se trataba de una esperanza amarga y exenta de compasión, pero era cuanto tenía. La banda de Nadir Banu Laith Badawi sería vengada.

Durante una hora aproximadamente Zamia dormitó en un diván, justo al lado de la puerta principal. Era agradable, pese a los siniestros pensamientos que acechaban en la linde de su sosiego. Por fin, el doctor anunció que la comida ya estaba lista.

Zamia no entendía a la gente de la ciudad. Una anciana apergaminada que vivía puerta con puerta con el doctor apareció con unas bandejas repletas de alimentos. Aunque no se parecía a él en nada, Zamia dio por sentado que se trataba de su hermana o de su madre; ¿por qué si no viviría tan cerca, y por qué lo alimentaría de esa manera? Pero la mujer no se quedó a compartir la mesa con

ellos… ¡y el doctor le dio una moneda antes de que se marchara! Zamia no había visto semejante grosería y desfachatez en su vida, aunque, por otra parte, había oído que los hombres de la ciudad pagaban incluso por hacer el amor.

El doctor se llenó el plato de gruesas rodajas de carne cuyo relleno presentaba un chillón color verde.

—¡Vino claro y cordero con pistachos! ¡Gracias, Dios Todoprovidente! ¡Tú haces que todo lo que se cruza en mi camino no sea una prueba demencial! —El anciano se llenó la copa, la apuró de un trago y volvió a llenarla—. ¡Come, pequeña! —bramó, escupiendo trocitos de pistacho mientras abarcaba los platos que tenía ante él con un gesto—. Me temo que pronto habremos de ponernos en marcha de nuevo. ¡Entonces desearás haberte saciado! —Pegó otro largo trago de vino claro.

Zamia intentó decirse que no tenía hambre, que no había lugar en ella para nada salvo para la venganza, pero sabía que era mentira. Aquellos olores hacían que su estómago rugiera como si la leona sedienta y famélica de su interior intentara hablar por sí sola. Sin necesidad de que el doctor continuara animándola, se bebió la mitad del vino y empezó a atiborrarse de cordero. Después de unos cuantos bocados, sin embargo, se le empezó a cerrar el estómago.

—La comida de esta ciudad tiene demasiadas especias —dijo, y apuró la copa de dos tragos más.

El derviche le dedicó una sonrisa hipnotizadora.

—No podría estar más de acuerdo, Zamia Banu Laith Badawi. Verás que solo pruebo la fruta y el pan con alubias. La dieta de los virtuosos.

—Puedes llamarme Zamia a secas, Raseed —se descubrió diciendo la muchacha.

«¿Y eso de dónde ha salido? ¡Este condenado vino es demasiado fuerte! —El derviche musitó algo, azorado, y clavó la mirada en el plato—. Es mayor que yo, y sin embargo, qué joven parece».

—Bueno —exclamó el anciano, achispado, disipando así la tensión—, esos bocaditos de alpiste serán adecuados, quizá, para el gaznate de un pequeño hombre santo. Pero no para alguien de mi… —Hizo una pausa y se levantó el abultado vientre con las dos manos—, para alguien de mi… talla. —El cazador de gules se giró hacia Zamia. Cuando habló de nuevo, una nota de solicitud le teñía

la voz—: He sido el siervo de Dios durante largas décadas, ¿sabes? He transitado caminos de los que este muchacho presuntuoso jamás ha oído hablar. Cuarenta años con todos sus días en lid con el Ángel Traidor. ¿Es demasiado pedir que todas mis noches sean como esta?

El anciano dio otro trago de vino y se volvió hacia Raseed con una sonrisita que no auguraba nada bueno.

—¡A veces eres peor que esos Humildes Alumnos a los que tanto respetas! ¡A lo mejor deberías unirte a su estúpida secta y escandalizarte por la cerveza, los bailes y cosas por el estilo! —Con gesto reprobatorio, apuntó un dedo en dirección a Raseed—. Recuerda lo que dicen las escrituras: «Dios habla a través de estos Capítulos, no por boca de los sacerdotes. No hay papiro, ni pergamino, ni velo que contenga Su palabra. Esta se encuentra grabada en la memoria del hombre, impresa en sus corazones, inscrita en su alma». Pero los Humildes Alumnos y los de tu orden os comportáis como si llevarais los Capítulos escritos en los labios.

Bebió otra vez.

—Antes de que su gloria desapareciera de Abassen, las tradiciones de los cazadores de gules eran inflexibles en algunos aspectos. Pero al menos no se las daban de hombres santos. ¡Dios es el Anfitrión Más Hospitalario, muchacho! ¡Si has olvidado eso, has olvidado también por qué combatimos! —Agotado su discurso, el cazador de gules levantó las manos en un melodramático gesto de exasperación.

Durante unos instantes solo se oyeron los ruidos que hacían al masticar y los pesados resuellos del anciano. Cuando terminaron de comer se quedaron allí sentados, en silencio. Al cabo, la estentórea voz del doctor volvió a romper el silencio.

—Hablando de combatir —dijo como si no hubieran transcurrido diez minutos—, me preguntaba una cosa, Zamia. Si, Dios mediante, encontramos a este condenado siervo del Ángel Traidor y lo derrotamos, ¿qué harás a continuación?

Zamia sintió cómo la placentera neblina del vino se evaporaba en un abrir y cerrar de ojos. «¿Por qué tiene que sacar ahora este tema?». Le asaltó la sospecha de que el cazador de gules conocía la respuesta de antemano, y la desaprobaba.

—Lo único que deseo es matar a quien sea o lo que sea que haya hecho esto. Probablemente pereceré en el intento. Así debería ser.

Martirio para mí, venganza para mi banda.

—¿Martirio? —En la voz del doctor no quedaba ni rastro de risueña embriaguez—. ¿Tanta prisa tienes por morir, Zamia?

La muchacha se puso de pie y siseó para el anciano:

—¿Qué motivos tendría para seguir viviendo? ¡Todas las personas que conozco están muertas! ¡Mi banda está muerta! ¡Solo puedo rezar para que el destino quiera que los vengue antes de morir a mi vez!

El doctor se la quedó mirando fijamente, con un destello cruel en los ojos.

—Recuerda que incluso la senda del destino tiene bifurcaciones. Tu padre vio la mano de los ángeles sobre ti y te nombró Protectora de la Banda, pese a tu condición de fémina. Comprendía el significado del Capítulo que reza: «La suerte del hombre es limitada, pero siempre tiene elección».

El doctor picoteó distraídamente una alubia solitaria, el último vestigio de comida que quedaba en su plato.

—Pero basta ya de macabra palabrería. Debemos buscarte lo que las gentes de la ciudad denominamos «cama»… lo que para los badawi sería «un parche de arena despejado cualquiera». Ay, chiquilla, perdona, solo era una broma. Así y todo, está claro que no te vamos a avergonzar obligándote a dormir bajo el mismo techo de un hombre que no es ni tu marido ni tu padre. Sin duda mi vecina, la anciana que nos ha traído la cena, te habrá preparado ya un catre. Que una jovencita como tú se…

—No soy ninguna cría, doctor —gruñó Zamia—. Es cierto que mi padre me nombró Protectora de la Banda, y eso es lo que soy. Un protector duerme donde sea preciso. Si tenéis la bondad de arreglarme un catre aquí, al pie de la escalera, me conformaré.

Junto a ella, el derviche emitió un ruidito estrangulado.

Zamia decidió hacer oídos sordos; no podía permitirse el lujo de perder el control.

—Lo que me gustaría saber —continuó— es si aquí estamos a salvo, doctor. No querría despertarme con la sensación de que me están arrancando las costillas del pecho. El creador de la manada de gules a la que nos hemos enfrentado… ¿puede atacarnos aquí?

El doctor bostezó y esbozó una sonrisa condescendiente.

—Introducir gules en una ciudad sin que nadie se percate de ello

no es tarea fácil, pequeña. Y además, los hechizos de mi hogar garantizan que ningún gul pueda traspasar el umbral. —El anciano empujó groseramente el plato sucio en dirección a Raseed y se levantó de la mesa. En sus indolentes facciones volvió a cincelarse una expresión apremiante—. Escúchame. Una de las Banu Laith Badawi todavía sigue con vida. Cuando ella muera, entonces habrá muerto la banda. Hasta que llegue ese día, muchacha, tu banda vivirá en ti. —Agitó un dedo rechoncho en dirección a ella y salió de la estancia.

Zamia se volvió hacia el asiento del derviche; ahora que se habían quedado solos, se sentía tan atemorizada como excitada. Pero cuando se giró, el hombrecito ya se había ido. Algo en su interior se contrajo y volvió a expandirse con una mezcla de alivio y desilusión.

Un poco más tarde, un vendaval de pensamientos caóticos se desató en la mente de Zamia mientras esta yacía en su catre, intentando conciliar el sueño. La imagen de su hermano, con el corazón arrancado y los ojos de un rojo brillante. La mano de su padre, crispada en torno a una daga. El siseo de los gules. Los extraños olores de la ciudad. Las efímeras sonrisas de Raseed.

Y también las advertencias del doctor. «Tu banda todavía sigue con vida», había dicho. Zamia se dio cuenta de que ella prácticamente ya se había dado por muerta. Se comportaba como si la banda de Nadir Banu Laith Badawi hubiera desaparecido de la magna tierra de Dios para siempre. El cazador de gules, con el amor —propio de las gentes de ciudad— que profesaba a ese lugar al que llamaba hogar, no entendía a su pueblo. No entendía lo que ella había perdido. Sin embargo, el viejo le había dado que pensar.

«Hogar», musitó para sí Zamia. Para los nómadas badawi, no era un lugar. Las estrofas de una de las canciones más importantes de su pueblo se abrieron paso hasta su cabeza. Comenzaba con los muchachos recitando:

¡Mi hogar está donde está mi padre!
¡Soy un verdadero badawi!

Después llegaba el turno de los hombres, que entonaban:

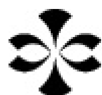
¡Mi hogar está donde están mis hijos!
¡Soy un verdadero badawi!

Por último, todos a coro:

¡Mi hogar está donde están las tiendas de mi banda!
¡Soy un verdadero badawi!

Se trataba de una canción jactanciosa, pensada para alardear de la superioridad de su pueblo ante los blandos aldeanos y los habitantes de las ciudades. Pero ahora le pareció que estaba teñida de un fúnebre sarcasmo. Su padre se había reunido con su madre en la muerte. Ella no tenía hijos. El aislacionismo de los suyos impediría que la acogieran en otra banda. ¿Cómo volvería a saber lo que era un hogar?

Su febril afán de venganza la había empujado hasta aquí. Pero notaba como si su cuerpo estuviera a punto de derretirse a causa del agotamiento. Esa noche ya no podía hacer nada más. Nada salvo lamentar todo cuanto había perdido. Y así, segura de que sus recién encontrados aliados no podrían oírla y más cansada de lo que hubiera estado jamás en toda su vida, Zamia Banu Laith Badawi, por primera vez en años, lloró sin apenas hacer ruido hasta quedarse dormida.



II

El guardia ignoraba cuántos días llevaba encerrado en aquella caja laqueada de rojo.

Se abrió la tapa, y las duras manos del hombre enjuto lo levantaron en vilo, desnudo y gimoteante. El hombre enjuto lo arrojó al suelo. El guardia se quedó allí tendido, con la garganta abrasada de sed, esforzándose por recordar su nombre. Tan solo sabía que era un guardia, nacido en el Palacio de la Luna Creciente, al que había jurado servir. Que había más guardias a su cargo. El hombre enjuto y su sombría criatura impedían que se olvidara de eso.

Se acordaba también del ladrón callejero y del mendigo. El hombre enjuto los había asesinado a ambos despacio, dejando que su sangre le salpicara el caftán, ya sucio. Había obligado al guardia a escuchar sus súplicas, y a oler su inmundicia cuando el miedo les aflojó el vientre.

No sabía dónde estaba ahora. Una habitación. Vigas en el techo y ratas furtivas. ¿Un sótano? ¿Una celda?

Oyó un chillido en su mente, y la voz de la criatura-chacal resonó dentro de su cabeza una vez más.

Escucha a Mouw Awa, antes llamado Hadu Nawas, que habla en nombre de su bendito amigo. Eres un guardia honorable. Concebido y nacido en el Palacio de la Luna Creciente. Has jurado defenderlo por el nombre de Dios. Todos los que están por debajo de ti te obedecen.

¡Escucha a Mouw Awa, al que nadie puede ver ni oír hasta que

ataca! ¡El que se ríe de las espadas y las flechas! El que fue recreado por el Dios Chacal y liberado de su prisión por su bendito amigo.

Escucha a Mouw Awa y abandona toda esperanza. Ten por seguro que nadie va a rescatarte. Mouw Awa se vale de sus poderes para, sigiloso y furtivo, aniquilar a los adversarios de su bendito amigo. El gordo, el limpio, la gatita.

El hombre-sombra-chacal continuó susurrando en la mente del guardia, hablando de sangre y pulmones reventados. De nuevo sintió las mismas manos inmisericordes en las axilas. El hombre enjuto lo llevó a rastras hasta el fondo de la lóbrega estancia, donde había un inmenso caldero negro cuyo contenido borbotaba y siseaba, envuelto en vapores de azufre, a pesar de que debajo de él no ardía ninguna llama. El líquido de su interior era como de rubíes fundidos, y su fulgor rojo iluminó la faz del hombre enjuto, enmarcada por su barba negra.

Sintió cómo lo levantaban en volandas y lo arrojaban dentro del caldero. Sintió cómo se le escaldaba la piel. Y, procedentes de algún lugar, oyó los humillantes alaridos y las súplicas de un hombre que alguna vez había sido fuerte.

7

Zamia Banu Laith Badawi aspiró una vez más el olor de la muerte de su familia. Se levantó como un resorte, gritando, gruñendo y reviviendo aquella noche espantosa en la que había encontrado a su banda.

«No, solo era un sueño. Esta noche es nueva». Ya no estaba en el desierto, sino tendida en un catre, en la residencia del doctor Adoulla Makhslood.

Pero aquel atroz olor a cripta todavía flotaba en el aire.

«¡No era un simple sueño!». Zamia detectó movimiento por el rabillo del ojo. Algo se abalanzó sobre ella. Únicamente sus reflejos, bendecidos por los ángeles, y los años de adiestramiento con su padre lograron salvarla. Algo —algo cuya forma resultaba vagamente humanoide— se estrelló contra el catre donde había estado tumbada hasta hacía un mero suspiro.

¡No! Nadie ve ni oye a Mouw Awa, el hombre-chacal, hasta que ataca. Pero ¡la gatita lo había olido!

El ser que se mostraba ahora ante ella era negro como una sombra, salvo por sus resplandecientes ojos rojos. De alguna manera, Zamia oía sus palabras tanto con los oídos como con la mente. Los indefinidos contornos de la criatura recordaban a un chacal que caminara erguido como una persona, pero el borde de su silueta restallaba y fluctuaba como los banderines de una tienda azotada por el viento.

El hedor de la muerte de su banda emanaba en vaharadas de la

criatura. Olía a pelo de chacal chamuscado y a sangre infantil ya reseca. Sus ojos eran una versión más brillante de lo que había visto en sus difuntos compañeros de banda. Al contemplar a la abominación que tenía delante, Zamia supo que esta era la cosa que había devorado las almas de su banda… de su padre.

Profirió un alarido de terror. La criatura se abalanzó sobre ella de nuevo, y Zamia a duras penas consiguió esquivar sus colmillos, envueltos en sombras.

—¡RASEED! ¡DOCTOR! ¡ENEMIGOS! —Su voz retumbó como el rugido de una leona, más potente de lo que podría sonar ninguna niña, mientras su cuerpo cambiaba. Cuando era pequeña a veces necesitaba varios intentos para adoptar la forma. Pero ahora podía hacerlo sin pensar, en un abrir y cerrar de ojos. Ahora era una muchacha; al instante siguiente, una enorme leona dorada. Ahora la atenazaba un pavor infantil; al instante siguiente, la luz del sol corría por sus venas.

Las garras, los colmillos y el pelaje dorado le infundieron confianza. Se zafó de otro ataque y gruñó a la criatura.

—Seas lo que seas, has asesinado a los Banu Laith Badawi. ¡Te voy a arrancar la garganta!

La criatura que se erguía ante ella emitió un gañido enfermizo, a caballo entre el gimoteo de un perro y el que podría escapar de los labios del hombre más vil.

Mouw Awa ya no está solo. Ha sido encontrado por su bendito amigo. Por él exterminará a la gatita, al gordo y al limpio. ¡Mouw Awa se estremece anticipando el sabor del alma de la gatita, dulce y salada a la vez!

Oír la voz de esta criatura dentro de su cabeza era perturbador, pero hacía años que su padre le había enseñado a no prestar atención a las palabras de su rival, sino a su cuerpo. Zamia rugió una vez más para despertar a sus aliados. A continuación, se abalanzó sobre la obscena criatura.

Mientras lo hacía, intentó comprender qué era ese monstruo. ¿Serían rivales sus garras para una sombra?

Zamia atacó con la zarpa izquierda y averiguó la respuesta. El abominable ser —Mouw Awa, como se denominaba a sí mismo— retrocedió de un salto con un gemido, escupiendo de dolor.

¡La gatita ha cortado a Mouw Awa! ¡Es tan feroz como su padre, el

cruel agresor del bendito amigo de Mouw Awa!

La asombrosa velocidad de la criatura pilló a Zamia desprevenida cuando se abalanzó sobre ella. Por dos veces consiguió interponer medio paso de distancia entre ella y sus fauces, pero comenzaba a dar muestras de cansancio y todo apuntaba a que esta monstruosidad era infatigable. Además, no estaba acostumbrada a luchar en espacios tan reducidos.

Retrocedió a ciegas y derribó una pequeña estantería que le inmovilizó los cuartos traseros. «¡Que Dios me ayude!». Cuando la criatura se cernió sobre ella, su pestilencia amenazó con dejarla sin conocimiento.

Un relámpago azul se abatió sobre el ser que se hacía llamar Mouw Awa. «¡Raseed!».

El derviche, con la espada desenvainada, atacó a la criatura y logró desviar su atención de la muchacha. Una vez, dos, hasta en tres ocasiones se hundió el arma bífida de Raseed en el monstruo, pero sin hacerle un rasguño.

—¡Cuidado! ¡Esta cosa… apesta a las heridas de mi padre! —gruñó Zamia. A continuación, flexionó las patas traseras y redujo la estantería de madera a astillas. Unas cuantas perforaron su carne, pero hizo caso omiso de ellas.

Observó al monstruo y al derviche, atenta a la menor oportunidad. La espada de Raseed volvió a hundirse en la figura de Mouw Awa, pero la criatura se limitó a gañir y a replegar los labios. Los colmillos de Mouw Awa erraron su blanco una vez, dos. La criatura descargó un golpe con el antebrazo contra el pecho del derviche, que voló por los aires como si acabara de recibir la coz de un caballo. El corazón de Zamia dio un vuelco en su pecho.

Por el rabillo del ojo, Zamia vio cómo aparecía el anciano en lo alto de las escaleras, vociferando. Decidió no prestar atención al doctor, y se abalanzó sobre Mouw Awa.

No hay filo ni oración capaz de detener a Mouw Awa. Él ha robado al hacedor de hechizos. Se relamerá con los sabores gemelos de la leona y la niña mientras las criaturas de su bendito amigo aniquilan al limpio y al gordo.

El ser la esquivó y lanzó algo al suelo. Se oyó un sonido parecido al restallar de un golpe de viento, y dos tormentas de arena del tamaño de una persona se materializaron de repente en el centro de

la estancia. Los torbellinos no tardaron en moldearse y desarrollar brazos, piernas y colmillos.

«¡Dios Misericordioso! ¡Si las dunas del desierto se transformaran en monstruos, este sería su aspecto!». Las criaturas humanoides abrieron las fauces para revelar unos dientes como piedras de cantos aserrados. En la boca de una de ellas se agitaba una lengua bífida. No, no se trataba de ninguna lengua, sino de una víbora de las rocas cubierta de escamas sonrosadas. La serpiente más mortífera del desierto.

Zamia vio cómo estas criaturas se interponían entre ella y sus aliados, pero esa era toda la atención que podía prestarles. El demencial monstruo asesino que se erguía ante ella merecía morir, y su única misión en la magna tierra de Dios era matarla.

Atacó una y otra vez, pero parecía que Mouw Awa anduviera siempre un paso por delante de sus golpes. Era como si aquel hocico amortajado de sombras se burlara de ella.

La gatita sisea y escupe, pero sucumbirá entre las fauces mutiladoras de Mouw Awa, antes llamado Hadu Nawas.

Los demás combatientes se encontraban ahora detrás de ella. Zamia oyó escrituras recitadas a voz en grito, la voz de Raseed y sonidos mágicos como truenos en miniatura. Hubo de recurrir a toda su disciplina para no girarse y dar la espalda a su adversario. Algo había comenzado a arder y el humo, sumado al despiadado hedor de la criatura, le provocó una arcada.

Profirió un fuerte gruñido. Los enemigos de su banda habían huido como niños al oír ese mismo sonido, pero Mouw Awa se limitó a redoblar sus esfuerzos, y se acercó tanto a Zamia que esta sintió incluso el extraño calor que emanaba de sus fauces.

La criatura atacó y falló de nuevo. Zamia vio la abertura que estaba esperando y saltó, aprovechando la oportunidad que le brindaba el exceso de confianza del monstruo.

«¡Es una trampa!».

Demasiado tarde, Zamia comprendió que era ella la que había pecado de confiada. Mouw Awa no había perdido el equilibrio. Su finta había servido para atraerla hacia él. La muchacha proyectó las garras hacia delante y las hundió en la mezcla de carne y sombra de la criatura, pero esta cambió de postura y cerró las negras fauces en torno a las costillas de Zamia. La leona gritó, siseó y arañó una vez

más a Mouw Awa, que se alejó de ella tambaleándose, herido de gravedad.

El daño de sus colmillos, no obstante, ya estaba hecho. En los pensamientos de Zamia ahora solo tenía cabida el dolor, una agonía envuelta en un abrasador manto rojo que logró arrancarle un sollozo. Y después, la oscuridad.

«¡Que Dios Misericordioso me ampare!». Sin creer más que a medias lo que veían sus ojos, Adoulla fue testigo de cómo dos gules de arena cobraban su remedo de vida en la biblioteca. Zamia estaba combatiendo con una criatura que era como la sombra de un chacal animada… algo que no había visto en su vida. En esos instantes, Raseed se ponía en pie con dificultad.

En todas estas cosas reparó Adoulla, pero su atención se centraba sobre todo en los gules de arena. El poder necesario para crear semejantes criaturas a distancia —para gobernarlas desde algún lugar invisible, para subvertir los hechizos de protección que Adoulla había implantado aquí— era incalculable. La cantidad de personas que habrían perecido, asesinadas y mutiladas, para obrar esta magia… Se enfrentaban a una amenaza en verdad ominosa.

Uno de los gules cargó contra Adoulla con una mueca feroz cincelada en sus grotescas facciones humanoides. El doctor ya había metido las manos en los bolsillos de su caftán. Extrajo un frasquito y lo descorchó con el pulgar. Aunque las garras curvas del gul distaban ahora escasos centímetros de los ojos del anciano, este mantuvo la posición sin inmutarse, y esparció un pellizco de polvo de rubí en el aire ante sí mientras recitaba:

—¡«Dios es el oasis en el desierto del alma»!

El polvo de rubí se convirtió en ceniza en el aire. El gul se desplomó, reducido a un montón de arenilla y escarabajos muertos. Adoulla sintió cómo la arena y otras sustancias menos agradables le azotaban la cara mientras la magia que animaba a la criatura escapaba de ella. Entonces llegó el reflejo, la violenta embestida de la invocación en su pecho, atenazado ahora por una opresión, y un picotazo en el costado. Tras la batalla de la noche anterior, sus fuerzas se habían visto mermadas.

«Demasiado viejo», pensó mientras veía cómo la chica-leona forcejeaba desesperadamente con aquella criatura sombría y Raseed

intentaba, sin éxito, abatir a uno de los gules de arena con la espada.

«No, demasiado viejo no —se dijo—. Estos chiquillos no pueden perecer por culpa de mis achaques». Sacó fuerzas de solo Dios sabía dónde y hurgó en su faltriquera en busca de algún tipo de antídoto contra estas criaturas.

Dio gracias a Dios Benevolente en voz alta cuando sus dedos se cerraron en torno a tres piedras lisas del tamaño de una uva. Cogió las cuentas relámpago —cada una de ellas un remolino de madreperla— y levantó la cabeza a tiempo de comprobar que habían vuelto a derribar a Raseed. El derviche ya había empezado a levantarse, pero el gul al que se enfrentaba se abalanzó ahora sobre Adoulla.

El cazador de gules se giró cuando la criatura saltó sobre él con un siseo y, de milagro, evitó que aquellas zarpas como rocas lo abrieran en canal. Pero el poderoso antebrazo del gul impactó de plano en su pecho como una barra de hierro. Adoulla se cayó de espaldas y aterrizó sobre las posaderas con un gruñido, despojados de aire sus pulmones.

Quiso arrojar entonces las cuentas, pero se contuvo. Provocarían un incendio, sin duda. Su hogar…

No tenía elección. Adoulla las lanzó.

El gul de arena profirió un siseo estridente ante el impacto de los diminutos guijarros, que fueron absorbidos de inmediato por el abdomen de la criatura. Las arenas se abrieron para revelar fugazmente una vibrante masa de escorpiones y relucientes escarabajos negros. Adoulla pronunció la invocación:

—¡«Dios es el rayo que golpea tres veces»!

Sus palabras brotaron entorpecidas por el dolor y el pesar, pero surtieron efecto. Sonó un estampido amortiguado, como un trueno envuelto en una manta de lana, y el gul de arena se quedó paralizado en el sitio. Otro estampido amortiguado a continuación, y un tercero cuando la última de las cuentas estalló dentro de la criatura. Del vientre del gul de arena brotaron unos relámpagos llameantes que escaldaron el brazo que tuvo que levantar Adoulla para protegerse la cara. Varias lenguas de fuego prendieron en la estancia y se propagaron a una velocidad aumentada por la magia. Un tufillo a papel quemado llegó hasta el olfato de Adoulla, que se

preguntó, atormentado, cuántos libros y pergaminos estaría a punto de perder para siempre. Vio que el fuego se extendía por el mobiliario y las paredes de su hogar. El agotamiento de la invocación lo golpeó en ese momento, y el cazador de gules se desplomó con la mente embotada por el dolor y el humo.

Raseed vio cómo uno de los gules de arena se desmoronaba a causa de la invocación del doctor y dio gracias a Dios mientras hacía frente al segundo. Nunca antes había luchado con un gul de arena, aunque el doctor le había hablado de ellos. No eran como los de hueso o agua. Daba igual cuántas veces atacara Raseed con la espada, su filo no encontraba carne que morder. Todas las estocadas se hundían en vano en la arena, y Raseed debía recurrir a toda su habilidad para esquivar los ataques de la criatura mientras recuperaba el arma.

«Dios Todopoderoso, ¿qué puedo hacer contra semejante monstruosidad?». Todos sus pensamientos lo abandonaron cuando la criatura lo incrustó en el suelo con un inmenso puño rugoso. Se puso de pie sin perder tiempo y vio cómo el doctor le tiraba algo al gul y entonaba una invocación antes de desmayarse. Retumbó un estampido atronador, y Raseed alzó un brazo para resguardarse de una lengua de fuego. Apartó el rostro de la deflagración y vio a Zamia, que batallaba aún con la criatura de sombras.

Raseed tenía la piel y las ropas de seda chamuscadas, pero ignoró el dolor. Cuando se encaró de nuevo con el gul de arena vio que la invocación del doctor había surtido un efecto asombroso. Ante el sonido de las pequeñas explosiones, la criatura había dejado de moverse, incapacitada por lo que fuera que entendiese por dolor semejante monstruosidad. El calor mágico de las detonaciones había provocado que la sección central del gul de arena, tan gruesa como el tronco de una palmera, se derritiera hasta cristalizar. Los restos fundidos de escorpiones y ciempiés veteaban el vidrio de negro. El gul de arena se había quedado petrificado.

Por toda la estancia ardían pequeños focos de llamas que se avivaban y propagaban a gran velocidad, pero Raseed se concentró en su adversario. Sabía reconocer una oportunidad cuando la tenía delante. El cristal se podía romper.

Envainó la espada, extendió el brazo derecho y apuntó al gul de

arena con el puño. Con un fuerte grito que le sirvió para canalizar su alma, salió disparado hacia delante y hundió el puño en el estómago de la criatura. «¡Si es que esto es su estómago!».

Se produjo un crujido ensordecedor, seguido de un denso tintineo, como si un millar de cascabeles diminutos sonaran a la vez. Raseed sintió cómo se le clavaban en la piel innumerables esquirlas de vidrio candente, desde los nudillos hasta el codo, recubriendo todo su antebrazo. Pero estaba concentrado, y ni un atisbo de dolor consiguió penetrar el muro de su adiestramiento. «Alabado sea Dios».

Con un movimiento rápido, extrajo el brazo del vientre del monstruo. El gul se deshizo, reducido a una lluvia de arena, cristales rotos y ciempiés muertos. Raseed le dio la espalda al montón de desechos que se erguía ahora ante él, tan alto como su cintura, y paseó la mirada por la habitación.

El humo y el fuego continuaban propagándose rápidamente, invadiendo toda la casa. Las llamas tiznaban las paredes de la residencia. El doctor yacía lamentándose de dolor, pero no daba la impresión de que sus heridas revistieran mayor gravedad. Agazapada en un rincón, una leona dorada —«¡Zamia!»— sangraba entre rugidos e hipidos. A Raseed se le formó un nudo en la garganta.

La criatura-chacal, visiblemente lastimada, pugnaba por mantenerse en pie y acercarse a la ventana. Emitió un gemido mientras un remolino de sombras ondeaba a su alrededor. Cuando se acercó a ella, Raseed oyó cómo hablaba de alguna manera dentro de su cabeza.

¡No! ¡Han cortado y mordido a Mouw Awa! ¿Significará esto su muerte? ¡No! Su bendito amigo lo sanará. ¡Su bendito amigo se sentará en el Trono de la Cobra mientras los aullidos de Mouw Awa estremecen el aire!

Chillando de dolor, la criatura atacó la ventana de celosía con las garras y redujo a astillas la madera oscura. Antes de que Raseed pudiera impedírselo, saltó desde la ventana del primer piso al camino de tierra. «La caída lo matará», pensó esperanzado Raseed, pero cuando el ser golpeó el suelo fue como si sencillamente se fundiera con él. El derviche poseía unas asombrosas dotes para el sigilo, pero esto era distinto. Mouw Awa no se había escondido,

sino «mezclado» con las sombras que proyectaban las farolas. La criatura había huido pero no estaba muerta, de eso a Raseed no le cabía la menor duda.

Su deber era perseguirla, pero su mirada se vio atraída por las figuras inertes de Zamia y el doctor. Lo necesitaban ahora. La salvaje había vuelto a cambiar de forma en un abrir y cerrar de ojos. Raseed sintió una opresión en el pecho al ver a esta muchacha de quince años con una fea herida en el costado. El doctor se levantó con un gemido, tosiendo a causa del humo que los rodeaba. Las llamas desprendían un calor cada vez más intenso mientras la madera del diván y la estantería crujía y chasqueaba bajo las caricias del fuego.

Zamia sollozaba. Tan solo sus labios se movían, produciendo unos sonidos plañideros, cargados de dolor. La mirada del derviche regresó a la calle que se extendía a sus pies. «Oh, Dios, ¿será pecado consentir que huya semejante monstruo para salvar las vidas de mis amigos?». Antes de que su alma terminara de plantearle ese interrogante a Dios Todopoderoso, su cuerpo, asfixiado por el humo, había acudido ya al lado de Zamia.

Un resplandor esmeralda inundó la residencia de improviso. Mientras se inclinaba sobre Zamia, Raseed vio cómo un centenar de manos diminutas, del color del mar, sofocaban las llamas y ahuyentaban el humo. «Magia». Pero este hechizo no pertenecía al repertorio del doctor. Ese detalle, de todos modos, a Raseed le traía sin cuidado. Lo único que importaba en ese momento era la herida de Zamia, que borbotaba y emitía un siseo espantoso, como el que producirían los ácidos de un alquimista. El derviche notó cómo se le anegaban los ojos de lágrimas, y no solo por culpa de la humareda.

Sintió una de las manazas del doctor en el hombro y oyó su voz ronca, susurrándole al oído:

—Vamos, muchacho. Han llegado los refuerzos.

Raseed se revolvió contra su mentor.

—¡No deberíamos haberla traído aquí, doctor! ¡No es más que una niña! —De su garganta escapó un grito ininteligible—. ¡No deberíamos haberla traído aquí! —Le sobrevino el inesperado impulso de golpear a su mentor.

Adoulla entornó los párpados, tanto a causa del humo como de sus dolorosas heridas.

—¡Reponte, muchacho! ¡Ya te he dicho que han llegado los refuerzos!

Raseed vio más que sintió una mano huesuda, roja y negra, en el antebrazo. Dawoud. Litaz. Los amigos del doctor. El humo le nublaba la vista y el juicio. Se dejó conducir fuera del edificio en llamas, consciente tan solo a medias de lo que ocurría.

Antes de darse cuenta, se encontraba de pie ante las ruinas ennegrecidas por el hollín de lo que Adoulla consideraba su hogar. Los hechizos de fuego languidecían, pero ya habían provocado daños irreparables. El doctor, sentado en la calle, se sostenía la cabeza con las dos manos. Junto a él, sus amigos de Soo —el alto y calvo magus, Dawoud, y su nervuda y menuda esposa, Litaz— depositaron con delicadeza el cuerpo inmóvil de Zamia en una parihuela.

—El incendio ya está controlado —informó Dawoud a su desorientado amigo—. Llegamos antes de que pudiera extenderse al resto del vecindario. Mi magia impedirá que nadie más vea o huela lo que ha pasado aquí hoy. Pero, en el nombre de Dios, Adoulla, ¿qué ha pasado exactamente? ¿Y quién es esta?

El doctor tartamudeó, esforzándose visiblemente por poner en orden sus ideas.

Raseed también estaba confuso.

—Dejemos las preguntas para más tarde —sonó en alguna parte la voz de Litaz—. Quienquiera que sea, se está muriendo. Tenemos que llevarla a nuestro hogar, enseguida. ¡Raseed!

El derviche se dio cuenta de que se había quedado como un pasmarote contemplando la figura inerte de Zamia, su rostro surcado de tiznones y las largas pestañas de sus ojos cerrados. De nuevo intentó hablar, pero tenía la garganta abrasada a causa del humo y las lágrimas. Una costra de ceniza recubría sus ropajes de seda.

—¿Mi señora? —consiguió balbucir al fin.

La voz de la pequeña alquimista de Soo restalló como un látigo, y había solemnidad en sus facciones de azabache cuando dijo:

—Hemos traído una camilla. —Los aros que adornaban sus trenzas tintinearon cuando inclinó la cabeza en dirección al artefacto de cuero y madera—. Ayúdame a cargar con ella.

Raseed, cuyos pies y manos parecían actuar por iniciativa

propia, obedeció la orden. Cuando levantaron la parihuela, Zamia profirió un chillido de dolor. Raseed sintió como si aquel sonido le desgarrara las entrañas. Zamia hizo una mueca y volvió a sumirse en el silencio.

—Todavía hay esperanza —dijo Litaz—. ¡En marcha, muchacho!

Raseed parpadeó para enjugarse las lágrimas y empezó a caminar.

8

En esa hora que no pertenece del todo ni a la noche ni a la mañana, en el barrio de los Eruditos de la gran ciudad de Dhamsawaat reinaba el silencio. Incluso los más infatigables de sus habitantes se habían ido por fin a la cama, aunque no tuvieran por lecho más que un pedazo de tierra prensada. Los primeros carreteros, porteadores y tenderos todavía tardarían aproximadamente una hora en comenzar la jornada. Litaz, hija de Likami, asomada a una ventana con el marco de madera de cedro, se masajeaba las sienes mientras daba gracias a Dios Misericordioso por los pequeños favores; la balsámica tranquilidad había facilitado siquiera ligeramente la primera fase de su labor.

El bullicioso e inhóspito barrio de los Eruditos solía ser tan escandaloso que su nombre —un vestigio de los albores de la ciudad, según le había explicado Adoulla— daba la impresión de ser fruto de un sarcasmo intencionado. Pero Litaz se preciaba de que tanto ella como su marido y el cazador de gules impedían que la referencia a los libros se convirtiera en una mentira flagrante. Una eternidad después de que los sabios y los estudiantes del vecindario hubieran sido reemplazados por negociantes y proxenetas de medio pelo, ellos tres se encargaban de que la erudición aún tuviera cabida en el barrio. Poco importaba que sus conocimientos pertenecieran al ámbito de las heridas antinaturales y de las criaturas compuestas de sabandijas de osario.

Litaz se apartó de la ventana y contempló a la joven moribunda

que yacía en el diván ante ella, con los cabellos desplegados sobre los cojines. La respiración entrecortada de la nativa era lo único que se oía en la estancia, en franco contraste con el estrépito de hacía tan solo unas horas, cuando irrumpieron en tromba cargando con una muchacha, bendecida por los ángeles pero malherida, tendida en una litera.

La herida no se parecía a ninguna otra que Litaz hubiera visto jamás. La mujer de la tribu había sufrido un mordisco, aunque no justificaba el peligro que corría su vida. Dentro de la herida, sin embargo, era como si el veneno afectara al alma de la muchacha más que a su cuerpo. Ninguna de las fórmulas de Litaz contemplaba algo así. Gracias a Dios que su marido —como en tantas otras curaciones en el pasado— había intuido lo que debían hacer. Los tónicos y los ungüentos de Litaz habían estabilizado el estado de la joven, pero fueron los poderes de Dawoud —su domino del extraño fulgor verde que brotó de su interior mientras sus manos se deslizaban de un lado a otro sobre el corazón de la muchacha— los que lograron alejarla por fin del filo de la muerte.

La fragancia del té de cardamomo en ebullición la sacó de su ensimismamiento. Oyó a Dawoud en el cuarto de al lado, preparando para ella una taza con su correspondiente platillo. Los tés con que se regalaban mutuamente explicaban en gran medida que su matrimonio fuera tan dichoso. Aquella era una de las lecciones más importantes de la alquimia, una lección que Litaz atesoraba desde el comienzo de su formación, cuando dejó atrás su rígido estilo de vida como noble dama de Soo para dedicarse a los estudios: no se podía dar nada por sentado, ni siquiera las cosas más simples. Había visto cómo una monstruosidad astada de otro plano acababa con la vida de un hombre por culpa de una pequeña imprecisión en el círculo de invocación. Había sido testigo de cómo un matrimonio terminaba odiándose por olvidar cuándo caían sus respectivos días del nombre.

Un grito entró por la ventana, procedente de la calle: algún borracho rezagado, o un carretero madrugador. A modo de respuesta, la muchacha badawi —«Zamia», la había llamado Adoulla— emitió un gemido de dolor. Litaz elevó una plegaria muda por la muchacha y pensó, preocupada, en los límites de sus artes sanadoras. Cogió una jarra de arcilla de una de las estanterías

bajas de la sala para las visitas y sacó de ella un puñado de dorados dulces de ñame. El sabor terroso que le inundó la boca la sosegó. Estos diminutos recordatorios de su hogar eran caros, pero no había nada igual en el mundo.

—Te mereces el bote entero, después del esfuerzo que has realizado en las últimas horas. Creo que la chica vivirá gracias a ello. —Su marido entró en la habitación portando una bandeja de té en las manos huesudas, esculpidas por la congoja. También en sus enjutas facciones negras y rojas se cincelaba la preocupación que sentía por ella.

—¿Dónde están Adoulla y Raseed?

En la escalera, Dawoud se atusó la perilla teñida de jena.

—Arriba. El muchacho se ha sumido en una especie de meditación cargada de reproche. Adoulla lamenta la destrucción de su hogar y no deja de devanarse los sesos pensando en este ataque.

Litaz llevaba haciendo lo mismo desde que Adoulla les explicara atropelladamente que la muchacha estaba bendecida por los ángeles y les describiera a la criatura que la había agredido. «No bastaba con la locura de que nuestro Adoulla nos trajera una badawi moribunda —pensó una distante y desapasionada parte de ella—. No, además tenía que ser una cambiaformas». Como poseída por el alma de su viejo amigo, a Litaz se le escapó una risita amarga. Aceptó la taza de té que le ofrecía Dawoud y probó un sorbo tras sentarse junto a la muchacha.

Aun dormida, el dolor que atenazaba a la mujer de la tribu se reflejaba en su rictus. Litaz se descubrió una vez más preocupada por lo inusitado de la enconada herida de la muchacha. Durante décadas se había dedicado a viajar con su marido y sus distintos compañeros de aventuras, enfrentándose a criaturas y hechizos desconcertantes para la mayoría de la gente. Pero Litaz sabía que no había nada en el mundo que no se pudiera analizar. Los gules, los djinns, las bolas de fuego, los puentes hechos de rayos de luna… Todo tenía explicación si se conocían las fórmulas adecuadas. Había renunciado hacía años a buscar los elixires de la eterna juventud y a convertir el cobre en oro. Tampoco malgastaba su talento en las absurdas tareas que mantenían ocupados al otro puñado de alquimistas de la ciudad. Trabajar durante semanas seguidas para separar aleaciones o fortalecer las cosechas —y contribuir así a

llenar aún más las arcas de quienes ya nadaban en la abundancia— no era vida, por muchas riquezas que le reportara su esfuerzo.

Pero ayudar a la gente lastimada era distinto. Litaz echó otro vistazo a la herida de la muchacha y puso en funcionamiento su mente analítica. Solo conocía el asesinato de almas merced a los libros. Aunque sabía que se trataba de una magia muy antigua, para ella era nueva. Lo que importaba ahora, en cualquier caso, era que había estado a punto de acabar con la vida de una chiquilla en el hogar del mejor amigo que tenían ella y su marido. Y eso lo convertía en problema suyo.

Dejó la taza en la mesa y acercó una mano a la pinza de madera tallada que sujetaba sus trenzas. Dawoud, su polo opuesto en tantos aspectos, la provocaba a menudo diciendo que su estrafalario peinado la delataba como oriunda del este de Soo. Años atrás había llegado a sugerirle que se afeitara la cabeza, como las mujeres rojinegras de su tierra, en la República Occidental. La idea continuaba horrorizándola.

Su marido se situó a su lado en silencio y apoyó una mano en su espalda. Sintió la presión de sus largos y fuertes dedos y dio gracias a Dios, no por primera vez, por que alguien tan distinto a ella formara parte indisoluble de su vida.

Litaz oyó un ruido procedente de la escalera y se giró para ver a Adoulla, que bajaba con paso vacilante. Dawoud retiró la mano de su espalda y fue a recibir con un abrazo a su amigo. Litaz no vio el dolor en los pesados párpados de Adoulla hasta que lo oyó hablar con una voz impropia de él; la voz de un hombre debilitado.

—Mi hogar. Dawoud, mi hogar. Está… lo han…

Dejó la frase sin terminar, con los ojos brillantes de lágrimas, y sus grandes y anchos hombros se desplomaron. Litaz se preocupó al ver en semejante estado a Adoulla, tan poco dado al abatimiento. Su marido se separó del cazador de gules y lo zarandeó por los hombros.

—Escucha. ¡Mírame, Adoulla! Dios es misericordioso, ¿me oyes? Las reparaciones requerirán tiempo y dinero, pero de aquí a seis meses volverás a estar como antes, salvo por un puñado de pergaminos y libros viejos.

Adoulla tragó saliva con dificultad y sacudió la cabeza.

—De aquí a seis meses, lo más probable es que sea un cadáver

de ojos carmesíes con el alma separada de Dios.

Aprovechando que su paciente más grave estaba descansando, Litaz y Dawoud se ocuparon de las magulladuras y las costillas lastimadas de Adoulla. Su amigo se quedó con la mirada perdida mientras trabajaban, con el gesto crispado de dolor pero sin decir nada. Luego se quedó sumido en un profundo sueño encima de un montón de cojines en una esquina del recibidor, y empezó a roncar. Por último, después de que el joven y estoico ayudante de Adoulla insistiera en montar guardia, Dawoud y Litaz se acostaron a su vez.

Cuando se despertaron, al cabo de unas horas, Litaz preparó más té y Adoulla se lo agradeció como si acabara de salvarle la vida a su madre. El descanso lo había dejado un poco menos inconsolable; saltaba a la vista que los torvos planes que ocupaban sus pensamientos le prestaban entereza.

—Debemos pararles los pies… a esa criatura-chacal que se llama a sí misma Mouw Awa y a su misterioso «bendito amigo»… Ahí fuera, en alguna parte, se encuentra el creador de gules más poderoso al que me haya enfrentado nunca. Temo por nuestra ciudad —dijo Adoulla antes de dar un largo y descuidado sorbo de té, tras el cual hubo de enjugarse la barba con una mano.

«"Tu" ciudad, amigo mío, no la nuestra», protestó resentida una parte de Litaz. Hacía décadas que vivía en Dhamsawaat, y se había encariñado de ella, pero con los años anhelaba cada vez más regresar a la República de Soo. La ciudad le había proporcionado innumerables aventuras colmadas de significado y experiencias cargadas de emoción, pero era en sus sucias calles donde su hijo había perdido la vida. Era en la urbe atestada donde su marido había envejecido más de lo que justificaba su edad. No quería morir salvando ese sitio…, no sin antes ver su hogar al menos una vez más.

No llegó a expresar nada de todo esto en voz alta, por supuesto. Se mantuvo complaciente en su asiento mientras Dawoud replicaba:

—Toda la ayuda que necesites de nosotros es tuya, mi hermano. Te enfrentes a lo que te enfrentes, no lo harás solo.

Durante largo rato, los tres se conformaron con tomar el té en silencio. Cuando Dawoud habló de nuevo, sus labios lucían una sonrisa desprovista de humor mientras apuntaba a Adoulla con uno de sus largos dedos.

—¿Sabes? A pesar de los peligros que te acechan, deberías dar gracias a Dios Benevolente. Gracias porque vivimos a dos puertas de distancia. Porque anoche regresamos tarde a casa y no por la mañana. Porque estábamos caminando por la calle cuando vimos el humo que salía de tu casa.

Al oír la palabra «casa», Adoulla exhaló un suspiro; los ojos se le anegaron de lágrimas rutilantes. Le agradeció el té a Litaz una vez más, se puso de pie y salió por la puerta principal con aire apesadumbrado.

Dawoud se levantó con un gruñido y siguió a Adoulla. Litaz oyó cómo ambos se alejaban de la tienda despacio, hablando de lo que fuera que hablaban los hombres cuando se quedaban a solas.

Litaz dejó a un lado sus luctuosos pensamientos y fue a ver cómo se encontraba Zamia. La muchacha había aflojado ya las mandíbulas y dormía plácidamente. Había llegado el momento de aplicar el segundo ungüento. La mujer colocó una cazuela de hierbas variadas al fuego.

La mezcla rompió a hervir instantes después, y el agua dejó un residuo viscoso al evaporarse. Litaz retiró las vendas de la muchacha y volvió a limpiar la herida. A continuación, sirviéndose de un cucharón de madera, extendió el pringue directamente de la cazuela, todavía caliente. Vio cómo el ungüento se consumía mágicamente sobre la herida, absorbiendo el dolor de la joven. El aire se llenó de sinuosos hilachos de humo que a su paso dejaban un olor a carne a medio curar. Con la otra mano, oprimió los puntos de presión de las palmas de la badawi.

Como si acabara de caerle un rayo, Zamia se sentó y gritó hasta quedarse sin aliento. Luego aspiró una gran bocanada de aire y continuó desgañitándose. Litaz se compadeció de los vecinos, acostumbrados ya al alboroto de los afligidos que buscaban el solaz de su maestría.

Raseed se incorporó de un salto del montón de cojines donde había dormido.

—¡Mi señora! ¿Q-qué? —dijo, parpadeando con los ojos rasgados empañados aún por el sueño mientras buscaba su espada.

—Vuelve a acostarte, Raseed. Aquí todo está en orden… Los gritos son buena señal. Demuestran que el alma de la muchacha todavía conserva todo su vigor.

Antes incluso de que Litaz terminara de hablar, Zamia volvió a tumbarse y se quedó profundamente dormida.

Dawoud y Adoulla entraron en la habitación, alarmados por los alaridos. Tanto mejor. Ahora le tocaba a Dawoud aliviar el otro dolor, más metafísico, que consumía a la joven.

Su marido la interrogó con la mirada, y Litaz asintió. Dawoud se acuclilló junto a la figura dormida de Zamia y movió las manos trazando lentos círculos serpentinos en el aire, rozando casi el andrógino cuerpo de la joven. Un suave resplandor verde le envolvió las manos. Cerró los ojos y torció el gesto en una mueca de sufrimiento, a pesar de lo cual mantuvo los ojos cerrados con fuerza. Sus dedos continuaron danzando hasta que el brillo se desvaneció, momento en que el marido de Litaz se desplomó encima de un taburete, aferrándose el pecho con una mano.

«Hacía mucho que no forzaba tanto sus facultades. ¡Es como si estuviera envejeciendo delante de mis ojos!». Litaz se acordó nuevamente de su tierra natal y rezó para que su esposo viviera para verla una vez más antes de que los costes físicos de su vocación acabaran con él. Corrió a su lado y le rodeó los hombros huesudos con un brazo.

—Es hora de despertarla —dijo Dawoud con los dientes apretados, visiblemente extenuado.

—¿Despertarla? —El derviche frunció el ceño en su dirección—. Perdonadme, mi señora, mi señor… pero está muy malherida. Deberíamos permitirle que descansara, ¿no os parece?

El muchacho estaba entrometiéndose donde no lo llamaban, y debía de haber algún motivo para ello. «¿Se creerá acaso que está enamorado de ella?», se preguntó Litaz.

—La muchacha ha estado al borde de la muerte, Raseed. Debemos despertarla… si podemos… para que recuerde lo que es estar viva. Ya tendrá tiempo de descansar más adelante.

Se giró hacia su maletín de madera de junípero y extrajo un frasquito lleno de grandes granos de sal sonrosada. Tras acercar el recipiente a la joven badawi y ponérselo debajo de la nariz, Litaz lo destapó y apartó la cara.

Zamia se enderezó de golpe. Empezó a toser y a gemir de dolor. Mientras tosía, la boca y las ventanas de la nariz se le mancharon de sangre.

«Gracias a Dios Todopoderoso». Aunque Raseed parecía aterrado, Litaz sabía que la sangre indicaba que la muchacha estaba recuperándose. «Quizá consiga salir indemne de esta».

Raseed se había apostado al lado de Zamia, visiblemente deseoso de hacer algo pero sin saber en qué podría consistir ese algo.

—¡¿Qué le ocurre?! —exclamó.

Litaz se masajeó las sienes y se obligó a armarse de paciencia. Apartó al muchacho y utilizó un paño para enjugar la sangre de Zamia.

—Es difícil de explicar, Raseed. Por un instante hemos engañado a su alma para que pensara que estaba dentro de un cuerpo intacto. De ese modo, se verá obligada a recordar este vínculo. Despertará, conmocionada pero consciente y capaz de hablar. Después necesitará reponer fuerzas antes de que nosotros podamos completar el tratamiento. Dios mediante, los vínculos que unen su cuerpo y su alma se restaurarán.

Litaz se apartó, y un momento después los brillantes ojos verdes de la muchacha se abrieron.

—¿Lo… lo he matado? —Fueron sus primeras palabras. No hacía falta preguntar a qué se refería.

Para sorpresa de Litaz —y juraría que también del mismo derviche—, Raseed dio un paso al frente antes de responder:

—Me ofreciste una abertura, pero fracasé, Zamia Banu Laith Badawi. —Ensayó una honda reverencia, cincelada en sus facciones la vergüenza que lo embargaba—. Te ruego que aceptes mis disculpas. Has de saber que fue tu valentía lo que ahuyentó a la criatura. —El muchacho se quedó callado y retrocedió un paso, cohibido de nuevo ahora que había pronunciado su discurso.

«Ah —pensó Litaz, maravillada por los bellos y absurdos anhelos de la juventud—. ¡No es que se piense que la ama, sino que le preocupa que eso pueda ser cierto!».

La muchacha habló con vehemencia en respuesta a las palabras del derviche, como si llevara medio día despierta y no debatiéndose entre la vida y la muerte; otra buena señal.

—¿Qué esperabas? Me enseñó mi padre. —Dicho lo cual, cerró los ojos y volvió a quedarse dormida.

El atardecer encontró a Litaz en la cocina, sentada en compañía

de Adoulla y Dawoud ante sendos tazones de leche de cabra con cerezas, discutiendo cuál sería su siguiente paso. Raseed, como de costumbre, había preferido quedarse de pie.

—¿Y ahora qué? —preguntó el marido de la sanadora.

Adoulla tenía los bigotes teñidos de grana. Se limpió con la manga, y la mancha se desvaneció por medios sortílegos mientras hablaba.

—En el último día y medio me he enfrentado a gules de hueso, a gules de arena y a una criatura demencial para la que no tengo nombre. Debemos averiguar el paradero del hombre que dirige a estos seres. Cogí esto de la muchacha…, pertenecía a su padre. —Adoulla sacó una ornamentada daga de filo curvo y la depositó encima de la mesa, ante él—. De hecho, planeábamos visitaros, antes de que… —Se interrumpió, tragó saliva con dificultad y continuó con voz débil—: Antes de que estos monstruos nos atacaran. Abrigaba la esperanza de que vuestros hechizos de escrutinio pudieran…

Un alarido inarticulado resonó procedente de la sala de estar.

Todos acudieron corriendo al lado de Zamia. La joven badawi estaba despierta, pero no parecía oír las voces que la llamaban. Tumbada, tenía los párpados entornados y el cuello estirado, como si algo invisible acaparara ferozmente toda su atención. «Ah. Intenta adoptar la forma del león», comprendió Litaz. Y por lo visto era incapaz.

Zamia abrió los ojos de par en par, desesperada, y empezó a patalear. Fue Dawoud el que se acercó por fin a la muchacha y le apoyó una mano en la frente con la intención de tranquilizarla.

—Cálmate ya, pequeña. ¡Cálmate, he dicho! Todavía estás con vida, gracias a Dios Misericordioso. Te rescatamos de la muerte antes de que esta pudiera cerrar las fauces sobre ti. Pero mi esposa está agotada, y no te imaginas el precio que debe pagar un magus por su magia. Quédate quieta y no estropees nuestro trabajo. —Era lo más parecido a la ternura que le había dispensado jamás a un paciente.

Pero la joven se apartó de él dando un respingo.

—¿Magus? ¿Has obrado sobre mí tus perversos conjuros? ¡Que Dios me proteja! ¡Me habéis arrebatado la forma! ¡Preferiría estar muerta! —De algún lugar de su interior brotó un rugido que

rivalizaría con el de cualquier león.

La pequeña, muerta prácticamente a todos los efectos no hacía ni doce horas, ya se encontraba lo suficientemente restablecida como para exhibir sus feroces prejuicios badawi. Litaz no podía atribuirse todo el mérito en este caso. Las facultades regenerativas de la muchacha, bendecida por los ángeles, eran verdaderamente prodigiosas.

Adoulla se atusó la barba y fulminó con la mirada a la joven postrada en la cama.

—Conque preferirías haber muerto, ¿eh? ¡Condenada mocosa! Sin hacer preguntas ni aceptar una sola moneda a cambio, mis amigos han llevado sus fuerzas al límite para curarte. ¡Han obrado milagros con hechizos cuyos ingredientes cuestan lo que gana un trabajador en un año! Por no mencionar otros costes menos visibles. ¿Y así se lo pagas, con estas supersticiones propias de una salvaje?

Con cada nueva palabra exasperada que pronunciaba, la expresión de Adoulla se iba volviendo más torva. Litaz se preguntó si el cazador de gules sería consciente de lo que hacía —una pizca de provocación de ese estilo podría servir para avivar el espíritu de la muchacha antes de que esta se sumiera en un sueño reparador más profundo— o si estaría limitándose a descargar su ira sobre una chiquilla que estaba más muerta que viva. Se acercó a él y le apoyó una mano en el brazo, pero Adoulla continuó:

—Si Dawoud te hubiera dejado morir, niña, tu banda jamás conocería la venganza. ¿No es eso lo que te anima a vivir? ¿La lucha, los códigos de honor y todo eso? —Se giró hacia Raseed—. Dios nos libre de los mocosos obsesionados e ingratos. ¡No me extraña que se te salgan los ojos de las órbitas cuando la miras, muchacho! ¡Sois tal para cual!

Zamia observó a Adoulla con el ceño fruncido mientras Raseed, ofendido, murmuraba algún tipo de negativa.

—No se digna ni a sonreír siquiera a las bellezas de la ciudad —presionó Adoulla—, pero se le inflama el alma con una salvaje poco agraciada que dice matar en nombre de los ángeles. ¡Bah, deja ya de farfullar protestas, muchacho! Cómo te empeñas en negar la evidencia. ¡Sí a las decapitaciones, no a los besos! —Elevó los ojos al cielo—. En el nombre de Dios, ¿qué he hecho yo para merecer formar parte de este mundo?

Volvió a encararse con Zamia.

—¡Escúchame bien! Esta era la única forma de salvarte. Estás en deuda con Dawoud y su esposa. La verdad sea dicha, si se rigieran por el bárbaro código de los badawi, habrías contraído con ellos algún tipo de ridícula deuda de por vida, ¿me equivoco?

Zamia emitió un gruñido desabrido, gutural y felino. «¿Cómo es posible que haga esos ruidos de leona con esa garganta de niña pequeña?», se preguntó la erudita que habitaba en el fuero interno de Litaz.

La muchacha asintió con la cabeza, sucinta.

—El doctor tiene razón —dijo, escupiendo cada palabra como si la quemara—. Me habéis salvado la vida y… y estoy en deuda con vosotros. —Dawoud le dio una palmadita en el hombro con una de sus atezadas manos oscuras, pero Zamia la miró como si una víbora de las rocas acabara de aterrizar encima de ella.

—¿De dónde sale este miedo, pequeña? —preguntó el marido de Litaz—. ¿De las historias que escuchabas alrededor de la fogata del campamento? ¿En las que todos los magi van vestidos con túnicas rojas y retozan entre montañas de cráneos? ¿En las que beben sangre de un cáliz mientras algún recién nacido llora en el altar? ¡Bah! ¡Qué prejuicios tan siniestros viniendo de una muchacha cuyo cuerpo se recubre de pelaje dorado y degüella a sus adversarios con los dientes!

La desgreñada cabellera de Zamia saltó hacia atrás cuando la joven levantó la barbilla de golpe.

—¡La forma es un don de los ángeles! ¿Cuál es el origen de tus inmundos poderes?

Litaz dio gracias por que su marido hubiera decidido mostrarse paciente con la pequeña; podía ser inflexible con cualquiera, salvo con su mujer. Cuando habló de nuevo, no obstante, en sus labios aleteaba aún la misma sonrisita amarga de antes.

—Mis dones proceden de Dios. Extraigo mi poder, niña, de mi propia savia vital. De los días que me quedan en este mundo. Y ahora, todavía tienes que darle las gracias a mi esposa, ¿no es cierto? —Dicho lo cual, dio media vuelta y salió de la habitación.

Zamia se quedó callada un momento, antes de inclinar la cabeza.

—He sido descuidada en la gratitud pertinente, mi señora. Os

agradezco vuestra ayuda y os deseo que las bendiciones de Dios caigan sobre vos.

«De modo que hay puertas en esa muralla de orgullo y desconfianza tribales. Bien».

—«Las bendiciones de Dios caen sobre quienes ayudan al prójimo» —citó Litaz—. Recuérdalo la próxima vez que te veas en posición de auxiliar a alguien.

La mujer de la tribu quiso preguntar algo, pero Litaz la interrumpió.

—Ya has hablado demasiado, pequeña, y todavía no estás fuera de peligro. Si Dios Todopoderoso así lo desea, tus poderes de cambiaformas regresarán a ti a su debido tiempo. Pero ahora es el momento de descansar. —Litaz llenó una taza con el cazo de tónico de cicuta que había dejado macerando al fuego y se la ofreció a la muchacha—. A partir de ahora te despertarás cada pocas horas, y mejor así; eso evitará que a tu cuerpo se le olvide que estás viva. Cada vez que abras los ojos deberás obligarte a mirar a tu alrededor y cruzar unas cuantas palabras con alguien. Después, antes de que vuelva a vencerte el sueño, bebe un trago largo de esta taza… ¡Pero no más, si deseas despertar otra vez! ¿Entendido?

La joven, que ya empezaba a acusar los efectos del agotamiento, asintió con expresión somnolienta.

—Bueno, ahora toma el primer sorbo.

Así lo hizo Zamia, que instantes después se sentó en la cama cargada de energía, incapaz de estarse quieta. Bien. Las otras hierbas que componían el tónico debían estimularla durante unos minutos antes de que la cicuta volviera a obligarla a sumirse en el sueño reparador.

En ese momento Adoulla bajó a grandes pasos por las escaleras, bramando:

—¡«Hadu Nawas»! Así se denominó a sí misma esa criatura espantosa… ¡El nombre me suena, Litaz! Lo he leído en alguna parte. ¿En alguna historia? ¿Algún romance antiguo? —La observó con gesto implorante, pero Litaz estaba segura de que no había leído nunca el libro que Adoulla creía recordar a medias.

Su amigo se crujió los nudillos con irritación y dejó caer los hombros, abatido.

—También es cierto que, fuera el libro que fuese, ahora no será

más que un montón de cenizas mojadas.

Litaz vio que Zamia intentaba incorporarse y se lo impidió estirando un brazo ante el exiguo pecho de la furibunda muchacha, que farfulló algo ininteligible.

—¿Poseías información sobre esa criatura asesina y se te ha olvidado? —La voz de la joven, aunque destilaba desdén, sonó débil y pastosa a causa de los narcóticos. Bien. Se quedaría dormida en cuestión de meros instantes.

Adoulla se armó de lo que podría pasar por paciencia para responder a la convaleciente:

—Bueno, si hubiera podido memorizar todos los libros que tenía, bonita, no me habría hecho falta ninguna biblioteca.

—¡La gente de la ciudad y sus libros! —Pese a los sedantes y la herida, la feroz altanería de la muchacha parecía animarla—. Si estos conocimientos hubieran pertenecido a mi pueblo —siseó con asombrosa intensidad Zamia—, se habrían transmitido de generación en generación mediante canciones e historias, y al menos diez personas sabrían…

Litaz vio cómo la paciencia se esfumaba de los ojos de su viejo amigo.

—Dime, ¿dónde están ahora todos esos conocimientos, Zamia Banu Laith Badawi?

El recuerdo de su familia muerta se cinceló en las facciones de la mujer de la tribu. Las palabras de Adoulla eran crueles. Pero Litaz conocía lo suficiente a su amigo como para saber de dónde surgían. Lamentaba la pérdida de sus libros tanto como la pequeña la de los hombres de su tribu, y sin duda no podía mantenerse impasible mientras la mocosa salvaje y supuestamente ignorante se burlaba de los saberes que había tardado toda una vida en reunir.

Aun así, la tensión era excesiva. Estaban cruzando un límite que podría poner en peligro la recuperación de la joven. Litaz apoyó una mano en el brazo de Adoulla. Ya estaba bien. El cazador de gules elevó las manos al cielo, visiblemente exasperado consigo mismo.

—¡Aaagh! Necesito reflexionar. Aire fresco —dijo atropelladamente antes de precipitarse en dirección a la puerta y cerrarla de golpe a su paso.

La muchacha entornó los ojos esmeralda; parecía estar igual de

contrariada con ella misma, como si estuviera ordenándole a la leona de su interior que acabara con su inmadura y débil contrapartida. Musitó algo acerca de una venganza, cerró los ojos y se quedó dormida.

Raseed hizo ademán de salir en busca de Adoulla, pero Litaz lo disuadió. El cazador de gules necesitaba pasar un tiempo a solas con sus pensamientos, sin jóvenes con una fracción de sus años que lo sermonearan.

Litaz miró a Zamia y se concedió unos instantes para felicitarse por su habilidad. Gracias a sus denuedos, Zamia aún tenía alguna oportunidad de sobrevivir. Miró después en dirección a la puerta principal que Adoulla acababa de cerrar de golpe. También él saldría de esta, a pesar del dolor.

Respiró hondo. Dhamsawaat era ya un avispero por culpa de la tensión existente entre el Príncipe Halcón y el nuevo califa. Y ahora, esta amenaza. Detestaba verse arrastrada de nuevo a ese siniestro mundo de magias crueles y cacerías de monstruos. Pero de alguna manera todo se arreglaría, se dijo. De alguna manera Dios los guiaría, y quizá después ella y Dawoud pudieran regresar a casa por fin y dejar atrás la ciudad maldecida por Dios, tan hermosa como infestada de peligros.

9

Al salir, Adoulla cerró de golpe la pesada puerta de madera de la tienda de sus amigos. ¡Cuán bajo había caído para gritarle a una niña que se debatía entre la vida y la muerte! Pero aunque la llamara «niña», había empezado a pensar en Zamia como una leona, o una piedra del desierto. Se recordó que en verdad era una cría, aunque también fuera mucho más que eso.

Dawoud se encontraba a unos cuantos metros de la tienda, con los brazos cruzados, contemplando la calle. El magus se dio la vuelta ante el ruido que hizo su amigo y enarcó una ceja blanca en su dirección. Adoulla no estaba de humor para más conversaciones. Intentó pasar de largo, pero la mano de Dawoud se cerró sobre su brazo como las garras de una rapaz.

—¿Estás bien?

Adoulla soltó una risotada desprovista de humor.

—¡¿Bien?! El amor de mi vida no quiere saber nada de mí salvo para vengar la muerte de su sobrina. Una pequeña salvaje podría morir por mi culpa. Soy un anciano y estoy listo para afrontar la muerte, y Dios se empeña en ponerme a prueba con los monstruos más inmundos que haya combatido en mi vida. Mi hogar… —En este punto a Adoulla se le rompió la voz—, mi hogar es una ruina humeante y todos los libros que alguna vez he poseído ya no existen. Y, para colmo de males, mis sueños están plagados de calles convertidas en ríos de sangre.

Dawoud se atusó la perilla teñida con jena y frunció el ceño.

—¿Ríos de sangre? Una vez tuve un sueño parecido. Pero fue en la República.

La noticia no contribuyó a levantarle el ánimo a Adoulla.

—Vaya, parece que se le puede dar una patada a una piedra y saldrán cien adivinos oníricos. Espero que Dios tenga a bien rebajarnos a ambos al estado de falsos profetas.

Dawoud asintió con expresión torva.

—Acompáñame —dijo, y empezaron a caminar calle arriba, sin prisa.

Adoulla se llenó los pulmones y expulsó el aire para tranquilizarse.

—Es demasiado, mi hermano. Dios me ha dado más de lo que puedo cargar.

Un hombre con un camello se cruzó con ellos, hablando animadamente en voz baja con el animal. El magus apoyó una mano escuálida en el hombro de Adoulla, aferrando un puñado de músculo y grasa.

—No estás solo, ¿lo entiendes? No tienes por qué cargar con todo tú solo.

Lo que sugería Dawoud era que estaba dispuesto a enfrentarse a estas criaturas con él, como hicieran años atrás. Adoulla no podía consentirlo.

—Ni siquiera se me pasaría por la cabeza pediros algo así. En el nombre de Dios, ya me arrepiento bastante de haberos involucrado hasta este punto.

—Ese ser que intentó asesinar a tu pequeña leona, Adoulla. Me asusta. Y ya sabes que no es fácil intimidarme. Sabes las cosas que he visto, porque tú las has visto también. Pero al tocar esa herida con mi alma… La criatura que mordió a Zamia es crueldad, cobardía y traición encarnada. Pude sentirlo. Pero emboscado en el seno de todo eso había algo aún peor… una especie de lealtad sobrecogedora. Lealtad a alguien muy poderoso. Se avecina una tormenta demasiado perversa como para darle la espalda. Algo que a mi esposa y a mí no nos permitiría volver a conciliar el sueño jamás. Sé que tú también lo presientes.

Una horda de niños vociferantes apareció corriendo calle abajo, jugando a algún tipo de pillapilla. Adoulla, que se sentía agotado a pesar de que transcurrían apenas las primeras horas de la tarde, se

pasó una mano por la barba.

—Sí. No quiero ni imaginarme a qué clase de hombre llama «amigo» esa cosa. —Se desperezó y miró de reojo a Dawoud. Quizá no le viniera tan mal un poco de conversación, después de todo—. ¿Y tú cómo estás? Esos conjuros sanadores de antes… En fin, ya no somos tan jóvenes como quisiéramos.

Dawoud sonrió con melancolía.

—Y piensas que algunos nos hacemos viejos más deprisa que otros, ¿eh? ¿Que cómo estoy? Rendido, Adoulla. Muerto en tres cuartas partes, igual que tu anciano y gordo trasero, o peor. Pero me daría igual si mi esposa no pareciera más joven que yo a cada año que pasa.

Habían tenido esta misma conversación en infinidad de ocasiones. Dawoud no era ni quince años mayor que su mujer, pero la vitalidad de Litaz hacía que esta pareciera más joven, mientras que el precio físico de los hechizos de Dawoud le echaba años encima. La mayoría de la gente diría que entre ellos mediaban al menos treinta años. En el transcurso de las décadas, Adoulla había visto amigos aquejados de crueles enfermedades o con espantosas heridas antiguas. Estas catástrofes llegaban a ocupar un lugar determinado en las vidas de las personas, como una segunda esposa o un hijo excesivamente exigente. Lo mismo ocurría con Dawoud y los abrumadores tributos consustanciales a las artes de un magus.

Dawoud aspiró la agradable brisa que soplaba entre los edificios.

—Hubo un tiempo —continuó el magus con una risita compungida— que pensaba que eso era lo que quería… una mujer mucho más joven. ¿Y quién no? Pero ahora… no sé. A una parte de mí le gustaría dejar que se fuera sin más; hacer que volviera a casa, a la República.

—¿Cuántas veces vamos a discutir sobre lo mismo, mi hermano? Los dos sabemos que no podrías vivir sin ella. Además, ¡como si tuvieras elección! ¡Como si Litaz fuese a dejarte marchar! ¿Y eso de «hacer que volviera a casa»? ¡Ja! ¡Me gustaría ver cómo la obligas!

Adoulla sintió una punzada de celos, una sensación con la que ya se había familiarizado. Siempre había admirado a Litaz. Era brillante, sensata, y una de las mujeres más hermosas que Adoulla había conocido en su vida. En más de una ocasión había soñado que le hacía el amor, se había despertado medio deseando que fuera

suya. Una vez cada pocos años, cuando comían juntos y daba la casualidad de que Dawoud no estaba cerca, Adoulla se descubría abrigando de nuevo el mismo deseo, siquiera por una noche. Pero sabía que no eran más que ensoñaciones pasajeras. Adoulla se alegraba por sus amigos. Hacía mucho que sus dos vidas se habían transformado en una sola, de eso no cabía la menor duda.

Adoulla no había conocido nunca un amor parecido. No tenía a Miri Almoussa en menos estima que Dawoud a Litaz, pero una llama de dos décadas de antigüedad y la constancia de una esposa no eran lo mismo, tal y como le había recordado Miri —ora entre lágrimas, ora entre carcajadas— más de una vez a lo largo de los años. Antes de pedirle que dejara de visitarla.

Aparcó a un lado las luctuosas cavilaciones de su corazón. Tenía trabajo por delante. Pero también muy pocas pistas. Si conociera el nombre del creador de gules —el hombre al que el monstruoso Mouw Awa se refería como su «bendito amigo»— podría lanzar un hechizo de rastreo. Por desgracia, los nombres que la criatura-chacal se aplicaba a sí misma —Mouw Awa, Hadu Nawas— resultaban inservibles para este tipo de conjuros. Así y todo, aún podrían ser útiles… siempre y cuando Adoulla recordara dónde los había oído antes.

Intentó forzar la memoria una vez más. Y una vez más no obtuvo recompensa. En algún lugar, escondida en el fondo de su cerebro, había una pista que podría salvar la ciudad. Pero no estaba en el lugar indicado para desenterrarla. Se despidió de Dawoud, el mejor amigo que tenía en el mundo, y le deseó la paz de Dios; luego siguió su camino en solitario, devanándose los sesos.

Adoulla no sabría decir si eran imaginaciones suyas o si realmente flotaba en el aire un olor a chamusquina desde la noche anterior. Le sobrevino el impulso de recorrer el camino hasta su residencia y ver con sus propios ojos las ruinas humeantes que quedaran de ella, pero descubrió que era incapaz de obligarse a dirigir sus pasos hacia el este. Enfrentarse ahora a ese espectáculo… Temía que esa fuera la gota que colmase el vaso.

Mejor así. De todas formas allí no podía hacer nada, y recrearse en la desesperación no iba a pararles los pies a las monstruosidades que campaban a sus anchas por la ciudad.

Adoulla redirigió sus pasos hacia la calleja de las Gachas.

Mientras caminaba, se auscultó con delicadeza el pecho, allí donde el gul de arena lo había golpeado con su brazo como una barra de hierro. La hinchazón había remitido ya. Comparadas con la herida de la muchacha, sus magulladuras no habían supuesto el menor reto para las dotes curativas de Dawoud y Litaz. Adoulla zangoloteó la cabeza, impresionado una vez más por su mala suerte. Daba igual cuántas veces lo remendaran sus extraordinarios amigos, reflexionó, siempre se las apañaba para reencontrarse con ellos luciendo algún estropicio nuevo.

Llegó al enorme jardín público y buscó un altozano en el que sentarse, con el radiante caftán blanco desplegado a su alrededor. Le encantaba ese lugar, tan animado a esa avanzada hora de la tarde. No se parecía en nada a los delicados jardines del califa, donde unas recatadas aves canoras seleccionadas por sus trinos punteaban las ramas de los naranjos y los granados que perfumaban su entorno con sutiles fragancias. En los jardines del califa, unos arroyos cantarines fluían verticalmente hacia arriba por medios sortílegos y amenizaban el ambiente con sus discretos borboteos. Allí nadie hablaba si no era en susurros.

El efecto pretendía ser relajante, el escenario ideal para que los príncipes, los poetas y los filósofos se encontraran a solas con sus pensamientos. Pero Adoulla, cuya profesión lo había llevado en varias ocasiones a unos jardines que por su posición le habrían estado vetados, opinaba que él se volvería loco en un sitio así. Para empezar, la tranquilidad se lograba manteniendo a raya a la chusma de la ciudad a punta de espada. Pero había algo más: en los jardines del califa, sencillamente, era incapaz de pensar. Le asaltaba el temor de que se podría romper algo si lo hacía.

El jardín público del barrio de los Eruditos, en cambio, contenía algunos de los olores y sonidos más escandalosos de Dhamsawaat. Predominaban sobre todo los orines, los porteadores sin asear tras una jornada de trasiego a pleno sol, y mil variedades distintas de basura. Pero soterradas se encontraban todas las características que Adoulla relacionaba con su «hogar», si había algún sitio en este inhóspito mundo merecedor de tal nombre.

Como huérfano, como aprendiz de cazador de gules, como adolescente canalla y héroe ocasional, y ahora, como viejo cascarrabias, necesitaba respirar esos olores. La pintura de canela

de las pitonisas, las barricas de vino compartidas que ayudaban a olvidar las penas a jugadores y ladrones por igual, los espetones de carne que goteaban sobre las ascuas al aire libre y, aquí y allá, unas pocas flores que parecían esforzarse por demostrar que ese era un jardín público y no una taberna de mala muerte. Adoulla se empapaba de todo aquello. Era su hogar.

Después estaban los sonidos. Su vocación lo había conducido a muchos lugares, pero Adoulla aún estaba por conocer gentes más ruidosas que las de su barrio. Los niños y las madres que los regañaban. Los cuentacuentos ambulantes y los espectadores que les aplaudían o imprecaban. Las prostitutas que ofrecían unos brazos calientes entre los que pasar la noche, y los hombres que regateaban sin ningún pudor con ellas. Todo el mundo se ocupaba de sus asuntos con la voz más estentórea posible. Para bien o para mal, pensó Adoulla, esa era su gente. Entre esas personas había nacido, y nada le gustaría más que exhalar plácidamente su último aliento también entre ellas.

«Bah. Con la suerte que tienes, vejestorio, morirás destripado por algún monstruo en cualquier caverna helada, solo y sin nadie que te llore».

Adoulla silenció la desalentadora voz que resonaba en su interior —debía de ser la enésima vez en una semana que lo hacía— y procuró concentrarse en el dilema al que se enfrentaba. Se sentó, respiró hondo y recapacitó.

«Hadu Nawas», había dicho la criatura. El significado de esas palabras danzaba al borde de sus pensamientos, pero cuanto más se esforzaba por asirlo, más se sentía como si intentara sujetar una pastilla de jabón con los dedos untados de grasa.

Baheem, un cortabolsas vejancón que había intentado robar a Adoulla hacía veinte años, y que hacía diez había impedido que lo atracaran, pasó caminando por su lado. Le dedicó un ademán cordial y se atusó el bigote sin molestarse en abrir la boca, entendiendo que Adoulla estaba de meditación. El cazador de gules era allí una cara conocida, motivo por el cual, más que en ninguna otra parte de la ciudad, podía hacer lo que requiriera cada ocasión. En la familiaridad estaba la clave. Eso lo tranquilizaba, y cuando estaba tranquilo podía fijarse mejor en los detalles, encajar cada pieza en el lugar que le correspondía.

Adoulla llamó por señas a Baheem e indicó un punto llano y recubierto de hierba a su lado. Sus ideas no fluían en la dirección adecuada, e intentando desviar su curso solo le reportaría más quebraderos de cabeza. Sabía por experiencia que algo de distracción y cháchara intrascendental le sería de ayuda.

Intercambió la paz de Dios con Baheem, y este se sentó en el suelo. El hombre, de cuello recio, sacó una cajita de pedernal y un fino cigarrillo de hashi.

—Con vuestro permiso, mi señor.

Adoulla sonrió despreocupadamente y citó a Ismi Shihab:

—«Siempre con mesura el hashi, la música o el vino, Dios se mea en aquel que ose prohibir los placeres de su vecino».

El humo acre y dulzón no tardó en envolverlos mientras conversaban acerca de todo y de nada a la vez: el tiempo, los cotilleos del barrio, las suculentas curvas de las muchachas que pasaban por delante de ellos. Baheem le ofreció el cigarrillo de hashi en más de una ocasión, y aunque Adoulla lo rechazó en todas ellas, notó cómo el mero hecho de estar sentado en compañía de Baheem bastaba para que una sutil insinuación de neblina comenzara a acariciar los recovecos de su mente.

Era una sensación agradable, y Adoulla dejó encantado que sus pensamientos se perdieran en el compás de las protestas de Baheem. Durante unos instantes consiguió olvidarse prácticamente por completo de las siniestras locuras que poblaban su vida.

—Tengo entendido que encontraron muertos a un grupo de hombres del Príncipe Halcón tras una emboscada —dijo Baheem—. ¡Se rumorea que les habían arrancado el corazón del pecho! Seguro que han sido los agentes del califa, aunque me extraña que no eligieran las decapitaciones públicas que tanto les gustan.

Las placenteras divagaciones de Adoulla se evaporaron. «¿Con el corazón arrancado del pecho?». Se esforzó por imponer algo de orden en su cabeza, enturbiada por el humo de hashi. Al parecer, el Príncipe Halcón se enfrentaba al mismo adversario que Adoulla y sus amigos. «Pharaad Az Hammaz podría convertirse en un poderoso aliado». Adoulla se dispuso a interrogar a Baheem, pero a este se le había soltado la lengua a causa del hashi, y su torrente de protestas ya era imparable.

—Y luego están los guardias, que Dios los maldiga, y el

follaperros del nuevo califa —dijo el ladrón, sin levantar la voz pero con vehemencia, subrayando cada palabra con un nuevo tirón a las guías de su bigote—. ¡Ellos y sus reglas! Mirad el otro día. Me disponía a cruzar con algo de mercancía por la puerta de los Mercaderes, para mi anciana tía enferma… —Sonrió sin sombra de pudor—. Cuando van dos guardias y me dan el alto para que les enseñe el pase de aranceles. A ver, está claro que tengo uno. ¡Y prácticamente legítimo, además! Pero estos hijos de perra se ponen a hablar de nuevos impuestos y tarifas en esta puerta y en aquella, a tanto el no sé cuánto, y para cuando me quiero dar cuenta tengo la cabeza que me da vueltas y ni una sola moneda de cobre en los bolsillos. Todas sus normas y regulaciones me suenan a textos arcanos, mi señor, pero sé reconocer de sobra cuándo hay alguien empeñado en ver a mis niños muertos de hambre, y…

«¡Textos arcanos y niños muertos! ¡Eso es! Que Dios me perdone, ¿cómo no se me había ocurrido antes?». El resto de sus pensamientos se desbandaron cuando Adoulla comprendió que Dios Benevolente por fin le había enviado una pista.

—¡Por supuesto! ¡Maldita mollera senil, por supuesto! ¡Eso es! —Adoulla se levantó de un salto, gruñendo a causa del esfuerzo. Fue tan repentino que incluso Baheem interrumpió su perorata.

El antiguo ladrón se incorporó con más facilidad, visiblemente listo para enfrentarse a quien hiciera falta pese a la neblina del hashi.

—¿Qué sucede, mi señor?

—Estimado Baheem, en estos momentos me encuentro inmerso en una cacería que podría acabar con mi vida. Y si ocurriera eso, morirían también muchos de nuestros conciudadanos. Pero si no, ¡te debo una noche de fiesta en el pabellón plateado!

Baheem tuvo la sensatez, aprendida tras toda una vida en la calle, de hacer oídos sordos a la parte más ominosa de las declaraciones de Adoulla.

—¡El pabellón plateado! ¡Preferiría que me pagarais un mes de alquiler! ¡Si llego a saber que poseía una información tan valiosa, mi señor, os la habría vendido!

—Información no, Baheem, tan solo el don de tu compañía. Que la paz de Dios sea contigo.

—Y con vos, mi señor.

Adoulla besó al ladrón en las mejillas y salió de los jardines con el corazón iluminado por un frágil rescoldo de esperanza.

10

Raseed bas Raseed vio que el doctor abandonaba la tienda con cajas destempladas y daba un portazo al salir. Estaba acostumbrado al carácter irascible de su mentor, pero nunca lo había visto tan furioso. El derviche había sentido cómo se le encendían las mejillas de rabia ante la reprimenda que le había dedicado el doctor a Zamia Banu Laith Badawi. La muchacha no era responsable de que él hubiera perdido su vivienda y no se merecía que se burlaran de ella. Aunque Raseed suponía que sus palabras habían sido la gota que colmaba el proverbial vaso. El doctor ya tenía sus años, y a cada día que pasaba parecía volverse más cínico y desencantado.

«Para el hombre cansado, no existe mejor reconstituyente que la virtud», recitó en su mente Raseed. El doctor únicamente necesitaba que alguien le recordara las buenas obras que había realizado para mayor gloria de Dios, comprendió el derviche. Encaminó sus pasos hacia la puerta, dispuesto a consolar a su mentor.

Pero los delicados dedos de Litaz asieron su bíceps y lo retuvieron.

—Ahora Adoulla necesita estar solo, Raseed. Fíate de quien conoce las costumbres de los hombres mayores. Se le pasará.

Raseed intentó protestar, pero si recapacitaba con sinceridad, dudaba que sus píos consejos significaran gran cosa para el doctor. Con un suspiro, asintió con la cabeza y se sentó en un taburete de ébano. Mantuvo la mirada fija en el suelo con esfuerzo, lejos de la figura dormida de Zamia Banu Laith Badawi.

—Puedes mirarla, Raseed —dijo Litaz—. Tus ojos no la violentarán, ¿sabes? —Lo que hizo Raseed, en cambio, fue observar a la alquimista.

Litaz había cogido un frasquito casi vacío de una estantería. Sostuvo el recipiente en alto, escudriñando con suspicacia el vidrio azulado, y replegó los labios en un gesto de irritación.

—Me lo temía —dijo, más para sí que para Raseed.

—¿Qué sucede, mi señora?

Litaz contempló fijamente el frasquito durante unos instantes, sacudió la cabeza, provocando así que los aros de su cabello tintinearan, y miró al derviche.

—Un ligero contratiempo. La recuperación de la mujer de la tribu es positiva. Asombrosamente positiva, gracias a sus poderes bendecidos por los ángeles. Pero esto supone un problema. Se me ha acabado el mercurio carmín. Se trata de una potente solución que propicia que la sangre fluya con más libertad. Lo necesitamos por dos motivos: por una parte es fundamental para completar los hechizos sanadores que he obrado sobre la chica, pero también nos ayudará a destilar la sangre que hay en la daga, con la que podremos intentar averiguar algo más acerca de nuestros adversarios. Me haría falta que fueras a buscar otra ampolla.

Sobrevino a Raseed un arrebato de rabia. ¡Era un guerrero sagrado, no el recadero de nadie! Pero reprimió su irritación, consciente de que era fruto de una vanidad inaceptable.

—Por supuesto que sí, mi señora. ¿Dónde se encuentra el mercurio carmín?

Litaz posó el frasquito; sus atezadas facciones acorazonadas se ensombrecieron.

—En las selvas de Rughal-ba. Allí habita un poderoso monstruo, denominado la Quimera Roja, al que hay que cortar el cuerno de…

A Raseed se le aceleró el pulso, pero no tardó en sentirse como un idiota cuando las macabras instrucciones de Litaz se truncaron con una risita.

—¡Ji, ji! ¡Ay, perdóname, Raseed! Solo estaba tomándote el pelo. No, no, no te enfades conmigo. Últimamente en mi vida escasean las oportunidades para bromear, eso es todo. Pero, sabe Dios que es verdad, la determinación que denotaba la firmeza con la que apretaste las mandíbulas da fe de tu valentía.

Raseed aceptó el cumplido sin hacer comentarios y aparcó a un lado la irritación que le había producido la broma.

Litaz cogió carboncillo y papel y escribió algo mientras continuaba:

—En realidad, lo único que tienes que hacer es caminar seis calles hasta el barrio de las Casetas. Detrás de la garita del inspector, a la izquierda, verás la tienda del doctor Zarqawlayari. La reconocerás por la puerta pintada de verde. Dale esto. Apuntará el pedido y me lo cobrará más adelante. —La alquimista le entregó la nota y lo acompañó hasta la puerta, tras la que soplaba una cálida brisa vespertina.

A Raseed le pareció oír las voces del doctor y Dawoud a su espalda, procedentes de detrás de una esquina de la casa, pero supuso que preferirían estar a solas y prosiguió su camino sin detenerse. El sol de última hora de la tarde amenazaba con deslumbrarlo. Se cruzó con un hombre que estaba orinando contra la pared de piedra de un comercio, y con otro que mendigaba limosna pese a parecer lo bastante robusto como para desempeñar cualquier trabajo. Les lanzó sendas miradas de desprecio sin detenerse.

El tentador aroma de las patatas fritas le dio la bienvenida al barrio de las Casetas. Raseed hizo oídos sordos a los rugidos de su estómago hambriento y pasó de largo ante la hilera de toscos puestos de comida. Unos minutos después llegó a la puerta pintada de verde que le había descrito Litaz.

Aprovechando que estaba entreabierta, se coló dentro tras llamar una vez con los nudillos para anunciar su llegada al tendero. El interior carecía de muebles, a excepción hecha de una estantería repleta de botellas y cajas pulcramente ordenadas, al fondo, y una mesa de trabajo no muy distinta de la que tenían en su establecimiento Litaz y Dawoud.

Un rughali de mediana edad tocado con un turbante ceñido —el doctor Zarqawlayari, sin duda— levantó con irritación la cabeza de la mesa de trabajo ante la que estaba ensimismado. Sin embargo, al reparar en el hábito de seda azul de Raseed, se sorprendió y, tras ponerse de pie, ensayó una cortés reverencia.

—Con la paz de Dios, maese derviche. ¡Caramba, menudo honor! No se ven muchos hombres de la orden en esta ciudad. Me…

¿En qué puede ayudaros este humilde e indigno comerciante?

Aunque un verdadero siervo de Dios debería estar por encima tanto de los halagos como del desdén de los meros mortales, Raseed no pudo evitar experimentar una punzada de emoción al verse tratado con tanto respeto. Las gentes de Rughal-ba no eran tan laxas como los abasseneses en ese sentido. No era la primera vez en su vida que Raseed se preguntaba si no habría nacido en el reino equivocado.

«Naciste donde lo decretó Dios, ni más ni menos. Y ahora, ocúpate de tus asuntos», lo reprendió su rigurosa voz interior.

—Con la paz de Dios, caballero —dijo Raseed—. Me envía la noble Litaz, hija de Likami. —A continuación le entregó la nota de la alquimista al tendero.

Este la leyó detenidamente, en silencio, antes de levantar la cabeza con expresión compungida.

—Ah, sí, la noble Litaz. Buena mujer, y una de mis mejores clientas, aunque a veces tarde en pagar las cuentas. Pero me temo que debo decepcionaros a ambos, maese derviche.

Raseed enarcó una ceja, inquisitivo.

Un pesar a todas luces sincero se cinceló en las facciones del doctor Zarqawlayari, que se rascó vigorosamente la perilla.

—Por todas partes la gente está preparándose para lo peor, lo que supone que la demanda de mercurio carmín sea mayor que nunca de un tiempo a esta parte. Se trata de una solución infrecuente, en el mejor de los casos, y por desgracia este no es el mejor de los casos. Solo me queda una ampolla, y se acaba de anunciar un impuesto en especies en nombre del Garante de la Virtud en persona. El inspector de comercio hará su ronda para cobrarse el tributo mañana por la mañana, y debo reservar este frasco para él.

Durante unos instantes, Raseed se quedó sin habla. Encontrar y derrotar a un sanguinario creador de gules. Salvar la vida de Zamia Banu Laith Badawi. Sin duda estas acciones eran cruciales a los ojos de Dios. Que algo tan simple, tan vulgar, como los entresijos del comercio y la política pudiera interponerse en su camino se le antojaba imposible.

—Pero… ¡pero es que lo necesitamos! —consiguió balbucir finalmente—. ¡Hay vidas en juego!

El tendero extendió las manos en señal de impotencia.

—Lo siento, maese derviche. De veras. Pero también en mi caso es cuestión de vida o muerte. Como no disponga de la cantidad de especies requerida para satisfacer los tributos del califa, me mandarán a la cárcel. Mi familia se moriría de hambre. ¿Qué puedo hacer?

«Pero sin el mercurio carmín, morirá Zamia. Y no estaremos más cerca de encontrar a los viles asesinos que perseguimos». Raseed se imaginó regresando a la casa de Litaz y Dawoud con las manos vacías, y algo en su interior se tambaleó.

«Podría llevarme de aquí lo que necesitamos, sin más». La idea le traspasó el corazón como un dardo envenenado. El mero hecho de pensar algo así le revolvía el estómago. «Nuestra necesidad es imperiosa y nuestra causa es justa. Dios…».

La puerta de la tienda se cerró de golpe a su espalda, provocando que tanto las botellas de la estantería como la mesa se estremecieran. Antes incluso de darse la vuelta, Raseed presintió la presencia de alguien más. Giró sobre los talones y vio tres figuras de aspecto amenazador que ocupaban la otra punta de la estancia.

Un hombrecillo cuya cara semejaba la de una rata esgrimía un largo cuchillo. Lo flanqueaban un tuerto fornido con un puño de bronce y un alto soo ribereño de piel roja armado con un bastón de combate.

—¡Ah, con la paz de Dios otra vez, doctor Z! —dijo el hombre con cara de rata—. Ya sabéis por qué, ¿eh? ¿Quién es este memo?

—¡Malditos extorsionadores! —exclamó el tendero, asustado—. Es la segunda vez este mes que vienen a llevarse mis mercancías. ¡Por favor, maese derviche, ayudadme!

Aliviado, Raseed sintió cómo la incertidumbre se desvanecía de su corazón. Eso era un atraco, y sabía lo que tenía que hacer. Se irguió cuan alto era y se encaró con el trío.

—Si habéis venido a llevaros lo que Dios no ha querido daros, saldréis malparados. Sugiero que os marchéis ahora mismo, bellacos.

—Conque «maese derviche», ¿eh? —dijo el tuerto, cuya voz recordaba el muelle de una fragua—. Mira, chaval, no tenemos nada en contra de la orden. Esto es entre este avaro hijo de perra y nuestro príncipe. Así que por qué no sacas tus raquíticas posaderas

de aquí antes de que los adultos nos veamos obligados a azotártelas, ¿eh?

El hombre de Soo lanzó un escupitajo, sonrió y dio unos golpecitos en el suelo de piedra con la punta de acero de su bastón.

«Por fin, de nuevo algo que tiene sentido. Un curso de acción claro».

—En guardia —musitó Raseed.

Y saltó.

El modesto establecimiento era demasiado reducido para desenvainar la espada. En vez de eso, Raseed cargó primero contra el hombre con cara de rata, al que le rompió la nariz de un golpe con la palma de la mano. En el mismo movimiento, agarró al hombre por la garganta y lo arrojó contra el tuerto, derribándolos a ambos en un amasijo de brazos y piernas.

Raseed se giró justo a tiempo de esquivar el bastón del otro matón, que se esforzaba por maniobrar su arma en la estrecha habitación. Con el canto de la mano, Raseed partió en dos el cayado del tercer hombre antes de lanzarlo por los aires contra la pared de una patada giratoria.

El tuerto, que ya se había levantado y aguardaba prudentemente la menor abertura, proyectó un puñetazo que solo encontró el aire. Se desplomó cuando Raseed impulsó el codo hacia arriba y le destrozó la mandíbula.

El cara de rata, que seguía tendido en el suelo, sujetándose la nariz rota, intentó apuñalar a Raseed en la pierna. El derviche lo esquivó como una serpiente y descargó un pisotón sobre la muñeca del hombre, que se astilló con un satisfactorio crujido. El hombrecillo soltó el cuchillo y se ovilló gimoteando de dolor, medio inconsciente.

El soo arrojó las dos mitades de su bastón contra Raseed, abrió la puerta de la tienda de golpe y salió corriendo. Raseed sintió deseos de perseguirlo, pero antes se dio la vuelta para cerciorarse de que el comerciante estuviera a salvo.

El doctor Zarqawlayari, boquiabierto, lucía una gratificante expresión de temor reverencial en sus sonrosadas facciones.

—¡Ay, gracias, maese derviche, gracias! ¡Y que Dios os colme de bendiciones! Esos matones estaban…

Raseed oyó un ruido. Sin previo aviso, algo le barrió los pies de

debajo del cuerpo. Se quedó sin aliento al caer violentamente de espaldas. Una luz lo deslumbró desde arriba, y de repente se sintió mareado y desorientado.

«Algún tipo de sortilegio. Estos granujas tenían cómplices fuera del establecimiento», comprendió, y se maldijo por haberse dejado emboscar con tanta facilidad por un hatajo de delincuentes de tres al cuarto.

Se repuso del vuelco que le había dado el estómago y de los destellos residuales que danzaban todavía ante sus ojos e intentó ponerse de pie.

Y de improviso se encontró con una espada apoyada en la garganta.

Raseed miró más allá de las motas de luz que se arremolinaban ante sus ojos para ver al Príncipe Halcón, ataviado de ante y seda, sosteniendo un pequeño espejo en una mano y un sable en la otra. El filo del arma acarició el cuello de Raseed.

—¡Volvemos a encontrarnos, amigo de Adoulla Makhslood! ¡No has matado a dos de mis hombres por un pelo!

Sin decir nada, Raseed esperó a que se le pasara el mareo mientras permanecía atento a la menor distracción del bandido para zafarse de su hoja.

—¡Vosotros! —gritó el ladrón a sus hombres, sin despegar de Raseed ni la mirada ni la espada; era tan alto que parecía imposible—. No es ninguna deshonra que os haya vapuleado este hombre. Lucha mejor que nadie que haya visto, salvo posiblemente yo mismo. Pero ya está bien de lloros y lamentaciones. ¡Agarrad ese tarro de polvo azul y largaos de aquí! Mil perdones, oh, noble tendero, pero en nombre de las buenas gentes de Dhamsawaat, debemos confiscar vuestras reservas de esencia de petalóbrego. Mas no os preocupéis, pues por el nombre de Dios os juro que encontrará un nuevo y acogedor hogar en las manos de mi maese alquimista, que sabrá darle buen uso.

«¡Hurto, escarnio y el nombre de Dios pronunciado en vano de un solo plumazo!». Era repugnante, pensó Raseed, cuya sangre hervía en sus venas de pura impotencia.

—Oh, venga ya —dijo Pharaad Az Hammaz, dirigiéndose de nuevo a Raseed mientras sus hombres huían—. No pongas esa cara tan larga, hombrecito. Si ahora estás tendido de espaldas es solo

gracias a las sucias artimañas que he tenido que emplear. Cuando vi lo bien que luchabas se me quitaron las ganas de tentar a la suerte con insensateces cara a cara. Hube de emplear todo mi sigilo y el último de mis enlucernadores.

Dejó caer el espejo al suelo de piedra, donde se partió en pedazos.

—Tus ojos y tu estómago recuperarán la normalidad en cuestión de una hora. Quédate ahí tranquilito un momento y recupera el aliento. En cuanto a mí, en fin, me esperan en otra parte. Pero puede que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. —El bandido se apresuró a retroceder en dirección a la puerta de la tienda, sin dejar de apuntar al derviche con la espada hasta que cruzó el umbral y se perdió de vista.

Raseed intentó incorporarse en cuanto el filo del arma se separó de su cuello. Todavía estaba desorientado a causa de los efectos del espejo mágico del ladrón y, mientras se ponía de pie, consiguió a duras penas contener las arcadas.

El bandido había dicho que tardaría una hora en recuperarse, y Raseed no dudaba de que así fuera en el caso de las personas normales. Pero él era un arma de Dios, no un malhadado guardia cualquiera. Haciendo oídos sordos a los sollozos del comerciante, aún conmocionado, se obligó a adelantar un pie tras otro para, tan deprisa como le fue posible, salir por la puerta pintada de verde y perseguir al bandido.

Una vez en la calle, Raseed escudriñó la multitud y vio cómo un corrillo de curiosos miraba fijamente y señalaba el lateral de una casona. Allí descubrió a Pharaad Az Hammaz encaramándose al tejado del edificio, indudablemente ayudado por la misma magia excepcional que ya empleara tras dar al traste con la ejecución de la plaza de los Inspectores.

Raseed se abrió paso a empujones entre el gentío, rechinando los dientes ante las protestas de su estómago. Respiró hondo unas cuantas veces para canalizar su alma y saltó hasta el alféizar de la ventana de un segundo piso. Sus pies y sus manos encontraron asidero en el enrejado de madera de los postigos del edificio y se apresuró a escalar tan deprisa como podía. Temió caerse cuando la cabeza le dio vueltas durante unos instantes, pero reunió todas las fuerzas que le quedaban, siguió trepando y, por fin, logró

encaramarse al tejado.

Se irguió y, al otro lado de la lisa superficie, vio al Príncipe Halcón con los musculosos brazos cruzados y una sonrisa impúdica bajo el bigote.

Raseed desenvainó la espada.

—¡Impresionante, jovencito! —declaró con voz atronadora el bandido—. ¡Por las pelotas de Dios, no había visto nunca a nadie recuperarse tan rápido de la magia del enlucernador! —El sable del hombre se materializó de repente en su mano.

A pesar del mareo, Raseed se abalanzó sobre el ladrón, enarbolando la espada. Pharaad Az Hammaz detuvo un golpe, y otro, y otro más.

El acero resonaba con fuerza cada vez que se encontraban sus armas, y con el impacto de cada mandoble Raseed pensaba que iba a ponerse a vomitar. Pero apretó los dientes y continuó, redoblando el ataque, buscando una brecha en la defensa del ladrón.

No había ninguna. El Príncipe Halcón había empezado a sudar, pero la sonrisa no se borraba de sus labios.

—¿Sabes? Creo que ya podrías haberme cortado la cabeza si aún no estuvieras mareado —exclamó—. Pero lo estás, de modo que…

El bandido se replegó como una exhalación, esquivando otra de las estocadas de Raseed. A continuación, con una velocidad que el derviche jamás hubiera creído posible, Pharaad Az Hammaz estrelló una bota contra el estómago de Raseed. Este se cayó de espaldas, sin respiración, y la espada escapó volando de entre sus dedos.

«Así que este es el fin —escupió su voz interior—. Muerto a manos de un delincuente vulgar. ¡Y tú osabas autoproclamarte el arma de Dios!».

Pero en lugar de acercarse para rematarlo, Pharaad Az Hammaz rebuscó entre los pliegues de su túnica y sacó un pequeño objeto que lanzó en dirección a Raseed.

—No tengo tiempo para seguir con esto —bramó el ladrón—, pero te dejo un regalo. ¡Agárralo!

Por puro reflejo, Raseed cogió el frasquito de cristal que le había arrojado el ladrón. «¿Qué nueva treta es esta?», se preguntó mientras observaba el líquido rojo que se agitaba y relucía al sol de última hora de la tarde.

—¡La última ampolla de mercurio carmín del doctor

Zarqawlayari, muchacho! Ahora es tuya… Quédatela con mi bendición. Oí cómo le suplicabas al tendero antes de que mis hombres revelaran su presencia. El Príncipe Halcón se dedica a salvar vidas siempre que puede. Mejor en tu poder y el de los tuyos que en el de ese tirano del califa.

Mientras el hombre se explayaba, Raseed hizo ademán de recoger su espada, que yacía abandonada a escasos palmos de distancia.

—El sello de la ampolla se ha roto, eso sí —continuó el ladrón mientras caminaba de espaldas hacia el lado opuesto de la azotea—. El aire ya habrá empezado a filtrarse, lo que significa que dispones de menos de una hora para llevárselo a la noble Litaz. Podemos pasarnos el día entero aquí, bailando con las espadas, si lo deseas. O puedes salvarle la vida a quienquiera que lo necesite. —El bandido siguió retrocediendo mientras hablaba, acariciando ya su escapatoria.

Raseed se puso de pie y contempló su espada.

—¡Puedes darme las gracias en otra ocasión! —exclamó burlón el bandido, que saltó sin esfuerzo hasta otro tejado, con la ayuda de algún sortilegio, sin duda, dejando a Raseed contemplando embobado el frasquito que tenía en la mano.

Tenía el estómago atenazado por los retortijones y la garganta abrasada por la bilis. Todavía le daba vueltas la cabeza, y por un momento se quedó inmóvil. Los platillos de la balanza de su alma se mecían con el peso de una mercancía robada enfrentado al de la vida de una muchacha bendecida por los ángeles.

Raseed acalló la voz que se desgañitaba ultrajada en su interior y encaminó sus pasos hacia el barrio de los Eruditos.

11

Zamia Banu Laith Badawi despertó inmersa en una vorágine de sonidos, olores e imágenes. Los aullidos del viento del Reino Desierto. El olor dulzón del estiércol seco ardía en el aire. Las tiendas de color canela de su pueblo. El alegre jolgorio de quienes ella sabía que estaban muertos.

«Un sueño».

Flotaba justo por encima de las tiendas, como si estuviera sentada en las ramas de un árbol inexistente, mientras veía cómo los Banu Laith Badawi se ocupaban de sus quehaceres: cocinar, limpiar pieles, cepillar a los camellos, zurcir la ropa. Intentó llamar su atención. El esfuerzo le dejó la garganta en carne viva, pero no consiguió articular palabra. Gruñó, intentó acercarse a ellos, pero no ocurrió nada.

Apareció su padre, hablando con alguien oculto a su vista.

¡Soy un caudillo badawi, no un sumiso hombre de ciudad! ¡Laith Banu Laith Badawi decidirá lo que es mejor para su tribu! Dios se llevó a tu madre, protectora, con la misma mano que usó para traerte hasta mí. Y los ángeles te concedieron este don. No voy a rechazar lo que Dios, y los Ángeles Hospitalarios, y la mujer que era mi brisa nocturna le dieron a la banda por la estupidez de los Banu Khad o los Banu Fiq Badawi. Sus bandas son débiles y están repletas de gordos hipócritas. Que digan lo que les apetezca entre sus condenadas tiendas acerca de la Protectora de la Banda que he elegido. Pero ¡en los consejos deberán tratarte con el mismo respeto que muestran a sus protectores si no

quieren que corra la sangre!

Esas palabras. Zamia conocía esas palabras. Su padre las había pronunciado delante de ella hacía menos de un año. No se había producido ningún derramamiento de sangre, pero sí la retirada del agua de su banda. Y después algo se había abatido sobre los Banu Laith Badawi, algo mucho más perverso que cualquier disputa entre bandas. Cuando Zamia descubrió los cadáveres de su tribu, con el corazón arrancado del pecho, supo que aquello no había sido obra de los Banu Fiq ni de los Banu Khad.

Su padre se desvaneció de repente, y el desierto con él. Zamia se despertaba y volvía a quedarse dormida, se despertaba y volvía a quedarse dormida, y la vigilia y el sueño se confundían. En cierta ocasión fue como si de sus ojos y su mente se levantara una nube. Durante unos momentos de claridad vio que yacía en la tienda de la pareja de Soo. Después, la nube del sueño descendía sobre ella una vez más.

Volvió a encontrarse en el desierto, lejos de cualquier tienda, inmersa en el mar de dunas. Vio cómo una muchacha de ojos verdes, un poco más joven que ella, avanzaba aprisa por la arena. La pequeña lucía las pieles de cría de camello propias de los badawi, pero viajaba sola, sin más miembros de su tribu a la vista. De repente se detuvo, se giró y miró a Zamia. A continuación, ante los ojos de Zamia, la muchacha empezó a crecer, la línea de sus labios se endureció y su mirada se tornó fría. Eran los efectos de la edad.

A Zamia se le escapó un grito al comprobar que la muchacha era ella. Se vio sin banda, sin tribu, sola, envejeciendo hasta marchitarse y convertirse en un esqueleto. Después los huesos se redujeron a polvo y un viento aullador los esparció en todas direcciones.

Despertó con un alarido, sin aire. Luego vomitó, con los ojos anegados de lágrimas. Se sentía débil y consumida, como la anciana en la que se había convertido en su sueño. Resonó de pronto un estampido, y oyó unos gritos que provocaron que la mitad de su ser sintiera deseos de huir y la otra mitad, de matar.

—¡Mouw Awa! ¡Mouw Awa!

La voz del doctor. Zamia, perpleja, tardó unos instantes en darse cuenta de que esos sonidos eran reales, no ecos oníricos. «¡El

monstruo ha vuelto!». La embargó el pánico. Intentó adoptar la forma. Su cuerpo ardió con el esfuerzo; era como si quisiera llenarse los pulmones de aire en medio de una tormenta de arena. Pero la forma no acudió a ella. Estaba indefensa. Desesperada, porfió por hacer acopio de fuerzas.

Transcurrido un momento, sin embargo, comprendió que nadie los estaba atacando, gracias a Dios. Se encontraba en el hogar de la pareja de Soo. El doctor deambulaba de un lado a otro de la tienda, aporreando el suelo con los pies y gritando, y Zamia supo que el estrépito de antes se había debido tan solo al portazo que diera el cazador de gules al entrar.

—¡Mouw Awa! ¡Mouw Awa! —exclamó de nuevo el doctor—. Es texto oculto kemeti… En el nombre de Dios, ¿por qué no lo recordé de inmediato? La «Guadaña de Infantes»… ¡Ahora sé dónde había leído antes ese nombre! ¡Litaz! ¡Litaz, hija de Likami! ¿Dónde te has metido, mujer? ¡Dawoud! ¿Dónde está tu esposa?

Los dos amigos del doctor aparecieron en la escalera. La expresión de Litaz denotaba censura e irritación.

—En el nombre de Dios, Adoulla, te he dicho que la niña necesita silencio para poder descansar. ¿Te has vuelto loco? ¿A qué vienen estas voces?

Zamia, que ya estaba despierta, consiguió incorporarse lo suficiente para sentarse entre los cojines del diván. Sintió alegría al comprobar que la antigua quemazón de su herida se había reducido a un leve escozor.

A su izquierda estaba Raseed, apoyado en la pared encalada, luciendo una expresión más preocupada de lo habitual. Llevaba el hábito de seda cubierto de polvo y se le veía pálido, casi como si tuviera el estómago revuelto.

La muchacha, a la que no le apetecía quedarse pasmada contemplando al derviche, volvió a concentrarse en el doctor. Adoulla esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras respondía a gritos a la alquimista.

—¡Litaz! Querida, por favor, dime que te acuerdas de que te presté un libro…

—Me has prestado muchos libros, Adoulla. ¿De cuál se trata?

—Uno escrito por Ismi Shihab, el poeta de la corte. Un ejemplar limitado de sus memorias, justo antes de la guerra civil… ¿No te

acuerdas? ¡Hafi tardó cinco años en conseguirme ese libro! ¿Lo recuerdas?

Litaz puso los ojos en blanco.

—Ya. Recuerdo que te empeñaste en dejármelo, tan emocionado estabas de haberlo encontrado. Un aburrimiento, todo lo contrario que sus poemas. Leí unas cuantas páginas repletas de absurdas intrigas palaciegas antes de que se me cayera de las manos. Debe de andar por arriba, en alguna parte.

—¡Gracias a Dios Todoprovidente que se te dé tan mal devolver las cosas a tiempo, querida! ¡Alabado sea Dios!

El doctor subió los escalones de dos en dos, exultante. La pareja de Soo lo siguió. Hasta oídos de Zamia llegó el sonido de la frenética búsqueda que se desencadenó en la planta de arriba mientras el doctor y Litaz continuaban hablando de libros a voz en grito.

Zamia se moría de ganas por pelearse con alguien. El ajetreo y el texto que al doctor le parecía tan necesario encontrar estaban sacándola de quicio. Le sobrevino el impulso de deshacerse de estos viejos carcamales, pero de nuevo se vio obligada a afrontar la cruda realidad. Un guerrero badawi siempre buscaba la manera más eficaz de enfrentarse a sus adversarios. Seguir la pista del enemigo en solitario y orquestar una emboscada suicida distaba de ser eficaz. No le quedaba nadie más a quien recurrir. No podía esperar ayuda de su pueblo, ni siquiera para combatir a unas criaturas como esas. Zamia sabía, de hecho, que habría quienes achacaran la aparición de semejantes monstruos a la presunta corrupción de su banda.

De nuevo regresó a ella el atroz recuerdo de todo lo que había perdido. Pensó en su hogar, en el yogur con especias y las tortas de pan recién hecho. Deseó, con lágrimas en los ojos, poder ver a su padre, o a su primo, o a cualquier otro miembro de su banda, tan solo una vez más.

«¡Con mi padre contra mi banda! ¡Con mi banda contra mi tribu! ¡Con mi tribu contra el mundo!». El antiguo proverbio badawi despertó ecos burlones en su cabeza. Era la última de los Banu Laith Badawi, y no tenía descendencia. ¿Cuál era su banda ahora? ¿Cuál era su tribu?

Procedentes de arriba, los gritos del doctor interrumpieron sus divagaciones.

—¡Ajá! ¡Aquí está, alabado sea Dios! —El cazador de gules bajó las escaleras corriendo, seguido de los demás. Se sentó a una mesita baja que había junto al diván de la muchacha y abrió un libro negro de pequeñas dimensiones—. Tienes más derecho que nadie a oír esto, Zamia.

La muchacha, todavía debilitada, asintió en señal de agradecimiento.

Cuando todos se hubieron reunido a su alrededor, el doctor apuntó con un dedo rechoncho al volumen que tenía ante él y bramó:

—¡Este libro! Gracias a él me suenan los nombres de Hadu Nawas y Mouw Awa. Las memorias de Ismi Shihab. Escuchad todos con atención: «Hadu Nawas era el último superviviente de una antigua e influyente familia. Poseía grandes riquezas y una elegante mansión cerca de los Jardines Lejanos, en las afueras de la ciudad. No una ni dos, sino hasta tres veces surgieron siniestros rumores entre las humildes gentes de aquel vecindario, rumores según los cuales en la mansión de Hadu Nawas habían desaparecido varios niños. El califa estaba al corriente de las perversas costumbres de Hadu Nawas, pero este era un poderoso aliado político, por lo que el califa no tomó ninguna medida.

»Los vientos de la política, sin embargo, son caprichosos. Una serie de acontecimientos intrincados como el telaberinto, veloces como el rayo, transformaron a Hadu Nawas en enemigo de la corte. Y de golpe y porrazo, los infanticidios de Hadu Nawas comenzaron a escandalizar al califa.

En este punto, el cazador de gules levantó la cabeza para mirar a Litaz.

—¿No decías que este libro era soporífero, querida?

Litaz se encogió de hombros.

—No llegué a esa parte.

El doctor volvió a concentrarse en el texto y siguió leyendo:

—«Yo estaba presente, enviado en calidad de fedatario judicial, cuando los guardias irrumpieron en la morada de aquel monstruo con forma humana. Había construido una mazmorra indescriptible bajo su mansión. Las paredes estaban cubiertas de ilustraciones indecentes y jaulas del tamaño de un niño. Descubrimos a Hadu Nawas cernido sobre el cadáver de una muchacha, con un machete

en la mano y una mueca de placer en el rostro.

»No puedo engañar a Dios, así que ¿para qué mentir sobre el papel? Maniatamos a aquel hombre y le dimos una paliza. Le arrancamos las uñas, cosimos su escroto a puñaladas y lo torturamos hasta el mismísimo momento del juicio. Había quienes deseaban exhibir al demonio, pero el califa prohibió que se mencionaran sus horrendos crímenes delante del vulgo.

»La red de influencias estaba enmadejada de tal modo que el califa decretó que se borrara el apellido de la familia Nawas del nombre de este demente, el último de su estirpe. Así fue como Hadu Nawas perdió su nombre. Se decretó a continuación su encierro en una de las corruptas tumbas de los kem, destinándolo a morir de sed o de locura en las ruinas del corazón del desierto.

»Como parte de este castigo, el asesino recibió un nuevo nombre, un nombre mancillado por los antiguos y corruptos kem, el cual habría de acompañarlo mientras durara su encierro. No fue Hadu Nawas el que quedó sellado en aquella tumba, sino Mouw Awa, la Guadaña de Infantes.

El doctor cerró el libro y se rascó la narizota.

—Eso es cuanto tiene que contar el poeta.

Zamia se estremeció, y no solo a causa de la debilidad. En más de una ocasión su banda había avistado las imponentes ruinas de alguna antigua pirámide u obelisco kemeti. Pero ningún badawi en su sano juicio osaría acercarse a tales lugares, de los que se sabía que estaban corrompidos por la más inmunda de las magias. Ser prisionero en un sitio así…

—Desterrado a una pirámide en ruinas hasta el fin de sus días —dijo el anciano magus—. Bueno, está claro que algo lo encontró allí. Algo que le impidió morir. Algo para lo que el alma de un asesino de niños tenía alguna utilidad.

—Los Dioses Muertos —musitó Litaz con su voz apagada.

El doctor se rascó la calva, contemplativo.

—Bueno, querida, los de Soo sabéis más que los abasseneses acerca de los herejes de antaño, pero hay libros que aseguran que los faroes de Kem imponían su ley con la magia devoradora de almas que les otorgaban sus deidades.

Raseed, que llevaba callado un buen rato, entornó los ojos rasgados. Desenfundó la espada y empezó a limpiarla.

—Con el debido respeto, ni los libros ni la historia nos conciernen ahora. Esta criatura, Mouw Awa, está asesinando a hombres y mujeres. Peor aún. Si lo que dice el doctor es cierto, aleja sus almas de la presencia de Dios. Debemos encontrar a ese monstruo y acabar con él… y con quienquiera que le haya ordenado iniciar esta carnicería… lo antes posible.

El porte del derviche y el modo en que se expresaba inspiraban en Zamia el deseo de acurrucarse en su cuerpo. De no haber estado postrada, se temió que ya habría dado un paso en dirección a Raseed, aun contra su voluntad.

—Mas ¿cómo podemos esperar matar a esa inmunda criatura? —prosiguió Raseed—. Mi espada no le hizo mella. Aun las más precisas de mis estocadas fueron en balde.

Dawoud frunció el ceño, pensativo. Se atusó la perilla tintada de jena.

—Eso no me sorprende —dijo—. Parece ser que este tal Mouw Awa nació gracias a la antigua magia de Kem… Perversos conjuros contra los que tu acero e incluso mis propios poderes y las invocaciones de Adoulla bien podrían ser inútiles. ¿Tú qué dices, amada? —Sin demasiadas esperanzas, Dawoud se giró hacia su esposa.

Los aros ensortijados en el cabello de la alquimista tintinearon cuando esta sacudió la cabeza.

—Con la ayuda de Dios y meses de estudio quizá sería capaz de destilar una sustancia con la que combatir a semejante criatura, pero no disponemos de tanto tiempo.

—Mis garras la pusieron en fuga —se descubrió diciendo Zamia, antes incluso de que las palabras terminaran de formarse en su mente—. Le provoqué graves heridas. No es descabellado pensar que yo sea la única capaz de acabar con ella. —Era muy consciente de cuáles iban a ser sus próximas palabras, y pronunciarlas de viva voz le provocaba náuseas—. Solo que yo misma estoy herida y medio muerta. Y no puedo adoptar la forma.

Litaz soltó un bufido.

—No insultes nuestras habilidades, niña. No estás medio muerta. Al ritmo al que te estás recuperando, podrás ponerte de pie en un par de días.

Zamia giró la cabeza y descubrió al doctor observándola con tal

intensidad que tuvo la certeza de que podía ver a través de ella.

—Sin duda —dijo el cazador de gules—. Y espero que a Dios le complazca que así sea. Pues la niña podría estar en lo cierto sobre sus garras. —Dejó de mirarla fijamente y adoptó una expresión distraída—. ¿Sabíais que he leído la traducción de las crónicas de los bárbaros sacerdotes de los Territorios Bélicos? En cierta ocasión, la comarca de Braxony sufrió el acoso de unas criaturas mitad lobo, mitad hombre. Los héroes de aquellas tierras consiguieron exterminar a las criaturas valiéndose para ello de espadas de plata…, espadas de las que se afirmaba que habían sido bendecidas por los ángeles, creo recordar. Simples «libros» e «historias», naturalmente, y por tanto indignos de nuestra atención —sentenció, lanzando una miradita de reojo a Raseed.

El derviche emitió un sonido estrangulado.

—¡Los ángeles jamás impartirían su bendición en esas tierras herejes! ¡Sus favores no son para los ladrones y los blasfemos! Sus… —Enmudeció de improviso y clavó la mirada en el suelo. Por primera vez desde que lo conocía, Zamia detectó una vaharada de impureza procedente del cuerpo del derviche. Algo parecido al subterfugio. «Imposible», se dijo. Sus heridas y los remedios debían de confundir sus sentidos.

El doctor respondió a las palabras de su ayudante encogiendo sus grandes hombros.

—No estaría yo tan seguro. En cualquier caso, tu pueblo dice algo parecido acerca de la forma del león, ¿no es así, Zamia? Cuando me informaste de que no portas armas, ¿cómo era aquel proverbio tan solemne que nos recitaste?

Zamia temía estar acostumbrándose a los insultos que dirigía el doctor a su pueblo, pues ignorarlos parecía costarle cada vez menos.

—Soy badawi, no una apocada mujer de ciudad. La solemnidad no tiene nada de malo.

—Vale, vale. Lo que dijiste, pequeña, ¿cómo era?

—«Mis garras, mis colmillos, esos son los cuchillos de plata con los que golpean los Ángeles Hospitalarios».

A continuación, sin previo aviso, notó cómo empezaban a agolparse las lágrimas en sus ojos. Se las secó con la mano.

—¡Soy la única que podría vengar a los Banu Laith Badawi y no puedo adoptar la forma!

—Vengarás a tu banda, Zamia. De eso no te quepa la menor duda —dijo el doctor, y Zamia dio gracias a Dios por la confidencia que irradiaban sus ojos y su olor.

Ya con voz más templada, el cazador de gules continuó:

—Pequeña… deberías saber que… Quiero decir… En fin, tu dolor es el más reciente, Zamia, pero no el único. En honor a la verdad, los aquí reunidos formamos un auténtico coro de huérfanos. Los parientes de este muchacho abandonaron toda relación con él a las puertas de la Logia de Dios. Más de mil kilómetros y veinte años separan a mis amigos de su familia más próxima. Y han perdido… —El doctor se mordió la lengua—. Han perdido mucho más de lo que te imaginas en esta guerra medio secreta que libramos contra el Ángel Traidor.

Zamia echó un vistazo a Litaz. La sonrisa de la alquimista, tan cálida por lo habitual, brillaba por su ausencia. Miró a Adoulla con melancolía y se levantó. En sus delicados dedos apizarrados sostenía la daga del padre de Zamia.

La muchacha extendió una mano temblorosa, deseosa de sostener el arma personalmente.

—Esa daga. Mi banda… —empezó.

—No te preocupes —la interrumpió Litaz—, te la devolveré. Pero… gracias a Raseed… ahora disponemos de una solución que destilará la extraña sangre que la tiñe hasta obtener una esencia analizable. Tardaré un rato en prepararla, no obstante.

La alquimista lanzó otra mirada fugaz al doctor, más irritada que triste.

—Adoulla, puesto que hoy estás tan empeñado en compartir secretos dolorosos, ¿por qué no le hablas de tu familia a la chica? —Salió de la habitación. Dawoud la siguió, no sin antes disculparse con el doctor con los ojos.

—¿A qué venía eso, doctor? —quiso saber Zamia.

—Pregúntaselo a Litaz en otra ocasión y ella te lo explicará, niña. Tiene razón, sin embargo; te debo un trocito de mi historia… pues entre aliados debería haber siempre equilibrio en lo que sabemos acerca del dolor de cada uno.

Raseed, que parecía asqueado consigo mismo y continuaba oliendo inusitadamente a engaño, abandonó la estancia, confiriendo así algo de intimidad al doctor y a la joven. Zamia se quedó

mirando cómo se alejaba el derviche, desconcertada, antes de obligarse a concentrarse en el cazador de gules una vez más.

—Litaz ha dicho algo acerca de tu familia.

—Sí. Se refería a mis padres, más que nada. De ellos con vida conservo apenas la insinuación de un recuerdo. Lo que no olvidaré nunca es cómo descubrí sus cadáveres. De pequeño me contaba historias sobre ellos todos los días: que los habían asesinado porque en realidad eran un califa y su reina disfrazados, y que yo, como el héroe de un cuento, era un príncipe en secreto. Pero no pertenecían a la realeza. Fueron un porteador y su esposa, gente corriente del barrio de los Eruditos, los que a su pesar tuvieron que abandonarme a un destino cruel sin familia ni dinero.

El doctor hizo una pausa para acercarle a Zamia una taza de cerámica llena de agua helada. La muchacha bebió un buen trago y sintió cómo el dulce dolor de su garganta reseca volvía a la vida. No sabía qué responder a las palabras de Adoulla.

—¿Cómo murieron? —preguntó, y comprendió demasiado tarde que para estos urbanitas tan sutiles, semejante pregunta podría considerarse una indiscreción.

Pero el doctor se limitó a suspirar.

—En vano, bonita. Murieron en vano. Ni por culpa de ninguna fastuosa profecía ni por entrometerse en la siniestra misión de los esbirros del Ángel Traidor. Su ejecutor fue un patético y desesperado pedazo de escoria armado con un cuchillo, lo bastante borracho o estúpido como para pensar que sería capaz de exprimir alguna moneda a los flacos bolsillos de mi padre.

Con expresión ausente, el cazador de gules agarró un pellizco de tejido marrón del telar tradicional de Soo que había encima del cojín que tenía a su lado. Comenzó a retorcer el paño entre las manos mientras hablaba, aparentemente ajeno a lo que hacía.

—Apenas si había alcanzado la mayoría de edad cuando conseguí dar con el paradero de su asesino. Había terminado convertido en un pordiosero cojo, devastado por el vino de ajenjo. Yo había empezado a estudiar el oficio por aquel entonces, pero en realidad seguía siendo el mismo matón callejero que había capitaneado a los demás delincuentes juveniles de la vía del Asno Finado. Pero cuando encontré a aquel hombre fui más implacable de lo que había sido en ninguna pelea. Lo maté con un cuchillo. Le

asesté diez puñaladas. Se tarda mucho en morir a causa de las heridas de un arma de hoja corta. Lo suficiente como para que se enfriara mi rabia. Lo suficiente como para que me viera allí plantado, empuñando un puñal bañado de sangre, cerniéndome sobre el cuerpo de un tullido que no dejaba de suplicar por su vida.

El doctor se estremeció.

—Aún no puedo explicar lo que sentí en aquel momento. Pero tú y yo tenemos más de una cosa en común. Hasta este día, mis manos no han vuelto a tocar el acero asesino. Ya he visto cuchillos y espadas de sobra. Ahora, en vez de matar, hago cuanto está en mi mano para evitar que se produzcan más muertes.

—Cuando nos conocimos, me pregunté por qué viajabas desarmado si tu misión era tan peligrosa.

—Ya. No soy ningún pusilánime, Zamia. Las personas que me rodean están más que dispuestas a matar. Me precio de seguir siendo capaz de defenderme con los puños tan bien como cualquiera que tenga la mitad de años que yo. Pero… en fin, no es lo mismo destripar a alguien a sangre fría que partirle la nariz a un miserable de vez en cuando.

Dawoud, que había aparecido en la puerta, soltó un bufido.

—¿«De vez en cuando»? Que no te engañe, muchacha. ¡Adoulla Makhslood ha quebrado costillas y partido crismas bastante más a menudo que «de vez en cuando»! —El magus se acercó al cazador de gules y le dio una palmadita en el hombro—. ¡Este de aquí es tan salvaje como cualquier badawi, te lo aseguro!

Zamia se disponía a reprocharle al magus que caracterizara de ese modo a su pueblo, pero en ese momento inundó la estancia un hedor repentino, tan intenso que para los agudos sentidos de Zamia era casi como un objeto físico. Al principio pensó que a alguno de los hombres debía de habérsele escapado una ventosidad. No dejaban de acusarse unos a otros, apuntándose con el dedo y riéndose como colegiales. Pero se trataba de otro tipo de pestilencia, un olor irreconocible para sus sentidos. Y provenía de las ventanas de cedro del pequeño establecimiento.

—¿Qué es ese olor? —preguntó, atragantándose con cada palabra.

El doctor se dejó de burlas y, cuando habló, su voz rezumaba desdén:

—Ese es el olor de los tintoreros y los curtidores. El nuevo califa, en su infinita sabiduría, ordenó el año pasado que se utilizaran conjuros de brisa para redirigir el hedor a través del barrio de los Eruditos. Ahora, una noche a la semana, ese condenado olor nos asalta y nos acompaña durante una hora. Si durase más tiempo, te juro que el califa tendría que vérselas con un levantamiento civil.

Dawoud masculló algo, se acercó a una bolsa de punto que colgaba en la pared y sacó de ella dos pañuelos doblados. Se los dio a Zamia y al doctor.

—Lamento decir que yo ya estoy empezando a habituarme, pero Litaz ha cogido la costumbre de tener siempre a mano uno de estos.

—Alabado sea Dios por la sabiduría de tu esposa, mi hermano. —El doctor se tapó la nariz y la boca con el trozo de tela. Cuando Zamia siguió su ejemplo, le sorprendieron los penetrantes pero agradables olores del aceite de menta y la canela, y debajo de ellos, la acre fragancia del vinagre.

El magus entornó los párpados.

—No permitiré que resulte herida —declaró con firmeza, dirigiéndose al doctor como si Zamia no estuviera presente—. Estamos contigo, viejo amigo, eso ya lo sabes. Pero los tiempos han cambiado. No consentiré que Litaz sufra el menor daño. Ahora debo anteponer su bienestar a todo lo demás.

Zamia sintió brotar las palabras de su interior, pero logró sujetarlas.

El doctor bajó el pañuelo perfumado, y luego posó su gran mano bronceada sobre el hombro de su amigo.

—No permitiré que nadie le haga daño, hermano mío.

Zamia creyó lo que decía Adoulla. En ese momento el doctor estaba sobrecogedoramente alerta. Incluso su rostro parecía menos rechoncho, de alguna manera. Macilento y curtido. Deseó poder restañar sus heridas y recuperar sus poderes por sí misma. Yacer postrada en la cama mientras unos valientes —sí, Zamia debía reconocer que el doctor Adoulla Makhslood era un valiente— recogían el testigo de vengar a su tribu… Le revolvía el estómago.

Zamia se recostó al borde del diván para vomitar. Los hilos de bilis amarillenta que salpicaron el caftán del doctor resbalaron por la tela hasta desaparecer.

Mortificada, la muchacha notó cómo su estómago se rebelaba

contra el dolor y las medicinas, percibió el hedor y la vergüenza que emanaban de ella y sintió el sabor de la bilis. Vomitó de nuevo, esta vez al menos tras encontrar el bacín de cobre que Litaz había dejado junto al diván.

La alquimista irrumpió en la estancia en ese momento y empezó a espantar a los hombres.

—¡Fuera, los dos! ¡Largo! Esta niña es la hija de un caudillo y acaba de vaciar las tripas delante de vosotros. ¿Creéis que necesita a dos vejestorios revoloteando a su alrededor? ¡No! Dejad que esto quede entre nosotras, mujeres de posición elevada. ¡He dicho que largo! En el nombre de Dios, ¿es que no tenéis nada que hacer en cualquier otra parte?

Zamia se sintió tan agradecida por la presencia de la alquimista como si acabara de llegar a su rescate un ejército armado hasta los dientes. Ya se encontraba mejor, ahora que había vaciado el estómago, y consiguió sonreír débilmente a Litaz cuando se hubieron marchado los hombres. Pero la menuda mujer parecía compungida cuando se sentó junto a Zamia.

—¿Sabes? Hace tan solo una jornada me aterrorizaba la perspectiva de tener que enfrentarme al tedio de revisar el inventario pasado el día de los Idus. Pensaba que esa iba a ser la experiencia más dolorosa de la semana. ¿Y ahora? Ahora tengo una casa repleta de dolor y pérdida.

La vergüenza atenazó el corazón de Zamia.

—Lo siento, mi señora, lamento haber traído mis problemas hasta tu puerta.

Litaz restó importancia a sus palabras con un ademán.

—No me refiero exclusivamente a ti. Adoulla Makhslood perdió los libros y los talismanes de toda una vida en ese incendio, Zamia. Lo que está haciendo a fin de armarse para la batalla solo debería hacerlo alguien mucho más joven: conjuros para robarle horas al sueño, sangrías… cosas así. Hemos combatido hombro con hombro durante muchos años, cariño, y creo que nunca lo había visto tan decidido.

La joven badawi se sintió reconfortada al oír esto. El respeto que ya había empezado a infundirle el doctor Adoulla Makhslood se intensificó de forma palpable.

—Tienes que comprender la magnitud de su pérdida, Zamia —

prosiguió Litaz mientras limpiaba el estropicio causado por la muchacha—. Esa casona… era una especie de símbolo. Representaba el hecho de que este hombre sin esposa, ni hijos, ni posición poseía algo en el mundo. —La alquimista sacudió la cabeza —. Aunque supongo que todo esto debe de parecerle absurdo a la mujer de una tribu, sobre todo a alguien tan joven como tú. «¡Con mi padre contra mi banda! ¡Con mi banda contra mi tribu! ¡Con mi tribu contra el mundo!». Qué extraños debemos de parecerte, ¿verdad? Una familia sin lazos de sangre.

Zamia se quedó pensativa un momento antes de responder:

—¿Extraños? Quizá. Pero también admirables. Tan distintos entre vosotros, y sin embargo tan entregados el uno al otro. La verdad sea dicha, nunca antes había visto semejante forma de ser. Mi propia banda me temía, pese a alegrarse de poder llamarme «protectora». —Se mordió la lengua para no decir nada más. ¡Cómo se atrevía a hablar mal de su banda, su difunta banda, delante de esta mujer que era prácticamente una desconocida!

Decidió cambiar de tema.

—Tú y tu marido, mi señora, lleváis mucho tiempo casados, ¿verdad? ¿Y te acuestas con él a pesar de sus siniestros poderes? —Solo después de haber formulado la pregunta se dio cuenta de que, para alguien de la ciudad, esa conversación debía de ser poco apropiada.

Pero Litaz se limitó a soltar una carcajada.

—¡Ja! ¿Te crees que le han salido patas de cabra o algo? Conserva todos los atributos de un hombre. Quizá ya no seamos la pareja fogosa de antaño, pero sí, por supuesto que me acuesto con él.

—Y sin embargo no tenéis hijos.

Litaz esbozó una sonrisita cargada de melancolía y no dijo nada.

—Perdóname, mi señora, no debería…

—No, no, no hay nada que perdonar, niña. Tuvimos un hijo, Dawoud y yo. Hace mucho, mucho tiempo. Era un chico precioso, y en su carita radiante se combinaban todas las virtudes de los Soo del río Azul y el río Rojo.

La tristeza que destilaban las palabras de la mujer impregnaba el aire.

—¿Se… se ha ido a reunirse con Dios, mi señora?

La alquimista respondió con un discreto y diplomático asentimiento de cabeza.

—Sí. Lleva muerto veinte años. De seguir con vida, sería mayor que tú. —Litaz miró a Zamia con si buscara cómo enunciar lo que se disponía a decir—. Dawoud y yo aprendimos varias lecciones muy duras cuando éramos jóvenes, Zamia Banu Laith Badawi. Lecciones acerca de la ira del Ángel Traidor. Y de nuestras… vulnerabilidades.

Durante unos instantes interminables, la mirada de la alquimista pareció extraviarse en la distancia.

—En fin —dijo al cabo Litaz, mientras se ponía de pie—. Las soluciones de divinación ya deben de estar hirviendo. Tengo que ocuparme de ellas. Te convendría comer algo y dormir un poco más ahora. Y bebe este té, que terminará de restablecerte.

La alquimista le dio empanada, rellena de guisantes y aceite de oliva, y un té medicinal excesivamente dulzón. Zamia apenas si había terminado de posar la taza cuando empezaron a caérsele los párpados y se sumió en un sueño profundo.

Despertó a medias en varias ocasiones de su reparador sueño febril. En todas ellas captó el olor del doctor, despierto y activo. Más de una vez miró a su alrededor y lo vio allí en la salita, machacando alguna hierba o vertiendo algún metal en un frasco, murmurando invocaciones en el proceso. En una ocasión vio cómo se practicaba un corte en el antebrazo y derramaba unas gotas de sangre en una hoja de papel vitela. Las palabras de Litaz acerca de la determinación del doctor no dejaron de revolotear en su cabeza mientras duró su duermevela.

Cuando despertó al fin por completo, se encontró sola. La herida del costado todavía le producía un dolor sordo, pero las náuseas habían desaparecido, y sentía un vigor renovado en las extremidades. Costaba saber qué hora era a partir del sol y la luna de la ciudad —los edificios distorsionaban la luz con sus formas extrañas—, pero, a juzgar por la oscuridad reinante tras las ventanas, Zamia dedujo que debía de ser noche cerrada.

Intentó de nuevo adoptar la forma, y de nuevo se sintió como si estuviera intentando respirar arena. Contuvo las lágrimas, sin embargo, y se puso en pie, temblorosa. Oyó voces procedentes de otra habitación: el doctor, Litaz y Dawoud. Los pasos de Zamia eran

lentos y torpes. Siguió el sonido de las voces hasta el cuarto contiguo a la sala de estar.

La estancia estaba atestada de gente y objetos. Una estantería con libros, baldas de botellas y extraños tubos de cristal. La única superficie relativamente despejada era una gran mesa hecha de algún tipo de metal extraño. El corpachón del doctor, embozado en su caftán blanco, reposaba encima de un taburete bajo, y Raseed estaba apoyado en la pared junto a él. Litaz se había sentado en una silla alta ante esta mesa, con su marido curioseando por encima de su hombro, contemplando ambos el enorme libro con tapas de madera que yacía abierto encima del mueble. Al lado del ejemplar se erguía un aparatoso ingenio de bronce y cristal. Una parte del artilugio parecía una pequeña garra, y Zamia vio que esta sujetaba el cuchillo de su padre. Litaz estaba asomada a otra parte del instrumento —cuya forma recordaba un ojo gigante—, comparando a todas luces lo que veía con las ilustraciones y los textos del libro.

Estudiar, memorizar los nombres de las plantas, contemplar las intrincadas formaciones de las estrellas. Durante años, su padre había intentado inculcarle que también eso formaba parte del cometido de la Protectora de la Banda. «La paciencia, pequeña luna, es la principal virtud de un guerrero», acostumbraba a decir. «La fuerza bruta por sí sola no es suficiente. También debes poseer conocimientos, pequeña rosa. Y sensatez. Y, como ya te he dicho, pequeña esmeralda, paciencia». Aunque Zamia siempre era la «protectora» cuando había oídos indiscretos cerca, en privado su padre le reservaba al menos una docena de apelativos cariñosos. Le encantaba el modo en que salpimentaba sus frases con ellos, aunque la hubiera educado para ser una guerrera.

La mayor preocupación de su padre siempre había sido que Zamia tenía demasiado de leona. «¡Harías bien en dedicar más tiempo a aprenderte las letras de los hombres de ciudad y menos a cazar zorros de arena! Una protectora debe defender a su banda de muchas maneras», le había dicho hacía apenas quince días, con tal cara de decepción que a Zamia se le encogió el corazón en el pecho. Tan solo para contentar a su padre había procurado prestar más atención al libro repleto de símbolos ininteligibles que su padre intentaba enseñarle. Pero por mucho que se esforzara, no estaba hecha para ese tipo de cosas.

Sus nuevos aliados levantaron la cabeza como un solo hombre al oír que se aproximaba. Raseed se apartó de la pared y dio un paso hacia ella antes de reprimir sus impulsos. El doctor tenía los ojos abiertos de par en par, sorprendido quizá de verla en pie. Litaz la observaba con la misma expresión de perplejidad que lucía mientras miraba por el ojo de cristal.

El anciano magus, sin embargo, fue el primero en hablar:

—¡En el nombre de Dios, chiquilla, deberías estar descansando! ¿Qué haces levantada? Por las pelotas de Dios, ¿cómo es posible que estés despierta siquiera? ¡El sueño reparador debería durar al menos otros dos o tres días!

Litaz se mordió el labio, adoptando el aspecto de quien intenta desentrañar un enigma.

—La bendición de los ángeles —dijo la alquimista—. Asombroso. Está claro que los poderes que te han otorgado los delegados de Dios no se limitan a la forma del león. Aun con la ayuda de nuestros remedios mágicos, no deberías haber podido caminar hasta dentro de una semana.

Zamia levantó ligeramente la barbilla.

—Puede que los «salvajes» seamos más resistentes que la blanda gente de ciudad que estás acostumbrada a tratar, mi señora.

El doctor soltó una pedorreta con los labios y se echó a reír.

—Sí, sí, seguro que esto es obra de la valentía innata de los badawi, muchacha.

Antes de que a Zamia le diera tiempo a replicar nada, Raseed se puso a su lado.

—«La misericordia de Dios es superior a toda crueldad» —citó de los Capítulos Celestiales—. Resultaste gravemente herida, Zamia. Demos gracias a Dios por tu rápida recuperación, pero a pesar de todo deberías estar descansando, pues…

Litaz hizo un ruidito de irritación.

—Por favor —le dijo a Raseed—, no des consejos si no sabes de lo que hablas. Lo mejor para Zamia en estos momentos no es dormir. El mercurio carmín está reavivando su sangre, igual que la que baña este cuchillo. Si puede caminar, que lo haga. Y hablando de sangre, tiene derecho a ver lo que sea que descubramos aquí. —La mujer de Soo se volvió hacia Zamia e indicó el otro taburete que había en la habitación—. Siéntate. Estaba dando los últimos toques

a mi solución de divinación. Iba a interrogar a los hombres, pero tú lo sabrás mejor que nadie: cuando heriste a esa criatura, Mouw Awa, ¿sangró?

Zamia se obligó a rememorar aquellos momentos que habían estado a punto de costarle la vida. El modo en que sus colmillos se habían hundido en el hediondo costado de aquel monstruo. Había sido como desgarrar la carne y, al mismo tiempo, algo completamente distinto. Hubo sombras y dolor, pero…

—No, mi señora. No, no sangró.

—Lo que yo os decía —terció el doctor, pensativo, atusándose la barba—. La chica comentó también que, para sus asombrosos sentidos, la sangre de este cuchillo no olía ni a hombre ni a animal, mientras que Mouw Awa olía a los dos. Tal y como sospechaba, esta debe de ser la sangre del que creó a los gules. El que esa criatura denominaba su «bendito amigo».

—Bueno, sea cual sea su origen, se trata de la sangre más extraña que haya visto nunca. Rebosante de vida e inerte. Están presentes los ocho elementos, pero… anulados, de alguna manera. ¡Arena y rayo, agua y viento, madera y metal, fuego naranja y fuego azul! ¿Cómo es posible que una gota de sangre los contenga a todos y a ninguno al mismo tiempo? —La menuda alquimista se giró hacia su marido—. Aún más extraño, dentro de los coágulos hay cuerpos reptantes que deambulan de un lado a otro. Es como si esta sangre proviniera de una mezcla de hombre y gul. No tiene sentido. Sin embargo, mi amor, deberías utilizar tu magia con ellos. Dios mediante, quizá nos proporcionen alguna respuesta.

La alquimista utilizó una cucharilla de plata para coger una pizca de polvo blanco de un tarro y verterla en un frasquito de cristal lleno de un líquido rojo. Este comenzó a burbujear y formar espuma y se volvió de un verde intenso. A continuación, Litaz derramó la sustancia sobre el cuchillo ensangrentado que había pertenecido al padre de Zamia.

Una brillante luz verde empezó a emanar del arma. El resplandor continuó intensificándose hasta inundar toda la estancia.

—Puedes comenzar —le dijo la mujer de Soo a su marido—. Apartaos —ordenó a los demás, retirándose ella misma mientras hablaba.

El magus dio un paso al frente y extendió las manos sarmentosas

hasta situarlas a un cabello de distancia sobre el cuchillo. Una espeluznante luz verde empezó a envolverle los dedos mientras estos se deslizaban alrededor de la hoja manchada de sangre, sin llegar a tocarla. El anciano hombre de Soo puso los ojos en blanco y, con una voz que parecía poseer un extraño eco, entonó un cántico sin palabras. «Magia perversa», pensó Zamia. Instintivamente, comenzó a adoptar la forma…

Y, por supuesto, descubrió que era incapaz. El pánico se apoderó de ella una vez más. Era como si pudiera rozar la forma con los dedos, pero el dolor que le producía la herida le impedía comunicarse con su yo felino. «¡Dios Todopoderoso, te lo suplico, ayúdame!».

El magus empezó a hablar en ese momento, y a Zamia no le quedó más remedio que escuchar sus palabras, pues ese era el camino que conducía a la venganza de los Banu Laith Badawi. Las lágrimas ardían en sus ojos, pero de nuevo se obligó a olvidarse de la forma y a prestar atención.

—Esta sangre es como… es como la cancelación de la vida —dijo Dawoud mientras sus largos dedos oscuros cortaban el aire sobre el cuchillo del padre de la muchacha—. Más aún, como la cancelación de toda existencia. Como la esencia de un gul, cuyo remedo de alma es un compendio de sabandijas. Pero con voluntad. Una voluntad poderosa y cruel.

—A su espantosa manera —musitó el doctor para Litaz, como si Zamia y Raseed no estuvieran allí—, todo esto tiene sentido, ahora que lo pienso. Antiguamente circulaba una historia acerca de alguien denominado «el gul de gules», un hombre que era como un gul creado por el Ángel Traidor en persona. Un hombre que se había cortado la lengua para que el Ángel Traidor hablara a través de él. Un hombre que había vaciado su alma para volver a llenarla con la voluntad del Ángel Traidor. Supuestamente se cubre con un caftán que nunca puede estar limpio y…

El doctor enmudeció cuando la cabeza de Dawoud se inclinó hacia atrás de improviso. La mueca del magus indicaba que sufría un inmenso dolor. El anciano hombre de Soo, con las yemas de los dedos apoyadas ahora en el cuchillo, profirió un alarido.

Al principio era un ensordecedor cántico ininteligible, pero los sonidos, imbricados de agonía, no tardaron en condensarse en

palabras:

—¡LA SANGRE DE ORSHADO! ¡LA SANGRE DE ORSHADO! —Sacudieron el cuerpo del magus unos espasmos antinaturales mientras gritaba, pero no apartó las manos del arma—. ¡LA SANGRE DE ORSHADO!

Litaz cubrió de un salto la distancia que lo separaba de su marido y le obligó a separar los dedos de la hoja. Dawoud se retiró a una esquina, tambaleándose, y se desplomó encima de un cojín con un gemido lastimero. Se quedó sentado en el sitio, con la cabeza entre sus manos, estremeciéndose.

En las facciones del doctor se cinceló la preocupación que le inspiraba su amigo.

—Tu magia le pasa factura a tu cuerpo. Por eso, mi hermano, el mundo está en deuda contigo. —Apoyó una mano en el hombro del magus—. Pero la magia también puede pasarle factura a la mente. Demos gracias a Dios por que el asesino frustrado de la muchacha cometiera la insensatez de irse así de la lengua. Es evidente que este Orshado es el que ese monstruo llamaba «bendito amigo». Hace tiempo que digo que el nombre de mi orden está equivocado. Pues en realidad son hombres, y no gules, lo que cazo. Y ahora tenemos una presa. Con un hechizo de seguimiento y un nombre, podremos…

Los ojos del doctor relampaguearon, casi como si estuviera a punto de echarse a llorar, pensó Zamia.

—Se me olvidaba —dijo Adoulla con un hilo de voz—. Ya no me queda ninguna aguja con escrituras grabadas. Se perdieron en el incendio, como todo lo demás. Irreparablemente dañadas, cuando no destruidas.

Zamia sintió el impulso de insistir en que debía de existir otra solución, pero descubrió que le costaba imponer orden en sus palabras e ideas. Estaba más débil de lo que había querido reconocer delante de los demás. Se le inflamó el corazón cuando Raseed puso voz a sus pensamientos.

—¿No podéis lanzar ningún otro hechizo, doctor? ¿No hay ningún sitio donde se puedan comprar esas agujas?

El doctor sacudió la cabeza.

—Es más complicado de lo que parece, muchacho. Esas agujas tardan semanas en fabricarse. Si estuviéramos en algún lugar

recóndito, o si nos enfrentáramos a un magus neófito, podría probar con una invocación menos sofisticada. Pero la ciudad está repleta de energía vital que interferirá con cualquier conjuro de rastreo, y este Orshado sin duda tiene a su disposición poderosos hechizos de ocultación. Únicamente con unos componentes intachables y unas invocaciones impecables tendríamos alguna posibilidad de encontrar a nuestros adversarios.

El doctor paseó la mirada a su alrededor, observándolos uno por uno, y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Pero nada de caras largas, ¿eh? Ahora conocemos un par de nombres, al menos. Dios Todopoderoso mediante, aun sin hechizos de rastreo, descubriremos a este condenado monstruo y a su «bendito amigo».

En la esquina del taller, Raseed se revolvió, inquieto. Las arrugas de su ceño ensombrecían sus angulosas facciones.

—Esa frase me preocupa, doctor. ¿Qué amigos podría tener semejante criatura?

El doctor enarcó una ceja poblada.

—¿Sabes, muchacho? No sería la primera vez que oyera esa pregunta refiriéndose a Raseed bas Raseed. ¡«Con la cara tan avinagrada que tiene», me dicen!

«Siempre está bromeando, incluso en cuestiones de vida o muerte», pensó Zamia, sin pasar por alto la bonachona sonrisa del doctor mientras este le propinaba un codazo en las costillas al derviche.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Raseed arrugó el entrecejo.

—Con el debido respeto, doctor —dijo el derviche—, pero esto no es para tomárselo a broma.

La sonrisa del cazador de gules adquirió un tinte frustrado.

—¡No hay lugar sobre la faz de la magna tierra de Dios donde uno esté libre de intentar quitarle hierro a sus problemas sin que venga un condenado derviche a abrir la bocaza y aguarle la fiesta! Y yo que pensaba que este —dijo mientras clavaba un dedo rechoncho en el costado de Raseed— estaba aprendiendo a bajar la guardia.

Aunque Zamia no sabría explicar por qué, Raseed reaccionó como si acabara de recibir un mazazo.

—¿Bajar la guardia? Dios no lo quiera. Antes bien, es momento

de redoblar la virtud y la vigilancia. Los más perversos esbirros del Ángel Traidor merodean por la ciudad —anunció con vehemencia el derviche—. ¡Ojalá Dios Todomisericordioso tenga a bien protegernos a todos!

—Ojalá lo tenga a bien Dios —respondieron ritualmente todos los presentes, a coro.

Cuando Zamia volvió a fijarse en el doctor, vio que la sonrisa se había borrado ya de sus labios.

12

—Ojalá lo tenga a bien Dios —dijo Dawoud, hijo de Wajeed, y oyó sus palabras pronunciadas simultáneamente por los demás—. Bueno, ya sabemos algo más acerca de aquello a lo que nos enfrentamos. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Durante unos instantes interminables no se oyó nada más que el silencio. Sus palabras quedaron flotando en el aire; las torvas expresiones del grupo daban fe de la enormidad de la situación. Dawoud escudriñó los rostros que ocupaban su salita de estar. Los ojos de su mujer daban la impresión de haber visto demasiado, y las facciones de Adoulla denotaban un agotamiento que Dawoud sabía que era un reflejo del suyo. Las expresiones de los guerreros eran distintas, no obstante. La muchacha de ojos esmeraldas y el joven de mejillas lampiñas se mostraban más determinados que resignados. Sobre los hombros del trío de veteranos pesaba la costumbre de la cautela, pero la fuerza de voluntad sostenía erguido el espinazo de Zamia y Raseed.

El ayudante de Adoulla fue el primero en hablar, y lo hizo acaloradamente:

—Debemos alertar a la guardia, doctor. O quizá incluso al califa en persona. Alguien con autoridad tiene que…

El cazador de gules expresó su incredulidad con un bufido.

—¿Todavía piensas que es así como deberíamos canalizar nuestras fuerzas, muchacho? Después de dos años en esta ciudad, incluso un esclavo de los títulos como tú debería saber que el califa

no va a creerse lo que le diga alguien como nosotros. Y aunque creyera que Dhamsawaat corre peligro, su mayor preocupación sería averiguar de qué manera afecta eso a sus arcas. Intentar convencer a un egoísta de que le importe lo que hay más allá de sus narices es una pérdida de tiempo. No. El califa nos sería tan útil como un agujero en un tonel. Pero he descubierto que el Príncipe Halcón podría compartir algunas de nuestras cuitas. Quizá…

«¡No hablará en serio!». Dawoud interrumpió a su amigo apoyando una mano en el recio hombro de Adoulla y agitando un dedo ante su cara.

—¿Cómo se puede ser tan abierto de miras y tan condenadamente cínico al mismo tiempo, mi hermano? Aunque consiguiéramos dar con Pharaad Az Hammaz, ligar nuestros destinos al suyo nos depararía más inconvenientes que ventajas. ¡La mitad de la ciudad anda detrás de él! Y además, hay un puñado de guardias íntegros ahí fuera, ¿sabes? Su capitán, por ejemplo.

Se giró hacia Raseed, que parecía desesperado por matar algo.

—Tu idea es sensata, Raseed. Y conozco al capitán del cuerpo de centinelas, Roun Hedaad. Litaz y yo le salvamos la vida en cierta ocasión, de hecho. Mañana por la mañana acudiré al Palacio de la Luna Creciente e intentaré hablar con él acerca de lo que hemos averiguado. La advertencia que le dé será vaga, pero se mostrará agradecido por ella de todas maneras. Que un centinela esté al corriente de la amenaza que se cierne sobre Dhamsawaat no puede ser perjudicial. Y quizá nos sirva de ayuda.

Adoulla se atusó la barba.

—Hum. Roun Hedaad es una buena persona, para tratarse de un centinela. Muy buena persona. Pero todo el mundo sabe que es una reliquia y que hoy en día apenas si posee la menor influencia. Quien ostenta el verdadero poder es el capitán de la guardia. Así y todo, supongo que no es mala idea. Si hay alguien en el palacio que esté dispuesto a ver más allá de sus propios intereses durante el tiempo necesario para preguntarse quién está matando a sus desventurados conciudadanos, ese es el capitán Hedaad. De modo que tal vez alguien debería hablar con él. —Adoulla se giró hacia Raseed—. ¿Satisfecho, muchacho?

El derviche inclinó la cabeza cubierta por su turbante en señal de agradecimiento y se volvió hacia Dawoud.

—Gracias también a vos, mi señor.

Junto a él, Litaz se levantó y dijo con suavidad:

—Roun Hedaad será un buen aliado. Ojalá pudiera acompañarte en esta ocasión, amor mío, pero la pequeña todavía no se ha restablecido del todo. Mañana por la mañana necesitará mercurio carmín, y tendré que estar presente para administrárselo. Y hablando de esto… —Sus hermosos ojos se posaron en la mujer de la tribu—. Va siendo hora de aplicar un bálsamo para dormir. Acompáñame, Zamia. Esto es algo privado entre mujeres… Dejemos a estos zoquetes con sus asuntos.

A Dawoud le dio la impresión de que la muchacha se disponía a protestar —sin duda le contrariaba la idea de quedarse fuera de los preparativos para la batalla—, pero le costaba mantener la cabeza erguida y su cuerpo se esforzaba visiblemente por sabotear su obstinada resistencia. Con pasitos débiles, salió de la habitación detrás de su esposa.

El magus se giró hacia Adoulla y Raseed y se encogió de hombros.

—Iré yo solo. Litaz debe quedarse aquí, y al califa tu orden le infunde poco respeto, Adoulla.

El cazador de gules puso los ojos en blanco.

—Ya, y el sentimiento no podría ser más recíproco. En cualquier caso, lo mejor será que nos dividamos las tareas. Por mi parte… —titubeó azorado, temeroso incluso de pronunciar sus siguientes palabras.

«¿Qué significa esto?», se preguntó Dawoud. Su viejo amigo rara vez se cohibía ante nada.

—Por mi parte —continuó el cazador de gules—, mañana iré al barrio de los Cantantes para hablar de nuevo con el pequeño Faisal, cuya familia fue asesinada.

«De modo que es eso». Adoulla se avergonzaba de su propia debilidad. Temía estar tomando decisiones egoístas. Le preocupaba que Dawoud pudiera juzgarlo severamente por ello. Pues bien, Dawoud jamás podría juzgar a ese hombre con el que lo unía la amistad de toda una vida. Pero tampoco iba a permitir que Adoulla se engañara a sí mismo.

—Sí, vuelve a hablar con el chico —dijo con una sonrisa—. Y de paso… ¿qué te parece? Estarás en la casa de la única mujer que has

amado realmente. Tiene gracia el modo en que Dios Todoprovidente organiza estas cosas, ¿eh?

Tan solo pretendía tomarle el pelo a su amigo, pero la expresión de Adoulla era sombría y preocupada.

—Miri Almoussa sabe muchas cosas acerca de la historia de esta ciudad. Quizá tenga más información sobre nuestros enemigos.

Ante estas palabras el derviche, de cuya presencia Dawoud ya se había olvidado, prorrumpió:

—Con el debido respeto, doctor, espero que me dispenséis de acompañaros mañana, pues…

—Pues un hombre santo no debería ser visto frecuentando una casa de putas, ¿verdad? Ni relacionándose con según qué individuos, ¿eh? —El tono de Adoulla denotaba el desgaste de un antiguo debate—. Empiezo a hartarme de esto, muchacho, de veras. No puedes llamar «socio» a una persona e insultar a sus amistades a las primeras de cambio.

Los ojos rasgados del muchacho se abrieron de par en par, y Dawoud supuso que los suyos también. Adoulla parecía indiferente a su sorprendente elección de palabras.

—Yo… jamás osaría autoproclamarme vuestro socio, doctor. Solo soy un humilde ayudante.

Adoulla se encogió de hombros.

—Me ayudas a cazar gules, cierto. Pero tú y esa espada bífida tuya sois tan buenos en estos menesteres como yo lo fui en mis mejores tiempos.

El muchacho adoptó una expresión profundamente azorada; sus mejillas doradas se salpimentaron de motitas sonrosadas.

—Gracias, doctor. Pero, en cualquier caso, no os pido que me excuséis por la razón que aducís. Si pido quedarme aquí es más bien para velar por el bienestar de las mujeres. —Ahora le tocó al joven derviche tartamudear, avergonzado consigo mismo—. El monstruo podría volver. Ya… ya he fracasado una vez en proteger a Za… esto, a la mujer de la tribu. La atacaron por culpa de mi displicencia, y si quiero…

Dawoud no podía escuchar eso. Adoulla le tomaba el pelo al derviche, pero en esencia alimentaba las rígidas monsergas del muchacho. Dawoud no. Si el derviche quería sentirse culpable sin ningún motivo, era asunto suyo. Pero Dawoud y su esposa se

estaban viendo arrastrados a tétricos asuntos que creían haber dejado atrás hacía tiempo. No tenían elección; una de las fuerzas más siniestras que el magus hubiera sentido en su vida amenazaba a su mejor amigo. Pero que lo maldijera Dios si acudía a la batalla rodeado de guerreros que nadaban en un mar de dudas.

Giró sobre los talones para encararse con Raseed.

—¿Tienes colmillos de chacal, muchacho? No, que yo sepa. Entonces, en el nombre de Dios Misericordioso, ¿cómo pueden ser culpa tuya las heridas de Zamia? La senda que has elegido conduce a la guerra, joven derviche. Una guerra contra el Ángel Traidor. El tipo de cosa de la que habla tu orden en todos sus juramentos y Tradiciones. Pues bien, esta es la realidad. La chica debería dar gracias a Dios por seguir todavía con vida. La gente, gente que nos importa, muere en las guerras. No parece que estés preparado para esto. Ni tampoco quizá para cumplir con el deber por el que saliste de la logia.

El turbante de Raseed se meció cuando el muchacho agachó la cabeza.

—Tenéis razón, mi señor, por supuesto. —La expresión del muchacho daba a entender que cada una de sus palabras era como una espada que estuviera atravesándole las entrañas—. Debo anteponer «el sol de la justicia de Dios a la llama de la vela de una sola vida». Es solo que… me… fue culpa mía que…

Litaz reapareció en el umbral; todo indicaba que ya había acostado a la mujer de la tribu.

—Con la de enemigos que van tras Adoulla, me sentiría mejor si pudiera trabajar sin tener que preocuparme de que una manada de gules vaya a derribar la puerta. Deja que el chico se quede aquí conmigo y haga de guardián.

Dawoud asintió con la cabeza.

—Lo que sea con tal de que estés a salvo, mi amada.

Litaz y él pasaron la mitad de aquella noche tendidos el uno al lado del otro, demasiado nerviosos para dormir pero sin la intimidad necesaria para hacer el amor. Dawoud sostenía la delicada mano de Litaz entre las suyas, pero hablaron poco. Al final, se quedaron dormidos.

Cuando despertó, al amanecer, no quiso molestar a Litaz. En vez de eso, se despidió en silencio de ella y de Adoulla, que todavía

emitía estruendosos ronquidos, y salió sigilosamente por la puerta para adentrarse en la penumbra que embozaba aún la mañana.

Pronto las noches serían más cortas. El Festín de la Providencia, la noche previa al día más corto del año, estaba ya prácticamente a la vuelta de la esquina; aunque él no celebraría nada hasta destruir a ese Orshado y las criaturas que lo servían.

Dawoud empezó a caminar y no tardó en dejar atrás el barrio de los Eruditos. Se llenó los pulmones con el aire de la madrugada en un intento por expulsar de su cuerpo la corrupción que había sentido al lanzar su hechizo de divinación la noche anterior. El poder que había detrás de esa mancha… Detrás de eso había algo más que un puñado de asesinatos, Dawoud estaba seguro. Esa clase de poder apuntaba a cosas más importantes.

Por primera vez desde que Litaz y él vieron el humo que se elevaba de la residencia de Adoulla, Dawoud repasó realmente los hechos en su cabeza. Estaba enfadado por haberse dejado arrastrar en ese asunto. Durante décadas, el trabajo de su esposa y el suyo los había alejado de todo cuanto era normal y feliz. La magia había provocado estragos en el cuerpo de Dawoud. Su pequeño había muerto asesinado por unos monstruos. Cuando luchaban y combatían junto a Adoulla y otros como él, el hipnótico canto de la responsabilidad los había conducido por los caminos del peligro y la locura, como las doncellas de las dunas con cola de serpiente que atraían a los viajeros del desierto a su perdición. Pero habían dejado atrás todo aquello. Las principales preocupaciones de Dawoud en los últimos años tenían que ver con cuidar de los pobres sin arruinarse a su vez en el proceso, y con el creciente deseo de su esposa de abandonar la ciudad en la que él había establecido su hogar. Pero ahora…

Pasó por delante de los postigos cerrados de un escaparate y se detuvo de improviso cuando una llamarada de dolor le atenazó el pecho. En el desempeño de su vocación Dawoud había sido apuñalado y envenenado, y esto era como ambas cosas en una. Le sobrevino un ataque de tos que a punto estuvo de dejarlo postrado en el suelo.

Hubieron de transcurrir varios minutos antes de que remitieran las toses. Paralizado en el sitio, se quedó jadeando dolorosamente, sintiendo cómo su cuerpo acumulaba más edad de la que le

correspondía. Los conjuros sanadores y de divinación que había lanzado en un solo día… hacía muchos meses que no intentaba nada igual. Cada bocanada de aire entrecortada le recordaba el precio que debía pagar. Al bocazas de Adoulla le gustaba quejarse de sus achaques de anciano, pero ignoraba lo que era el verdadero dolor. La debilidad. Cuando Dawoud obraba su magia —¡en el nombre de Dios, aun cuando caminaba demasiado deprisa por las polvorientas calles de Dhamsawaat!— era como si los inmensos dedos de Dios estuvieran obstruyéndole los pulmones.

Con ese Orshado y sus monstruosos esbirros ahí fuera, Dawoud, su esposa y su viejo amigo eran más necesarios que nunca, pero no sabía cuánto tiempo le quedaba de vida. No por primera vez, su mente se pobló de visiones en las que era un tullido desvalido al que su esposa debía ayudar incluso a utilizar la cuchara.

Intentó, sin éxito, evitar que su rostro delatara el dolor que sentía ante los porteadores y los carreteros que pasaban por su lado. Pero vio que no tenía por qué preocuparse; a los atareados habitantes de Dhamsawaat les importaba un comino la agonía de un vejestorio moribundo. Las únicas miradas que recibió eran de asco. Al cabo de unos instantes su respiración comenzó a recuperar la normalidad, y lanzó su propia mirada de repugnancia a los egoístas que lo rodeaban. «Quizá Litaz tenga razón. Quizá haya llegado el momento de abandonar esta ciudad implacable».

Se apoyó pesadamente en una pared de piedra y se concedió un último estremecimiento. A continuación, concentró su alma y enderezó los hombros. Tenía trabajo por delante. Y si quería estar ahí para Litaz, debía ser fuerte. Apretó los puños con fuerza y reanudó la marcha, esforzándose por desoír las dolorosas protestas de su espalda.

Se incorporó a la Gran Avenida sin hacer caso de los gritos de los buhoneros. Durante medio latido coqueteó con la idea de alquilar un palanquín. Pero solo fue eso, un coqueteo. En todos los años que llevaba en Dhamsawaat, Dawoud solo se había dejado transportar un puñado de veces. Como en tantos otros aspectos, su esposa había sabido mudar más fácilmente las costumbres de Soo por las de los abasseneses. Cuando no estaba con él, a menudo contrataba porteadores. «Ser una niña rica del río Azul la preparó para que los hombres la acarreen a hombros», supuso con un

resoplido mientras esquivaba a un patizambo vendedor de pistachos.

Para un natural del Soo del río Rojo como él, semejante manera de desplazarse entre la multitud era sencillamente impensable. Negarse a hacerlo camino del palacio, sin embargo, suponía afrontar una larga y ardua caminata. Al menos el día prometía ser fresco.

Se fatigó en las amplias carreteras durante una hora y media antes de tomar el paseo de los Polleros, atestado de gente que se preparaba para el Festín de la Providencia. En todos los barrios de la ciudad había un vendedor de pollos, pero en el paseo de los Polleros uno podía examinar las raras exquisiteces de los grandes maestros mercaderes: perdices moradas, palomas de sol, cisnes rellenos de garza real. También era el único rincón de toda Dhamsawaat donde uno podía comprar los huevos de avestruz en escabeche de la República. Aquí el ambiente estaba cargado de un denso olor a plumas y a muerte, y a Dawoud le sobrevino una arcada. Se sentó un momento y le dio un fals de cobre a un vendedor de agua que utilizó su odre para llenar una taza que hizo que Dawoud diera gracias a Dios en voz alta.

Después de que sus sandalias repicaran contra la piedra y la tierra prensada durante otra hora más, Dawoud llegó a las puertas occidentales del Palacio de la Luna Creciente. Hacía un par de años que no transitaba ese camino, y se descubrió deslumbrado de nuevo por el esplendor del edificio. La estatua ecuestre de un hombre que enarbolaba una larga lanza coronaba la inmensa cúpula blanca sobre una estilizada aguja de oro. La cabeza del jinete se modificaba a imagen y semejanza de cada nuevo califa. Dawoud cayó en la cuenta de que no había vuelto a pisar el palacio desde la llegada al Trono de la Luna Creciente de su último ocupante.

La resplandeciente estatua exhibía las dotes marciales del apuesto califa frente a los enemigos de Dios. Por supuesto, todo el mundo en Dhamsawaat sabía que el nuevo califa, como su padre, no había pisado un solo campo de batalla en toda su mimada existencia. Era la clase de hipocresía que hacía que a Adoulla se le atragantara el desayuno, pero a Dawoud no le quitaba el sueño. La hipocresía era consustancial a las cuestiones de Estado. Las gentes de Soo se lo tomaban como una simple verdad por la que no

merecía la pena indignarse; así eran las cosas.

Dawoud se acercó a la achaparrada garita de piedra que se erguía junto a la puerta. Visitar a Roun Hedaad conllevaba el tener que avisarlo por mediación de algún guardia que se prestara a transmitirle el mensaje. El magus no compartía el desprecio absoluto de Adoulla por los hombres del califa, pero sabía que describir como serviciales a la mayoría de ellos sería faltar a la verdad. Una pareja de guardias salieron de la garita y se cruzaron con él, vestidos con jubones de cuero tachonado de acero y equipados con las mazas de mango estilizado que constituían sus armas reglamentarias. Observaron a Dawoud como hacían con todo el mundo, con un ceño vagamente amenazador, listo, deseoso casi, de buscar problemas. Dawoud los saludó con un ademán deferente, en consonancia con la edad que aparentaba, y buscó con la mirada al guardia de aspecto menos hostil que hubiera en los alrededores: un muchacho desgarbado de ojos acuosos.

—Con la paz de Dios, joven. Debo comunicarme con el capitán Hedaad, de inmediato, a propósito de un asunto urgente.

—Si tenéis alguna queja sobre la guardia, mi señor —dijo el muchacho, con más modales de los que esperaba encontrar Dawoud en un guardia—, me temo que deberíais presentarla en el despacho de las puertas orientales. Os concertarán una audiencia con alguno de los vicecapitanes y dentro de unos días quizá…

—Con perdón, joven, pero esta no es una cuestión que pueda esperar. Mi nombre es Dawoud, hijo de Wajeed, y Roun me conoce de sobra. Te prometo que si le dices mi nombre querrá verme sin tardanza.

El muchacho clavó aquellos ojos acuosos en Dawoud, intentando detectar cualquier posible rastro de intenciones ocultas. Con gesto distraído, apoyó una mano en el mango de su maza y se rascó la nariz.

—Conque os conoce de sobra, ¿eh? —Otro intenso escrutinio—. Vale. Pero espero que no estéis tomándome el pelo, mi señor, por vuestro bien.

Dawoud inclinó cortésmente la cabeza.

Media hora después, otro guardia condujo al magus hasta una pequeña cámara que había nada más entrar en el palacio propiamente dicho. La estancia estaba repleta de sacos de cereales y

rollos de cadenas, pero también había un pequeño diván en una esquina. El guardia lo señaló con gesto ceñudo y se fue. Dawoud acababa de sentarse agradecido en la madera oscura cuando la fornida figura de Roun Hedaad ocupó el hueco de la puerta.

El anciano hizo ademán de levantarse, pero el capitán de los centinelas se lo impidió. Se agachó para abrazar a Dawoud e intercambiaron los saludos de rigor. Después, Roun se sentó a su lado.

El hombre, achaparrado, siempre le había dado a Dawoud la impresión de estar tallado a partir de un bloque de piedra marrón. Sutiles pinceladas de gris salpimentaban ahora su poblado mostacho negro, y unas cuantas arrugas diminutas enmarcaban sus ojos. Pero su aspecto era tan recio como siempre, al igual que la elaborada maza de cuatro hojas que le pendía del costado.

—Gracias por encontrar tiempo para recibirme, capitán.

El hombre se rascó la nariz, moldeada a porrazos.

—Siempre encontraré tiempo para el hombre que me salvó la vida.

Dawoud agitó una mano para restar importancia a sus palabras.

—Bueno, más que otra cosa, fueron los tónicos de mi esposa los que lograron tu recuperación. Además, recibimos una generosa recompensa por nuestra labor.

—Bien dicho. Bueno, ¿qué os trae por aquí, mi señor?

«Si Litaz hubiera venido, habría planificado de antemano lo que tendría que decir». Pero esa no era su forma de actuar.

—Ya conocéis los extraños y crueles sortilegios que mi mujer y yo combatíamos antes para ganarnos la vida —le dijo al capitán de los centinelas—. Acudo a vos porque una de esas amenazas acecha ahora en Dhamsawaat.

Dawoud le contó lo poco que sabían de Mouw Awa y su líder, Orshado. Los nombres. Los asesinatos que habían cometido. Mientras desgranaba su relato, a Dawoud le resultó fácil leer en las poco sutiles facciones del capitán, que fueron de la irritación y la incredulidad a la honda consideración, pasando por un temor teñido de escepticismo. Pero el capitán tuvo la gentileza de no interrumpirlo.

—Lo único que os pido… —empezó a decir el magus, que se mordió la lengua ante la irrupción de un paje ataviado con ricos

ropajes. El emisario se desentendió de Dawoud y susurró algo al oído del capitán. Los ancianos oídos de Dawoud solo consiguieron distinguir las palabras «quiere», «vuestro turno», y las protestas de Roun, antes de que el muchacho abandonara la estancia.

El capitán hizo una mueca.

—Bueno, mi señor, estáis de suerte. En ocasiones, Su Majestad me pide que presente ante él cualquier asunto de seguridad al que me enfrente en un momento determinado. También se lo pide a sus ministros de Finanzas y sus vicegobernadores. Lo hace para manifestar su activo interés y para permitir que las distintas ramas de su gobierno se beneficien de su sabiduría. —No había ni rastro de ironía en la voz de Roun; el esfuerzo del capitán por imprimir sinceridad a sus palabras era en verdad admirable, pero Dawoud no necesitaba ninguna magia para saber cuáles eran los auténticos sentimientos del hombre.

«Tal vez sea mejor así. Quizá el califa esté realmente dispuesto a escuchar».

Dawoud fue llevado no a la Corte de la Luna Creciente, sino a una pequeña cámara de audiencias. «Pequeña» para tratarse del Palacio de la Luna Creciente, por supuesto, lo que significaba que la estancia era más grande que toda la casa de Dawoud, pero parecía distinta de las partes visibles al público del palacio que conocía el viejo. Allí las auras de opulencia y autoridad no disminuían, pero adoptaban una suerte de intimidad. Ese era el escenario que elegiría alguien poderoso para fingir que le importaba lo que estuvieran contándole. «Dios Todopoderoso mediante, espero que de veras le importe».

Dawoud fue anunciado con la sarta de insulsas consideraciones que le estaban reservadas al vulgo. El portavoz de la corte bramó, con su voz de barítono, que los huéspedes tenían el honor de encontrarse en presencia del «Regente de Dios en el Mundo, el Garante de la Virtud, el más sublime de todos los hombres, Su Majestad el Califa, Jabbari akh-Khaddari, califa de Abassen y de todos los Reinos de la Luna Creciente». A continuación, imitando a Roun, Dawoud se arrodilló y ensayó la reverencia más honda que le permitieron sus debilitadas extremidades.

Las altas ventanas exhibían los Nombres de Dios en vidrio molido con ópalos y esmeraldas. Las suntuosas cortinas con

brocados cortaban el paso al bullicio del resto del palacio. A un lado, los músicos de la corte tocaban caramillos y violines de dos cuerdas, todos ellos revestidos de platino. Tupidas alfombras de telaberinto amortiguaban el sonido de los pasos. En el extremo más alejado de la estancia, justo debajo del techo, una extraña caja de oro enrejada, del tamaño de una carroza pequeña, sobresalía de la pared a la altura de la cabeza. El almimbar del califa. Diseñado para que el regente de Abassen pudiera recibir en audiencia sin tener que soportar la profana mirada de sus súbditos. Y en su interior se encontraba sentado el Garante de la Virtud.

Flanqueaban el pequeño arco de mármol rosa bajo la caja dos encapuchados ataviados de negro de los que irradiaban, para los sortílegos sentidos de Dawoud, embriagadoras vaharadas de poder mágico. Magi de la corte. Legalmente, en Dhamsawaat nadie lanzaba ningún hechizo sin el permiso de los encantadores del califa. En la práctica, se realizaban varios conjuros menores, invocaciones y levantamientos de gules sin que ese puñado de hombres pudiera hacer nada para impedirlo. La verdadera función de los magi de la corte era prevenir la práctica de aquellas magias que pudieran dañar al califa o a sus arcas. Dawoud no sabía gran cosa acerca de sus métodos, sin embargo; pasaban la mayor parte del tiempo enclaustrados en su minarete, detrás del palacio. Solo Dios sabía qué ocurría dentro de esa estilizada aguja de piedra plateada. Dawoud únicamente estaba familiarizado con el desprecio que sentían estos individuos por las vulgares magias de los hombres como él.

Dawoud detectó un movimiento impreciso tras la celosía dorada del almimbar. «¿Concederá audiencia siempre dentro de esa jaula asfixiante?». La idea le revolvía el estómago, pero arrojaba algo de luz sobre algunas de las acciones más despiadadas del califa. Gobernar desde semejante confinamiento volvería loco a cualquiera. «Esto es lo que Adoulla, y ese chiflado del Príncipe Halcón al que tanto admira, no entienden: que todo el mundo debe pagar un precio por el modo en que funciona el mundo, incluso los supuestamente más poderosos. También el poder es una trampa». Los estragos que consumían su cuerpo hacía tiempo que le habían enseñado a Dawoud esa importante, por no decir brutal, lección sobre la vida.

El sol entraba a raudales por las vidrieras enjoyadas y la caja del califa parecía estar envuelta en arcoíris. Enjaulado o no, por un momento Dawoud estuvo dispuesto a creer que aquel hombre en verdad era el Regente de Dios en el Mundo.

Los músicos de la corte dejaron de tocar. Un hombre de rostro alargado, ataviado con elegantes sedas, evidentemente algún tipo de ministro importante, le preguntó a Roun qué asuntos relacionados con los centinelas deseaba presentar ante la corte.

Solo entonces pareció darse cuenta Roun de la escasa información que poseía. La confusión le tiñó las mejillas de rojo, pero no le tembló la voz cuando dijo:

—Este hombre que me acompaña, oh, Garante de la Virtud, es Dawoud, hijo de Wajeed. Se trata de un verdadero siervo de Dios que una vez me salvó la vida cuando un envenenador intentó matarme para evitar que sirviera a vuestro padre. Más concretamente, majestad, este hombre ha dedicado muchos años a dar caza a los esbirros del Ángel Traidor. Estaba hablándome de una amenaza en potencia para la ciudad, majestad, cuando me hicisteis llamar. Sería conveniente, quizá, que le permitierais a él dirigirse a la corte.

—Oh, el más sublime de los hombres, vengo a pediros… —comenzó Dawoud, rebelándose contra las pragmáticas costumbres del río Rojo en un intento por respetar el protocolo de la corte que hacía tanto tiempo le enseñara Litaz.

El ministro de rostro alargado abrió los ojos de par en par, escandalizado.

—¡No sois ni ministro ni capitán! ¡Debéis dirigiros a la corte, caballero! ¡No oséis hablar directamente con Su Majestad!

Había errado en sus cálculos. Pese a haber renunciado a su familia, Litaz era la sobrina de un bajá. Por consiguiente, le había enseñado la etiqueta correspondiente a alguien cuya posición era mucho más elevada. Se lo había advertido cuando intentó educarlo años atrás, por supuesto. ¿Por qué era como si solo fuese capaz de recordar los consejos de su mujer momentos después de fracasar a la hora de seguirlos?

Dawoud oyó cómo alguien carraspeaba dentro de la caja dorada. Un silencio sepulcral se abatió sobre la corte.

—Es un hombre de la calle, Jawdi. No podemos esperar que se

exprese como los miembros de la corte. Continúa, oh, venerable súbdito. Te escuchamos.

«Quizá no sea tan malo como aseguran las malas lenguas de la ciudad». Dawoud no se engañaba al respecto de que el califa sintiera algo más que desprecio por él. Pero mostrar educación y respeto ante la víctima de una humillación daba fiel cuenta del carácter de una persona. Aspiró una bocanada de aire que cascabeleó en su pecho y se propuso elegir bien sus palabras.

—Me siento honrado de que se me permita hablar ante vos, oh, Garante de la Virtud. Como dice el capitán Hedaad, me he ganado la vida combatiendo la influencia del Ángel Traidor. El capitán puede asegurarle a Su Majestad que no soy ningún insensato. De todas las vidas que he salvado…

Se interrumpió, buscando la manera más adecuada de continuar.

—Espero —intervino entonces el ministro de rostro alargado— que no hayáis venido ante la radiante presencia del Garante de la Virtud con la mera intención de alardear de vuestras insignificantes proezas. Cada momento de Su Majestad vale vuestro peso en oro. ¡Malgastarlos es un delito más grave que el asesinato! ¡Hablad, si tenéis algo importante que decir!

—Desde luego, eminencia.

El hombre pareció apaciguarse ligeramente. Bien, había acertado con el título. Sin duda a estas personas les complacía ver cómo alguien tan humilde como Dawoud acometía la noble tarea de imitar su discurso… siempre y cuando no lo hiciera excesivamente bien. No tenían de qué preocuparse.

—Iré al grano. Una extraña amenaza se cierne sobre la ciudad de Su Majestad. Alguien tan culto como Su Majestad sabe mejor que yo que antes de la Gran Inundación de Fuego, los kem gobernaban en estas tierras. Sabemos que Dios los castigó, y que fueron borrados de la faz del mundo. Perduran aún algunos vestigios de su época: unas cuantas estatuas por aquí, una muralla enterrada por allá…, quizá legadas a nosotros por Dios como advertencia contra la iniquidad. Pero han sobrevivido cosas más perversas de la condenada Kem, oh, Garante de la Virtud. La influencia de su pérfida magia, al menos.

—¿Os referís a los Dioses Muertos? —preguntó despectivo uno de los magi de la corte, las primeras palabras que pronunciaba

alguna de aquellas figuras vestidas de negro. La voz del hombre denotaba que no se tomaba en serio la amenaza. Le sobrevino a Dawoud el recuerdo del alma corrupta que había tocado con su hechizo de divinación. Debía conseguir que esos hombres lo tomaran en serio.

—Sí, eminencia. Uno de los Dioses Muertos de Kem… o la violenta sombra de su poder… ha poseído a un hombre que ya era un asesino despiadado. Le ha conferido poder y lo ha liberado del temor a las espadas y el fuego. Su magia se ha mezclado con esta alma oscura, y la criatura nacida de esta unión se hace llamar Mouw Awa, el hombre-chacal. Esta criatura campa a sus anchas por la ciudad de Su Majestad. Ya se ha cobrado docenas de vidas. Peor aún, su líder es…

—¿Por qué entonces, sirrah, no ha oído nada esta corte acerca de esos asesinatos? —interrumpió con tono despectivo el ministro de rostro alargado—. ¿Dónde está…?

El segundo magus de la corte lo silenció levantando una mano. «De modo que así es como se impone aquí el orden».

—Los desvaríos de este hombre son indignos de los benditos oídos del Defensor de los Fieles. Cabe la posibilidad, a lo sumo, de que uno de sus vulgares camaradas haya asesinado a otros hombres de la calle con unos cuantos hechizos de salón. —La negra cabeza encapuchada se giró hacia Dawoud—. La corte os ordena que regreséis a vuestro hogar. Hablad con el primer guardia que veáis allí, y él abordará este asunto según lo convenido por la ley de Su Majestad.

Dawoud decidió atreverse a hablar aunque debería haber mantenido la boca cerrada. «¿Cuándo volveré a gozar de la atención del califa?».

—Diez mil perdones, eminencia, pero este Mouw Awa y su líder… Orshado es su nombre, aunque sabemos poco más que eso, no son hombres de la calle. Volverán a matar. Y no se conformarán con las vidas de nativos e indigentes. Los villanos poderosos apuntan sus flechas a los poderosos. El peligro que corre el palacio es… —Demasiado tarde, Dawoud se mordió la lengua, comprendiendo su error. «¡Idiota! ¡Cómo se te ocurre lanzar amenazas al hombre más poderoso del mundo!».

De improviso, la reja dorada de la opulenta caja se abrió con

estrépito. Dawoud sintió cómo su anciano corazón se encogía ante aquel sonido. «Por favor, Dios, no permitas que se enfade conmigo. Quiero ver a mi esposa de nuevo». El poder que ostentaba alguien así… Eso era lo que Adoulla no comprendía. Que ni todo el desprecio del mundo podía protegerlo a uno de semejante poder. Dawoud aún no podía ver el interior de la caja —ahí había algo más que mera oscuridad natural, a menos que sus sentidos de magus lo engañaran—, pero de las sombras surgió una mano, pálida y delicada. El califa apuntó furiosamente a Dawoud con dos dedos en los que llameaban enormes rubíes. Los cortesanos y los criados por igual contuvieron la respiración y clavaron la mirada en el suelo.

—Tras la presentación del capitán Hedaad nos sentimos inclinados a tratar con amabilidad a nuestro venerable súbdito. Pero esta palabrería sin sentido nos desagrada. Deberías agradecer a Dios Todopoderoso que no te hayamos enviado a prisión.

Dawoud se había enfrentado a la muerte en cien ocasiones. No había sobrevivido para sucumbir a los caprichos de un gobernante irritado. Se obligó a ensayar una honda reverencia, castigando sus ancianas articulaciones y reprimiendo un gruñido.

—Que Dios os bendiga mil veces por vuestra clemencia, majestad.

El Regente de Dios en el Mundo debía de haber detectado una nota de insinceridad en las palabras de Dawoud, pues el califa se olvidó del recargado lenguaje del soberano de la corte para replicar:

—¡Cierra el pico, carcamal! ¿¡Te atreves a venir aquí para verter amenazas contra nuestra ciudad y nuestro palacio!? ¿A contarnos truculentas fábulas acerca de un asesino fantasma como si fuéramos el mocoso de algún mercader y tú nuestra supersticiosa niñera? Seguro que la sombra de esta amenaza se desvanecerá de nuestra corte si compramos alguno de tus amuletos o hechizos, ¿eh? ¡Mi padre habría ordenado que te cortaran la cabeza, anciano!

«Tu padre habría sabido ver más allá de sus posaderas y se habría tomado en serio una amenaza de estas características». Dawoud se guardó esas palabras para sus adentros.

A su lado, Roun hizo una reverencia.

—Ruego a Su Majestad que perdone a este viejo insensato por molestaros. Juro por Dios que Dawoud, hijo de Wajeed, jamás soñaría siquiera con desear ningún daño ni amenaza a Su Majestad.

Su senil mente de Soo está poblada de peligros imaginarios, eso es todo.

El califa se quedó callado un momento, y la corte pareció aguantar la respiración. Cuando habló de nuevo, la entonación elegida fue descaradamente grosera.

—¡Bah! Capitán, deberíamos ordenar que os azotaran por malgastar nuestro sagrado tiempo con esta estupidez. En el nombre de Dios, los dos tenéis suerte de que seamos célebres por nuestra clemencia. Como volvamos a ver tu fea cara, magus, tu cabeza se despedirá de tus hombros. A vos os decimos lo mismo, capitán, si insistís en presentarnos asuntos de tan trivial importancia. ¡Y ahora largo de aquí, los dos!

Dawoud hizo tres reverencias mientras se retiraba caminando de espaldas. «¡Necio! En el nombre de Dios, si un viejo hombre de Soo sin modales es suficiente para hacerle olvidar el protocolo de la corte, quizá Adoulla tenga razón».

En silencio, Roun escoltó a Dawoud hasta las puertas del palacio y lo condujo a un pequeño patio apartado, en la que borboteaba una fuente diminuta, custodiada por un centinela solitario al que ordenó que se alejara con un ademán. Una vez a solas, el achaparrado capitán suspiró y elevó las manos al cielo.

—Ya veis cómo están las cosas, mi señor. La verdad sea dicha, este tipo de disparates están ahora a la orden del día. Los centinelas… —El hombre dejó la frase flotando en el aire, inacabada, visiblemente deseoso de librarse de la carga que pesaba sobre su conciencia aunque reticente a la vez.

Dawoud decidió darle ánimos.

—Me disculpo por saber lo que no debería, capitán, pero tengo entendido que existe… cierta tensión entre el cuerpo de centinelas y la guardia.

—Mirad —musitó Roun, susurrando casi—, en todas las ciudades habrá siempre guardias que acosen a las hijas de los herreros y que zarandeen a los ancianos para obtener unas monedas o echarse unas risas. Pero hay crueldades y crueldades. Hay corrupciones y corrupciones. La gente ya no puede seguir pagando los impuestos que les exigimos. Muchas personas van a dar con sus huesos en la cárcel. Demasiadas. ¡Y cada acreedor prisionero, siquiera durante quince días, es un nuevo recluta en potencia para

ese miserable traidor de Pharaad Az Hammaz!

—Desde luego —convino Dawoud.

—Y luego está la purga de ladrones. Aquí, en el palacio, los asuntos legales y marciales recaen sobre mí. Pero en las calles manda el capitán de la guardia, designado para ese puesto porque nunca en toda su vida ha dejado escapar la oportunidad de atormentar al prójimo. Este reciente empeño por erradicar a los ladrones es una locura. Antes de que termine habrá muchos más mancos en Dhamsawaat. La última amputación que he visto fue la de un niño de diez años. Pero ¡al menos él solo perdió la mano! Últimamente son demasiados los hombres obligados a arrodillarse ante la estera de cuero del verdugo.

—Sí —dijo Dawoud—. He oído hablar del muchacho que debía ser ejecutado cuando el Príncipe Halcón…

Roun adoptó una expresión amenazadora.

—¡Ese malnacido se llama Pharaad Az Hammaz, mi señor! ¡No es ningún príncipe! En cualquier caso, estos incidentes están ahuyentando de la guardia y el cuerpo de centinelas a muchos hombres capaces. Hace quince días que mi segundo al mando, Hami Samad, nacido y criado en este palacio, y la persona más íntegra que conozco, abandonó la guardia y desertó de sus deberes sin decir nada a nadie.

Roun se tocó el bigote con los nudillos y suspiró; el cansancio se apoderó de sus rasgos.

—En fin, lamento haber añadido otro inconveniente a tu lista. Al califa no le hizo gracia que me llevaras ante él.

Roun restó importancia a las disculpas de Dawoud con un ademán, pero la preocupación que anidaba en los ojos del capitán era sincera. Frunció el ceño, poblando su frente de arrugas.

—¿Qué ocurre, Dawoud? Con independencia de lo que opinen los aduladores del califa, sé que no estaríais aquí sin motivo.

—Y lo hay, amigo mío. Los siervos del Ángel Traidor traman algo. Pero no sé gran cosa aparte de lo poco que ya os he contado. Cuando averigüe algo más os avisaré, capitán, lo juro.

Roun se quedó observándolo durante largo rato.

—De acuerdo, mi señor. Recordad vuestra promesa. Y yo pondré a mis espías en la calle a investigar los nombres y los crímenes de los que me habéis hablado. Siempre estoy aquí, en el palacio, así

que cuando deseéis verme de nuevo, solo tenéis que pedirle a un centinela que me avise.

Dawoud besó al capitán en las mejillas y regresó a la calle. Una tormenta de dolor azotaba sus músculos y sus huesos. Demasiadas caminatas y reverencias. Necesitaba descansar y, más que nada en la magna tierra de Dios, necesitaba volver a ver a su esposa. «Podría haber muerto ahí dentro, por el antojo de un necio».

Agradeció a Dios en voz alta que le hubiera permitido sobrevivir y, renqueando, emprendió el camino de regreso a su hogar.

13

Según atravesaba la calleja de los Panaderos, Adoulla pasó junto a una fuente pública construida en un mármol que un día fue de color blanco. Los niños jugaban con la taza profiriendo gritos estridentes que le perforaban los oídos.

—Mocosos —resopló para sí, aunque sabía que él había sido el doble de alborotador y repelente cuando jugaba en la calle de pequeño.

«Salvar a un niño de los gules equivale a salvar al mundo entero», recordó Adoulla el dicho de la profesión por enésima vez. Pero ¿cuánto le costaría salvar a todo el mundo? ¿La vida? «Ay, Dios, ¿acaso no importa también la felicidad de un viejo gordinflón?».

Aquella lucha ya le había costado su hogar. El lugar que había amado durante tanto tiempo se encontraba en ruinas. Frascos de plata en polvo y bloques de ébano. El cuadro de arena de Soo que había comprado en la República y el diván rughali que tan cómodamente se amoldaba a su trasero. Pero, sobre todo, ¡los libros! Pergaminos y códices, folios nuevos y manuscritos antiguos. Incluso algunos tomos escritos en aquellos idiomas que alguna vez había deseado aprender, ejemplares con tapas de cuero cuyas páginas recogían los amazacotados caracteres característicos de los Territorios Bélicos, emplazados en los confines occidentales del mapa. Nunca había conseguido descifrar más que unas pocas de aquellas extrañas palabras de resonancia gutural. Aquello sería todo

cuanto aprendería jamás.

Remontaba un río de viandantes cada vez más caudaloso, recorriendo los adoquines pulidos y desgastados de la Gran Avenida. Le agradaba moverse a contracorriente. ¿Cuántas veces una multitud de hombres juiciosos había tenido que huir de un monstruo abominable mientras el insensato de Adoulla y sus amigos corrían hacia la criatura? Irritado de nuevo al pensar en las cosas que la llamada lo obligaba a hacer, se abría paso a regañadientes con su cuerpo inmenso entre el torrente de personas.

Otro grupo de niños se perseguían los unos a los otros entre el enjambre de transeúntes y las bestias de carga. La pequeña banda amenazaba con escorar hacia Adoulla, pero se rompió ante él como una ola, de tal modo que los mocosos siguieron corriendo a su alrededor divididos por la mitad. Recordó que, si no cumplía con su deber, pronto vería más rostros menudos como aquellos bañados en sangre, los ojos en llamas y las almas robadas. Curtido por los años, evitó sucumbir al pánico al pensar en los peligros que acechaban, invisibles.

Adoulla pasó junto a algunos hombres de Rughal-ba, con sus perillas bien recortadas y sus turbantes ceñidos. Vio el Soo del río Rojo y el Soo del río Azul. Oyó las falsas promesas de un centenar de vendedores ambulantes, el violín monocorde de un músico callejero y la discusión que mantenía consigo mismo un hombre de mirada feroz, sacudido por toda suerte de tics. Al contrario que la mayoría de los hijos de la vía del Asno Finado, Adoulla había viajado mucho. Aquellos entre los que había crecido solo salían de la ciudad en contadas ocasiones a lo largo de su vida; para algunos, incluso desplazarse a otro barrio suponía todo un acontecimiento. Adoulla, no obstante, había visto las aldeas de la República de Soo, con sus casas bajas de arcilla blanqueada y discretamente lujosas. Había visto las extrañas viviendas horadadas en las montañas del lejano norte, donde se congelaba la lluvia. Había visitado la frontera de Rughal-ba, donde el cazador de gules, lejos de ser un personaje propio de las funciones de sombras subidas de tono, constituía una figura respetada por los hombres más influyentes, lo que se denominaba «un enviado de Dios en la tierra», además de considerarse un esclavo al servicio del sumo sultán rughali. Un esclavo tan rico como poderoso.

Sin embargo, aquella ciudad suya, en la que llevaba viviendo sesenta años… En fin, sus calles no tenían comparación. La multitud siempre había molestado a Adoulla. Pero de todos los lugares de los Reinos de la Luna Creciente en que había estado, tan solo Dhamsawaat le pertenecía. Y en algún rincón de su ciudad, unos monstruos asesinos acechaban a los habitantes.

«Así que Dhamsawaat te necesita, viejo inútil». Darle vueltas con orgullo a aquella verdad le servía a Adoulla para sentirse un poco menos cansado. Pero mientras sus sandalias lo acercaban cada vez más a la casa de Miri Almoussa, notó que su fatiga se multiplicaba por dos.

Fiel al código de los cazadores de gules, Adoulla nunca había contraído matrimonio. «Cuando uno se casa con los gules, ya tienes tres esposas», acostumbraban a decir sus compañeros de profesión. No sabía gran cosa acerca de la antigua orden, tan solo algunos refranes e invocaciones que su maestro, el doctor Boujali, le enseñó hacía muchos años o que leyó en los libros antiguos. Los cazadores de gules nunca conformaron una hermandad tan unida como la Orden de los Derviches, de modo que cualquiera podía vestirse de blanco y afirmar que se dedicaba a perseguir monstruos. Así y todo, con el devenir de los años, Adoulla procuraba atenerse cada vez más a lo que había averiguado sobre las costumbres de su antigua orden. Era un hombre permisivo en muchos aspectos; no menos consigo mismo que con los demás, debía admitirlo. Sin embargo, en ocasiones solo cabía recurrir a una actitud rígida. Ofrendar votos matrimoniales ante Dios mancillaría el caftán del cazador de gules y provocaría que sus invocaciones perdieran todo su poder. Al igual que sucedía con muchos otros mandatos dolorosos de Dios, Adoulla no sabía a qué se debía, solo que era así.

La multitud se disipó y Adoulla atravesó la Plazuela con paso firme, ondeando a la brisa su caftán. La Plazuela, pese a lo que sugería su nombre, no tenía mucho de pequeña; se trataba, de hecho, de la más amplia después de la de los Ángeles. Pero había recibido su nombre en la antigüedad, durante la época en que Dhamsawaat fue erigida sobre las ruinas de una ciudad kemeti, y solo había contado con dos plazas. Unas largas hileras de arbustos parduscos y espinosos delimitaban los flancos este y oeste. Aquellas plantas bajas originarias del desierto servían como pared trasera

para los vendedores ambulantes que, desprovistos de un puesto propio, bordeaban la plaza a la izquierda y a la derecha de Adoulla.

La Plazuela ofrecía refugio a los mercaderes y artesanos menos prósperos de la ciudad, aquellos demasiado pobres o sospechosos para conseguir, bien mediante su trabajo honrado, bien mediante sobornos, una tienda o un puesto de verdad en alguno de los mejores mercados. La plaza estaba flanqueada por aquellos hombres y mujeres, quienes se hallaban sentados sobre un cojín o de pie junto a unas pilas de mercancías que presentaban un aspecto lamentable. Adoulla deslizó la vista por la columna de zapateros baratos y vendedores de verduras medio podridas que se extendía a su derecha.

Profirió una blasfemia al ver, a unos diez metros al frente, a un hombre escuálido vestido con el caftán blanco de su orden. Se acercó a él con paso resuelto y carraspeó como siempre hacía cuando se sentía ofendido. Litaz le dijo una vez que sonaba como si lo estuviera complaciendo una ramera mal adiestrada.

A pesar de lo mucho que se reía de la condición de derviche de Raseed, Adoulla también había consagrado su vida a una orden anticuada que los dhamsawaatis conocían sobre todo a través de las fábulas que les contaban sus bisabuelos y las funciones de sombras subidas de tono. Adoulla aprendió hacía mucho tiempo que la mayoría de los que afirmaban cumplir con el deber que la vida les había encomendado no eran más que charlatanes que parecían saber lo que hacían pero que en realidad nunca se habían enfrentado a un gul. Empleaban trucos baratos para hacer que sus túnicas pareciesen despedir una blancura selénica y timaban a los pobres a los que tanto les había costado ganar su dinero, farfullando hechizos falsos y prometiéndoles protección frente a los monstruos.

El joven velludo de sonrisa aceitosa que tenía ante él llevaba una de aquellas túnicas baratas. Era de los que aseguraban dedicarse a cazar los «espíritus ocultos» que se suponía que causaban los problemas de los humildes trabajadores. De los que adivinaban el futuro. «Los vendedores de verduras podridas de mi orden».

De joven, cuando defendía con más ahínco el honor de su orden, Adoulla consideraba que una parte de su deber consistía en quitar de en medio a aquellos buhoneros y mandarlos a paseo con la

túnica embarrada y la nariz y sus falsos amuletos rotos. Pero desde entonces había aprendido a resignarse. Siempre aparecería un nuevo charlatán, y la gente, las personas que estaban desesperadas de verdad, siempre acudirían a ellos. Con todo, Adoulla se detuvo a lancear al farsante con una prolongada mirada desdeñosa. Aquellos hombres conocían al viejo, sabían que era de los últimos de pura casta; ¿qué tenía de malo que se enorgulleciera de ello? Por lo menos este tuvo la decencia de bajar la mirada avergonzado.

Que aquellos ladrones abundasen tanto resultaba triste, pero así funcionaba el mundo. Adoulla dejó atrás al farsante, limitándose a escupirle a los pies en lugar de propinarle un puñetazo como habría hecho en otro tiempo. El necio boqueó, ofendido, pero todo quedó ahí.

Cuando llegó al ordenado escaparate de Miri ya era más de mediodía. La puerta, reforzada con bandas de bronce, estaba abierta y desde la entrada percibió un dulce aroma a incienso procedente de los quemadores de hierro y el olor de la acacia espinosa que ardía en la chimenea. Durante un buen rato permaneció detenido en el umbral, preguntándose por qué diantre llevaba tanto tiempo fuera de aquel maravilloso lugar.

En ese instante un antebrazo envuelto en cuerdas le bloqueó el paso antes de que una sombra cayera sobre él. Un hombre fornido más alto incluso que Adoulla se interpuso en su camino y lo miró con ojos reprobadores; una larga cicatriz dividía su rostro en dos mitades espantosas. El gigante colocó su inmensa mano sobre el pecho del doctor y apretujó con el puño la tela del caftán blanco.

—¡Alto ahí! ¿Quién es este desertor de sus amigos que pretende colarse aquí sin el menor pudor?

Pese a no tener ninguna gana, Adoulla sonrió.

—Tan solo otro hijo necio de Dios que no sabe quedarse quieto, Cara de Hacha. —Abrazó al portero de confianza de Miri e intercambió dos besos en las mejillas con él.

—¿Cómo os encontráis, mi señor? —preguntó el imponente gigante.

—Fatal, mi querido amigo. Fatal, de pena, horriblemente mal, pero le rezamos a Dios de todas maneras, ¿verdad? ¿Te importaría anunciarme a Miri, por favor?

Cara de Hacha parecía incómodo, como si se debatiese entre

decir o no algo de lo que no quería hablar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adoulla.

—Os anunciaré, mi señor. Además, sois quien más me alegra que le haga una visita a la señora. Pero ella no se alegrará de veros. Tenéis suerte de que su nuevo novio no esté aquí.

Adoulla notó que algo se retorcía en sus entrañas. Por un momento no supo qué decir.

—¿Su…? ¿Su qué? —acertó a preguntar, al cabo—. ¿Su quién? —Sintió como si de repente se hubiera quedado tonto.

—Su nuevo hombre —respondió Cara de Hacha, meneando la cabeza con ademán compasivo—. Lo conocéis, mi señor. Mahnsoor el Apuesto, lo llaman. Un tipo bajo, de bigote fino, que siempre huele mejor de lo que debería oler ningún hombre.

Adoulla lo conocía o, por lo menos, sabía de quién hablaba. Una comadreja atildada que siempre enredaba a los demás para que hicieran su trabajo por él. Un arranque de rabia disipó el atontamiento en el acto.

—¿Ese? ¡Es demasiado joven para ella! ¡En el nombre de Dios, está claro que solo busca su dinero! —Señaló con una mano el recibidor que quedaba detrás de Cara de Hacha—. Lo único que pretende ese hijo de puta es poner sus manitas inmaculadas en este lugar. ¡Tienes que haberte dado cuenta!

Cara de Hacha levantó sus manos gruesas como patas de cordero como si Adoulla le diera miedo.

—Eh, eh, mi señor, entre vos y yo, sabéis que os aprecio. Seríais un gran marido para la señora, pero en ese sentido habéis cometido algunos errores de lo más estúpidos. Tenéis que haberos dado cuenta, ¿eh?

Cara de Hacha le dio un empujoncito con la punta del dedo, pero Adoulla no estaba de humor.

En absoluto.

Al darse cuenta, Cara de Hacha se irguió hasta estirar por completo su cuerpo descomunal.

—Mirad, doctor, la cosa es que yo no veo nada que la noble Miri no quiera que vea. Por eso cobro bien, como bien y sonrío como un niño. Pero si queréis reuniros con la señora, esperad.

Adoulla fue anunciado e invitado a pasar al amplio recibidor. Unos tenues rayos de sol entraban por las ventanas elevadas. Unos

sofás altos bordeaban la pared opuesta a la puerta; sobre ellos había sentados algunos hombres bien vestidos, todos los cuales conversaban con una mujer.

Entonces apareció Miri Almoussa, vendedora de sedas y dulces. Miri la de los Cien Oídos. Miri. Sus gruesas curvas zangoloteaban según se movía y sus estropeadas manos llameaban cubiertas de jena.

—¿Qué quieres? —le preguntó, dejando que un viento gélido se escurriera entre las palabras.

Por un instante el enfado de Adoulla eclipsó el deseo de encontrarse con ella.

—Como recordarás, mujer, tú me pediste que yo te ayudase, aun después de que me pidieses que apartara las zarpas de tu vida y no volviera jamás. Pero este no es el lugar más indicado para hablar de eso.

Miri enarcó una ceja y, sin responderle, lo condujo al pequeño patio trasero de la casa, le ofreció un asiento junto a una mesita y le trajo una bandeja con néctar de fruta, un poco de pescado salado y unos encurtidos. Se sentó junto a él y esperó a que hablase, pero por un momento Adoulla permaneció mudo, escuchando a los pájaros que trinaban en los perales simétricos del patio y evitando la mirada de Miri.

No rompió el silencio hasta que Miri empezó a dar golpecitos impacientes en el suelo con su zapatilla de seda.

—Estoy aquí, Miri, porque he averiguado algo sobre los asesinos de tu sobrina. Aunque no lo suficiente para impedir que sigan matando. Me gustaría volver a hablar con tu sobrino nieto, por si ha recordado algo más.

—Faisal no está aquí. Algunas de las chicas hicieron un viaje vacacional para ver la nueva colección de fieras que el califa ha establecido a las afueras de la ciudad. Pensé que sería una buena idea que intentase olvidar sus planes, por lo que lo envié con ellas. Tardará uno o dos días en regresar.

Adoulla cogió un encurtido y sonrió al imaginarse un grupo de rameras yéndose de viaje para ver un puñado de bestias exóticas. Sin duda, Miri era la única propietaria de la ciudad que permitiría algo así.

Como solía ocurrir, Miri leyó sus pensamientos, que no

parecieron hacerle gracia.

—Toda persona que desempeñe un trabajo merece unos días de asueto, Doullie —afirmó con sequedad—. Y las rameras son personas, aunque mi negocio consista en dejar que los hombres ignoren ese hecho.

Adoulla no mordería el anzuelo.

—Por supuesto. En cualquier caso, no he venido solo para hablar con Faisal. He venido también porque los Cien Oídos de Miri siempre están abiertos, y a veces oyen canciones que a los demás se nos escapan. Por ejemplo, ¿te dice algo el nombre de Mouw Awa? ¿Y el de Orshado? También, ¿sabes algo del caso de Hadu Nawas?

La expresión de ofensa de la propietaria se disipó al instante, reemplazada por el semblante de Miri, sabedora de muchas cosas, entornando sus ojos ahumados y arrugando la nariz. Siempre que intentaba recordar algo, Miri ponía la misma cara que si estuviera registrando sus armarios en busca de una prenda determinada.

—Orshado… Parece un nombre del norte, tal vez. No podría asegurarlo. Pero Hadu Nawas… Era enemigo del trono, ¿verdad? ¿Uno de los muchos conspiradores que perecieron durante la guerra civil?

—No pereció del todo, según parece —murmuró Adoulla.

Miri lo escudriñó, perpleja, antes de proseguir:

—Si no recuerdo mal, también se rumoreaba que era un asesino de niños. Ahora bien, Mouw Awa… Hum. Solo puedo decirte que me suena a… ¿a escrituras kemeti ocultas?

Adoulla resopló.

—Por supuesto. Aunque en mi caso tardé todo un día en considerar esa posibilidad. A veces, cariño, tu erudición hace que me muera de envidia.

—Bueno, aun dejando aparte nuestra diferencia de edad, a mí me han pegado muchos menos golpes en la cabeza que a ti, Doullie. —Cuando se dignó sonreírle, Adoulla sintió que su alma entraba en calor.

El cazador de gules hizo una mueca teatral, como si le hubieran asestado un puñetazo en pleno estómago. En el pasado, responder así a las burlas de Miri siempre le arrancaba una sonrisa. Sin embargo, cuando ella lo miró a los ojos borró la sonrisa de su cara, y luego apartó la mirada.

Al verlo, Adoulla pensó en mil cosas que decirle, pero ninguna de ellas serviría de nada.

—¿Cómo le va a tu sobrino nieto? —preguntó.

—¿Cómo le va? —Su gruesa trenza, atravesada por un mechón plateado, se sacudió cuando giró la cabeza para mirarlo incrédula —. ¿Que cómo le va? ¡Está destrozado! ¿Cómo va a estar después de lo que le ocurrió? ¡Estás tan acostumbrado a este espanto que ya no te produce el menor rechazo! ¡Es un muchacho, Doullie! ¡Tiene ocho años! ¡No es uno de tus fanáticos amigos suicidas! ¡Ni un «enemigo del Ángel Traidor»! —A continuación habló entre dientes —: Esta… Es esta locura lo que terminó separándonos.

Esta vez la mueca de Adoulla no fue fingida. Miri siempre lo censuraba por su estilo de vida y por los amigos que tenía, pero nunca le había hablado con tanta amargura, con tanto desdén.

Su rostro compungido no detuvo a Miri.

—¡Mira a tu alrededor, Doullie! Le has dedicado cuarenta años a esta caza. A esta matanza. ¿Por qué? ¿Qué has conseguido? ¿Es ahora el mundo un lugar más seguro? ¿O más feliz? —Se hundió en la silla y ocultó el rostro entre sus manos—. Dios Misericordioso, lo siento. Me he alterado. Lo que quería decir era… —Pero no añadió nada más.

—Los asesinos de tu sobrina continúan ahí fuera, Miri. Quemaron… Quemaron mi casa.

—Lo he oído. —Por supuesto que Miri la de los Cien Oídos estaba al tanto. Aun así tenía todas aquellas recriminaciones guardadas para él—. Que Dios te proteja —dijo a continuación.

Miri y él mantenían una relación más estrecha en la época en que la casa era nueva, reflexionó Adoulla. Mucho más estrecha. Ella lo ayudó a elegirla. Durante un buen rato Adoulla permaneció callado. Después empezó a hablar, aunque no sabía muy bien lo que iba a decir.

—Miri, yo…

Miri levantó una mano para pedirle que guardara silencio y con la otra se enjugó las lágrimas que afloraron a sus ojos. Respiró hondo y miró a Adoulla. Tenía los ojos cansados pero llenos de amor. Un momento después, la mujer habló en voz baja:

—Lo siento, Doullie. No quería decir nada de eso.

Adoulla, que nunca se había sentido tan agotado, procuró

despojar sus palabras de cualquier rastro de dolor.

—Sí, sí querías.

Cuando Miri recuperó la firmeza de su voz, enrolló el extremo de su larga trenza alrededor de una mano, una costumbre de la que Adoulla se percató hacía mucho tiempo, señal de que estaba recobrando el ánimo.

—Bueno, sí, sí quería, pero… Sé por qué haces lo que haces, Doullie. Tú… —Una sonrisa se desplegó en su rostro antes de reírse a la vez que lo hizo Adoulla.

—«Sé por qué haces lo que haces, Doullie. Tú…» —repitió él imitando la curiosa afirmación. Los dos se rieron, pero Adoulla se entristeció de nuevo, consciente de que la risa se extinguiría pronto.

¿Por qué tenía que ser aquel su destino? ¿Por qué no podía ser él uno de aquellos hombres con los que a menudo se cruzaba al despuntar el alba en los mercados? ¿Por qué no podía dedicarse a vender cubitos de gelatina de limón y regresar por la tarde a casa, donde se encontraría con una esposa deliciosamente obesa y bañada en aceite de rosas, con la que reírse de las cosas más tontas y con la que compartir el calor de su cuerpo cuando el viento de la noche se colase por la ventana? ¿Por qué no podía tomarse un día libre para pasarlo a su lado sin perder más que unas simples monedas? Sin embargo, aquel trabajo —su llamada— era distinto. Cada vez que Adoulla desatendía su deber, cosas terribles ocurrían en los dormitorios de los niños. No era justo. No lo era.

Notó que los ojos le ardían y comprendió que empezaban a llenársele de lágrimas. «¿Qué me pasa? ¡Estoy a punto de romper a llorar como una mujer!».

La noble Miri Almoussa, la de los Cien Oídos, le mostró su yo íntimo, indefenso, el que solo le dejaba ver a él en la noche avanzada.

—Lo… lo siento, Doullie. Siempre he despreciado tu trabajo. Y sin embargo aquí estoy, como todos los demás, suplicándote que ayudes a mi familia.

Los ojos de Miri, perfilados con kohl, se inflamaron de una rabia que tentó la aparición de unas lágrimas. Cuando cayeron las primeras, Adoulla rodeó sus anchos hombros con un brazo y se las enjugó. Alguien con su reputación no podía dejarse ver llorando.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, mujer? ¿Treinta años? No

te preocupes por esas cosas. Siempre estaré a tu disposición. ¿A qué vienen esas lágrimas, eh? Todo saldrá bien, si Dios quiere.

Miri sorbió otra vez por la nariz, se enjugó otra lágrima y apretó la mandíbula.

—¿Bien? ¡Oh, Dios Misericordioso! ¡Mi sobrina está muerta! Todo saldrá mal, Doullie. Todo será inundado por el Lago de las Llamas y arrasado por el Ángel Traidor. Pero tienes razón… De nada sirve llorar. No donde los hombres pueden verlo, al menos. —Tomó aire y recuperó la compostura de nuevo—. Bien. ¿Tienes algún indicio sobre quién o qué está detrás de su asesinato?

Adoulla se esforzó por recordar todo lo que Mouw Awa, la criatura demente, le había revelado.

—Había una cosa más —señaló Adoulla por fin—. El monstruo al que persigo… dijo algo acerca de que su amo ocuparía el Trono de la Cobra. ¿Te suena de algo? ¿Sabes dónde podría estar?

Miri se mordió el labio en un gesto de preocupación.

—He oído hablar de él —contestó. Respiró hondo y tomó un sorbo de néctar antes de proseguir—: Fue hace años, después de los primeros asaltos del Príncipe Halcón. En la ciudad solo se hablaba del oro y las armas que robó de la mina del antiguo califa. Pero según mis fuentes, lo que más le interesaba al Príncipe era un viejo manuscrito polvoriento que encontró.

Como siempre, Adoulla se quedó impresionado al ver las cosas que Miri sabía, lo que debió de reflejarse en su rostro.

Miri se encogió de hombros.

—Por supuesto, me interesé por el asunto. Yo soy la fuente de toda la información que se difunde por esta ciudad. Ni un solo habitante de Dhamsawaat sabría nada de no ser por mis espías. Y un libro es como el informe de un espía congelado en ámbar. Si el Príncipe Halcón tenía tanto interés por algo, debía de tratarse de un asunto muy importante, supuse. Así pues, hice que uno de los Oídos infiltrados entre sus hombres actuase como ojo y pluma y copiase cuanto pudiera del manuscrito robado. Era otra época, claro está. La organización de Pharaad Az Hammaz no era tan hermética por aquel entonces. En cualquier caso, mi espía hubo de recurrir a un conjuro de escribanía muy caro, aunque el manuscrito no me sirvió para nada. La copia costó una suma obscena, aunque la broma la pagué yo; salvo el título, todo estaba en una versión de escritura

oculta cifrada por triplicado. Los caracteres se encontraban allí pero se requería un tipo de magia terriblemente costosa, y que podría no haber funcionado, para romper los conjuros de cifrado. A pesar de mi fortuna, no podía permitirme desperdiciar mi caudal en intentar traducirlo.

Adoulla, que empezaba a impacientarse, intervino mientras masticaba un pescado salado.

—Disculpa, cariño, pero te había preguntado por…

—El Trono de la Cobra. Así se titulaba el manuscrito. Hablaba de los antiguos kem. Pero, como decía, el coste de la traducción no merecía la pena. Por lo que sé, hablaba sobre un antiguo tesoro de los faroes que se encontraba enterrado en algún lugar, que podría no haber existido nunca o que los saqueadores de tumbas podrían haber encontrado ya. Y yo no tengo por costumbre financiar saqueos de tumbas. También existía la posibilidad de que el Príncipe Halcón lo hubiera robado porque el original era muy valioso. Yo no lo sabía y no merecía la pena invertir más fondos para averiguarlo. A decir verdad, tampoco creo que el califa buscador de oro llegase nunca a molestarse en traducirlo. Al menos los espías que trabajaban para mí por aquel entonces habían oído al Príncipe Halcón reírse de ello en varias ocasiones.

Adoulla resopló.

—Sí, parece típico de los califas, encerrar ideas y palabras sin molestarse siquiera en leerlas.

—¿Por qué es importante, Doullie? ¿Qué ocurre?

Adoulla ignoró las preguntas.

—Por favor, cariño, dime que todavía conservas una copia de ese manuscrito.

La mueca de ofensa de Miri reemplazó su gesto de preocupación.

—¿Alguna vez me has visto deshacerme de algo que podría alcanzar un gran valor? ¡En el nombre de Dios, si llevo treinta años sin desprenderme de ti! —El cansancio se colgó de sus ojos ahumados—. Ten cuidado, Doullie. Si el Príncipe Halcón está envuelto en esto… Sé que lo admiras, pero es un lunático peligroso. Y por lo que me cuentan mis Oídos, está muy furioso por la muerte de una familia de mendigos que se encontraba bajo su protección; madre, padre e hija, todos aparecieron con el corazón arrancado. Según parece, algunos de sus hombres sufrieron el mismo destino.

Adoulla no recordaba que Baheem le hubiera dado aquella noticia tan interesante a la par que turbadora. Con todo, ahora apenas si acertaba a analizarla, henchido como estaba de gratitud. Por muy del revés que se encontrase el mundo, a Dios le parecía bien que aquella mujer formase parte de la vida de Adoulla y que se preocupase por él. Aquella mujer extraña y fuerte, experta de los aposentos, que lo amaba. Los hombres-chacal y los gules no podrían cambiar ese hecho.

Pese a todo, la noticia hacía que Adoulla cada vez viera más un aliado útil en Pharaad Az Hammaz.

—¿Puedes ponerme en contacto con él, Miri? Tal vez me ayude a terminar con estos asesinatos.

Por un momento frunció el ceño mientras pensaba la respuesta, hasta que al cabo meneó la cabeza.

—Quizá… quizá pueda. Pero, lo siento, Doullie, no lo haré. Para ello necesitaría que volviera a ponerme en contacto con su gente, y después de que matase al último verdugo… No, es demasiado peligroso. Tiene montones de ideas que suenan bien —continuó Miri—, y he de admitir que es muy atractivo. Apuesto a que no sabías que una vez vi esas pantorrillas muy de cerca. ¿Lo sabías? No preguntes dónde ni cuándo.

Intentaba poner celoso a Adoulla. Incomodarlo. El truco funcionó. Se sentía como un quinceañero, y no para bien.

—Pero, a pesar de todo eso —prosiguió Miri—, en realidad, por mucho que adorne su discurso, de lo que habla es de la guerra civil. Las guerras perjudican los negocios. ¿Y una guerra dentro de la ciudad? Que Dios Todopoderoso no lo quiera. ¿Sabes lo que les ocurre a las putas en tiempo de guerra, Doullie? Claro que lo sabes. Por un lado, tengo incendios provocados y violaciones y, por el otro, un monedero lleno de metálico, Doullie. Por lo que a mí respecta, es una decisión fácil. Tengo una casa llena de chicas inocentes que proteger.

Adoulla sonrió pese a la frustración que lo embargaba.

—¿Inocentes? Un término curioso, si te paras a pensarlo.

Miri no le devolvió la sonrisa.

—Sí, condenado zoquete. Inocentes. Mi chica nueva, Khareese, se marchó de casa huyendo de su padre hace menos de tres semanas. ¿Qué sabe ella de la guerra?

Adoulla suspiró.

—En fin, Ojos Bonitos, sé que no se te puede convencer cuando no quieres que se te convenza, pero al menos dime qué averiguaron tus Oídos acerca de esos asesinatos.

Miri se encogió de hombros.

—No mucho. Los vigilantes concluyeron que fue un asunto de peleas callejeras. La familia se había puesto a pedir limosna frente al salón de té de Yehyeh, donde todos los miembros aparecieron muertos, junto con el viejo Yehyeh. Se…

—¿Qué? ¿Yehyeh? ¿Cuándo…? ¿Quién…? —Se quedó sin palabras y sintió un vacío en el estómago mientras veía agrandarse los ojos de Miri.

Esta lo tomó de las manos.

—Oh. Oh, en el nombre de Dios, Doullie, lo siento mucho. Había olvidado lo buenos amigos que erais.

Adoulla sintió que un sollozo luchaba por brotar de su pecho. Cuando logró ahogarlo, algo dentro de él se congeló.

—Yehyeh… Ángeles piadosos… Yehyeh —murmuró con la mirada perdida—. Oh, Miri, ¿no lo ves? Ya no hay nada seguro, gobierne quien gobierne. Tú que tienes Cien Oídos lo sabes mejor que nadie.

Miri suspiró y asintió.

—Lo sé. Pero tal vez podamos resistir algunos años más. Es cuanto me atrevo a pedirle a Dios.

Adoulla se acarició la barba.

—¿Y después qué, cariño?

—Después ascenderé, cálida y somnolienta, hasta mi tumba, si Dios quiere.

Miri se levantó y lo besó en la frente. A continuación fue a buscar el manuscrito del que le había hablado, dejando a Adoulla solo con el trino de los pájaros, el aroma de los perales y el recuerdo de su amigo muerto.

«Muerto. Que Dios ampare tu alma, viejo granuja bizco». Recordó lo que Yehyeh había dicho días atrás, antes de Faisal, antes del gul gigante, antes de Zamia, y de Mouw Awa. Antes de que lo mataran. «Que Dios Misericordioso se lleve discretamente a los viejos como nosotros a la tumba antes de que se desate esta tormenta».

El propietario del salón de té no tenía familia, que Adoulla supiera. Muy probablemente los vigilantes ya habrían tirado el cadáver a alguna fosa común. Y entonces pensó, ya que no se había permitido hacerlo mientras tenía a Miri delante, en lo que Cara de Hacha le había dicho hacía tan solo una hora. «Su nuevo hombre».

Cuando Miri regresó al cabo de unos minutos y le entregó un manuscrito enfundado, Adoulla no pudo evitar mencionar el tema:

—¿Y qué es eso que dicen de que Mahnsoor el Apuesto viene mucho por aquí? Toda la calle sabe que ese cretino es demasiado rastrero para contarse entre tu clientela más selecta.

Miri clavó sus ojos en él mientras su semblante adquiría la expresión más furiosa que Adoulla había observado jamás en ella.

—Que Dios te maldiga, Doullie —dijo casi susurrando—. Que Dios te maldiga por atreverte a estar celoso. —Algo cruel se encendió en sus ojos—. ¿Quieres saber la verdad? ¿Sí? Muy bien, te la contaré. Sí, Mahnsoor ha estado compartiendo su tiempo conmigo, por lo que le doy gracias a Dios. Y también le doy gracias a Dios por haberme pedido anoche que me casara con él.

«Anoche. Mientras yo estaba ocupado investigando sobre un asesino de muertos vivientes y su maestro».

—¿Y qué le dijiste? —oyó Adoulla que preguntaba un hombre en alguna otra parte con una voz quebrada como la suya.

—Eso no es de tu maldita incumbencia. A menos que estés dispuesto a competir por mi mano.

Una vez más, Adoulla sintió el familiar dolor de no tener una buena respuesta para la persona que más le importaba de todo el majestuoso reino de Dios.

—Oh, Ojos Bonitos. Sé que no quieres oír esto, pero hay más… caminos aparte de contraer un matrimonio formal ante Dios. Podríamos vivir…

—¡Por el Lago de las Llamas! ¿Crees que por lo que hago para ganarme la vida carezco de virtud? —Miri entrecerró los ojos—. Bien, pues sí que la tengo. ¿Y cuál es la mejor manera para una mujer de demostrar su virtud? El matrimonio.

—Sé que tienes mil virtudes, Miri. —Adoulla hablaba muy en serio pero ella se limitó a alzar sus manos teñidas de jena en señal de exasperación.

—Oh, no. Ya está bien de esa maldita palabrería azucarada.

Hace muchos años que dejé de conformarme con calentarme por las noches recordando tus palabras mientras tú estabas quién sabía dónde. Mi sobrina está muerta, Doullie. Es un aviso de Dios Todopoderoso. Todavía me quedan otros veinte años en este mundo si Dios lo quiere. Miles de días, y miles de noches. No pienso pasar todo ese tiempo en soledad. Ni hablar.

Miri guardó silencio y elevó la mirada a las ramas de los árboles. Cuando Adoulla contempló el contorno de su grueso cuello y su piel del color de la arena, tersa a pesar de sus casi cincuenta años, sintió ganas de llorar.

Adoulla se masajeó la frente con los nudillos con la esperanza de encontrar las palabras adecuadas. Seguía pensando en Yehyeh, quien siempre decía que el matrimonio era cosa de tontos. «Muerto». Yehyeh estaba muerto. Quizá Miri llevase razón. Quizá sí que hubiese algún mensaje oculto de Dios en aquellos asesinatos. Acerca de las prioridades. Acerca de lo que le quedaba de vida.

Se miró las manos. Si sus amigos y él daban con Orshado, el gul de gules, y lo derrotaban, ¿qué sucedería después? ¿Quedaría el majestuoso reino de Dios libre de peligros? ¿Se marcharían sin más los sirvientes del Ángel Traidor? No. ¿Cuándo acabaría su trabajo? Se lo había preguntado muchas veces, pero aquel día debía enfrentarse a la respuesta sincera quizá por primera vez en cuarenta años. Su trabajo solo finalizaría cuando muriese. O cuando le pusiera fin.

Tragó saliva y apartó la vista de sus manos.

—Miri.

—¿Sí? —dijo ella con voz monótona.

—Se acabó, cariño. No… no puedo permitir que el hombre que ha asesinado a mi amigo, y a tu sobrina, siga campando a sus anchas por la ciudad. Pero si salgo de esta… Se acabó. Lo dejo. Los hombres encontrarán a otro que los salve de los gules.

Miri puso los ojos en blanco y su voz recobró una dureza que Adoulla conocía demasiado bien.

—No esperarás que me ponga a dar saltos de alegría. Quiero decir, ¡hasta ahora solo he oído eso unas diez veces, Doullie! ¿No crees que a estas alturas deberíamos saber que eso solo son palabras que se lleva el viento? Te olvidarás de ellas en cuanto se levante una ligera brisa.

Adoulla tragó saliva otra vez y tomó a Miri por los hombros para mirarla tan fijamente como pudo.

—Esta vez no. —Cayó en la cuenta de que estaba hablando con una formalidad que nunca antes había manifestado, al menos no durante treinta años de promesas maquilladas—. Te lo juro, oh, Miri Almoussa. En el nombre de Dios que todo lo oye, que presencia todas las promesas. En el nombre de Dios, el Más Honorable, que ama la verdad y no la mentira. Te juro que cuando todo esto termine regresaré, y si desea el azar que no te hayas casado aún con ese petimetre cazafortunas, te juro en el nombre de Dios, el Gran Padre, que tocaré el suelo con la frente a tus pies y te imploraré que te cases conmigo.

Sabía que Miri comprendía lo que un juramento así significaba para él, pero también era consciente de que ella vivía en un mundo de gente que se pasaba el día rompiendo promesas. Esperaba otra respuesta cargada de un escepticismo desdeñoso, pero Miri Almoussa permaneció detenida ante él, los ojos resplandecientes, el labio tembloroso, con un aspecto tan adorable como el día en que la conoció.

Y no dijo ni una palabra.

Horas más tarde caminaba desalentado de regreso al recibidor de Dawoud y Litaz. La pareja de Soo hablaba en voz baja sentada sobre un diván. Raseed estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, entregado a uno de sus ejercicios de respiración, pero el jergón donde Zamia había estado recuperándose se hallaba vacío. Buena señal.

Sus amigos lo miraron al verlo entrar.

—¿Alguna noticia? —preguntó Dawoud—. ¿El muchacho tenía algo nuevo que contar?

—¿El muchacho? —repitió Adoulla, confundido por un momento—. Ah, él. El pequeño Faisal. Resulta que no estaba allí. Pero Miri Almoussa me dio esto —añadió mientras blandía el manuscrito que Miri le había entregado—, un documento que podría resolver algunas de nuestras dudas. ¿Y tú, hermano mío? ¿Qué tal fue tu reunión con Roun Hedaad?

Litaz contestó por su marido.

—Dawoud se las apañó para no morir a manos del mismísimo Garante de la Virtud. Aparte de dar un sutil aviso, aunque eso es

todo. Pero, dinos, ¿cómo está Miri?

Adoulla frunció el ceño al presentir el doble sentido que encerraban las palabras de la alquimista.

—Por favor, amiga mía, preferiría que te ahorrases esos comentarios de estirada desdeñosa sobre el ama de las putas, ¿eh? Precisamente hoy no es un buen día.

Dawoud resopló.

—Olvidas que, incluso después de varias décadas en Dhamsawaat, mi querida esposa sigue siendo en el fondo una chica un tanto gazmoña del río Azul.

Los ojos de Litaz se llenaron de una rabia ligeramente amenazadora.

—¿Gazmoña? Tú mejor que nadie, marido mío, sabes que…

—Ha dicho «un tanto gazmoña» —especificó Adoulla con una sonrisa al recuperar parte de su buen humor gracias a las chanzas de sus amigos.

Litaz puso los ojos en blanco.

—Sabes que no se trata de eso, amigo mío. Solo queremos lo mejor para ti. Es lo que siempre hemos querido. No tengo ningún problema con… con la profesión de Miri, pero ¡no quiere que seas lo que eres! Llevo casi veinte años graznando la misma cantilena, ¿y qué? Hoy es tan cierta como lo era hace una década: hay mujeres, jóvenes y hermosas, que aceptarían de muy buen grado ese caftán blanco que vistes.

Adoulla se sentó de golpe sobre un taburete brocado y dejó escapar un suspiro sonoro.

—Aun si eso fuese cierto, amiga mía, sería lo de menos. —Durante un largo instante la sala permaneció en silencio, salvo por el ruido blando que Raseed hacía al inspirar y espirar. Al cabo Adoulla añadió—: Se va a casar con otro. O al menos hay otro hombre que ha pedido su mano. Un hombre más joven.

Dawoud le dirigió una mirada de compasión fraternal. Litaz se levantó, se acercó a él y tomó sus enormes manos entre las suyas, diminutas a su lado. Se las apretó, esbozó una sonrisa triste y no dijo nada.

Raseed, terminados sus ejercicios, dijo confundido:

—Doctor, no lo entiendo…

—¡Tu entendimiento y tú podéis iros al Lago de las Llamas,

muchacho! ¡Ahora callaos, tenemos cosas más importantes de las que hablar! Por cierto, ¿dónde se ha metido la muchacha? ¿No habrá salido a cazar gacelas?

—Estoy aquí, doctor —dijo Zamia según salía de la parte de atrás de la casa donde seguramente había estado haciendo aguas menores. Adoulla observó que apenas si se tambaleaba al caminar y que ya no parecía en absoluto tan débil como la noche anterior—. ¿Has averiguado algo que me permita vengar a los míos?

Para su sorpresa, Adoulla descubrió que no podía hablar del asesinato de Yehyeh. Era absurdo, lo sabía; aquellos eran los mejores amigos que tenía, además de unos aliados que necesitaban conocer toda la información posible. Aun así, se imaginó a Litaz buscando gotas de la sangre de Yehyeh o alguna otra pista, o analizando el ángulo en el que le arrancaron el corazón, y de alguna manera sintió que se le partiría el alma si no se guardaba su tristeza para sí durante un tiempo. Por tanto, mientras sus amigos y aliados escuchaban, Adoulla se limitó a relatar lo poco que Miri había averiguado, y les habló del manuscrito oculto y cifrado por triplicado que hablaba del Trono de la Cobra.

—Aunque solo Dios Misericordioso sabe cómo vamos a desentrañar esos conjuros de cifrado. El coste y los conocimientos necesarios… —Se interrumpió, exhausto y desmoralizado por el panorama que la vida presentaba ante él.

Litaz descargó una mirada de preocupación sobre su marido.

—En realidad, sé de un hombre que podría poseer las habilidades y la actitud necesarias para ayudarnos en esto. Además lo haría muy rápido si se lo pidiera.

Dawoud se quedó perplejo, y después adoptó una expresión amarga.

—Ese. Bueno, no me cabe ninguna duda de que estará más que dispuesto a ayudar. Se pisaría la cabeza a sí mismo con tal de darte lo que necesitas. A un alto precio.

Adoulla sonrió.

—Yaseer, el vendedor de conjuros. Por supuesto. Parece que entonces no soy el único que Dios desea que reciba la ayuda de un antiguo amor.

Litaz suspiró.

—Nos arruinará, aunque no tanto como lo harían otros. Además,

hará un trabajo discreto y honrado. Si envío un mensajero ahora, podría verlo mañana mismo.

—Sin duda, envía un mensajero. Y mañana deberías llevarte al muchacho contigo.

Litaz y Raseed fueron a decir algo, pero Adoulla se adelantó a ellos.

—Lo sé, lo sé. Puedes apañártelas sola —dijo mientras señalaba a Litaz con una mano—. Y tu deber es protegerme a mí, o a Zamia, o a quien te parezca que el destino ha elegido hoy —prosiguió apuntando a Raseed con la otra mano—. Pero entre Dawoud, Zamia y yo podremos, si Dios Todopoderoso lo quiere, neutralizar cualquier peligro que pueda surgir aquí. Tendrás que llevar un buen puñado de monedas, Litaz. Y además, mientras más lo pienso, menos me agrada la idea de que cualquiera de nosotros salga por ahí solo. Hacedme el favor, ¿eh?

Sin más, Adoulla salió de la sala e hizo aguas menores antes de dirigirse penosamente hacia la cama que sus amigos habían improvisado para él. Estaba exhausto pero no dejaba de pensar en Yehyeh. Ni en Miri. Ni en la decisión que esta había tomado. Ni en la promesa que él le había hecho. Las palabras de Miri, «miles de días, miles de noches», resonaban en su cabeza, como lo que había dicho Yehyeh acerca de los viejos y las tumbas.

El sueño tardó demasiado en llegar.

14

El aire de la mañana tardía arrastraba un definido olor acre que Raseed bas Raseed aspiraba profundamente de camino a la puerta septentrional interior. Litaz, hija de Likami, caminaba medio paso por delante de él, engalanada con una elegancia que el derviche no había observado hasta entonces en ella. Su vestido largo estaba bordado con hilo de amatista. Llevaba anillos de oro y coral en sus cabellos ensortijados y una daga de pomo enjoyado enfundada en una gamuza teñida que pendía de su cinturón. «¿Tendrá pensado pelear?». Raseed decidió mantenerse más alerta de lo habitual.

La posada donde se reunirían con el contacto de Litaz se encontraba en el Urbículo de la Ciudad, la parte más recóndita de Dhamsawaat. Una muralla de veinte metros compuesta de enormes ladrillos secados al sol circundaba el Urbículo de la Ciudad, con inmensas puertas de hierro situadas en los sectores norte y sur. La pareja se unió a una cola de personas que avanzaba hacia la puerta septentrional interior, de manera que enseguida alcanzó la entrada. Cuando llegó su turno, Litaz sonrió y saludó con la cabeza a uno de los vigilantes de guardia. El hombre se fijó en el hábito y en la espada de Raseed, pero no dijo nada.

Una vez que entraron, se apartaron de las amplias baldosas grises que conformaban el pavimento de la Gran Avenida. Litaz caminaba por delante con paso decidido seguida de Raseed. Al doblar una esquina llegaron al paseo del Orfebre, una calle pavimentada más estrecha que la Gran Avenida pero bastante

amplia. Cuando dejaron atrás el tropel de transeúntes y mientras comenzaba a bullir el griterío de los mozos de cuerda, la pareja accedió a una zona donde la gente transitaba de un modo más calmado y sin aglomerarse.

Litaz se mordió el labio inferior y farfulló para sí, obviamente sumida en sus pensamientos. Así, Raseed guardaba silencio mientras observaba los alrededores. Ya llevaba casi dos años en Dhamsawaat aunque aún no había visitado el paseo del Orfebre. Miraba en todas direcciones con mucha curiosidad.

Las hileras de escaparates ordenados y casas majestuosas bordeaban la calle. Las sencillas ventanas de piedra abiertas del barrio de los Eruditos quedaban reemplazadas aquí por unas finas pantallas de sándalo y, en las tiendas más opulentas, por cristales de plomo. Si bien se podía llegar allí andando desde el barrio de los Eruditos en menos de una hora, los dos vecindarios parecían hallarse a un mundo de distancia.

Allí se encontraban las casas y las tiendas de los mercaderes más opulentos y los artesanos más distinguidos de Abassen: importadores y perfumistas, labradores de gemas y joyeros, encuadernadores y sopladores de vidrio. También allí, en sus mansiones de mobiliario decadente, residían los cortesanos y visires con sus familias, los que no vivían en palacio. Raseed se maravilló al comprobar que había muy pocos ocupantes y que además apenas si hacían ruido.

Sin duda muchos estarían en casa preparando la comida para el Festín de la Providencia, que se celebraría aquella noche. Aunque había algo más, pensó Raseed. Aquel lugar era del tipo donde uno podía quedarse a solas con sus pensamientos. Las calles del barrio de los Eruditos nunca estaban tan silenciosas ni tan vacías, ni tan limpias. Raseed envidió a los residentes por la solemnidad de los alrededores. «No hay inmensos charcos hediondos. No hay gente que azote a sus asnos salvajemente. No hay remolinos de humo de hashi tras las ventanas. No hay hombres murmurando. Lo que daría por disponer de un lugar como este para meditar y entrenarme». Intentó aplacar aquella codicia inaceptable. «¡Oh, creyente! Adorad a Dios allí donde vuestro sino os halle, ya sea en prisión, en las praderas o en la mesa durante el día de la Oración», dicen los Capítulos Celestiales.

Su servicio al doctor nunca lo llevaba a relacionarse con los sobrealimentados habitantes del Urbículo de la Ciudad. Tal vez fuese mejor así. Los moradores del barrio originario del doctor repugnaban a Raseed con su degeneración y su lascivia. Pero aunque los fumadores de hashi y las rameras del barrio de los Eruditos le daban asco, los hombres y mujeres que encontró allí le resultaban tal vez incluso más repulsivos. Allí había riqueza, más que en cualquier otro rincón de los Reinos de la Luna Creciente. Allí abundaban las oportunidades para adquirir virtudes y conocimientos, sin la amenaza de caer en los vicios a los que la pobreza abocaba. Pero el doctor aseguraba que los habitantes del paseo del Orfebre ignoraban aquellas oportunidades y preferían invertir su incalculable riqueza en idear nuevos y más exuberantes vicios.

La otra noche, Adoulla había usado la palabra «socio» para referirse a Raseed. Pero Raseed no era digno. No les había dicho nada ni al doctor ni a los demás acerca de su encuentro con Pharaad Az Hammaz. Acerca de la apropiación de los bienes robados que el ladrón les entregó. Nunca había llevado un embuste tan lejos: cuando regresó a la tienda de la pareja de Soo y Litaz se interesó por sus sedas polvorientas y su aspecto desaliñado, él ignoró sus preguntas y ella no insistió. La sensación de que no estaba obrando bien le abrasaba el alma, como si ya hubiera hundido un pie en el Lago de las Llamas.

«Socio». Siguió rumiando la palabra. Aunque no era digno de elevar plegarias a Dios, rezó para que el doctor estuviera bien. No había manera de saber cuándo la criatura Mouw Awa atacaría de nuevo.

—¿Raseed? —La voz de Litaz se coló entre sus pensamientos.

—¿Sí, mi señora? —respondió al tiempo que escrutaba a los transeúntes.

—Zamia Banu Laith Badawi… siente interés por ti. ¿Te das cuenta? ¿Comprendes el cuidado que debes poner en todo este asunto?

Raseed sintió como si lo hubiera abofeteado. Sin pretenderlo, se detuvo. Apretó la empuñadura de su espada y, sin decir nada, continuó caminando.

Litaz desplegó una sonrisa condescendiente que dividió su rostro

con forma de corazón al colocarse a su lado.

—Y a ti también te interesa ella. Es más que evidente para todo el que tenga ojos —dijo con tono divertido.

Raseed quiso replicar a la alquimista pero cayó en la cuenta de que no podría hacerlo sin mentir, lo cual estaba prohibido por las Tradiciones de la Orden. Se devanó los sesos en busca de una respuesta, aunque tan solo se le ocurrían preguntas.

—Con todo mi respeto, mi señora, no deberíais hablar de esas cosas —dijo al cabo.

—Es una badawi, Raseed. Aunque esté obsesionada con la venganza, estará pensando en cómo hacer para evitar que se extinga su banda. —Litaz ensanchó su sonrisa, una sonrisa propia de alguien que sabía más que Raseed sobre ciertos asuntos, lo cual decidió que le molestaba. Siguió caminando, la vista al frente, con la esperanza de forzar el final de la conversación.

Pero Litaz insistió:

—No pasa nada, ya sabes, por lo que sientes cuando la miras. Llevas tanto tiempo con la única compañía de tu espada que casi no conoces otra cosa. Pero no hay nada de malo en que sientas algo cuando la tienes cerca.

Los habitantes de Soo se caracterizaban por decir las cosas con una inapropiada franqueza; no era de extrañar que el doctor se sintiera tan a gusto entre ellos. Raseed no pudo evitar ruborizarse antes de bufar su respuesta.

—¡Habláis de esas cosas con demasiada naturalidad! —replicó. Seguramente nadie podría culparlo por contestarle con excesiva brusquedad a una persona mayor.

Con todo, aunque la ira se hubiera enrocado en su voz, era consigo mismo con quien estaba enfadado. Quería que lo consolaran, víctima de su despreciable debilidad. Quería sincerarse con Litaz y hablarle de todo aquello. Pero eso sería, sencillamente, inaceptable. Guardó silencio.

Litaz sonrió con afabilidad.

—Si quieres hablar, jovencito, juro ante Dios que no le diré ni una palabra a nadie. Ni siquiera a Adoulla ni a mi marido.

Siguieron andando, hasta que dejaron atrás el paseo del Orfebre para adentrarse en un callejón adoquinado de aspecto limpio aunque un tanto estrecho. Raseed notó que algo en su alma se

contraía para después relajarse de nuevo. Cuando se quiso dar cuenta, había empezado a hablar.

—Yo no tengo ningún secreto, mi señora. Es solo que… ¡los mismos ángeles la han elegido! Ojalá… Es… Es tan… difícil a veces. Cuando salí en busca del mercurio carmín me…

—¡Más te vale darme una respuesta, furcia, y decirme la verdad!

La voz áspera llegó a oídos de Raseed a la vez que su propietario, un hombre vestido con una túnica que portaba un látigo, entraba en su campo de visión. El individuo era enjuto y tenía el cabello canoso; lo acompañaban otros dos hombres corpulentos armados con unas porras delgadas y cortas que bien podrían ser gemelos, puesto que los dos eran jóvenes, abestiados y tenían nariz aguileña. Los tres lucían un afeitado minucioso y llevaban turbantes de colores lisos y tupidas túnicas de arpillera marrón sujetas con una cuerda basta. Habían acorralado a una muchacha en el callejón.

«¡Los Humildes Alumnos!». Mendicantes errabundos que combatían la maldad que encontraban en las calles y las tabernas de los Reinos de la Luna Creciente. Raseed se sintió aun peor que hacía tan solo un momento. Miró a Litaz, cuya sonrisa se había transformado en una línea prieta; ahora parecía una guerrera curtida más que una abuela bondadosa.

El cometido de los Humildes Alumnos consistía en reprender a quienes merecían ser amonestados, en ayudar a hombres y mujeres a tomar el camino que los conduciría a Dios. Aun así, Raseed sabía que algunos Humildes Alumnos actuaban más por codicia y crueldad que en aras de la rectitud moral. Alabados en Rughal-ba y objeto de burla en la República de Soo, había pocos Humildes Alumnos en Dhamsawaat, donde los califas los toleraban y el pueblo los rechazaba.

No era de extrañar que el mentor de Raseed se contase entre quienes los despreciaban. «No me fío de alguien que afirma servir a Dios cuando le da una paliza a una bailarina o a un borracho», había refunfuñado el doctor en una ocasión.

Hombro con hombro, el trío formaba una hilera a unos veinte metros de la entrada del callejón adoquinado. Se encontraban de cara a Raseed y Litaz, aunque mantenían la vista fija en una chica vestida con una blusa vaporosa y unas polainas ceñidas con lazos de

color claro. Raseed percibió el olor empalagoso del aceite barato de violetas que desprendía la muchacha, a pesar de la distancia que los separaba. «Problemas», intuyó el derviche. Mientras él analizaba la situación, Litaz echó a correr hacia el grupo. Los Alumnos y la chica clavaron los ojos en ella.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —La voz imponente de Litaz enseguida puso nervioso al trío.

El hombre de pelo canoso, cabecilla de los ajusticiadores, frunció el ceño.

—¿Que qué está ocurriendo? Una muchacha impura va a saber cuál es la senda que lleva a Dios. ¿Quieres observar y aprender de nuestro ejemplo, forastera? La República se ha convertido en un lugar decadente. Soo necesita de nuestra intervención más que ningún otro lugar. —La voz del hombre estaba cargada de desdén, más que de convicción.

Litaz bosquejó una sonrisa mordaz.

—Ya me conozco las lecciones de los Alumnos, hermano. Me temo que no puedo decir que siempre esté de acuerdo en su aplicación.

El hombre enarcó una ceja.

—Mide tus palabras, mujer. No necesitamos la aprobación de los forasteros. Encontramos a esta vagabunda afanada en su repulsivo trabajo a la vista de todos. Nadie ha hecho nada por impedir que los lupanares se enconen en esta ciudad y ahora la fruta podrida infesta las calles respetables. Pero si los guardias no cumplen con su deber, nosotros lo haremos por ellos. El castigo serán diez azotes. —Se oyó crujir el cuero cuando el hombre dobló el látigo.

La chica intervino en cuanto vio la ocasión.

—No… no estaba trabajando en la calle, mi señora, ¡lo juro! Nunca… nunca haría eso. Yo solo venía… venía de… de casa de una amiga. —Bajó la vista avergonzada.

«No debe de contar ni catorce años de edad», pensó Raseed, asqueado. Sin embargo sintió que algo reprobable, dolorosamente vergonzoso, le producía un estremecimiento al mirarla.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —le preguntó Litaz.

La chica miró a la alquimista con ojos de cordero degollado.

—Suri.

Un gesto de sorpresa se instaló en la cara de Litaz.

—¿Suri? ¿De verdad? No es un nombre que se oiga todos los días.

La joven hizo un ruido con la garganta y agachó la cabeza.

—Suri —repitió Litaz—. Un nombre precioso. Y muy, muy antiguo. —Miró a los Alumnos y les dirigió una sonrisa a todas luces forzada—. No me cabe ninguna duda, hermanos, de que podéis ver en esto una señal de Dios Todopoderoso. El capítulo de Suri que se recoge en los Capítulos Celestiales dice: «¡Oh, verdugo, arrojad vuestra espada y servid al Misericordioso! ¡Oh, azotador, arrojad vuestro látigo y servid al Misericordioso!».

El Alumno de cabello canoso extendió una mano en ademán conciliador, aunque implantando una mueca desdeñosa en su rostro.

—Los Capítulos también dicen: «Y en verdad el justo castigo equivale a la más dulce misericordia», ¿me equivoco? ¡Se avecina un nuevo tiempo, forastera! Un tiempo en el que solo prevalecerán aquellos que tomen la senda establecida.

Los dos hombres corpulentos tensaron el cuerpo, preparados para pelear. Raseed cayó en la cuenta de que él había hecho lo mismo. Dio un paso hacia Litaz.

—¿La senda establecida? ¿Y los Alumnos serán quienes decidan qué camino es ese? —La alquimista entornó los ojos según hablaba —. Por favor, dejad marchar a la chica. Os pido que le hagáis ese favor a esta anciana. —Al no obtener respuesta, la petición de Litaz se tornó en amenaza—. Os recuerdo, hermanos, que no estamos en los muelles de la ribera. ¿Creéis que los honrados habitantes de este vecindario, quienes sabéis que de todos modos ya no pueden ver a los de vuestra orden, se quedarán de brazos cruzados mientras le dais una paliza a una muchacha en sus calles?

La mueca desdeñosa del Alumno veterano se retorció un poco más. Deslizó una mano por su moreno mentón afeitado.

—Escúchame bien, mujer. Márchate ahora. Por favor. ¿Lo ves? He dicho «por favor». Vuelve a tu barrio de forasteros depravados. No te lo pediré dos veces. —Miró a Raseed—. ¿Y tú, maese derviche? —preguntó el hombre con voz afectada para burlarse del título, aunque por primera vez parecía dudar si hacía lo correcto—. ¿De verdad caminas en compañía de esta escoria?

Raseed entreabrió la boca pero no articuló respuesta alguna. Las

palabras se agolpaban en su cabeza.

«Camino en su compañía, pero…».

«Os lo ruego, hermano, disculpadla, ella…».

«Me temo que debo…».

Aun así, ninguna respuesta llegó a salir de su garganta, que de pronto notaba seca y carrasposa. Raseed había combatido y matado a salteadores de caminos, cíclopes y gules, pero ahora estaba paralizado y le faltaban las palabras.

El hombre de cabello canoso reemplazó su expresión de duda por un fruncido ceño reprobatorio.

—¡Deduzco por tu silencio que en efecto acompañas a esta vieja lunática degenerada! ¿Dónde está tu virtud? ¿Acaso ya no sirves a Dios, muchacho? —Los dos gigantones de nariz aguileña comenzaron a agitarse, claramente deseosos de iniciar una pelea.

Se oyó el ruido incongruente de una risa cuando dos parejas jóvenes entraron en el callejón y, al ver lo que allí estaba ocurriendo, se apresuraron a dar media vuelta y marcharse.

Litaz extrajo su daga de la funda de gamuza que llevaba a la cintura. «¿Qué está haciendo?». De hoja larga y ancha, semejaba una espada pequeña en su manita.

—Vete, Suri —le aconsejó la alquimista con una calma letal en su voz. Al ver que la chica no se movía, le gritó—: ¡Sal de aquí! ¡Ya!

La chica se escabulló antes de que los hombres la atrapasen. Los dos Alumnos corpulentos quisieron correr tras ella pero se detuvieron en seco cuando el cabecilla alzó una mano. Suri abandonó el callejón sin despedirse ni mirar atrás.

—La inmoralidad de esta vieja ramera supera incluso a la de la otra —anunció el Alumno veterano para los otros dos con una calma sobrecogedora—. Ella recibirá el castigo de la muchacha. —Miró a Litaz—. ¿Y quién eres tú, furcia navajera, para creer que puedes entrometerte en la obra de Dios impunemente? —preguntó el hombre con una curiosidad que parecía sincera.

Litaz no respondió.

Las venas del cuello del Alumno se abultaron.

—¡Seas quien seas, acabarás comprendiendo la magnitud de tu error!

Raseed no aprobaba el tono del hombre, algo le decía que no estaba bien que este intentara hacerle ver su error a Litaz de un

modo tan violento. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada antes de pararse a pensar en quiénes eran sus oponentes. La orden mantenía algunos vínculos con los Humildes Alumnos. Tal vez la actitud de aquellos hombres se antojase desagradable y autoritaria, pero eran sus aliados por lo que al deber respectaba.

Sin embargo Litaz, hija de Likami, era una auténtica sierva de Dios, quien sin duda había librado más combates de verdad que aquellos tres hombres juntos. Además era una de las amigas más allegadas al doctor. Raseed se devanaba los sesos mientras cerraba el puño sobre el pomo.

Litaz rompió el silencio.

—¡El Padre del Universo no dice que debamos azotar a las muchachas asustadas, hermano! ¿Acaso no podéis encontrar otro modo de inculcar vuestra virtud?

Uno de los gigantones comenzó a darse golpecitos con la porra contra la palma abierta. Avanzó dos pasos hacia Litaz. Cuando los tuvieron al alcance de sus armas, Raseed dio dos zancadas hacia ellos. El hombre del pelo canoso lo ensartó con una mirada de aviso antes de dirigirse a Litaz en un tono templado:

—Qué palabras tan groseras. Acércate, mujer. «Viejos y decrépitos o jóvenes y lozanos, todos han de someterse a Su dictamen». Acércate y recibe tu merecido. Dado lo menuda que eres, demostraremos delicadeza y terminaremos pronto. Te lo juro en el nombre de Dios.

Litaz articuló una risita amarga.

—Acércate, hermano, y dame mi merecido. Terminarás tirado en el suelo.

Todo sucedió al mismo tiempo.

Los dos Alumnos de nariz aguileña se abalanzaron sobre la alquimista. No estaban acostumbrados a pelear. Raseed no tardó en percatarse de ello. No necesitó emplear la espada. Bloqueó al asaltante que se encontraba más cerca de Litaz y descargó un puñetazo sobre él.

El chico no cayó en la cuenta de que por fin había elegido un bando hasta que vio al hombre tendido inconsciente en el suelo.

Por enésima vez aquella semana, el estómago de Raseed se revolvió sacudido por la sensación de inmoralidad que le provocaban sus actos, pero levantó la vista, dispuesto a hacer lo

mismo con los otros dos Alumnos. Litaz se situó entre Raseed y los ajusticiadores. El derviche se quedó paralizado al ver a la alquimista ofrecerles el pomo enjoyado de su daga a los atacantes. «¿Está entregando su arma?».

El cabecilla titubeó mientras la confusión y la rabia batallaban en su rostro afeitado.

—¿Qué…? —dijo.

La piedra de la empuñadura de la daga emitió un siseo. Un chorro de vapor verde brillante salió disparado y formó una nubecilla que envolvió las cabezas de los Alumnos. Litaz saltó hacia atrás con agilidad, esquivando algunos porrazos torpes. Situado al borde de la nube, Raseed notó que los vapores hacían que le picasen los ojos y la nariz.

Los Alumnos reaccionaron con mayor dramatismo. Se arrodillaron sobre los adoquines sin dejar de toser. La porra de madera del más corpulento de ellos trapaleó cuando este cayó al suelo. Un instante después todos yacían inmóviles como cadáveres. Respiraban, aunque de un modo imperceptible. Los aguzados sentidos de Raseed así se lo decían.

Litaz expulsó varias toses secas que Raseed repitió sin dejar de mirar con una mueca de extrañeza el acre humo verde que comenzaba a disiparse en el aire fresco de la mañana. La alquimista se limpió en la falda de su vestido una especie de residuo que le quedaba en la mano con que sostenía la daga. La sustancia dejó una mancha verde negruzca. Litaz miró a los Alumnos inconscientes con una inquietante satisfacción, sin duda orgullosa de su trabajo. Enfundó la daga con cuidado, miró a Raseed y se encogió de hombros.

—Tirados en el suelo. Los avisé, ¿no?

—¡Mi señora! ¿Cómo? ¿Qué?

—Una solución poco conocida, el Hálito de Dargon Loong.

—¿Como el monstruo de las fábulas?

Litaz volvió a encoger los hombros.

—Sí. Aunque, según lo cuenta Adoulla, el Dargon Loong existe de verdad, a pesar de que muchos crean que no es más que un cuento.

Hasta entonces Raseed no se percató de la presencia de un grupo de curiosos que ahora huían despavoridos. El derviche quiso hacerle

entender a Litaz el peligro que había corrido, pero se lo pensó dos veces. «Podría haberte buscado un buen problema a ti también», le dijo la voz titubeante de su conciencia. Miró a los Alumnos inmóviles. «Estoy en el bando correcto de este conflicto —pensó—. ¡Lo estoy!».

—Sigamos, mi señora —dijo sin más.

Litaz borró de su cara su sonrisa confiada y por un momento pareció una vieja desvalida.

—Escucha, Raseed, tengo que ser valiente porque acabo de enfrentarme a los Humildes Alumnos. Esto me va a acarrear muchos problemas, y en casa ya tenemos de sobra. —Una sombra de tristeza anidó en sus ojos—. ¡Oh, Dios, protégelos! —Sin duda no se refería a los Alumnos—. Raseed, si esa criatura, el hombre-chacal, volviese a atacar… —Interrumpió su discurso y le hizo una seña con la mano al chico para que se pusiera en marcha.

Al cabo, la mujer se detuvo ante el umbral de una elegante posada de dos plantas construida con ladrillos verdes vidriados. Unas enormes pantallas de celosía ocultaban el patio del establecimiento a los ojos de los transeúntes. A través de una pequeña abertura de la pantalla accedieron al patio, el cual estaba decorado con unas fuentes simétricas hechas de un mármol casi translúcido. Dos hombres corpulentos y bien vestidos los invitaron a entrar en la posada. «Guardias», supuso Raseed, aunque actuaban más bien como anfitriones y no llevaban armas a la vista. Le pidieron respetuosamente que les entregase su espada, la cual prometieron devolverle al término de su estancia. Raseed observó con agrado que trataban su arma con la debida delicadeza.

El vestíbulo de la posada era inmenso, casi tan amplio y ventilado como el patio. Había una docena de grupos sentados alrededor de las mesas bajas de madera blanca labrada con caparazón de tortuga. Litaz sonrió y saludó con la mano a un hombre obeso que ocupaba una mesa redonda, apretado contra la pared del fondo. El muro estaba cubierto por un gran tapiz confeccionado con hilo de jade y esmeralda que representaba un frondoso olivar. El hombre obeso, el único comensal de la mesa, le devolvió el saludo y le dirigió una sonrisa jubilosa según se aproximaban. El hombre semejaba de hecho una oliva. El tono cetrino de su tez hacía juego con el tapiz, y era menudo, de la

misma estatura que Raseed, aunque tenía forma de huevo y su piel conservaba una extraña tersura pese a igualar en edad a Litaz. Para acentuar el efecto, lucía lujosas sedas de color verde oscuro.

—¡Noble Litaz, hija de Likami! —A medida que se acercaban, el hombre aceitunado los miró con lascivia, se levantó e inclinó la cabeza, sin dejar de hacer ruidos nerviosos mientras tanto. Raseed asintió brevemente pero con ademán respetuoso. Litaz lo abrazó con efusividad—. Me has hecho esperar, Señora de las Maravillas, pero los Ángeles Hospitalarios sabían que la espera merecería la pena.

Litaz respondió con una sonrisa radiante. Raseed concluyó que carecía del ingenio necesario para evaluar la autenticidad de aquel gesto.

—Querido Yaseer —le dijo al tiempo que acariciaba el antebrazo del hombre con su manita—. Lamento mucho este retraso, viejo amigo. Sufrimos un pequeño contratiempo por el camino.

Yaseer apartó con la mano alguna fruslería invisible.

—No tiene importancia, amiga mía, en absoluto. Prefiero abstenerme de preguntarte qué clase de contratiempo. No me cabe duda de que más me vale no saberlo, ninguna duda.

A Raseed no le agradaba aquel necio de amplia sonrisa que se movía sin parar y hablaba de un modo tan sospechoso. Pero guardó silencio y se obligó a mantener un gesto neutral.

Yaseer no le devolvió el favor. Su sonrisa se esfumó cuando escrutó a Raseed y la sustituyó por un ceño fruncido bajo el peso de la confusión.

—¿A quién has traído contigo? No sabía que necesitases llevar guardaespaldas, salvo por ese marido que tienes con cara de amargado. —Yaseer escrutó con desdén a Raseed pero siguió dirigiéndose a Litaz—. ¿De verdad es un hombre sagrado? ¿Ahora eres amiga de los derviches? ¿Tú, que un día me dijiste que no hacían más que pavonearse por…?

—¡Ya basta, Yaseer! —lo interrumpió la alquimista, que le lanzó a Raseed una mirada de disculpa.

El hombre aceitunado extendió sus manos de textura afofada, la encarnación de la franqueza.

—Como quieras, amiga mía, pero sabes que no hablo de negocios con desconocidos. Sobre todo con los afeitaditos que

utilizan espadas bífidas «para separar lo bueno de lo malo en los hombres». Tendrás que pedirle a tu virtuoso guardaespaldas que se marche.

Airado, Raseed dio un paso hacia el hombre antes de recordar su cometido. De alguna manera logró templar la voz.

—No la dejaré sola si… —empezó a decir.

Litaz le puso su mano azul y negra en el hombro y se lo apretó con delicadeza.

—Raseed, por favor.

«Hay demasiado en juego para mostrarse porfiado». Inclinó la cabeza en señal de aquiescencia y por alguna razón deseó que el doctor estuviera allí en aquel momento.

—Esperaré en la puerta, mi señora —dijo Raseed.

—Gracias, cariño.

El chico se alejó hasta la salida de la posada. Se llevó la mano a la empuñadura de una espada que no llevaba consigo. Entonces esperó, sin dejar de devanarse los sesos, sin conseguir apaciguar su alma.

15

Litaz permaneció de pie y miró cómo Raseed se retiraba a un rincón del vestíbulo de la posada. Se sentía inquieta. No dejaba de pensar en el encuentro con los Alumnos y los problemas que podría acarrearle. No había matado a ninguno. Ni siquiera les había infligido daño de verdad. El Hálito de Dargon Loong, prácticamente inofensivo, como mucho dejaba inconscientes a las víctimas durante unas horas. Con todo, se había ganado unos enemigos muy peligrosos. En cuanto se presentase la ocasión —a Litaz no le cabía ninguna duda— los Alumnos se mostrarían inmisericordes con su castigo. El hecho de que tan solo les hubiera herido en su orgullo no serviría para que se apiadasen de ella. Pero, de todos modos, ¿qué otro remedio le quedaba? ¿Dejar que azotasen a aquella muchacha como si fuese un animal?

Miró a Yaseer y se obligó a tranquilizarse. Ya había transcurrido una hora desde el encuentro con los Humildes Alumnos y todavía quedaba trabajo por hacer. «Será mejor acabar con esto de una vez».

Moduló la voz hasta darle una entonación formal a la par que elegante.

—Me complace que el mensajero te hiciera llegar la nota. Y que pudieras atender tan inusual petición con tanta premura.

Yaseer la escuchaba mientras vigilaba a Raseed sin demasiado disimulo, estirando el cuello para observarlo mejor. Los rasgos suaves del vendedor de conjuros se contraían mientras lo escrutaba

con inquietud, hasta que por fin se centró en Litaz con una sonrisa cálida y —la alquimista estaba bastante segura— sincera.

—Hum. Celebro comprobar que te encuentras deliciosamente sana y salva, ¡oh, Ojos como Luceros! Tu mensaje me llevó a temer que te hallases en peligro de muerte. «Emergencia», «Máxima prioridad», «Nuestra ciudad amenazada»… Toda tu cartita estaba inundada de ese tipo de expresiones. Me tuviste en vela toda la condenada noche, ¡oh, Aliento de Rosas! Además, resultó extraordinariamente caro escribir este conjuro… ¡Esmeraldas en polvo, esas condenadas setas de tinta que solo los camellos adiestrados por los Banu Kassim Badawi pueden encontrar con el olfato! Esas cosas no son ninguna fruslería, ni siquiera para alguien tan acaudalado como este vendedor de conjuros, de corazón eternamente roto, que ves ante ti. «¿Qué puede tener de especial un viejo y sucio documento redactado con escritura oculta y cifrada por triplicado para que su remitente necesite de mis conjuros de cifrado con tanta condenada premura?», me pregunté. «¿Y por qué debería prestarme a esto, cuando sé que ni siquiera reuniré el ánimo de cobrarle lo que debería? ¿Por amor?».

El amante desconsolado era un personaje que Yaseer siempre encarnaba medio en serio cuando se reunían con ella. Litaz no podía evitar sonreír. Por un instante deliciosamente doloroso se preguntó cómo sería la vida con un hombre tan robusto. Se alegró de que Dawoud no la hubiera acompañado. «Ahora mismo lo estarían carcomiendo los celos». Al pensar en su marido, su sonrisa se evaporó, reemplazada por el cansancio.

—Así y todo, nunca has sido de las que gritan «¡Gul!» cuando no hay ningún monstruo a la vista —prosiguió Yaseer—. «Debe de estar ocurriendo algo, si se muestra tan atribulada», me dije. Siempre has sido una mujer juiciosa, si exceptuamos tu negativa a casarte conmigo.

Litaz recordó aquella ocasión, hacía años, justo después del único viaje a casa que realizara en compañía de Dawoud, y la carta perfumada que encontró con la escandalosa propuesta de Yaseer, para ella, una mujer desposada. A duras penas logró impedir que Dawoud lo matara.

—Ya estaba casada cuando me lo pediste, Yaseer.

El hombre rollizo volvió a sacudirse algo invisible y banal. El

barbiluengo propietario de la posada les indicó a los sirvientes que dispusieran todo tipo de platos mientras él no dejaba de agasajar a Yaseer con serviles reverencias. Cuando se quedaron a solas, Yaseer se estremeció como si acabase de despertar de una pesadilla.

—Oh, querida, discúlpame. Han servido el desayuno, ¿te importa compartirlo conmigo?

Ante el vendedor de conjuros había distribuidas todo tipo de viandas que harían gemir a Adoulla de pura dicha. Medallones de cordero sazonado con clavo y menta, huevos escalfados de paloma, raíces de colocasia fritas a la miel, gachas de dátiles molidos, bollitos con cobertura de copos, tés claros y oscuros y néctares de dos frutas. Litaz no tenía el apetito desaforado de Adoulla, aunque la pelea con los Alumnos le había dado un hambre voraz, y la abundancia de aromas entremezclados hacía rugir sus tripas. Aun así, no compartiría todo el desayuno con Yaseer. Había demasiadas trampas invisibles.

Sopesó la respuesta adecuada como si estuviera en su taller, llenando una botella marcada.

—Me temo que dispongo de poco tiempo, amigo mío. La situación es muy urgente. —Al inclinar la cabeza en señal de respeto, las sortijas de sus tirabuzones tintinearon débilmente—. Pero probaré un bollito, si no te importa. —No debía mostrarse excesivamente brusca si pretendía hacer un trato con él. Se sentó a la mesa de madera blanca, cogió un bollito con cobertura de copos y le dio un pequeño mordisco. Sabía delicioso, por lo que tuvo que resistirse con todas sus fuerzas para no zampárselo de un bocado como su cuerpo le pedía—. Gracias.

Yaseer encogió sus hombros carnosos, haciendo ondear la seda verde de su camisa. Sonrió traviesamente y señaló el rincón del vestíbulo adonde se había retirado Raseed. Adoptó un tono conspirativo.

—Bien. Un derviche, ¿verdad? Y lo bastante joven para ser tu hijo. ¿Es cierto lo que se rumorea? ¿Que se afeitan el cuerpo por completo? —De nuevo aquella sonrisa untuosa—. No, no, no respondas, no lo niegues. Es solo que me complace ver que sigues escondiendo algún que otro escándalo, querida. Me alegro mucho de que sigas disfrutando de la vida, pese a que vivas en una casucha, rodeada de mugre, entregada al cuidado de los pobres. Un

muchachito esbelto de la orden, ¡con espada bífida y todo! ¡En el nombre de Dios! ¡Parece tan decadente que casi no tengo celos! Ah, pero te estoy avergonzando. Dime, ¿cómo estás?

Por fin, Yaseer hizo una pausa para coger aire. Litaz rechazó la invitación a continuar con las chanzas y aprovechó el breve silencio para hablar con toda la franqueza y educación que pudo.

—Como decía, Yaseer, tengo bastante prisa. Lo siento de veras. Pero estoy bien, gracias a Dios. Y hablando de disfrutar de la vida, parece que a ti no te va nada mal. Ese broche bastaría para dar de comer a una familia durante todo un año. ¿Para quién has estado trabajando?

El hombre volvió a arrugar sus ojos blandos, esta vez adoptando un leve gesto burlón.

—Oh, querida, sabes que eso no puedo revelártelo. Digamos que la gente rara como tú y como yo, que conocemos ciertos secretos y oficios, es muy necesaria hoy en día. —Sorbió con calma una cucharada de gachas antes de continuar. Saltaba a la vista que la prisa de Litaz no le importaba en absoluto—. Los rumores de rebelión y caos llevan a los hombres y mujeres acaudalados a prepararse para todo tipo de contingencias. Su precaución le viene muy bien al negocio, gracias a Dios.

Lo más diplomático, por lo tanto, hubiera sido guardar silencio, pero Litaz cayó en la cuenta de que no podía contenerse.

—¿Y todo es una cuestión de negocios para ti, Yaseer? ¿Estos regalos con los que Dios nos ha agraciado? ¿Un modo de acumular riqueza, sin pensar en aquellos que no pueden pagar?

Yaseer sonrió sin el menor atisbo de culpa.

—No todos los que poseen determinados conocimientos la desprecian tanto como creo que tú lo haces a veces, oh, Labios de Lavanda, que desperdicias tus habilidades y tu tiempo con esos idiotas piojosos que no saben apreciarlos, que lanzan piedras contra la gente como tú y como yo. Si me van a adular cuando mis habilidades den el fruto esperado y me van a llamar «charlatán» o «hechicero» cuando no, al menos que obtenga cierta ganancia a cambio, muchas gracias. ¿Debería molestarme en recordarte una vez más que en este mundo hay lugares mucho más agradables para ti que ese callejón mugriento donde vives con ese achacoso marido tuyo? Lugares donde tus extraordinarias habilidades y tu cuerpo,

mucho más lozano de lo que correspondería a sus años, serían valorados como te mereces.

Al igual que en años pasados, Yaseer se expresaba con tanta franqueza que una parte de Litaz tenía que quererlo. Pese a ello, no le costó dirigirle su sonrisa más artificial y reorientar la conversación.

—No, Yaseer, no deberías molestarte. Pero ten cuidado, ¿quieres? Se avecinan tiempos aciagos y llegará un momento en que tendremos que hacer algo más que hablar. —Respiró hondo—. Ahora…

Yaseer inclinó un tanto la cabeza.

—Te agradezco tu preocupación, oh, Voz Melodiosa. En cuanto a tu petición, tengo el manuscrito aquí mismo. —El hombre aceitoso intentó lancearla con una mirada reprobatoria—. Como te decía, me tuvo en vela toda la condenada noche. Habrás de pagar una elevada suma por tanta premura, y por el sueño que he perdido. También incrementa el coste del encargo la incógnita encerrada en las palabras que…

Litaz apretó los dientes. No tenía tiempo para eso.

—¿A cuánto asciende el total, Yaseer?

De pronto el hombre se desprendió de su actitud blanda y melosa. Miró alrededor en busca de mirones indiscretos y, al no ver ninguno, sacó un trozo de papel y una barrita de carbón. Escribió un número y le deslizó la nota a Litaz.

—Este es el coste total. No es negociable, puesto que me solicitabas que empezase a trabajar de inmediato y me comentabas que pagarías lo que fuese necesario. —Con teatral ademán, el vendedor de conjuros sacó de debajo de la mesa un cilindro de ébano de un palmo de longitud. La oscura funda del manuscrito presentaba incrustaciones de oro y jade.

—¡Eso es una fortuna!

Litaz no tardó en echar cuentas mentalmente. Las cosas habían cambiado mucho desde que se marchó de la República. Años atrás su marido le tomaba el pelo por ser una niña rica del río Azul que ignoraba el valor del dinero. Y de hecho hubieron de pasar varios años hasta que la noble Litaz a-Likami, de la distinguida estirpe de los Bajás Iluminados, pasara a llamarse sencillamente Litaz, hija de Likami. Ahora era ella, con su interpretación numérica y objetiva de

la vida, quien administraba los asuntos dinerarios de la tienda y la casa. Le agradeció a Dios Misericordioso que se le diera lo bastante bien para que Dawoud no supiese hasta qué punto sus circunstancias habían llegado a asemejarse a las de la pobre gente a la que atendían.

Estaba dispuesta a pagar lo que Yaseer le pedía si era necesario. Con todo, regatear nunca estaba de más. Iluminó su rostro con una sonrisa elegante y jugueteó con sus tirabuzones.

—Dices que merezco la admiración de los demás, pero, querido, ¿crees que tú me la demuestras con este precio?

Yaseer meneó su brillante cabeza con aire triste.

—Lo lamento, Ojos como Luceros, pero sabes que entre nosotros la admiración solo viaja en un sentido. Puesto que me consideras un mercenario despreciable, imagino que tardaré mucho en recibir un beso tuyo, soy consciente de ello. Por lo tanto, me temo que me veo obligado a tratarte como a un cliente más.

Litaz le dirigió una sonrisa irónica.

—¿Y debo pagar un extra por la funda del manuscrito?

Yaseer le devolvió el gesto.

—Mi trabajo no se ha de transportar doblado bajo la ropa, ni siquiera en tus paradisíacos bolsillos, querida.

«Ya está bien de tonterías», pensó Litaz. Estaba cansada y preocupada por su marido y sus amigos. Además —debía admitirlo—, mientras más tiempo pasaba allí sentada, más envidia sentía de la riqueza de Yaseer. Aquel estilo de vida opulento era el que ella heredó tiempo atrás, pero renunció a él para seguir a su corazón y para aprender artes por las que nunca se le habría permitido interesarse de haber seguido siendo una noble dama de la Corte de los Tres Bajás. Nunca se había arrepentido de las decisiones que había tomado, si bien en ocasiones deseaba que Dios, De Quien Manan todas las Suertes, no la hubiera obligado a tomar tales decisiones.

«Sin embargo, Dios siempre obra según Su voluntad, sean cuales sean tus deseos. ¡Ahora céntrate!».

—Muy bien —le dijo a Yaseer—. Confío, no obstante, en que mantengas la confidencialidad de este trato.

—Hummm… Sí. Confidencialidad. A todo esto, ¿por qué de repente te interesa una escritura oculta y cifrada por triplicado? Por

lo que respecta a los conjuros de cifrado, la protección no puede ser mayor. Además, ¿qué sucio secreto pretendes descifrar con este conjuro? Sí, sí, ya sé que no vas a contestarme a eso. En fin, la confidencialidad es un producto, como todo lo demás en esta vida, pero no me importa hacerte ese favor como prueba de la admiración que te profeso. Ahora, los honorarios, por favor. —De nuevo Yaseer hizo una pausa para recuperar el aliento.

Litaz introdujo la mano bajo los pliegues de su túnica bordada y de un bolsillo oculto de la pechera sacó un montón de monedas envuelto en un paño de color lavanda.

—Aquí hay algunos dinares extras. Quédatelos, amigo mío.

Tenía que admitir que disfrutó al ver la cara de Yaseer mientras deslizaba los labios por la bolsa.

—Nunca el oro fue extraído de una mina más dulce, querida. Gracias, gracias, gracias.

Y al cabo, tras un último intercambio de gestos y palabras de cortesía, Litaz pudo decirle «adiós y que Dios te dé paz» al vendedor de conjuros y encaminarse hacia la salida de la posada. Parecía que el destino se mostraba más amable con ella. Ahora que había conseguido el hechizo, sus amigos y ella dejarían de andar a tientas en la oscuridad. O eso esperaba.

Se permitió disfrutar de una cierta sensación de victoria. Se había desprendido de una buena suma, una gran parte de lo poco que Dawoud y ella poseían, aunque desde el primer momento sabía que la ayuda de Yaseer no sería barata.

Con solo una mirada le indicó a un nervioso Raseed que su turno de guardia en la puerta dorada había terminado. Una vez que recuperó su valiosa espada, pasaron de la posada al patio. Litaz no se dirigió al muchacho hasta que salieron a la calle.

—Bien, cariño —le dijo cuando dejaron atrás el patio—, después de todo lo que hemos pasado, creo que por fin podemos anunciarles a los viejos que…

—¡Alto! —gritó tras ellos un joven y apuesto arráez de la guardia que traía una mirada torva en los ojos. Junto a él caminaba el Humilde Alumno de pelo canoso con el que se habían encontrado antes. Detrás de él venían otros cuatro guardias. Los dos Alumnos gigantones no parecían contarse entre el grupo, aunque todos los presentes sostenían un arma en la mano. «Quizá sigan durmiendo

en el callejón», supuso Litaz.

—¿Crees que Dios se dedica a dormir mientras los miserables os abandonáis a vuestros vicios sin el menor remordimiento? —preguntó el Alumno de pelo canoso. Si un hombre pudiera matar con la mirada, Litaz y Raseed ya estarían muertos—. Como te dije, bruja forastera, ¡recibirás tu merecido! Y, por la gracia de Dios, Su furia misericordiosa exige que tu castigo refleje la enormidad de tus pecados.

El arráez de la guardia lo apuñaló con sus ojos furibundos, pero la mirada con que escrutó a Litaz no desprendía más calidez.

—Vendrás con nosotros, mujer. Y tú también, derviche.

«Este hombre no es un fanático —comprendió Litaz al instante—. Los Alumnos se han buscado a un arráez de la guardia codicioso, sediento de violencia y dinero». La analista que llevaba dentro se puso a trabajar. «¿Qué se puede hacer en estos casos?».

—Sirrahs, debo rogaros humildemente… —comenzó a decir, justo cuando oyó que Raseed empezaba a explicar algo acerca de su autoridad y las Tradiciones de la Orden.

—¡Cerrad la boca! —ladró el Alumno—. ¡Basta de palabrería!

El arráez suspiró.

—¡Oh, Dios, malditos seáis! —protestó incluyendo también al Humilde Alumno. No obstante, señaló a Litaz y dijo—: Vendréis con nosotros y no hay más que hablar. Ahora. Y entregadnos vuestras armas.

—¿Qué es esto? —Litaz no se había percatado de que Yaseer se encontraba en la arcada del patio que ahora quedaba tras ella, hasta que oyó su voz, templada y enérgica, carente de la jovialidad que la modulaba hacía unos instantes.

—¿Qué tenéis que ver vos en todo esto, sirrah? —le preguntó el arráez. Un mínimo atisbo de miedo oprimió su voz, producto sin duda de la obvia condición acomodada de Yaseer.

—Ese es un asunto que solo me incumbe a mí, hombre.

El vendedor de conjuros rebuscó en la bolsa de seda que pendía de su cinturón. Cuando mostró el contenido —un anillo cuádruple engastado con una reluciente piedra púrpura cuyo grabado representaba las arenas, los mares y las ciudades de los Reinos de la Luna Creciente—, Litaz emitió un jadeo sonoro. «¡El sello califal! ¡De modo que era para él para quien ha estado trabajando!». Hasta

ese momento solo sabía que había estado viviendo en el distrito Palaciego.

El Humilde Alumno apenas si pareció darse cuenta.

—¡Tened vuestra lengua! Poseéis riquezas y alguna muestra de vuestra posición, hombre, pero por Dios Todopoderoso, quien…

El arráez de la guardia miró al Alumno de pelo canoso.

—¡Maldita sea, callaos de una vez! Reconozco el sello califal cuando lo veo y, ahora que lo pienso, me suena haber visto a este hombre en el distrito Palaciego. Aun así… —Se detuvo para sopesar alguna idea—. Disculpadme, Vuestra Eminencia, pero no os habéis anunciado en el nombre del Garante de la Virtud. Porque… —La duda se tornó certeza cuando clavó sus ojos en los de Yaseer—. Porque, tal vez, vos… Ah, disculpadme… Tal vez Vuestra Eminencia está ocupada en aquello que los otros ministros cuestionarían, ¿eh? De nuevo, ruego el perdón de Vuestra Eminencia.

—Suponéis mucho —observó Yaseer con voz gélida.

El arráez de la guardia ejecutó una pronunciada reverencia y moduló su voz con un tono sincero de disculpa, el tipo de disculpa que nace fruto del miedo. Sus hombres parecían aterrorizados, e incluso el Alumno daba la impresión de dudar de sí mismo. Pero Litaz también percibía el nerviosismo de Yaseer. Aquel guardia no tenía un pelo de lerdo. Era arráez de la guardia del Urbículo de la Ciudad y sabría tan bien como Yaseer que las noticias de un mal uso del sello podrían acarrear graves problemas.

—Le pido mil disculpas a Vuestra Eminencia —dijo el hombre al cabo—. Pero esta noche se celebra el Festín de la Providencia y mi único propósito es darle de comer a mi familia. Bastaría un sencillo gesto, una simple muestra de deferencia, para acabar con mis suposiciones.

«Dinero». Sin pensárselo dos veces, Litaz sacó un puñado de dírhams y se los ofreció al hombre, muchos más de los que podía permitirse, aunque ahora le resultaba imposible pensar en los gastos del año siguiente.

El arráez parecía querer escupirle en la cara, pero tomó las monedas igualmente.

—Marchaos —ordenó con un evidente tono amenazador—. Marchaos ahora mismo. Llevaos vuestros repulsivos venenos al

barrio de los Eruditos. Si vuelvo a veros por este vecindario, no me haré responsable de las medidas que tomen mis hombres. —Clavó en Raseed una mirada de desprecio, giró sobre sus talones y se alejó por la manzana seguido de sus hombres.

El Humilde Alumno de pelo canoso permaneció en el lugar el tiempo suficiente para lanzarles una última mirada furiosa.

—Esto no ha terminado para ti, bruja de Soo. Ni para ti, falso derviche. No me costará encontraros. —Raseed se estremeció al oír que lo llamaba «falso», pero Litaz sostuvo la mirada del Alumno hasta que el arráez le dio una voz para que se pusiera en marcha, momento en que echó a andar con paso airado.

Litaz se volvió hacia Yaseer.

—Gracias —le dijo, y notó, en contra de su voluntad, cómo su corazón intentaba salírsele por la boca—. ¡Gracias, Yaseer! ¡Te daría un beso!

—Pero no lo harás. —Ahora el blando rostro del vendedor de hechizos no irradiaba alegría ni jovialidad. Litaz nunca había observado aquella dureza en sus ojos—. Tienes una deuda muy grande conmigo. Muy grande. —Lanceó a Raseed con unos ojos envenenados, se dio media vuelta y se alejó con frío ademán.

Una parte de Litaz quiso extender la mano hacia Yaseer, impedir que se fuera. Pero solo una parte. Lo que deseaba con toda su alma era ver a Dawoud. Hacía mucho que deberían haber emprendido el regreso a casa.

16

Cuando el sol comenzaba a ponerse, Raseed pasó con Litaz al interior de la casa de la pareja de Soo. Se alegró al ver que Dawoud, hijo de Wajeed, el doctor y Zamia Banu Laith Badawi se encontraban en el recibidor, a salvo.

—Habríamos regresado antes —dijo Litaz al entrar—, pero surgieron algunas… complicaciones con un grupo de Humildes Alumnos.

—¡¿Qué?! —gritaron al unísono el cazador de gules y el magus.

—¿Complicaciones? ¿De qué estás hablando? —preguntó Dawoud.

Raseed se fijó en que Zamia no dijo nada. Sin embargo parecía encontrarse mejor incluso que la noche anterior.

—Alabado sea Dios. —Susurró las palabras sin pretenderlo, lo que le valió una mirada confundida de Zamia. Bajó los ojos avergonzado.

—Tuve que poner a un par de ellos en su sitio, pero eso ahora carece de importancia. Lo importante es esto —dijo la alquimista mientras posaba la ornamentada funda del manuscrito sobre una mesita de té. A continuación se dejó caer sobre un cojín—. ¡En el nombre de Dios! Dormiré toda la noche.

Raseed tuvo que dar voz a la idea que lo angustiaba.

—Os habéis ganado el descanso, mi señora, pero es algo que yo no puedo permitirme ahora. Si este manuscrito puede ayudarnos a averiguar más cosas sobre los planes del pérfido Orshado, debo, con

todos mis respetos, conocer esa información tan pronto como sea posible.

Dawoud se puso entre su esposa y Raseed.

—Estas cosas no se hacen en un abrir y cerrar de ojos, muchacho. El conjuro de cifrado tarda en hacer su efecto tanto como la mano de un minucioso escribano de conjuros. Conoceremos las respuestas que este manuscrito contiene, pero deberemos esperar hasta la mañana para ello.

—En ese caso podemos disfrutar del lujo del descanso —dijo el doctor.

Raseed quiso insistir en su protesta, hacerles ver que no podían permitirse ese lujo, pero Litaz lo interrumpió levantando la mano.

—Desde luego, y es evidente que —continuó, lanzándole una mirada de molestia a Raseed— necesitamos ese descanso.

—Zamia Banu Laith Badawi sin duda lo necesita, sea consciente de ello o no —añadió Dawoud.

Miró a Zamia. A Raseed le impresionó comprobar lo poco que seguía pareciendo temer a Dawoud, o al menos el poco miedo que mostraba ahora.

Litaz prosiguió:

—Y no solo descansaremos, ¡sino que además lo celebraremos! Porque con la puesta de sol comienza el Festín de la Providencia.

El magus arqueó una ceja blanca.

—¡Es verdad! ¿Te lo puedes creer? Casi lo había olvidado.

—Yo también —admitió el doctor.

Litaz apoyó una mano en el hombro de su marido y habló para todo el grupo.

—Nunca se debe olvidar un Festín. Esta noche daremos gracias por la recompensa con que Dios nos ha agraciado. En un día así es nuestro deber celebrar la vida comiendo y bebiendo. Los Capítulos Celestiales dicen: «¡Oh, creyente! Sonreiréis por la Providencia de Dios en el festival y en el funeral». —La alquimista lo miró—. ¿Me equivoco, Raseed?

El derviche agachó la cabeza.

—Un versículo poco conocido, mi señora, pero… pero no os equivocáis.

Dawoud y Litaz entraron en el taller. El magus llevaba el manuscrito de Miri Almoussa y la alquimista, el de Yaseer.

Cuando salieron al cabo de unos minutos, Raseed oyó el sonido inconfundible de una pluma que comenzaba a deslizarse sobre el papel en el interior del taller, aunque ya no quedaba nadie dentro.

—El conjuro de cifrado ha comenzado a trabajar —anunció Dawoud—. Ahora, lo sabe Dios Todopoderoso, ¡va siendo hora de comer!

Litaz había aprovechado algún momento de los últimos días para encargar las viandas con antelación. Llegaron un anciano y su hijo, que entraron apresuradamente con media decena de platos cubiertos con tapas de cobre que traían de una costosa cocina de alquiler ubicada a las afueras de la plaza de los Ángeles; una vez entregada la mercancía, volvieron a marcharse con apremio. Cuando el grupo se sentó a la mesa, a Raseed le rugieron las tripas. Un bloque blanco de queso cremoso relucía moteado de rebanadas magentas de nabo. El vapor se elevaba formando volutas desde la bandeja de pan de arroz con garbanzos. Encurtidos agridulces, tacos de cordero con pimiento y nuez, verduras con sabor a ajo, fruta y pudin de almendras saladas.

«¿Y desde cuándo tienes unos ojos tan glotones?», le preguntó su reprobatoria voz interior.

A petición de Litaz, Raseed elevó una breve plegaria por la comida. Acto seguido, empezaron a comer.

Raseed apartó su taza de té y rechazó todos los platos que los demás le ofrecieron. Tomó un sorbo de agua y comió unos trozos de pan y nabo. Como solía ocurrir, la voz imponente del doctor sacudió sus pensamientos.

—¡Bien! —dijo el doctor al tiempo que se ponía de pie con cierta inestabilidad.

«Se está emborrachando», pensó Raseed, preocupado.

—¡Bien! —repitió el doctor—. He aprendido, con el paso de los años, a confiar en los sentidos de mi alma. Diría que no soy el único que cree que esta tormenta de sangre que se cierne sobre nosotros pronto desatará sus truenos. Pero os doy las gracias, oh, Dios Todoprovidente, por permitirme compartir esta comida con mis amados amigos antes de que llegue ese día. —El doctor se frotó sus inmensas manos y recorrió con los ojos el abanico de platos desplegado ante él—. ¡En el nombre de Dios! —dijo casi gritando—. ¡Litaz, tú sí que sabes poner una mesa!

Zamia habló en voz baja mientras se apartaba el cabello de los ojos:

—El doctor dice la verdad, mi señora. ¡La hospitalidad y generosidad que tanto vos como vuestro marido habéis demostrado harían sentir envidia a cualquier badawi!

Dawoud articuló una risita breve.

—Eh, no sale nada barato, permíteme que te diga. ¡Ahora ya sabes por qué me casé con una niña rica del río Azul!

Al oír esto, la alquimista pareció preocuparse. Raseed no sabía por qué y en realidad no era asunto suyo.

Los ancianos comieron, bebieron y conversaron. Entretuvieron a Zamia con historias que Raseed ya había oído más de una vez, acerca de los enemigos que habían derrotado a lo largo de los años. De los Ladrones Invisibles y la Serpiente de Oro, del Hombre de los Cuatro Rostros y una decena de magi de escasa importancia.

Raseed las escuchó sin prestar demasiada atención, dando sorbos a su vaso de agua, hasta que oyó la voz de Zamia.

—¡La Dama de las Espinas! ¡Mi padre solía hablarme de sus famosos crímenes! Decían que su padre era un djinn malévolo.

El doctor resopló con desdén según se servía más vino.

—Los que hablan sin saber siempre dicen lo mismo cuando se encuentran con alguien que puede hacer cosas que ellos creen imposibles. ¡«La sangre del djinn»! ¡Qué tontería! Los Mil y Uno no pueden dar a luz a un hijo, ¡del mismo modo que un hombre no podría dejar preñada a una osa!

Dawoud estiró el brazo bruscamente sobre la mesa y hundió el dedo en la barriga del doctor.

—¿Me estás diciendo, viejo amigo, que he estado equivocado todos estos años? ¿Que tu padre no era un oso?

El doctor se rio.

—¡Bueno, al menos el oso es un animal noble! Al menos mi padre nunca engendró un niño con una condenada cabra. —El doctor alargó la mano y tiró de la perilla alheñada del magus, lo que los hizo reír como dos borrachos.

Cuando terminaron los platos, la mesa quedó en silencio. Al cabo, el doctor exhaló un suspiro sonoro.

—Sí, en fin, tanta cháchara me ha dado ganas de algo dulce. —Una tras otra, Dawoud acercó la copa de su esposa, la de Adoulla y

la suya al labio de la gran jarra de tuba para llenarlas cuidadosamente con el líquido dorado.

Raseed celebró ver que Zamia declinaba una segunda copa. Solo probó un bocado cuando Litaz pasó una bandeja de bollitos variados y fruta en almíbar.

Aunque no era por prudencia. Raseed observó que, si bien Zamia parecía menos asustada de Dawoud, hijo de Wajeed, daba la impresión de que se mostraba más cálida y se sentía más a gusto con su esposa.

—La alfombra es de la parte de la República de donde procede mi marido —le explicó Litaz a la nativa—. Allí de donde yo vengo no comíamos en alfombras, sino que empleábamos sillas para sentarnos alrededor de una mesa que llegaba a la altura de la cadera. Tardé muchos años en acostumbrarme a comer de cuclillas. La primera vez que…

La alquimista se detuvo al oír la risita disimulada del doctor. El magus y él se estaban divirtiendo con sus travesuras de juventud. Había aprovechado su plato para formar un rostro a base de bollitos de formas variadas. Dio inicio a una pequeña actuación en la que los «labios» de galletas picantes del rostro, con una voz chirriante propia de un espectáculo de marionetas, suplicaban:

—¡No, doctor! ¡Por favooor, no nos comaaáis! ¡En el nombre de Dios Misericordioso, os lo suplicamos, no nos comaaáis!

»Pero, en el nombre de Dios Benevolente —le dijo el doctor a los bollitos con su voz natural—, me hicieron para devoraros, dulcecitos, ¡y mi destino no se puede cambiar!

Litaz y Dawoud se rieron a carcajadas.

«A veces son peores que los niños —pensó Raseed. Le agradó ver que Zamia no parecía divertirse—. Se toma la vida en serio, como le corresponde a una muchacha. Elegida por los mismos ángeles de Dios».

Sin embargo, la joven siguió observando el extraño espectáculo de Adoulla, y Raseed vio que una sonrisa completa se abría paso entre los labios de la mujer de la tribu, el paso previo a una risita contenida.

El derviche no se sintió decepcionado ante la reacción de Zamia. De hecho, cayó en la cuenta, avergonzado, de que no conseguía apartar la vista de aquella sonrisa. Notó que su risita lo ensartaba

como una espada untada con el veneno de la felicidad plena. Quiso obligar a sus ojos disciplinados a mirar a otra parte, pero no pudo. Zamia se giró y lo miró a la cara. Cuando los ojos verdes de la joven se encontraron con los de él y lo sorprendió escrutándola, una mirada de puro terror devoró la sonrisa que iluminaba su rostro.

Zamia se tapó la boca con la mano y agachó la cabeza de nuevo. Él hizo lo mismo y bajó la vista hasta el reluciente suelo de piedra. «¡Estabas mirándola! Estabas mirándola y la has agraviado. ¿Es que no tienes vergüenza? ¿A quién sirves, a Dios o al Ángel Traidor?».

Necesitaba quedarse a solas con sus pensamientos, o al menos todo lo a solas que pudiera quedarse en una casa tan abarrotada. Terminó su pequeña ración de comida, apuró el agua y pidió que lo disculparan.

—Adelante, cómo no —dijo el doctor—. Yo también iré a dormir pronto.

—Tal vez en esta misma mesa, con tus narizotas hundidas entre los bollitos, si hemos de guiarnos por ocasiones precedentes —dijo Dawoud mirando al doctor con una sonrisa traviesa.

Un resoplido del cazador de gules dio comienzo a un nuevo intercambio de pullas. Raseed se levantó y bajó al sótano en busca de algún rincón tranquilo.

—No te quedes toda la noche en vela rezando y vigilando, ¿me oyes, muchacho? —le dijo el doctor—. Haz un turno de guardia, pero duerme un poco también. Dado el peligro que entraña esta caza, quien no se mantenga alerta está muerto. Incluido tú.

Raseed realizó sus abluciones y meditó hasta que hubo desterrado de sus pensamientos el miedo y el sonido leve de la risa de Zamia. Pensaba que sus obligaciones le impedirían conciliar el sueño, pero finalmente se quedó dormido.

No volvió a abrir los ojos hasta que Dawoud lo despertó para que realizase las dos últimas horas de la guardia. Unas finas franjas de luz rosa y naranja comenzaban a dejarse ver por la ventana, entonces Raseed oyó el extraño siseo que producía la pluma mágica según ejecutaba su trabajo, el mismo que cuando se echó a dormir.

Pasada una hora, cuando se encontraba sentado sobre un taburete junto a la entrada, una voz estalló de súbito en la tienda. Raseed se levantó sobresaltado, espada en mano.

—¡LAS PALABRAS ROTAS SE HALLAN AHORA ENTERAS! ¡SU

VERDAD ES VISIBLE PARA TODOS LOS OJOS Y ALMAS!

Era la voz de Yaseer, el vendedor de conjuros, procedente del taller. Raseed se maldijo por su incompetencia. ¿Cómo podía haber entrado en la casa sin que él se diera cuenta?

No obstante, cuando entró en el taller, raudo como una flecha y listo para matar si fuera necesario, no vio ni rastro del obeso vendedor. Adoulla y Dawoud llegaron a continuación, con el sueño colgado aún de sus ojos, impasibles.

—¡Doctor, he oído la voz de un intruso!

Su mentor lo miró somnoliento, como si se preguntase quién era aquel muchacho.

—No hay ningún intruso, Raseed —le explicó Litaz mientras se unía a ellos en el taller, seguida de Zamia. La alquimista llevaba puesta su bata de casa pero la nativa ya se había vestido con su traje de piel de cría de camello badawi.

—Solo es la firma de Yaseer. Una señal que se oye al término del conjuro, para recordar quién lo preparó.

Raseed procuró no mirar a Zamia a los ojos. Cuando se fijó en la mesa del taller observó que el pergamino que el doctor había traído de casa de Miri Almoussa despedía un resplandor leve. A su lado, sobre una pila de lo que parecía pergamino quemado, se encontraba la funda del manuscrito que trajo Litaz.

Dawoud cogió el manuscrito intacto y lo desenrolló. Al terminar de extenderlo, silbó impresionado.

—Ese Yaseer será un pedazo de escoria sin principios, pero sabe lo que se hace, de eso no cabe duda. El manuscrito ha quedado descifrado.

—Ahora veamos si nos cuenta algo interesante —dijo el doctor.

Todos se sentaron mientras Dawoud leía en voz alta:

—«Nadie conoce el origen del Trono de la Luna Creciente. Algunos saben que antaño recibía el nombre de Trono de la Cobra. Su inmenso respaldo en forma de luna curvada, tallado en su día a semejanza de la capucha extendida del Dios Cobra, no puede ser marcado ni quemado. Los Libros de Bronce escritos por los kemeti, perdidos en la actualidad, indican que los faroes, llamados también Reyes Cobra de Kem, se sentaban en él durante las ceremonias de coronación, del mismo modo que harían los califas. Aun así, pese a que estos vienen empleándolo desde hace siglos para sus

coronaciones, hay quien dice que ignoran su verdadero poder. Que el trono fue hechizado por medio de unos diagramas obituarios invisibles; encantado por los Dioses Muertos, quienes disfrutaban realizando actos de traición. Que este poder no podía invocarse sino derramando sobre él la sangre del primogénito de un monarca en el día más corto del año. Los Libros de Bronce dicen que quien beba la sangre así vertida tomará el control de la más espeluznante magia mortal que el mundo haya conocido jamás, maestro de las almas cautivas de una infinidad de esclavos fallecidos en tiempos inmemoriales. Las artes oscuras de los Reyes Cobra, a quienes Dios desterró de este mundo, regresarían». Aquí termina. —El magus enrolló el manuscrito y lo devolvió a la mesa.

El doctor hundió el rostro entre las manos y dejó escapar un gruñido flojo.

—Litaz, querida, dime, en el nombre de Dios Todopoderoso, Quien es Nuestro Único Refugio, que tienes té de cardamomo del fuerte.

Un cuarto de hora más tarde, sentados en el recibidor, el grupo trazaba su plan. Los mayores bebían té y fumaban; un aroma a tabaco de manzana emanaba del narguile.

—Lamento tener que hacer esto —declaró el doctor—. Anoche disfrutamos de un festín excelente, y empezar el día con esta charla desoladora… Pero me han pegado y machacado, y de mi casa ya no quedan más que ruinas y cenizas. He dejado escapar a la única mujer que de verdad he querido y, con ella, la promesa de una vida apacible. No perderé también mi ciudad. No estoy dispuesto.

Señaló a Dawoud con la alargada boquilla del narguile.

—Aunque tal vez no tenga por qué ser así —dijo. Al parecer de Raseed, el doctor hablaba como si intentase convencerse a sí mismo —. ¿Creéis que Orshado es capaz de algo semejante? No solo de entrar en el palacio, sino también de arrebatarles el control del mismo a los guardias y asesinar al hijo del califa. Incluso para alguien como yo, que he presenciado no pocos hechos casi milagrosos, esta parece una tarea imposible. El ser necesitaría contar con aliados en el palacio y entonar una decena de ensalmos multiseculares para atravesar sus conjuros de defensa, por no hablar del millar de guardias que debe de haber protegiendo al califa. —El doctor le pasó la boquilla del narguile a Litaz.

Dawoud miró al doctor.

—No lo entiendes, hermano mío. Tú no sentiste a ese gul de gules. No percibiste su crueldad. Su poder. Todo lo que le permiten hacer cuando el Ángel Traidor actúa a través de él.

—Pero incluso empleando conjuros de guerra y diagramas obituarios —intervino Litaz mientras expulsaba una bocanada de humo—, un trono no es más que un símbolo. Sin un ejército, sin guardias, su sangrienta estrategia no le servirá más que para asaltar el palacio con una muchedumbre furiosa.

—No —negó el doctor. Raseed percibió en sus ojos una determinación indeseada—. No, querida; tu marido lleva razón. No es tan sencillo. No nos enfrentamos a una magia de bazar; no se trata de conjuros para robar en las casas o para hacer que un asesinato parezca un accidente. Nos hallamos ante el tipo de encantamientos mortuorios de los que hablan los libros antiguos: una magia inmisericorde a causa de la cual los niños, las mujeres y los hombres de Dhamsawaat (sí, también los pájaros y las bestias) podrían despertarse un día ahogándose en el aire que respiran, con los pulmones reventados como fruta podrida. El tipo de conjuros de guerra que permitirían que un solo hombre descabezase a toda una horda, que transformaría la sangre de un ejército atacante en veneno hirviente, que convertiría los intestinos de una multitud en una maraña de cobras. Pero va mucho más allá. Ese tipo de magia funciona como… como un foco. Quien sabe utilizar esa magia podría matar a millares en un mismo día. Y después recogería el espantoso poder de esos sacrificios involuntarios para exterminar a más hombres.

La expresión de Litaz era de puro horror y a Raseed no le cabía la menor duda de que él tenía el rostro retorcido por el mismo gesto.

—Locura —dijo al cabo—. ¡Locura! Aunque, Dios no lo quiera, aunque arrasase Dhamsawaat, los demás reinos se alzarían contra él. Soo enviaría nuestras legiones de mercenarios, el Ejército Celestial de Rughal-ba se…

Ahora los ojos del doctor eran fríos como la piedra. El carbón llameante del narguile silbaba antes de extinguirse.

—Si se apodera del trono, no tendrá que preocuparse de esas cosas. Se convertirá en el Regente del Ángel Traidor en el Mundo.

Ningún ejército podrá detenerlo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Zamia—. ¿Por qué querría nadie, incluso alguien tan cruel, hacer algo así? ¿Qué podría ganar?

—Poder —respondió el doctor sin dudarlo—. Lo mismo que gana un hombre cuando mata a otro. Lo mismo que gana un gobernante cuando envía a sus ejércitos a matar y a morir. Poder y la promesa de un nombre que pasará a la posteridad. Lo que el Ángel Traidor les ofrece a sus servidores es lo mismo. Aunque su ambición es un mar frente a los charcos y estanques de los asesinos terrenales.

Raseed intervino en voz baja:

—Démosle gracias a Dios por la majestad de los califas de Abassen, que los ha mantenido a salvo, sin necesidad de recurrir a estos poderes abominables.

El doctor expelió una sonora ventosidad.

—¡Oh, discúlpame! Me temo que mi cuerpo ha respondido por voluntad propia a tu estúpida sugerencia. —Señaló a Raseed meneando un dedo—. ¿De verdad crees, muchacho, que los califas nunca han empleado su poder porque su rectitud se lo ha impedido? No. Los hombres nunca dejan pasar la oportunidad de adquirir poder, mucho menos los califas. No cabe duda de que nunca conocieron los poderes del trono. Los magi de la corte siempre han sido unos matones engreídos que han confiado ciegamente en la simple fuerza bruta de su magia. Nunca han sido grandes estudiosos ni investigadores. Es muy probable que las ceremonias de coronación sigan celebrándose por mera tradición, con el único fin de hacer gala de la pompa y la solemnidad de la realeza, como símbolo del traspaso del poder de una generación a otra. Pero yo creo, y así se lo suplico a Dios Misericordioso, yo creo que hace cientos de años que nadie lee este manuscrito.

Litaz se masajeó la frente con un nudillo.

—Hasta ahora —dijo—. Hasta ahora, que lo ha leído no solo un lunático aspirante a usurpador, sino también un poderoso siervo del Ángel Traidor; y aún más, un hombre que lleva en el alma un auténtico pedazo del Ángel Traidor.

Zamia tomó un sorbo de té.

—Pero si el contenido de este manuscrito era tan secreto, ¿cómo es que Orshado lo conoce?

A Raseed le impresionó ver que hablaba de sus enemigos con calma en lugar de con miedo.

—Tiene sus métodos para averiguar cosas —respondió el doctor, en cuyo rostro Raseed nunca había observado tanto temor—. Métodos que ningún hombre que valore su alma es capaz de imaginar siquiera. El Ángel Traidor concede algunos poderes que Dios niega. Exige el tipo de cosas que siempre ha exigido. Miedo. Entrañas de ancianas inocentes. Dolor. Párpados de niños. No hay libros ni rumores absurdos sobre los servidores del Ángel Traidor.

Dawoud habló ahuecando la voz:

—Orshado. Cuando toqué aquella sangre… Os aseguro que no podéis haceros una idea de hasta dónde llega la crueldad a la que nos enfrentamos. Con este ser en posesión de semejante magia, el mundo entero se habrá sumido bajo un mar de sangre en menos de una semana.

—«Seis de tus días para crear el mundo del hombre; seis de los míos para deshacerlo» —recitó Raseed—. Así se burló de Dios el Ángel Traidor cuando fue expulsado. —Siempre había deseado participar en una batalla tan crucial. No obstante, ahora preferiría, avergonzado, no tener que enfrentarse a aquella situación.

—Debemos detenerlo, entonces —concluyó Litaz con voz monótona—. Por razones tanto celestiales como terrenales. El nuevo califa es un necio y un asesino, pero su hijo… Fue idea suya construir los nuevos asilos de pobres el año pasado al otro lado del parque del Arquero. Levantar un hospicio allí para los mendigos. Pequeños gestos, aunque más importantes que lo que hace su padre. Dicen que es un muchacho de trato dulce que actúa por amor a su pueblo.

El doctor resopló.

—¡Deja que viva diez años más en palacio y verás cómo cambia! No puedo decir que me seduzca la idea de correr a rescatar al califa ni al mierdecilla de su hijo.

Litaz puso los ojos en blanco.

—No lo hacemos por ellos, Adoulla. Lo sabes. Pero no nos queda más remedio.

Dawoud se llevó la taza de té a los labios y apuró los posos.

—Bien, entraremos en el palacio —dijo el magus—, aunque no será tarea fácil que nos reciban en audiencia, por mucho que les

gritemos que corren peligro. Sobre todo después de mi última visita. Tendremos suerte si no nos reciben como asesinos también a nosotros. Roun Hedaad es un buen hombre pero sus guardias estarán encantados de descargar sus ballestas sobre nuestros cuerpos a la menor provocación. E incluso aunque logremos pasar, el califa se negará a hablar con nosotros.

Adoulla frunció el ceño con gravedad mientras hablaba.

—¿Y si el califa decide escucharnos? ¿Y si, de la manera que sea, detenemos a Orshado? Entonces este poder aberrante pasaría a manos del califa. ¿Alguno de vosotros duda de verdad que sea capaz de asesinar a su propio hijo para hacerse con él?

Raseed estuvo a punto de responder que algo así no era posible, pero sabía que el doctor se reiría de él. Además, después de pensarlo dos veces, ya no estaba tan convencido de poder afirmarlo sin necesidad de mentir.

Durante un buen rato nadie respondió al doctor. Al cabo, Dawoud se levantó.

—No importa. Solo podemos hacer lo que sabemos que es nuestra obligación y dejar lo demás en las piadosas manos de Dios Todopoderoso.

—Sí, todo está muy claro —afirmó el doctor en tono sarcástico —. Tan solo tenemos que derrotar al creador de gules más letal al que nos hemos enfrentado jamás. Y mientras tanto, de alguna manera, acabar con su criatura inmortal.

—El monstruo Mouw Awa no es inmortal, doctor —señaló Zamia casi gruñendo—. Si Dios quiere, yo podré demostrarlo. —A Raseed se le aceleró el corazón al oír la valiente propuesta.

El doctor se atusó la barba.

—Sí, Zamia Banu Laith Badawi, ojalá Dios quiera que así sea. Hace tan solo unos días que la criatura te dejó postrada en la cama, medio muerta. Tu recuperación, alabado sea Dios, va tan bien que parece un milagro. ¿Crees que…? —Raseed nunca lo había oído hablar en un tono tan amable—. ¿Crees que podrías volver a adoptar la forma del león?

Las lágrimas llenaron los ojos como esmeraldas de Zamia, sin llegar a caer. Raseed se estremeció al darse cuenta de que deseaba —¡maliciosamente!— acercarse a ella y abrazarla como a veces veía que hacían los hombres con las mujeres en las calles de

Dhamsawaat.

Una mueca sombría se extendió sobre el rostro de Zamia.

—No lo sé, doctor. Todos los meses, durante varios días, cuando tengo… cuando estoy con las cosas de mujeres… no consigo transformarme. Ayer fue el último de esos días. Aunque no estuviera herida, hoy no podría cambiar de forma hasta que el sol se encuentre en el punto álgido. Sin embargo, llegado el mediodía, puedo intentarlo. Si fracaso, Dios Todopoderoso no lo quiera, al menos moriré intentándolo.

Raseed no daba crédito, ¡hacer que la salvaje hablase de aquellas cosas tan nefandas y además sugerirle que hiciera semejante sacrificio!

—¡Doctor, estuvo a punto de morir la última vez que nos enfrentamos a esa criatura! No podemos pedirle que…

La muchacha gruñó con más rabia de lo que lo había hecho nunca.

—Nadie me está pidiendo nada, Raseed bas Raseed. Las cosas son como son. Masacró a mi banda. Por culpa de mi despreocupación, ese… esa cosa… consiguió escapar. No ocurrirá una segunda vez.

El doctor asintió.

—A veces incluso un ciego puede ver la obra de la mano de Dios. Mouw Awa ha de ser aniquilado. De eso no puede haber ninguna duda. Y está claro que los ángeles de Dios nos han proporcionado el arma necesaria para ello. «Derribar un muro cuando Dios abre una puerta es un trabajo de necios».

Dawoud intervino a continuación con voz pétrea:

—Es como es, entonces. Zamia, vendrás con nosotros al palacio y si ese Mouw Awa se cruzara en nuestro camino, tú te encargarás de matarlo.

Los mayores fueron a prepararse, dejando a Raseed a solas con Zamia. En cuanto se retiraron, la muchacha se acercó a él, de modo que el derviche hizo un frenético acopio de toda su voluntad para no dejarse embriagar demasiado por su olor. Cuando la chica empezó a hablar, Raseed se estremeció, sobresaltado.

—Raseed bas Raseed —dijo en voz baja—, antes de que partamos al encuentro con la muerte, me gustaría preguntarte una cosa.

—¿Sí?

—¿Sabes que, ahora que mi padre está muerto, deberías hablar directamente conmigo si deseases pedir mi mano?

Raseed sintió que alguien le hundía una espada en las tripas.

—Sé… Sé… ¿Por qué iba a pedir…? —Comprendió que era incapaz de dar voz a sus pensamientos.

Así y todo, la nativa se limitó a encoger sus esbeltos hombros.

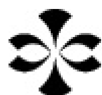
—Los Capítulos Celestiales nos dicen: «¡Oh, mujer! Hacedle un ciento de preguntas a vuestro pretendiente y otro ciento a vos misma».

—¡¿Pretendiente?! —Raseed jamás había sentido su alma tan perdida. Diez hombres distintos peleaban dentro de él—. Que Dios me perdone, Zamia Banu Laith Badawi, si me he comportado de alguna manera que… Si te he avergonzado haciendo…

—¿Avergonzado? —Zamia parecía desconcertada, lo que confundió todavía más a Raseed—. ¿Cómo vas a avergonzarme tú? Simplemente he visto cómo me miras. Solo cabría hablar de vergüenza si antes hubiese engaño. ¿Pued…? —Se interrumpió al oír los pesados pasos del doctor, que venía de otra habitación.

—Si Dios decidiera mantenernos con vida después de este día, volveremos a hablar de esto —se apresuró a decir Zamia. Por último, asintió con formalidad para poner fin a la conversación.

Raseed decidió practicar algunos ejercicios de respiración controlada; nunca había sentido tanta necesidad de refugiarse en la calma que le aportaban. Se estiró y preparó la mente y el cuerpo para la batalla, preguntándose si moriría hoy o en cambio viviría con el alma carcomida de deseos deshonrosos…, ignorante de qué final complacería más a Dios.



III

En un mundo en el que solo existía el dolor, el alma del guardia se componía por entero de miedo. ¿Cuánto tiempo llevaba sentado en este caldero, sin moverse, asomando únicamente la cabeza por encima del bullente resplandor rojo en el que estaba sumergido? Recordaba, como en sueños, sorbitos de agua y engrudo. Una insignificante parte de su ser, la que aún conservaba un ápice de raciocinio, le decía que estaban manteniéndolo con vida mientras su cuerpo maceraba a fuego lento en aquel rutilante aceite de rubí.

A su lado el hombre enjuto, embozado en su mugriento caftán, sostenía abierto un saco de brillante seda escarlata. Lo acompañaba la sombra-chacal. El hombre enjuto levantó el saco en vilo, sobre el caldero, y vertió un torrente de calaveras y huesos —humanos, pero demasiado pequeños como para pertenecer a alguien adulto— que produjeron un cascabeleo espeluznante al derramarse. Osamentas de frágil aspecto, diminutas tabas y costillares…

La voz del ser-sombra volvió a resonar con estridencia dentro de su cabeza:

Escucha a Mouw Awa, que habla en nombre de su bendito amigo. Eres un guardia honorable. Concebido y nacido en el Palacio de la Luna Creciente. Has jurado defenderlo por el nombre de Dios. Todos los que están por debajo de ti te obedecen.

Lo que ves ante ti son huesos de bebé. Infantes bien alimentados y vueltos a cebar antes de desangrarse hasta la última gota. Todo a fin de especiar los atemorizados efluvios que ahora emanan de ti.

Escucha a Mouw Awa. Su bendito amigo lleva mucho tiempo esperando a ocupar el Trono de la Cobra. Se han desgranado y sucedido los días, una y otra vez, innumerables. Ninguno de ellos contenía el momento oportuno. Mouw Awa, el hombre-chacal, sabe bien lo que es el dolor de la espera. Ayudará a su bendito amigo a acortarla, tal y como su bendito amigo hiciera por Mouw Awa.

El hombre enjuto quemó algo ante él. El humo irritó los ojos del guardia mientras el hombre-chacal continuaba con voz monótona:

Aspira el humo de la mandrágora roja y recuerda lo que es el miedo. Aspira el humo de la amapola negra y recuerda lo que es el dolor.

De improviso, toda una pieza de la mente del prisionero encajó de nuevo en su sitio. Se llamaba Hami Samad, era vicecapitán de la guardia y no podía hacer nada salvo suplicar por su vida con la garganta resquebrajada.

—¡Por favor, señor! ¡Haré todo cuanto me pidáis! ¡Con el califa, con el palacio! —Rompió a llorar, desconsolado—. ¡Que los Ángeles Hospitalarios me asistan! ¡Que Dios me socorra!

El hombre enjuto contempló a Hami Samad con sus ojos glaciales, como pozos de hielo negro, antes de hundir los dedos sarmentosos en el cuero cabelludo del guardia. Puso los ojos en blanco. Un griterío espantoso inundó la sala, como si mil hombres y animales estuvieran desgañitándose al unísono.

Retumbó un chasquido desgarrador, seguido de un dolor mil veces más agónico que nada de lo que el guardia hubiera sentido hasta entonces. Contra toda lógica, sintió cómo su cabeza se separaba del cuerpo. Y a continuación, contra toda lógica, oyó que su propia voz entonaba:

—YO SOY LA SIMIENTE DEL PRIMER ÁNGEL NACIDO, PLANTADA EN GLORIOSO DOLOR Y BENDITO TERROR. COSECHADA POR LA MANO DE ORSHADO, SU SIERVO. LA PIEL DE CUANTOS ESTABAN POR DEBAJO DE MÍ DANZAN AL SON DE MIS PALABRAS. TODOS LOS QUE ESTÉN POR DEBAJO OBEDECERÁN.

Lo último que vio Hami Samad fue su cuerpo decapitado, sumergido en un enorme caldero de hierro, expulsando surtidores de sangre que se mezclaban con el incandescente resplandor carmesí del aceite en ebullición.

17

El sol ascendía hacia su culminación mientras el calor comenzaba a dejarse notar. Dawoud sudaba y jadeaba en su esfuerzo por mantener el ritmo de los dos jóvenes guerreros y su esposa incansable. Adoulla y él caminaban varios pasos por detrás del resto, de tal modo que al cazador de gules le costaba respirar casi tanto como a Dawoud. Por delante de ellos, Litaz hablaba tranquilamente con Zamia y Raseed, pero Dawoud y su viejo amigo avanzaban en silencio, reservando sus fuerzas para coger aire.

Transcurrida una hora, el sol continuaba subiendo. Atravesaron el amplio caravasar pavimentado que daba paso al distrito Palaciego. Ante ellos, un grupo de mercaderes discutía acaloradamente con uno de los recaudadores del califa.

—¿Lo veis, hermano mío? —dijo Adoulla en voz baja—. No es solo con los pobres con quien habla el Príncipe Halcón. El califa se ha hecho su propia cama de escorpiones. Incluso ha ofendido a los pequeños comerciantes con sus impuestos y sus insalvables barreras arancelarias. Los pequeños comerciantes solo están esperando a tener una excusa para unirse a los partidarios del Príncipe.

Dawoud se rio.

—¡Esa sí que sería una buena alianza! Como una mala profecía: «¡Oh, temed el día en que ladrones y mercaderes se ayunten en el mismo lecho!».

Adoulla lo miró de soslayo.

—No es tan disparatado. El Príncipe siempre ha demostrado

gran audacia. Sus objetivos siempre han sido aquellos hombres de monedero abultado, hombres que muchos tenderos y medianos mercaderes celebran ver despojados de sus riquezas.

El camino seguía el nuevo canal abierto a partir del río de los Tigres. Dawoud le dio un codazo a Adoulla y señaló las barquitas que lo surcaban, sabedor de que su amigo aún no había visto aquella maravilla recién construida. Las rápidas aguas que parecían fluir como por arte de magia impulsaban una noria gigantesca.

—Después de una ruta serpenteante de remolinos y conductos de cobre, este es el otro extremo del hedor que ahora invade nuestro vecindario cada mes. Esta cosa puede moler la misma cantidad de grano que diez ruedas de molino normales, ¿lo sabías?

Adoulla resopló.

—Sí, el extremo del palo limpio de mierda. Por supuesto, todo el dinero que produce esta monstruosidad acaba en las arcas del califa. Y nosotros vamos a salvar la dinastía de ese hijo de puta.

—¡Silencio! —susurró Dawoud al ver salir de un callejón a un guardia que pasó por delante de ellos con ademán grosero sin apenas dignarse a mirarlos.

El grupo se detuvo y esperó a que el guardia se alejara.

Se acercaron a la noria. El estruendo que producía (el crujir de la madera, el chapotear del agua, el chirriar de las cadenas) resultaba ensordecedor. Dawoud tuvo que admitir que en efecto era descomunal. Costaba creer que su construcción fuese obra del hombre.

A continuación atravesaron un arco de mármol, y detrás, un camino de pulidos adoquines blancos, lo bastante amplio para seis jinetes, se extendía varios cientos de metros ante ellos. Al término del espacioso sendero, que superaba en grandiosidad a la Gran Avenida, se alzaba el Palacio de la Luna Creciente al otro lado de una elevada muralla. Como siempre, llamó la atención de Dawoud, pese a que había visitado el lugar el otro día.

Esta vez, no obstante, sus ojos se vieron atraídos aún con mayor fuerza hacia el estrecho huso plateado que era el alminar de los magi de la corte. «Tanto espacio para siete hombres cuando podrían vivir setenta ahí». Según parecía, los califas de Abassen nunca llegaron a tener conocimiento del terrible poder que durante generaciones habían tenido sin explotar literalmente debajo de

ellos. Pero ¿qué sabían los magi de la corte? ¿Cómo encajaban en aquella secuencia demencial de sucesos mágicos? Sentía que su mente agotada empezaba a dar vueltas bajo un condenado cúmulo de complicaciones.

Cuando recorrían el largo camino hacia las puertas del palacio, Dawoud centró su atención en Raseed. Los ojos del muchacho no dejaban de saltar de la mujer de la tribu a los adoquines del suelo. «Le preocupa cómo protegerla. Se pregunta cómo cumplir con su deber y, al mismo tiempo, mantener a salvo a la chica». Esto era lo que intranquilizaba a Dawoud. No la devoción disimulada del derviche hacia Zamia; Dawoud aceptaba lo que su esposa decía acerca de que los evidentes sentimientos entre los dos jóvenes no supondrían un obstáculo; que de hecho «el amor es lo que da sentido a todo lo demás», a pesar de que los amores de juventud eran producto de la necedad y las primeras impresiones. No, no era el interés de Raseed por la chica lo que inquietaba a Dawoud, sino el evidente conflicto que el derviche tenía con ese interés y las dudas que pudieran surgir a partir del mismo. Se habían presentado en el Palacio de la Luna Creciente para cazar monstruos. En una situación así, dudar demasiado podría suponer el fin del mundo.

Se encontraban a una decena de metros de la entrada a los jardines de palacio cuando un joven oficial de la guardia de ojos grises les dio el alto.

—¡Deteneos! ¿Quiénes sois, que osáis acercaros armados al palacio del Garante de la Virtud? —El guardia apoyó la mano en el pomo de su espada.

—A la paz de Dios, oficial. Soy Dawoud, hijo de Wajeed, amigo del capitán Hedaad. Debo hablar con él de inmediato. Está esperando mi llegada. —La afirmación contenía la verdad necesaria para que pudiera expresarla con autoridad.

—¿El capitán Hedaad? —El guardia parecía extrañado aunque no hostil—. De acuerdo, no puedo abandonar mi puesto, mi señor. Pero si de verdad necesitáis entrevistaros con el capitán, mandaré a buscarlo.

—Me parece bien. Aun así, el asunto entraña cierta urgencia, de modo que ruego que te apresures.

—Como digáis.

Dawoud estaba dispuesto a obsequiar con unas monedas de

plata a quien fuese necesario a fin de hacerle llegar su mensaje a Roun. Con todo, según parecía, el destino sonreía al grupo. Cuando más lo necesitaban, habían dado con un guardia honrado. Resultaba gratificante ver —pese a tener que cumplir una misión demencial en un territorio que ni siquiera era el suyo— que los agentes de Abassen actuaban como correspondía.

El joven oficial hizo venir a un guardia de figura esbelta.

—¡Kassim! Avisa al capitán Hedaad de que…

—¿Por qué es necesario molestar al capitán? —Una voz vagamente familiar entró en juego.

«¡En el nombre de Dios, no!».

El ministro de cara alargada de la corte del califa se presentó rodeado de un séquito compuesto por media decena de guardias. «En el nombre de Dios Todopoderoso, ¿qué está haciendo aquí?».

—¿Qué tenemos aquí? —dijo. El oficial de ojos grises fue a explicárselo, pero el ministro agitó la mano para indicarle que se retirase a la caseta de guardias. A continuación miró a Dawoud.

—Se os advirtió que os mantuvierais lejos de palacio, anciano. ¡Aun así, regresáis con vuestros amigos, y armados! O habéis perdido el juicio, o sois el más repugnante de los traidores.

Dawoud sabía que era mejor no decirle nada a aquel hombre del peligro que acechaba sobre el trono.

—Mil disculpas, eminencia. Me presento aquí solo porque necesito ver a Roun Hedaad. —Oyó a sus amigos agitarse nerviosos tras él.

El ministro entrecerró los ojos.

—El capitán está ocupado. Y vos habéis desoído, cual vil traidor que sois, los deseos expresos de Su Majestad. Vuestra amistad con el capitán no cambia este hecho. ¡Soldados! ¡Prendedlos!

Dawoud oyó a Raseed susurrar una plegaria. La chica badawi gruñó. Con tan solo una mirada, Dawoud lanzó una pregunta a su esposa y a Adoulla, haciendo uso de una suerte de lenguaje mudo que habían desarrollado después de varias décadas luchando juntos. «¿Qué hacemos ahora?».

Así y todo, ni su esposa ni Adoulla parecían tener respuesta alguna. Y en realidad no había nada que pudieran hacer. Aunque consiguieran acabar de alguna manera con una patrulla de guardias, acudirían más, y los matarían antes de que lograran entrar en el

palacio siquiera. Ahora no les quedaba otro remedio que acompañar a los guardias y esperar que se presentase la oportunidad —o buscarla— de avisar a Roun Hedaad. Y confiar en que realmente este pudiera ayudarlos de algún modo. Una vez que los guardias despojaron a su esposa del cuchillo y a Raseed de la espada, los obligaron a punta de lanza a apartarse de las puertas.

Dawoud maldijo la lentitud con que se sucedían sus ideas y vio su frustración reflejada en los ojos de Litaz y de Adoulla. Había un modo de salir del embrollo; entre los tres habían aniquilado a la Serpiente de Oro kemeti y derrotado a toda una banda de Ladrones Invisibles. Aquellos no eran más que un puñado de hombres armados. Tan solo necesitaban imaginar…

Sus pensamientos se interrumpieron cuando se dio cuenta de que el ministro y sus hombres pretendían alejarlos del palacio. «Esto no puede ser bueno». Pasados unos minutos se hallaban a una distancia considerable de las puertas, en un callejón apartado del distrito Palaciego. Llegaron a una pequeña casa sin ventanas con una puerta de hierro enrejada. El mismo ministro la abrió con un juego de tres llavecitas. Una vez que pasaron al interior, los guardias cerraron la puerta tras ellos.

Al cabo, Adoulla fue el primero en hablar:

—En el nombre de Dios Todopoderoso, ¿se puede saber con qué fin nos habéis traído aquí?

Un guardia corpulento le dio un pequeño empujón al cazador de gules con la culata de la lanza y le ordenó que se callara. El ministro, que seguía sin responderles, se colocó en el centro de la única habitación de la casa y levantó una vieja alfombra polvorienta. Debajo de esta apareció una rejilla metálica que el ministro abrió con otra llave. Aunque estaba oxidada, la rejilla no emitió el menor chirrido cuando el ministro la levantó. Había una escalera, lo bastante amplia para permitir el paso a dos personas, labrada en el suelo de piedra por debajo de la rejilla, que descendía a solo Dios sabía dónde. «Algún albañal oscuro donde podrán asesinarnos sin que el capitán de la guardia se entere, seguramente».

—¡Ya está bien! —gritó de pronto Zamia, que obviamente estaba pensando lo mismo que él. Se detuvo en seco con aire furioso y, según pudo observar Dawoud, intentó ocultar el dolor que aún

sentía en el costado—. ¡Apestáis a engaño! ¡Una Banu Laith Badawi no se deja conducir al matadero sin protestar como un dócil habitante de la ciudad!

—¡He dicho que os CALLÉIS! —bramó el mismo guardia que había empujado a Adoulla, y al decir la última palabra le asestó un golpe mucho más violento a la mujer de la tribu con el extremo romo de su lanza. Zamia gritó y se dobló, pero no llegó a caerse.

Dawoud no vio moverse a Raseed, pero cuando se dio cuenta, el joven derviche estaba alzando por la garganta al guardia fornido, con una sola mano. Si el magus había puesto en tela de juicio alguna vez las historias que Adoulla le había contado sobre las habilidades sobrehumanas del muchacho, ¡ahora debía darles credibilidad absoluta!

De súbito se oyó un trapalear de armas y un instante después un nuevo grupo de hombres brotó en tropel del agujero del suelo, como hormigas que escapasen de un hormiguero. Junto con los guardias formaron un círculo alrededor de Dawoud y sus amigos.

Los recién llegados portaban dagas y porras. Vestían ropas sencillas, propias de los campesinos y aprendices, aunque Dawoud observó que algunos lucían adornos que no encajaban con su aspecto, como el pañuelo de seda que llevaba al cuello el individuo larguirucho que tenía ante sí, o el chaleco bordado del muchacho bajo y de aspecto duro que lo flanqueaba por la derecha. Situados en puntos equidistantes del círculo de matones de vestuario humilde había algunas personas ataviadas con una suerte de librea. Entre estas se contaba una mujer fea, alta y robusta como un hombre. Vestían de forma idéntica: calzones ceñidos de lino y camisolas del color de la arena mojada que bajaban hasta el muslo. Todas las camisas llevaban en la parte delantera el dibujo de un halcón negro lanzándose en picado. Estas personas contaban con mejores armas que el resto. Todas sostenían un alfanje de buena factura y un pequeño broquel con labores de acero.

Una voz pomposa retumbó entre los recién llegados:

—¡Dejadlo en paz, maestro derviche! Os ha traído aquí para hablar conmigo, de modo que hablemos.

Pharaad Az Hammaz, el Príncipe Halcón, se situó en el centro de la estancia. Se movía como si estuviera hecho de agua, aunque medía casi dos metros y tenía los brazos gruesos y fibrosos de un

herrero. Mantenía la mano sobre la guarnición negra y dorada de su sable. Raseed soltó al guardia corpulento que había golpeado a Zamia, dejándolo caer al suelo; el hombre se llevó las manos al cuello y jadeó desesperado en busca de aire.

Dawoud descubrió que le costaba estructurar sus ideas, como un niño empeñado en construir un castillo de piedrecitas.

—¿Trabajáis…? ¿Trabajáis…? —Se giró hacia el ministro de rostro alargado—. ¿Trabajáis para él?

El ministro frunció el ceño y se mantuvo en silencio, pero el Príncipe saludó a Dawoud y a sus amigos con una media reverencia. Colocó una de sus manos inmensas sobre el hombro de Adoulla.

—¿Qué probabilidades hay, mi señor, de que volvamos a encontrarnos así? —preguntó el bandido—. ¿De que, al vigilar a los deshonestos porteros del palacio, mis hombres vean vuestro reluciente caftán blanco zigzagueando entre la multitud? Y rodeado de unos amigos tan peculiares. «Az, ¿qué probabilidades hay?», dije para mí. Debe de estar ocurriendo algo. Hablemos con el doctor y averigüemos de qué se trata.

Uno de los hombres engalanados con la librea del halcón, un individuo abestiado al que le faltaba una oreja, tomó la palabra.

—Sí, mi señor, han de haber pocas posibilidades. Tan pocas que sospecho de todo esto. Algo aquí apesta al dedo mierdoso del califa, y no es este día para sorpresas. Todo vuestro trabajo, mi señor, por tantos años, hasta venida esta fecha. Ya le han hecho daño a uno de los nuestros. —Señaló al guardia medio asfixiado—. La mía opinión, matarlos a todos si hemos de curarnos en salud.

La lógica llana de la afirmación hizo estremecerse a Dawoud.

Tras un largo instante atusándose el bigote, el Príncipe Halcón pareció tener en cuenta la sugerencia de su teniente. No obstante, una amplia sonrisa escindió el rostro moreno del Príncipe cuando volvió a hablar.

—No. No, Rompecráneos; lamentable pago haríamos así al doctor, quien, hace tan solo unos días, tuvo el noble gesto de confundir a los vigilantes a fin de salvarme el pellejo. Además, supondría un pobre cimiento para nuestro nuevo orden. Por otro lado, ese guardia debía recibir su merecido… ¡Golpear así a una muchacha desarmada! —El Príncipe chasqueó la lengua mientras ayudaba a levantarse al guardia corpulento.

«¿Confundir? ¿De qué está hablando?», se preguntó Dawoud. No concebía que su viejo amigo se hubiera convertido en un agente del Príncipe Halcón sin que él lo supiera. Y aunque de alguna manera esperaba que el ayudante de Adoulla aprovechase sin dudarlo la oportunidad de enfrentarse al criminal más buscado de la ciudad, el muchacho se mantuvo escamosamente inmóvil, como si una angustia interna lo paralizase.

—Me temo, no obstante —prosiguió el Príncipe—, que sois mis prisioneros. Y si sois agentes del nuevo califa, de ese hijo inútil de un hombre de dudosa valía, debo advertiros: no soy tan necio como para subestimaros. Quizá incluso tú, muchacha —dijo, volviéndose hacia Zamia y escrutándola de un modo grosero de arriba abajo—, seas algo más de lo que aparentas, ¿eh? —El Príncipe miró de nuevo a Adoulla—. Entonces ¿por qué estáis aquí?

«¿Qué sabemos nosotros? —volvió a preguntarse Dawoud—. ¿Qué debemos decir y qué debemos callar?».

—Estamos aquí —dijo Adoulla— porque hemos leído el mismo manuscrito que vos. Porque sabemos, al igual que vos, que el Trono de la Luna Creciente fue en su día el Trono de la Cobra.

«Bien, la suerte está echada».

Los ojos brunos del Príncipe Halcón se ensancharon.

—Excelente. No es fácil sorprenderme, mi señor, pero vos habéis conseguido dejarme atónito. Aunque esto que decís me da un nuevo motivo para reteneros hasta que todo este asunto se solucione. —El bandido extendió ante sí sus manos vacías e hizo un gesto de disculpa.

La mirada de Adoulla se tornó lo bastante fosca como para que incluso el imperturbable Príncipe diera un paso atrás.

—Pharaad Az Hammaz, escuchadme. No somos los únicos que conocemos los poderes del trono. Habéis oído a la gente hablar de mí y de los peligros de los que los he salvado durante las últimas décadas. Ahora os digo que un nuevo enemigo amenaza el poder del trono. Un enemigo que asaltará el palacio hoy, el día más corto del año. Un hombre que es más que un hombre, y menos al mismo tiempo. Un hombre cuyos poderes son más grandes y letales que los de ningún magus o creador de gules a los que me he enfrentado. Responde al nombre de Orshado, y si él y sus criaturas os arrebatan el trono, juro ante Dios que la sombra con alas de murciélago del

Ángel Traidor se extenderá sobre todos nosotros hasta el fin de nuestros días, y hasta el fin de los tiempos.

Por un momento, el Príncipe pareció inquietarse de verdad, aunque no tardó en recuperar la sonrisa.

—Conque el Ángel Traidor, ¿eh, mi señor? Lo siento, pero ¡no tengo tiempo para estos misterios tan grandiosos! ¡Soy enemigo del traidor! ¡Del califa traidor!

—¿Y no os preocupan las sospechosas muertes de vuestros hombres y los mendigos que jurasteis proteger? —preguntó Adoulla.

De pronto la espada del Príncipe apareció fuera de su vaina.

—¿Qué tenéis que ver vos con eso, anciano? Si algo os relacionase con esos asesinatos despreciables, no mostraremos piedad alguna.

—Juro ante Dios que no estoy involucrado. De hecho, lo que queremos es aniquilar a los horribles seres que lo hicieron.

El maestro ladrón atravesó a Adoulla con la mirada antes de enfundar la espada.

—Muy bien, mi señor; hablemos, pues. —Echó un somero vistazo por la habitación sin ventanas—. Pero no aquí. Vos y vuestro grupo vendréis con nosotros.

Los hombres del Príncipe los hicieron bajar por la escalera que nacía en el centro de la estancia. Accedieron a un sótano con las paredes de piedra, donde de nuevo el ministro del rostro alargado se situó en el centro. Se sacó una estrecha varita de la manga y trazó una serie de símbolos en el polvo que alfombraba el suelo. Dawoud observó que empezaba a obrarse la magia, por lo que no se sorprendió demasiado cuando, sin hacer ningún ruido, el suelo de piedra, aparentemente sólido, se abrió para dar paso a un túnel de pronunciada pendiente que continuaba hacia abajo. El ministro se despidió entonces del Príncipe con un acostumbrado saludo y volvió a subir las escaleras seguido de dos guardias.

Uno tras otro, Dawoud y sus amigos fueron introducidos en silencio en el túnel, donde no tardaron en llegar a un tramo llano. Minutos después llegaron a una cámara comparable en tamaño al recibidor de una taberna, por cuyo extremo opuesto se entraba a otro túnel. Los hombres del Príncipe encendieron varias antorchas de llama limpia, de la clase costosa que elaboraban los alquimistas,

y ocuparon sus puestos a lo largo de las paredes.

—Nadie podrá oír desde arriba lo que hablemos aquí —dijo el Príncipe una vez que ordenó detenerse al grupo—. Esperaremos las noticias de los hombres que tengo en palacio. Y vos, mi señor, me contaréis una historia.

Mientras esperaban a recibir alguna señal de los agentes del Príncipe, Adoulla y Litaz le contaron al bandido lo poco que habían averiguado sobre Mouw Awa y Orshado. Dawoud se mantuvo en la retaguardia del grupo junto a Zamia y un Raseed que permanecía extrañamente callado. No lograba distinguir todas y cada una de las palabras que pronunciaban con tono angustioso, pero oyó que su esposa preguntaba:

—¿Os hacéis una idea de lo que un verdadero siervo del Ángel Traidor podría hacer con el poder que pretendéis conseguir?

Él nunca había sabido cambiar su ademán del modo en que lo hacía Litaz, quien ora se mostraba inflexible, ora cariñosa, según requiriera la ocasión. A lo largo de su peculiar vida juntos, siempre había sido ella quien se encargaba de hablar, a menos que fuera necesario asustar a alguien con un pronóstico funesto. En estos casos, Dawoud retorcía la cara hasta conformar una mueca siniestra y ponía los ojos en blanco.

—Necesitaréis nuestra ayuda —dijo Adoulla, al cabo—. Cazar gules no es vuestra especialidad, Pharaad Az Hammaz.

Dawoud, intuyendo que los ruegos y la charla amistosa habían terminado, se colocó al frente del grupo. El Príncipe se dignó mirarlo, pero se dirigió a Adoulla:

—Me habláis de gules, mi señor. Aunque, a decir verdad, esas cosas no provocan más estremecimiento que ver morir a vuestros hijos poco a poco en un sucio jergón, comidos por las ratas. No aterran más que ahogar a vuestro viejo padre mientras duerme para poner fin a una enfermedad que podría curarse, si tuvierais el dinero necesario. No son peores que el hecho de que te corten una mano por hurtar un trozo de pan cuando el hambre atroz empezaba a haceros enloquecer.

—Vuestro teatro no… —comenzó a decir Dawoud.

—¡No es ningún teatro! —atronó el gigantón—. ¡Es la verdad! ¡La vida en Dhamsawaat! ¡Podría llevaros ahora mismo a conocer al muchacho! Diez años y ya le falta una mano. La herida lo habría

matado si mi gente no lo hubiera atendido. ¡Los miserables guardias ni siquiera le permitieron quedarse con el cantero del pan!

Un destello cruel alumbró sus ojos de color ébano.

—Nos llevó algún tiempo averiguar los nombres de los guardias que lo hicieron, pero al final dimos con ellos.

Dawoud se estremeció al ver la sonrisa del bandido.

—Esos villanos —continuó el Príncipe Halcón—, esos monstruos se muestran ante vos cada día, pero a menos que gruñan y tengan colmillos hechos de sabandijas, no merece la pena luchar contra ellos, ¿verdad? Magia del dolor, magia de la muerte… Un poder letal basado en la tortura y el miedo, ¿verdad? Hambre. Palizas. Obligar a las personas a vivir en casuchas diminutas. ¿Por qué el califa es distinto? ¿Porque se toma su tiempo a la hora de sacrificar vidas para ganar poder? ¿Porque las casetas de trabajadores situadas junto a la curtiduría son un poco más grandes?

Adoulla resopló con fastidio.

—¡No finjáis ser tan corto de entendederas como ese califa hijo de puta al que tacháis de necio! El mismo sirviente del Ángel Traidor que asesinó a vuestra gente busca lo mismo que vos. Podría encontrarse ya aquí. Y nadie más que mis amigos y yo podemos detenerlo.

—Bien, sabéis cosas que yo ignoro, mi señor. Muy bien, haced vuestro bailecito. Pero vuestros espías, sean quienes sean, algo de lo que tendremos que hablar algún día, no os lo han contado todo. El poder del Trono de la Cobra es terrible, aunque hay otra alternativa. Del mismo modo que la sangre de un heredero coronado en el trono puede conceder poderes formidables pero crueles, dicho heredero puede, a partir de su propio poder, transferir el dominio de la magia bondadosa del trono por voluntad propia. Y esa magia es igual de sublime. El poder de curar a cientos de leprosos en un abrir y cerrar de ojos. De alimentar a un millar de hombres con pan y pescado. Según algunas fuentes, el trono puede incluso resucitar a los muertos. El heredero tan solo ha de sentarse en él, tomar de la mano a otro hombre y decir que desea traspasar los poderes del trono. Ahora imaginad lo que un hombre que poseyera este poder, y que contase con un grupo de ministros honrados y sabios, podría hacer por nuestra ciudad. Podría…

Dawoud no estaba dispuesto a seguir escuchándolo.

—Aun si esto que decís fuera cierto, es una locura. No dudo de que tengáis agentes infiltrados en palacio listos para actuar a vuestra señal. Pero mientras los guardias luchan con vuestros hombres, Orshado y su criatura entrarán en acción… y toda disputa entre las personas se tornará insignificante.

Adoulla se atusó la barba y miró con fijeza al bandido. ¡Estaba sopesando la conjura del traidor Príncipe Halcón!

—Adoulla… —comenzó a decir Dawoud, pero su amigo levantó la mano para interrumpirlo.

—Dawoud, hijo de Wajeed, tiene razón —dijo Adoulla—. Estáis jugando con el destino del mundo entero, Pharaad Az Hammaz. Cuando el otro día os ayudé a libraros de la guardia, me dijisteis que me debíais una. Ahora os pido…

El corpulento bandido profirió una carcajada sonora.

—Mi señor, ¿de verdad pensáis que necesitaba que me salvaseis? ¡Podría haber escapado de aquellos hombres aun estando dormido y cojo! Os vi en aquel callejón, sabedor de quién erais, y decidí aprovechar la ocasión para comprobar hacia dónde soplaba el viento con vos.

—¡Si os gusta el viento, oled el que sale de mi culo! Pero al contrario que vos, no soy lo bastante iluso para llamarlo perfume. Este plan vuestro es una locura y por su culpa estáis poniendo en peligro a esta ciudad que decís que amáis. Os pido que lo abandonéis.

—Estoy en deuda con vos por vuestra intención, no por vuestra ayuda, mi señor. Pero no soy tan lerdo como para dar un dinar por un dírham. Además, como puede atestiguar vuestro asistente, ya he saldado la deuda, ¿o acaso ese dechado de honestidad pretendía ocultaros ese hecho? —Miró al derviche chasqueando la lengua, aunque Dawoud no tenía ni idea de a qué se refería el bandido—. En fin, el orgullo puede comerle la lengua incluso al hombre más honesto, de modo que no tiene importancia. Pero, aun si lo que decís fuera cierto, mi señor, y una mínima parte de mi corazón así lo siente, no existe modo alguno de que accedáis a la condenada sala del trono sin mi ayuda.

—Se diría entonces que el uno necesita la ayuda del otro —oyó Dawoud decir a su amigo.

Volvió a abrir la boca para protestar pero comprendió que él no

tenía ninguna estrategia mejor que proponer.

Adoulla lo miró; sus espesas cejas grises estaban hundidas en un profundo ceño.

—O lo hacemos así o dejamos que estos hombres nos aten o nos degüellen. ¿Debo recordarte cuál es el precio a pagar si fracasamos?

—De modo que vamos a rescatar al califa, solo para ayudar a su mayor enemigo —intervino Raseed, rompiendo al fin su silencio.

Adoulla sacudió una mano para restar importancia a la conclusión del derviche.

—Yo no he venido aquí para salvar al califa, muchacho. ¡Por mí como si le parte un rayo! He venido para salvar mi ciudad y el mundo sobre el que se sostiene.

—Muy bien, entonces. —El Príncipe dio una palmada y obsequió a Adoulla con una sonrisa de conformidad, como si hubieran acordado una fecha para tomar el té—. Lo haremos así: vos y los vuestros podéis uniros a nosotros, porque si ese Orshado existe de verdad, vuestros poderes nos serán de gran ayuda. Pero debo advertiros que, si me la jugáis, os mataré a todos.

La mirada de acero de Raseed podría atravesar a un hombre.

—Y si vos intentáis hacerle daño a estas personas, ladrón, yo os mataré a vos.

Dawoud oyó el trapaleo y los murmullos de los hombres del bandido, que no ocultaron su aversión por ellos. Pero el Príncipe Halcón, más que temeroso, parecía ofendido.

—Nadie ha resultado herido todavía, muchacho —le recordó el Príncipe—. Solo estamos hablando. Pero amenazar con matarme podría bastar para que acabaras lamentándolo, si no te andas con cuidado.

El derviche escrutó detenidamente a los hombres armados que los rodeaban.

—Os retaría a un duelo, entonces —le dijo después al Príncipe —, a un combate ante Dios, Juez de Todas las Cosas, por el destino de…

—¿Un duelo? —lo interrumpió el Príncipe—. Debes de estar bromeando. ¿En qué cuento para niños te crees que vives, muchacho?

«¡Oír esto de alguien que se hace llamar “Príncipe Halcón”!», pensó Dawoud.

—¿Os negáis? —bufó el muchacho—. Un duelo es el derecho de todo…

Por fortuna, Adoulla aplacó a su protegido, poniendo los ojos en blanco detrás de él. Se interpuso entre los dos espadachines y se dirigió al Príncipe Halcón:

—Disculpadlo, Pharaad Az Hammaz; es joven.

—«Un genio con la espada pero un memo en la calle», ¿verdad, mi señor? Eso me había parecido a mí también.

Adoulla soltó una carcajada, y hasta que no transcurrió un instante no pareció caer en la cuenta de que se había unido a un desconocido para reírse de un amigo. El cazador de gules agachó la cabeza y se acercó al derviche para ponerle una mano en el hombro al tiempo que farfullaba una disculpa.

—Me impresiona ver el celo con el que veláis por este hatajo de jóvenes peligrosos, mi señor —admitió el Príncipe—. Como si fueran vuestros propios hijos, aunque los conduzcáis a la batalla. Lo comprendo. ¡De hecho, todos estos hombres que veis conmigo son también como mis propios hijos!

Dawoud estaba harto de la palabrería del bandido, pero la gravedad con que se expresaba parecía sincera, si bien un tanto ensayada.

Un hombre cubierto de pústulas, y lo bastante anciano para ser el padre del bandido, habló con sequedad:

—Bueno, papá, si no vais a seguir el consejo del Rompecráneos y no pensáis matar a esta gente, ¿cuál es el plan?

—Contamos con la ayuda de nuevos aliados, Ramzi, pero nuestros planes no han cambiado. Hablando de lo cual… Oigo, aunque sin duda ninguno de vosotros puede, a nuestro hombre llamándome con una señal silenciosa. Debo hablar con él. Ahora vigilad a nuestros nuevos amigos con todo vuestro amor, ¿queréis?

El Príncipe se puso en marcha con una presteza imposible para un hombre, y desapareció por la salida del otro extremo de la sala. En cuanto lo perdieron de vista, Ramzi, el matón anciano, se acercó a Dawoud y Adoulla y con tono amenazador les susurró:

—¡Más os vale aprender a hablarle a nuestro Príncipe como es debido!

—¿O qué? —Dawoud lo retó con una mirada que decía «Inténtalo»—. ¿Mataréis a un viejo por hablar con franqueza? —

Estaba harto de que los matones le dieran órdenes. Si Dhamsawaat estaba atrapada entre hombres como el califa y hombres como aquel, tal vez Litaz tuviera razón. Tal vez, si sobrevivían a aquella situación, deberían marcharse de aquella ciudad maldita.

El hombre lo lanceó con unos ojos pétreos aunque enseguida relajó su semblante.

—Dejad que os cuente una historia, forastero. Hace cinco años yo era un muerto de hambre que trabajaba partiendo piedras por una miseria. Nunca me importaron un bledo ni Dios, ni los príncipes ni todas esas cosas. Una noche, cuando vuelvo a casa después de pasar por el salón de té, encuentro a mi hija pequeña, Shahnta, muriéndose por culpa de una fiebre verde que dura ya tres días. No existe ninguna medicina para tratarla, salvo las tónicas que elaboran los físicos del califa, y ya sabéis cómo funcionan esas cosas. Paso dos días con sus dos noches con la cabeza en el Lago de las Llamas, trabajando para alimentar a mi otro hijo, sano pero medio muerto de hambre, cuando debería estar en casa ayudando a la esposa a cuidar de la que se está muriendo.

»Entonces alguien llama a la puerta y aparece el Príncipe con un puñado de monedas de plata; nada de calderilla, no: plata, ¡y uno de los físicos de palacio! ¡Y el hombre del califa entra corriendo para examinar a nuestra hija! Nunca olvidaré su cara. Estaba ansioso por ayudarnos. Casi… —Ramzi esbozó una sonrisa malvada —, casi como si su vida dependiera de ello. Aunque antes de que el Príncipe hablase con él, no se habría molestado ni en espantar las moscas de la cara de nuestra hija muerta. Ahora mi clan es el clan del Príncipe.

Dawoud dedujo que Ramzi procedía de alguna aldea, por su acento. Los aldeanos siempre se tomaban aquel tipo de vínculos más en serio que los habitantes de la ciudad.

El Príncipe volvió a salir del túnel y regresó con el grupo. Dawoud carraspeó ruidosamente.

—Secuestrar a una persona y obligarla a hacer vuestro trabajo a punta de espada. Propiciar el beneficio de un hombre aterrorizando para ello a otro. ¿Y si uno de los muchachos de palacio hubiera muerto mientras el físico se encontraba ausente? ¿Se lo habría merecido por ser vástago de un rico? ¡Sois todo un héroe, oh, Príncipe Halcón!

Ramzi llevó la mano a su gruesa porra.

—¡Os dije que vigilaseis vuestra lengua, forastero!

El Príncipe lo detuvo con una mirada de decepción.

—No, Ramzi. Te estoy agradecido por tu lealtad, pero este no es nuestro estilo. No luchamos para ver quién es más fuerte ni para comprobar quién cuenta con el apoyo de más hombres armados. Luchamos para demostrar quién tiene la razón de su parte. Nunca te he pedido que me sigas por ser quien soy, sino por lo que defiendo.

—Sí, mi señor, me lo habéis dicho. Principios. Yo también soy un hombre de principios. Pero él… —Bosquejó una sonrisa amenazadora y señaló su porra—. Es un hijo de puta de la vieja guardia. Solo le preocupa su clan.

El Príncipe sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—No tienes remedio, Ramzi. En cualquier caso, prepárate, y tú también, Rompecráneos; nuestros compañeros dicen que se acerca el momento de ponerse en marcha.

Litaz, que permanecía junto a Dawoud, resopló.

—¡Rompecráneos! ¡Hadruba! ¡Vaya nombres que os ponéis los del barrio!

Dawoud le estrujó el brazo. «¡Este no es momento para dejar hablar a la sobrina malcriada del bajá, amor mío!», le dijo con los ojos. Pero ella lo ignoró.

—¡En serio! ¿Esos son los nombres que os dieron vuestras madres? —Chasqueó la lengua.

Los matones prefirieron no tomarse el comentario a pecho. Rompecráneos le dedicó una reverencia burlona.

—Si de verdad os interesa, mi señora, mi madre me puso Fayyaz.

—¿Qué te parece? ¡A mí tu madre me puso «El garañón de la alcoba»! —intervino uno de los compañeros de Rompecráneos a la vez que graznaba una carcajada.

A pesar de su desdén, Litaz también se rio.

—«¡Oh, creyente! Cuando un hombre se cruce en vuestro camino, sabed que Dios, quien da unidad a lo que está despedazado, ha tenido a bien tejer un único destino con las hebras de vuestras vidas» —recitó girándose hacia el Príncipe—. Necesitaba esa risa. Ruego para que Dios nos convierta en amigos y no en enemigos, Pharaad Az Hammaz.

«En el fondo sigue siendo una niña malcriada del río Azul —pensó Dawoud—. Se deja impresionar por unos asesinos de sangre fría a los que toma por pilluelos entrañables». No era la primera vez que Dawoud sentía un odio abrasador por los hombres de cuerpo robusto y sonrisa fácil.

El Príncipe Halcón inclinó la cabeza en señal de avenencia con Litaz.

—Ojalá que así sea, mi señora, aunque no me molestaré en rogárselo a Dios, quien permite que el hombre haga la guerra por unas migajas de pan y un terruño. ¡Quien permite que una enfermedad que abrasa la piel mate a nuestros hijos!

Raseed profirió un gruñido, un rugido que sonó más feroz que cualquiera de los que hubiera articulado la mujer de la tribu.

—Enfádate cuanto gustes, derviche —le dijo el Príncipe—. ¡A Dios no le han importado una mierda Sus hijos en seis mil años! ¿De verdad crees que está sentadito en el cielo, observándonos con una sonrisa en la cara? ¡Mira a tu alrededor! Fíjate bien en este mundo demencial, sangriento y miserable en el que vivimos. Él creó el mundo, Él nos creó a nosotros, y después nos abandonó a nuestra suerte. Y hasta hoy, amigos míos, no hemos hecho de él más que una montaña de mierda. —Los ojos del bandido se iluminaron de nuevo—. Pero incluso la mierda puede aprovecharse para algo. Como fertilizante. Como combustible. Oh, sí. Pero para darle esos usos, antes hay que hacerla polvo. O quemarla.

—¡Lunático! ¡Blasfemo! —Raseed dio una larga zancada amenazadora hacia Az.

El bandido levantó una mano para contener a sus hombres mientras anclaba una mirada de acero en el derviche.

—Frena tu lengua, muchacho. Esto es el mundo real, no un tablado para duelos. Como sabes, lo mío es el juego sucio.

La mano del derviche voló hacia la empuñadura de su espada antes de que recordase que no portaba ningún arma.

Litaz no dudó en interponerse entre ellos. «Mi esposa, la pacificadora», pensó Dawoud. Se irguió todo lo que le permitió su estatura, casi la misma que la de Raseed, aunque su coronilla seguía quedando bastante por debajo de los hombros del Príncipe.

—¿Estáis locos? ¿Habéis perdido el juicio por completo? Hay solo Dios sabe cuántas vidas en juego en estos momentos y a

vosotros, bufones, no se os ocurre nada mejor que golpearos el pecho el uno al otro. ¡No tenemos tiempo para esto! ¡Imbéciles!

«En fin, quizá “pacificadora” no sea el término más preciso».

El Príncipe sonrió.

—Me recordáis a mi madre, mi señora. Y mi madre no era una mujer bondadosa. Pero no me importa retirarme si también lo hace el bocazas de vuestro hombrecito santo.

—No toleraré que una blasfemia quede sin contestar —insistió el derviche con frialdad.

Litaz meneó un dedo ante el rostro de Raseed aunque le habló ablandando la voz:

—Respóndeme a lo siguiente, cariño: ¿de verdad crees que es esto lo que Dios espera de nosotros? ¿Que nos enfrentemos por culpa de unas palabras vacuas mientras el Ángel Traidor hace que el mundo se derrumbe desangrado? El escaso tiempo que nos queda es muy valioso. ¿Piensas que servirás al Clemente desperdiciándolo aquí, gritando cuán devoto eres?

De súbito se oyó una serie de pasos frenéticos procedentes de las profundidades del túnel. Cuando un hombre vestido con la librea del halcón apareció en la estancia a la carrera, el Príncipe fue a consultar con él. A continuación, el cabecilla de los ladrones habló para todos los presentes en la cámara de la cueva:

—La mujer de Soo tiene razón, amigos, el tiempo es valioso, ¡y por fin todo está listo! ¡Ha llegado nuestro momento! Hace años podríamos haber iniciado una segunda guerra civil en esta ciudad. Pero el Halcón sabe cuándo atacar y cuándo aguardar. ¿Le hemos gritado a la gente para avisarla del peligro al que se enfrenta? ¡No! ¡Hemos apuñalado a los joyeros en su gordo culo para robarles sus rubíes y repartirlos entre los pobres! ¡Ahora tenemos que apuñalar al joyero más gordo de todos para entregarle al pueblo el mayor rubí de todos! Muchos de nuestros amigos han pagado un alto precio para que este día llegase. ¿Vamos a permitir que su sacrificio sea en vano?

—¡NO! —rugieron al unísono los hombres del cabecilla de los ladrones.

—¡Debemos sincronizarnos a la perfección! —bramó el Príncipe —. Tan solo tenemos una oportunidad para irrumpir en palacio, blandiendo las armas, poniendo en marcha nuestro glorioso y audaz

plan mientras… —Enardecido por su propio discurso, continuó divagando al tiempo que dirigía la marcha por el túnel.

Al cabo de varios minutos de caminata por otro pasadizo retorcido, el Príncipe se acercó a paso ligero al grupo de Dawoud, al que habló con un tono que contrastaba significativamente con la rimbombante arenga que acababa de pronunciar.

—Puedo ver la pregunta «¿Dónde estamos?» grabada en vuestro rostro —les dijo—. Yo os lo diré. Estamos en un túnel subterráneo que conduce a palacio. Existen varios pasadizos como este, algunos de los cuales ni siquiera los califas llegaron a conocer nunca. Más antiguos que el propio califato, construidos en la época de la Ciudad Subterránea de Kemeti. Conocidos solo por quien ha pasado media vida estudiando esta cultura. Hay un túnel en concreto que lleva directamente a las ruinas del templo kem, sobre las que se construyó el corazón del palacio. Por desgracia, el túnel describe una ruta bastante tortuosa que serpentea adelante y atrás, de manera que una caminata de diez minutos termina alargándose una hora. Aquí cualquier ruido retumba mucho, por lo que en adelante debemos guardar un silencio absoluto. Y no tengo por costumbre amenazar a mis nuevos amigos, pero he de advertiros que ese silencio será impuesto si hace falta. Ah, casi lo olvidaba: os devolveremos vuestras armas. —El cabecilla de los ladrones le hizo una señal a uno de sus hombres y este entregó la espada a Raseed y la daga a Litaz, para luego escabullirse de regreso al frente del grupo.

Caminaron durante una hora, avanzando y retrocediendo, subiendo y bajando, atravesando túneles y cámaras de piedra pálida y tierra compacta. El camino hizo que a Dawoud empezaran a dolerle los pies y que un nubarrón de pensamientos aciagos le nublase la mente. Pero ni una sola palabra brotó de sus labios.

18

Casi una hora después de que el Príncipe Halcón hiciera callar al cazador de gules y sus amigos, el túnel formó una pendiente hacia arriba, lo bastante pronunciada para que Adoulla comenzase a jadear. A continuación, el pasadizo desembocó en una inmensa… ¿cueva? ¿Sala? Ya fuese aquel espacio obra del hombre o de la naturaleza, la amplia cámara de paredes de piedra que lo rodeaba consistía en un espacio húmedo y oscuro, una serie de estanques enormes atravesados por estrechas pasarelas y altas columnas de piedra moldeada. El agua chapoteaba por todas partes y Adoulla hubo de hacer acopio de toda su voluntad para no blasfemar a voz en cuello, asombrado por lo que estaba viendo. «¡Una cisterna! ¡Más antigua que el Palacio de la Luna Creciente y situada justo debajo del mismo! ¿Cuánto hace que no baja nadie hasta aquí?».

Tuvo la impresión de que la ciudad que conocía se estuviera transformando bajo sus pies. Se vio asaltado por una confusión tal que necesitó un momento para procesar el hecho de que ya hubiera algunos hombres allí cuando el grupo entró en la cisterna, alumbrada gracias a la luz tenue y limpia de las antorchas de aquellos.

Dos muchachos musculosos se encontraban en el centro de la gran oquedad, donde realizaban ajustes en una especie de escala alargada compuesta de palos y cuerdas. El artilugio ascendía hasta el techo, donde sus viejos ojos apenas si alcanzaban a ver. Aun así, al levantar la vista hacia la negrura, atisbó un pequeño orificio en la

bóveda de la cámara, donde la escala estaba amarrada de alguna manera.

«Un pozo —comprendió Adoulla—, un pozo abierto en medio del palacio. ¡La ciudad se movía debajo de él! La simple existencia de aquel pequeño agujero de piedra suponía un hecho extraordinario; ¿habría terminado de otra manera la guerra civil acontecida en la antigüedad si las tropas del Sagrado Usurpador hubieran sabido de aquella brecha en la defensa del califa? ¿Qué habría ocurrido con el último…?».

Sus pensamientos se interrumpieron cuando el Príncipe se giró hacia ellos y se llevó un dedo a los labios para pedirles silencio de nuevo. El cabecilla de los ladrones siguió adelante y, empleando una serie de señales con los dedos que Adoulla no logró identificar en la penumbra, consultó con los dos muchachos de la escalera. Momentos después el bandido le hizo unas señas al grupo para que se colocase alrededor del armadijo. Algunos de sus hombres ya estaban escalando por él.

El Príncipe indicó a Adoulla y a sus amigos que subieran. El doctor oyó que Dawoud maldecía en voz baja tras él. Aun así, al magus pareció irle mejor la escalada de lo que imaginaba. Cuando le tocó el turno a Adoulla, descubrió por qué: la escala estaba construida de un modo tan ingenioso que trepar por ella se convertía en una tarea menos ardua de lo que cabría esperar. Poco a poco, a medida que se acercaba a la brecha de la bóveda, Adoulla, más que oírlo, percibió a otro de los grupos del Príncipe cuando entraba en la cisterna y se dirigía hacia la escala. «Claro». El Príncipe había armado allí una suerte de aparato de escalada porque pretendía que un buen número de hombres armados subiesen rápidamente por él y accediesen al palacio.

A Adoulla empezaban a dolerle las manos por el roce con las cuerdas, y entre el ejercicio y el calor del caftán había comenzado a sudar. Unos pasos por encima de él, Dawoud jadeaba intensamente. Por muy ingenioso que fuese el armatoste, dio las gracias cuando por fin lo coronaron, salieron por la brecha…

Y aparecieron justo en medio de un corro de guardias ceñudos que los esperaban espada en mano. Adoulla, aterrorizado, sintió deseos de volver a descender por la escala de palos y cuerdas. Después observó que aquellos hombres estaban intercambiando

señales con los seguidores del Príncipe que habían subido antes que él. «Más infiltrados». No sabía si admirarse o preocuparse por la influencia de Pharaad Az Hammaz dentro del palacio.

La sala a la que accedieron medía tres metros y medio por un lado y sus paredes eran de piedra gris. Olía al agua del pozo de abajo. El Príncipe indicó por señas a Adoulla y a sus amigos que se dirigieran a una pequeña puerta arqueada de la pared del fondo. El derviche y el magus, la alquimista y la badawi se distribuyeron alrededor del bandido, tal como hicieron otra media decena de sus seguidores. Al mirar tras ellos, Adoulla vio que la sala comenzaba a llenarse de hombres armados que no dejaban de brotar en silencio del pozo.

El cabecilla de los ladrones los guio por la salida en dirección a una inmensa cocina repleta de hornos de piedra. Otras dos puertas daban a sendas habitaciones y ambas estaban flanqueadas por una pareja de guardias. El hecho de que no se sorprendieran al ver entrar al bandido revelaba que también ellos se contaban entre sus agentes. El olor a pan cocido inundaba la habitación, pero debajo de este subyacía otro que Adoulla conocía bien: el de la sangre.

En medio de la cocina había una oronda mujer de tez tostada, tan corpulenta como Adoulla, que llevaba un delantal de cocinera y sostenía un enorme cuchillo de carnicero empapado de sangre. A sus pies yacía un guardia muerto con la cabeza abierta por un tajo escalofriante. El Príncipe se acercó deprisa a ella para intercambiar algunas señas rápidas. Acto seguido, demostrando de nuevo una velocidad sobrehumana, corrió alrededor de la cocina mientras esparcía una especie de polvo por el suelo. Sacó una caja de pedernales y prendió el polvo, que no ardió con una llama visible, sino que los envolvió en un tenue resplandor azul. «Alquimia», comprendió Adoulla, aunque no entendía mucho más. Le dirigió una mirada inquisitiva a Litaz, quien se limitó a encogerse de hombros. Se trataba de un compuesto tan extraño que se sentía desconcertada. Por enésima vez aquel día, el cazador de gules estaba impresionado por los recursos del Príncipe.

—¡Bien! —gritó Pharaad Az Hammaz, rompiendo el silencio—. Ya podemos hablar, el polvo de pantera impedirá que se nos oiga más allá de esta habitación. Amigos míos, os presento a Madre Medianoche, reina de las cocinas del califa. Ella y el ministro que

habéis conocido antes llevan años ayudándome a preparar esta fiestecita. Si sobrevivimos al día de hoy, se lo deberemos todo a ella. —El Príncipe se volvió hacia la enorme mujer—. Puesto que no se oyen gritos ni campanas, debo deducir que no nos han descubierto.

—En efecto, Pharaad —respondió Madre Medianoche, cuya voz sonaba igual que una roca que se resquebrajase—. Los pocos incautos que metieron las narices en el lugar equivocado en el momento menos oportuno están despachados, pero no podremos seguir ocultando los cadáveres para siempre. —Con el cuchillo de carnicero teñido de carmesí señaló la decena de hornos inmensos que abarcaban toda la estancia. Aquí y allá, asomando de las cavidades, Adoulla podía ver las manos o los pies calzados de los guardias reducidos.

Se le revolvieron las tripas. «Así pues, la suerte está echada. Nos guste o no, formamos parte de esta usurpación demencial».

Raseed y Zamia, que permanecían junto a él, fueron a protestar furiosamente, pero el cazador de gules los acalló con su mirada más pétrea.

—Orshado. Mouw Awa —susurró con aspereza—. Ahora no hay otro modo de detenerlos. Es lo único que importa. —Gracias a Dios, ninguno de los jóvenes guerreros se empeñó en prolongar la discusión.

—Está a dos habitaciones de aquí, Pharaad. En la Cámara de Terciopelo, listo para tomar el Almuerzo de la Tercera Jornada. El Garante de la Virtud nunca está solo del todo, pero este es el momento en el que cuenta con menos compañía de toda la semana. Todo está según lo habéis planeado. Esta es la oportunidad que estábamos esperando.

Raseed rompió su breve silencio.

—¿Y no sentís ni un asomo de bochorno, mujer? ¿No os da vergüenza traicionar de esta manera a vuestro califa y señor?

El Príncipe Halcón miró enfurecido al muchacho mientras Madre Medianoche arrugaba el entrecejo y resoplaba.

—Pregúntale al Garante de la Virtud por mi hija y los… apetitos que lo movían, hombre santo. Pregúntale por Madre Medianoche, que le sirvió con lealtad a él, y a sus padres antes que a él, y que fue recompensada con la violación y el repudio de su única hija, que se

quitó la vida. Y después háblame de vergüenza y traición.

Para sorpresa de Adoulla, la respuesta dejó mudo al derviche. Tras ellos, los hombres del Príncipe seguían formando filas silenciosamente en la cocina.

El cabecilla de los ladrones puso una de sus enormes manos en el hombro de Madre Medianoche.

—Mi señora, te juro por mi alma que dentro de medio día podrás hacerle esas preguntas tú misma a ese pedazo de escoria. ¡Aunque me temo que la única respuesta que obtendrás será el ruido de su cabeza al caer en la estera de cuero del verdugo!

Miró a Adoulla.

—No parece que haya ningún monstruo por aquí, salvo el que yo he venido a cazar, mi señor. Pero dos habitaciones más adelante se encuentra el hombre que está asfixiando a esta ciudad. Os doy a vos y a los vuestros una última oportunidad para elegir. Seguidme a esa habitación y asumid las consecuencias, o volved a bajar por el pozo, bajo la custodia de mis hombres, por supuesto, y cruzaos de brazos mientras toda esta aventura termina, pese a vuestros avisos desesperados sobre la presencia de los gules. En cualquier caso, las palabras del derviche me parecen muy sospechosas. Deberéis jurar ante Dios que no me traicionaréis —advirtió, mirando directamente a Raseed— o, de lo contrario, no seguiréis adelante con nosotros.

«El hereje exige juramentos», pensó un afligido Adoulla, que vio su gesto irónico reflejado en los rostros de sus amigos cuando estos dijeron:

—Lo juro ante Dios Todopoderoso.

A excepción de Raseed, cuyo semblante parecía tallado en mármol a juzgar por lo poco que revelaba. «Sabe, tan bien como yo, que Orshado se mostrará y que es su sagrado cometido ayudarme a detenerlo. Y, obviamente, una parte de él desea velar por la mujer de la tribu».

El muchacho no dijo nada. Adoulla carraspeó. Madre Medianoche, que había estado ocupada embutiendo en un horno el cadáver del guardia con la cabeza abierta, dio unos golpes en el suelo con el pie.

—No hay tiempo para esto, Pharaad —le recordó.

Adoulla tomó al derviche por el codo y se lo estrujó. Vio que Raseed le lanzaba una mirada a Zamia antes de susurrar:

—Lo juro ante Dios Todopoderoso.

Siguiendo al cabecilla de los ladrones, el grupo abandonó la cocina para dirigirse a otra sala de paredes blancas y decoradas con minuciosos grabados. El tenue aroma de unos perfumes agradables —más sutil que el incienso y sin duda producto de algún conjuro de ráfaga— llenaba la estancia. La puerta de ébano de la pared opuesta era el único punto oscuro de la habitación. Antes de que Adoulla pudiera detenerse a pensar sobre el extraordinario momento del que formaba parte, el Príncipe y un puñado de sus hombres atravesaron la estancia y degollaron a dos guardias. Pharaad abrió las enormes puertas de una patada con una fuerza que se antojaba imposible e irrumpió en la habitación contigua. Ya no había nada que Adoulla y sus amigos pudieran hacer salvo seguirlos.

Madre Medianoche la había llamado Cámara de Terciopelo, y saltaba a la vista por qué: el techo, las paredes, el suelo y un espacioso sofá endoselado estaban revestidos con aquel material afelpado de color púrpura. Y en el centro de este se encontraba sentado un muchacho de complexión frágil cubierto de joyas y túnicas resplandecientes que miraba estupefacto a uno de sus guardias, quien acababa de abrirle la cabeza a otro.

Cuando Jabbari akh-Khaddari, Regente de Dios en el Mundo, encontró las fuerzas necesarias para gritar, el Príncipe Halcón ya había esparcido el destellante polvo azul de antes por toda la estancia. Estaba claro que nadie podía oír el alboroto de los gritos.

—Sois… Sois… ¿Cómo habéis…? —balbució el califa sin un ápice de cortesía en su tono—. Ningún intruso puede acceder al… —Guardó silencio; obviamente no sabía qué decir. Cuando vio a Dawoud, sus ojos perfilados con kohl se ensancharon todavía más —. ¡Vos! ¿Dónde est…?

—¡Ahórrate tus preguntas, tirano! —gritó el Príncipe, en cuyos ojos flameaba una resolución demencial—. Pero respóndeme a esto: ¿qué se siente al…?

Las palabras del Príncipe quedaron cortadas cuando el califa tocó uno de sus anillos, momento en el que un resplandor inundó el aposento. Adoulla, presintiendo el peligro gracias al sexto sentido que había desarrollado durante las últimas décadas, echó a correr hacia el califa, cuando vio que Pharaad Az Hammaz hacía lo mismo. Algo encajó en su sitio a sus espaldas, y delante de él vio

que un grueso panel de madera se descolgaba del techo, separándolo del califa. «Paredes falsas». El ardid también había conseguido apartarlo de sus amigos.

El Príncipe Halcón estaba junto a él, golpeando los paneles con el pomo de su espada.

—¡Por las pelotas de Dios! —bramó el ladrón—. Están hechos de madera encantada. ¡Maldita comadreja hija de puta! Aunque, en realidad, supongo que tampoco es un gran problema. Despacharlo a él primero habría ayudado, pero no es la presa más importante. En cierto modo, esto nos pone las cosas más fáciles… Ahora está aislado del heredero.

—Más fáciles para vos, tal vez, ¡condenado lunático! —rugió Adoulla—. ¡Mis amigos se han quedado al otro lado de esta cosa! No pienso abandonarlos. —Adoulla aporreó la pared de madera y llamó a sus compañeros a gritos, sin importarle que pudiera alertar a los guardias. Sabía que Dawoud y los demás estarían haciendo lo mismo al otro lado del panel. Pero no oía sus gritos ni sentía que nadie estuviera dando golpes por el otro lado de la delgada madera. «Más magia en acción».

Un brillo de compasión sincera se prendió en los ojos del Príncipe, que habló en tono práctico:

—Haced lo que debáis, mi señor. Pero a menos que mis sospechas carezcan de fundamento, echar abajo esta pared requeriría todo un día de trabajo, incluso para una maestra alquimista como la noble Litaz, hija de Likami.

Adoulla tuvo la impresión de que el Príncipe conocía la reputación de sus amigos tan bien como la suya.

—Vuestra apuesta más segura es seguirme —añadió el Príncipe —. Sin mí tendréis problemas con los guardias y con mis hombres, por no hablar de las dificultades que encontraréis para salir del laberinto monstruoso que es este palacio.

El bandido, por supuesto, tenía razón.

Frustrado, Adoulla le dio una patada a la pared de madera que lo separaba de sus amigos, lo que le valió un dedo magullado. Cuando levantó la vista vio a Pharaad Az Hammaz echar abajo una cortina de terciopelo y salir corriendo por el pasadizo de piedra que se ocultaba detrás.

No cabía duda de que el cabecilla de los ladrones había

memorizado el plano del palacio, puesto que avanzaba dando zancadas decididas, girando a izquierda y derecha por las distintas ramificaciones y atravesando salas con tal rapidez que a Adoulla le costaba seguirle el ritmo. El cazador de gules resolló:

—Te alcanzaré.

El Príncipe Halcón lo miró con un brillo de salvaje resolución en los ojos, sin prestarle demasiada atención.

Adoulla lo siguió a través de otra sala alargada, por donde pasaron raudos como centellas junto a un grupo de hombres que luchaban ataviados con sus libreas. Los contendientes lo miraron sorprendidos, pero estaban tan ocupados intentando matarse entre ellos que no se molestaron en intentar liquidarlo a él. Vio que el Príncipe se apresuraba a cruzar una serie de grandes puertas adornadas que se encontraban abiertas. Lo siguió.

Entró en una habitación inmensa iluminada por unos faroles mágicos que nunca se apagaban. Bajo el inusitado resplandor de las llamas podía ver, repartidas a lo largo de las paredes, decenas de espaciosas vitrinas de cristal bordeado de oro. Cada una de ellas contenía un gran turbante. «¡La Cámara de los Defensores Celestiales!». La legendaria y simbólica última morada de los difuntos califas, cada uno de los cuales estaba representado por un turbante refulgente. Sedargéntea púrpura, plumas de pavo real y perlas tan grandes como el puño de un niño. Adoulla se obligó a cerrar la boca y siguió adelante.

Otra sala imponente, casi tan inmensa como toda una manzana. En el techo destacaban las labores de perlas, platino y oro. De las paredes colgaban unos tapices relucientes que representaban a los Ángeles Hospitalarios. Adoulla jadeaba según corría entre las columnas de mármol rosa, talladas ingeniosamente, de tal manera que las ondas y las vetas recogían los nombres de Dios. «¡No cabe duda de que los califas están convencidos de que son los regentes de Dios en el mundo! En todos los rincones del palacio pueden verse Sus nombres —pensó Adoulla—, aunque no hay ni rastro de Su obra».

En ese momento oyó gritar a unos hombres en algún lugar del palacio mientras una campana tañía con insistencia en señal de alarma. Mucho más cerca de él oyó el ruido de armas entrechocando. Dobló una esquina justo a tiempo para ver cómo

Pharaad Az Hammaz intercambiaba una breve serie de espadazos con dos hombres que guardaban una pequeña puerta de bronce.

Con su sable de hoja ancha realizó una finta y detuvo las estocadas como si blandiese un estoque de magistral factura. El arma dejó tras de sí una estela dorada al hundirse en el cuerpo de los guardias. «Magia de armas». De la que costaba una fortuna. Una vez más, Adoulla se maravilló ante lo abultado del monedero de Pharaad Az Hammaz. Los guardias perecieron en cuestión de segundos, y el Príncipe abrió la puerta de golpe.

Adoulla lo siguió adentro.

El aposento era más pequeño y elegante que la mayoría de las estancias del palacio que había visto, a modo de reflejo de su ocupante: un niño de nueve años de aspecto frágil que llevaba lentes oculares y túnicas bordadas con hilo engemado, las cuales debían de costar tanto como la casa de Adoulla. Levantó la vista y pestañeó al verlos entrar.

El niño era la viva imagen del califa. «El heredero». El pequeño Sammari akh-Jabbari akh-Khaddari estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un cojín en el centro de la habitación, con un voluminoso libro abierto y alumbrado ante él. Su expresión apacible fue sustituida por otra de sorpresa cuando de súbito se percató del caótico estruendo que sacudía el palacio. Adoulla supuso que la puerta de bronce debía de haber permanecido encantada con un hechizo de silencio. «Tanto dinero y magia desperdiciados para ahorrarles un disgusto a estos necios».

—Sois… Sois… Sois él —trastabilló el niño con un poco más de elegancia que su padre—. ¡El Príncipe Halcón!

—¡POR SUPUESTO QUE LO SOY, OH, APRENDIZ DE TIRANO! —bramó el Pharaad según avanzaba espada en mano hacia el muchacho de apariencia apocada, al que el grito había dejado atónito—. ¡Soy el Príncipe Halcón y mi cólera es temible! ¡He venido a…!

—Sois mi héroe —declaró el niño en voz baja mientras se apartaba de la cara un mechón de su largo cabello moreno.

—Te lo advierto, hijo de… ¿Cómo? —Pharaad Az Hammaz pestañeó y aplacó su tono altisonante. Era la primera vez que Adoulla veía titubear al ladrón—. ¿Qué has dicho?

El niño parecía avergonzarse de haber hablado, pero repitió sus

palabras:

—He dicho que sois mi héroe. —El heredero miró a Adoulla, pero no pareció prestarle demasiada atención. Una campana de alarma volvió a tañer.

No dejaba de resultar insólito, pensó Adoulla, ver que el bocazas del Príncipe Halcón se quedaba sin palabras. Aunque solo por un momento. El bandido se giró y cerró la puerta de bronce, que ahogó el caótico estrépito. Como si no le supusiera el menor esfuerzo, arrastró un pesado sofá de ébano para bloquear la puerta.

—¿Héroe? —preguntó el Príncipe por fin.

—¡Sí! —exclamó el heredero cerrando el libro y dejando ver su creciente emoción. *Las mil fábulas del bajá pirata,* observó Adoulla. Tal vez la edición más costosa jamás publicada de aquel libro barato de relumbrón. El niño se puso de pie—. ¡Sí! ¡Un héroe como los de los libros! Un héroe que da de comer a los pobres. Que derrota a los villanos con su espada y su sonrisa. Mis consejeros dicen que esa clase de hombres no existe, pero yo sé que sí. ¡Si Dios Todopoderoso quiere, algún día yo haré lo mismo!

Adoulla supuso que si el Príncipe hubiera sido un hombre devoto, se habría postrado de rodillas allí mismo y le habría dado gracias a Dios Benevolente por aquel momento de bondad.

El cabecilla de los ladrones, empero, sonrió de oreja a oreja y con su mano inmensa le dio una palmada en el hombro al niño.

—¡Bien! Quizá mis espías no estén al tanto de todo lo que ocurre en palacio, después de todo. No cabe duda de que eres un buen fruto caído de un árbol podrido, muchacho. No te pareces ni por asomo al insufrible mierdecilla ebrio de poder que imaginaba que serías.

El heredero desplegó la sonrisa propia de un crío al que nunca habían permitido ser travieso.

—¡No me llamáis Joven Defensor! Me gusta. ¿Sabíais que incluso los otros niños me llamaban así de pequeño?

—¿De pequeño? —farfulló Adoulla—. Si eres…

El Príncipe lo interrumpió:

—Bueno, y tú no me llamas pretendiente ni lunático. ¡Nos llevaremos de maravilla, muchacho!

La sonrisa radiante del heredero se evaporó.

—Pero, eh… ¿Qué está ocurriendo, oh, Príncipe? ¿Habéis venido

a matarme? ¿Habéis asesinado ya a mi padre? —Había que reconocer que el muchacho no parecía tener ningún miedo.

Pharaad Az Hammaz escrutó al heredero con detenimiento.

—No te mentiré, niño. He venido aquí para ocupar el Trono de la Luna Creciente. Su mármol encierra una formidable magia, un poder que me permitirá ayudar a la buena gente de Dhamsawaat. También pretendo adueñarme del palacio. Hay gente enferma que necesita las medicinas que se guardan aquí. Gente hambrienta que podrá darse un festín gracias a los graneros del palacio.

El muchacho sonrió con tristeza.

—Cuando hablo de esas cosas con mis tutores, me dicen que es la voluntad de Dios Todopoderoso que unos tengan y que otros no. Y que no debería admiraros porque no tenéis nada de príncipe, que no sois más que un asesino que disfruta sembrando el pánico.

Pharaad Az Hammaz respiró hondo y volvió a inflar su voz con un tono tormentoso.

—¿Yo soy un asesino? ¿Y tu padre, que se atreve a hacerse llamar «Defensor» mientras emplea a otros para luchar, sangrar, matar y morir por él? Hombres y mujeres vagabundos se mueren de hambre mientras los almacenes de grano de tu padre están llenos hasta los topes, pero esa es la «voluntad de Dios», ¿eh? ¡Conductores de carros y porteadores caen víctimas de las enfermedades que los físicos de tu padre podrían curar! ¡Pero yo soy el malo! ¡El que siembra el pánico! ¡Yo he pasado hambre y sé lo que duele una herida de espada, mi joven amigo! Y preferiría morir de un espadazo. Es una muerte más piadosa. Más rápida. He matado a otros hombres, sí, pero con mis propias manos, mirándolos a los ojos. Tu padre, sin embargo, es un asesino débil y perezoso. De los que fingen no ser asesinos. ¿Es eso lo que quieres ser tú?

—No —respondió el muchacho con una voz alta y clara como el tañido de la campana que seguía sonando fuera del aposento—. Pero ¿y mi padre, oh, Príncipe? ¿Y yo?

—Tu padre tiene las manos manchadas de la sangre de muchos hombres y mujeres, Sammari akh-Jabbari akh-Khaddari. Pero si me ayudas en esto, dejaré que os exiliéis sin poneros obstáculo alguno, tal vez a…

—No —lo interrumpió el muchacho con un ademán de liderazgo

nato que contrastaba con su aspecto de niño aplicado—. Si queréis que os ayude en esto, oh, Príncipe, debéis matar a mi padre. He jurado ante Dios que moriría.

Adoulla vio cómo el Príncipe miraba boquiabierto al muchacho y no dudaba que el mismo gesto se replicaba en su rostro.

—P-Pero… ¿Por qué? —balbució Pharaad Az Hammaz.

—Os equivocáis al decir que a mi padre le da pereza matar, oh, Príncipe. Quizá hayáis oído que mi madre, que Dios la tenga en Su gloria, murió a causa de unas fiebres. No ocurrió así. Vi cómo mi padre la estrangulaba porque creyó ver que miraba con demasiada dulzura a uno de sus edecanes. Cuando intenté detenerlo, me pegó. Dijo que ya lo entendería cuando fuera mayor. De aquello hace cinco años, antes de que se convirtiera en califa. Lo único que he llegado a entender en todo este tiempo es que es mi sagrado deber verlo morir.

Tras ellos, el sofá que bloqueaba la puerta crujió al partirse cuando alguien intentó entrar por la fuerza. Los ojos de Pharaad Az Hammaz volvieron a encenderse con su habitual sed de sangre. Sostenía el sable en ristre.

«Las ideas de cuento que este niño tiene en la cabeza se esfumarán al instante si ve al Príncipe masacrar a sus protectores ante sus ojos». Adoulla alzó una mano para aquietarlo.

—Os lo ruego. Hay otro modo de hacer las cosas… si, Joven Defensor, seguís mis indicaciones.

El Príncipe lo escuchó y pareció entenderlo. El heredero no dijo nada.

La puerta se abrió de golpe, desplegando una cortina de astillas de ébano a la vez que tres guardias armados irrumpían en la estancia.

—¡Joven Defensor! —gritó el primero en entrar, que comenzó a ejecutar una reverencia antes de recordar las circunstancias—. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Este es…? Dios Todopoderoso, ¡apartaos, Joven Defensor! ¡Os salvaremos de este criminal!

Adoulla dio un paso adelante.

—¿Habéis perdido el juicio? Si de verdad este hombre fuera Pharaad Az Hammaz, ¿creéis que el Joven Defensor aún estaría vivo? ¿Que nos habríamos quedado aquí de cháchara? ¡Somos agentes del Garante de la Virtud, designados para proteger al Joven

Defensor en estos tiempos inciertos, una tarea que debemos hacer disfrazados para sembrar la confusión entre los enemigos del Defensor!

El guardia lo escrutó con gesto escéptico, pero ni él ni sus hombres avanzaron.

—¿Quién sois vos, anciano? ¿Cómo os llamáis? ¿Por qué nunca he…?

El heredero recuperó el tono imperativo de su voz:

—¡No habéis visto nunca a estos hombres porque sois un simple guardia al que no incumben los planes del Garante de la Virtud! ¡Nuestro padre los ha designado para protegerme hasta que el verdadero ladrón sea encontrado y ejecutado! La mitad de vuestra orden Nos ha traicionado… De hecho, estos dos intentaron asesinarnos —dijo el heredero señalando los cadáveres de los dos porteros que el Príncipe había despachado—. ¡Idos, ya, y cumplid con vuestro deber! ¡Ahora!

«Tal vez no sea tan blando, después de todo».

—He… Pero… —En lugar de añadir nada más, el guardia les hizo una señal a sus hombres para abandonar el aposento en busca de más enemigos.

Cuando se hubieron marchado, el heredero miró los cuerpos y dejó aflorar su tristeza.

—Ayyabi era un buen hombre —dijo sin más.

—Escucha, niño, debemos… —comenzó a decir Adoulla, pero el muchacho le prestó la misma atención que si no existiera.

—Buen hombre o no, amigo mío, era tu carcelero —le recordó el Príncipe—. Sé qué clase de vida llevas aquí. Bajo la protección asfixiante de tu padre, desde hace ya nueve años, sin posibilidad alguna de hacer las amistades que te gustaría, ni de salir de palacio sin dos días de preparativos. Obligado a estudiar cosas que no podrían importarte menos. ¿Tengo razón o no, muchacho? Piensa en el destino de libertad y despreocupación del que podrías disfrutar si no te encontrases sepultado en el Palacio de la Luna Creciente.

El bandido era un maestro laudista que sabía tocar la fibra sensible de un niño. Había plantado en su cabeza la idea de la libertad que lo esperaba si renunciaba al trono, y el fruto comenzaba a florecer en sus ojos. Un millar de posibilidades que

antes consideraba irrealizables se desplegaron ante él. Adoulla podía verlo en su sonrisa. Pharaad Az Hammaz no mentía. Se había limitado a exponer la verdad, de un modo esplendoroso y dramático. Adoulla supuso que eso era lo que a la gente le gustaba oír.

Quizá incluso él mismo se había dejado obnubilar un tanto por aquellas palabras.

—¿Y cómo podría escapar de todo esto, oh, Príncipe? —le preguntó el heredero, que no dejaba de mirar los cadáveres.

—Sígueme a la sala del trono, muchacho, y te lo enseñaré. —Mientras los tres abandonaban la estancia, Pharaad Az Hammaz explicó el sencillo ritual que permitiría al heredero transferir al ladrón el dominio de la magia benéfica y el gobierno del trono. No hizo mención de la magia mortal inherente al trono ni de la versión de magia sangrienta del conjuro.

—Pero ¿y el reconocimiento por parte de los demás reinos? —preguntó el niño—. ¿Rughal-ba? ¿La República de Soo?

El Príncipe encogió sus voluminosos hombros.

—Deja que yo me ocupe de eso. Tengo diplomáticos y empleados de la ley que trabajan para mí, además de ladrones y mercenarios hábiles con la espada. —Le guiñó un ojo al niño en un gesto incongruente—. Créeme, ¡los empleados de la ley dan más miedo que los ladrones! Bien, ¿qué dices, Sammari?

—Os entregaré el trono, oh, Príncipe, si juráis ante Dios que emplearéis su poder como debe hacerlo un héroe, y si matáis al Garante de la Virtud por lo que le hizo a mi madre.

—Lo juro ante Dios Todopoderoso, quien es testigo de todos los juramentos.

Pharaad Az Hammaz envolvió la manita del heredero con su inmensa palma. Adoulla los siguió mientras el ladrón guiaba al niño por una serie de salas opulentas donde el cazador de gules no tuvo tiempo de detenerse para admirarlas boquiabierto. En dos ocasiones pasaron junto a algunos grupos de hombres que peleaban, pero el Príncipe no permitió que el heredero hiciera ningún alto en el camino.

Y entonces entraron en la sala del trono.

No había nadie, tan espaciosa como el resto de las estancias que Adoulla había visto, e igual de lujosa en su decoración. Madera

tallada que brillaba con la magia de los alquimistas, alfombras de telaberinto tejidas con hilo de oro, perfumes e inciensos que endulzaban el aire con su plétora de aromas deliciosos. Había pocos muebles, no obstante, lo que permitía que el trono destacase en el centro de la sala.

El Trono de la Luna Creciente se erigía sobre un pequeño estrado. Era de un frío y reluciente color blanco, inmaculado como el caftán de Adoulla. El respaldo del asiento consistía en una enigmática losa de brillo perlino que alcanzaba los tres metros de altura, labrada con delicadeza en una forma ambigua que semejaba una luna creciente… o una cobra encapuchada.

Pharaad Az Hammaz emitió un silbido débil.

—Al fin —susurró.

Se encaminaron hacia el trono. Casi lo habían alcanzado cuando un enjambre de hombres irrumpió en la sala por la arcada del fondo. El califa, desaliñadas sus suntuosas túnicas de seda, estaba acompañado por media decena de guardias armados y un hombre ataviado con una túnica negra que solo podía ser un magus de la corte.

Por un instante se miraron los unos a los otros desde los extremos de la descomunal sala.

—¡Matadlos! —gritó el califa—. ¡Quieren secuestrar a vuestro Joven Defensor! ¡Matadlos!

El sable de Pharaad Az Hammaz despedía destellos dorados, desenvainado y listo para la acción, pero el heredero se colocó frente a él.

—¡No quieren secuestrarme, Garante de la Virtud! El buen Príncipe me ha mostrado la magia del trono…, un modo de concederle la autoridad de palacio. ¡Y de vengar a mi madre!

Los guardias, sin saber qué hacer, se detuvieron.

—¿El buen Príncipe? —farfulló el califa—. ¡Te han llenado la cabeza con estúpidos cuentos de ladrones honorables! —Miró a su magus—. ¿De qué habla? ¿Qué es eso de la magia del trono?

El hombre encapuchado meneó la cabeza.

—Garante de la Virtud, yo no… —Las palabras se ahogaron entre sus labios cuando una sombra con forma de chacal se abalanzó sobre él desde la puerta situada a sus espaldas.

Todos los presentes se quedaron helados al oír el espantoso

ruido que hacía Mouw Awa mientras descuartizaba al magus. Antes de que una sola palabra mágica pudiera brotar de su boca, su vida se extinguió, dejando atrás un cadáver de ojos inyectados en sangre. Cuando unos pasos blandos rompieron el silencio que se instaló a continuación, todos miraron hacia la arcada.

«Orshado». Era alto pero delgado como un junco y su piel presentaba un tono ictérico. Una irregular barba negra cubría su rostro y vestía un caftán del mismo corte y color que el de Adoulla, solo que mugriento y salpicado de sangre. En sus manos sostenía un saco de seda roja.

De repente Adoulla recordó la pesadilla que tuvo una semana atrás, antes de que se desatase todo aquel horror. Los ríos de sangre. Su caftán teñido de rojo. Se decía del gul de gules que su caftán no podía limpiarse de ninguna manera. Aquel, por lo tanto, era el hombre acerca del que Dios le había susurrado cosas en el incógnito lenguaje de los sueños. El abominable hombre que Adoulla perseguía. El hombre que había matado a la sobrina de Miri y masacrado a los Banu Laith Badawi. Que había asesinado a Yehyeh y quemado la casa del doctor, convirtiendo en cenizas los valiosos recuerdos que allí guardaba.

Adoulla oyó la voz del hombre-chacal dentro de su cabeza, igual que aquella noche.

El gordo se adecenta su vestimenta impoluta. Solo ha saboreado las primeras cenizas de este mundo que arde. No conoce los dulces fuegos del Lago de las Llamas, que pronto lo inundará todo.

Mientras la voz de Mouw Awa retumbaba en la mente de Adoulla, Orshado describió un arco desdeñoso con su brazo huesudo que de alguna manera abarcó el palacio, la ciudad y toda la magna tierra de Dios.

El ser se colocó de un salto frente al califa batiendo sus mandíbulas sombrías. Cuando Adoulla vio que los sollozos del Garante de la Virtud se transformaban en gritos de pavor, recordó que el tirano asesino de aquella ciudad era, al fin y al cabo, un hombre. Todo el poder y la pompa del califa, así como el profundo odio que Adoulla le profesaba, se disiparon al instante. Jabbari akh-Khaddari profirió otro alarido antes de quedarse mudo.

Adoulla, paralizado por el desconcierto y el miedo, vio que incluso Pharaad Az Hammaz se hallaba en el mismo estado.

Orshado extrajo una cabeza humana del saco que sostenía. Con una voz sobrenatural, la testa dijo:

—TODOS LOS QUE ESTÉN POR DEBAJO OBEDECERÁN. TODOS LOS QUE ESTÉN POR DEBAJO OBEDECERÁN.

A los guardias que rodeaban a Adoulla se les pusieron los ojos en blanco y se les desgarró la piel al tiempo que movían la boca repitiendo aquellas palabras. Todos a una, se giraron hacia el doctor, el Príncipe y el heredero.

En ese momento Adoulla supo que se habían convertido en algo más que hombres, y al mismo tiempo, en algo menos.

«Gules de piel». Monstruos resultantes de volver el alma de una persona del revés. A pesar de todas las aberraciones que había presenciado a lo largo de la última semana, Adoulla no pudo evitar sobrecogerse ante aquel espectáculo. Hasta entonces lo único que sabía sobre aquellos fenómenos se limitaba a lo que había leído, y por eso pensaba que, por fortuna, el vil arte de su creación era algo del pasado. Ni la magia ni la espada surtían efecto alguno contra un gul de piel. Según los libros antiguos, la carne mancillada volvería a unirse a la carne mancillada y los huesos corruptos volverían a soldarse con los huesos corruptos hasta que la muerte del creador de los gules de piel extinguiese la maligna vida ilusoria de sus cuerpos robados.

Mouw Awa se acuclilló sobre el cadáver de ojos enrojecidos del califa mientras unos hilos de sangre y algo que parecía tangible se descolgaban de sus fauces. A espaldas de Adoulla, el heredero sollozaba.

Los gules de piel comenzaron a caminar arrastrando los pies en dirección a Adoulla. El heredero y el Príncipe Halcón permanecían a su lado paralizados por el miedo.

«De modo que este es el final». Su atónita mente de anciano empezó a divagar. Té y poesía. Sus amigos y su ciudad.

Miri, con quien le gustaría haberse casado si Dios Todopoderoso hubiera escuchado sus plegarias.

«No. No, no puede terminar todo aquí. No lo permitiré».

A los gules de piel no se les podía matar, pero sí se les podía obstaculizar el paso. Podía ganar tiempo para que el Príncipe tomase el trono, o matar a Orshado, o poner a salvo al heredero, o… lo que fuese.

Echó a correr hacia delante. Su macuto no contenía muchas cosas cuando lo rescató de entre las llamas de su casa. Pero ahora contenía justo lo que necesitaba. Extrajo un pequeño caparazón de tortuga y lo sacudió por encima de su cabeza para hacer traquetear los tres zafiros que bailaban en su interior sellado.

—¡«Dios Benevolente es el Último Aliento de nuestros Pulmones»! —gritó Adoulla. Era una invocación antigua con la cual erigiría un muro infranqueable para los gules. Aunque serviría de poco frente a la magia de los Dioses Muertos, aún más milenaria. Quedaría a merced de la criatura-chacal.

Una cortina de luz iridiscente se desplegó ante él justo antes de que los gules lo alcanzasen. Aunque sus golpes no le afectaron, las sacudidas hacían temblar la pared luminosa. Oyó que a su espalda el Príncipe se desprendía por fin de la tenaza del miedo e iniciaba una resuelta carrera hacia delante.

De nuevo Adoulla oyó la voz de Mouw Awa en su cabeza.

¿El hombre frívolo os ha contado fábulas reconfortantes de magia sanadora? ¡Ja! ¡Su búsqueda está condenada al fracaso! ¡El Dios Cobra no ama la vida ni la bondad!

Acto seguido, la criatura se abalanzó sobre él y Adoulla sintió cómo poco a poco su alma era arrancada de su cuerpo.

19

El caos era absoluto. Por todas partes Litaz oía el pisar estruendoso de las botas y el chocar de las armas. Cuernos y campanas sonaban desaforados en señal de alarma mientras a su alrededor unos y otros gritaban: «¡A las armas! ¡A las armas!». Los guardias se atacaban entre ellos a golpe de espada a medida que los leales al Príncipe se iban descubriendo. Muchos recibieron un tajo en la garganta y murieron borbotando sangre antes incluso de comprender qué estaban haciendo sus compañeros traidores.

Adoulla, Pharaad Az Hammaz y el califa habían quedado separados de ellos por unas extrañas paredes falsas que no parecían poder romperse ni dándoles un millar de golpes, y que incluso neutralizaban sus dotes adivinatorias. Ahora recorrían una sala tras otra, sin rumbo cierto, en busca de su amigo, pero no les quedaba otro remedio.

—¡Tenemos que encontrar a Adoulla! —le gritó a su marido mientras seguían a Raseed por un pasillo, gracias a Dios, vacío.

Dawoud se limitó a responder asintiendo con sequedad. Por el modo en que apretaba los dientes, ella podía saber que su marido intentaba aplacar algún tipo de energía incontenible que bullía en su interior, un conjuro que lo pudriría desde dentro hasta que la liberase contra algún enemigo desafortunado.

Entraron corriendo en una habitación sin techo construida en mármol azul. El sol pendía alto en el cielo, como una inmensa esfera de luz dorada. Raseed guiaba al grupo, espada en mano,

mientras sus ropas de seda azul se fundían con las paredes de manera que lo hacían casi invisible.

Se encontraban en medio de la sala cuando dos grupos de una decena de hombres —los del uno vestían la librea del halcón mientras que los del otro parecían ser guardias leales al califa— entraron a la carga desde los extremos. Gritaron, alzaron sus espadas y se abalanzaron los unos contra los otros.

Litaz y sus compañeros permanecieron en medio de los dos bandos.

La alquimista levantó su daga rociadora y colocó el pulgar sobre varios de los botones ocultos en la empuñadura. Raseed dio un paso hacia la mujer de la tribu y adoptó una postura defensiva.

Acto seguido se produjo un inusual cambio en la energía del aire y se encendió una cegadora luz dorada, lo que obligó a detenerse a los dos grupos de espadachines. Un profundo rugido desgarró el aire alrededor de ella.

De pronto Zamia Banu Laith Badawi se encontraba a su lado en forma animal, reluciente su piel dorada. Una furia sobrenatural encendía sus ojos esmeralda mientras su cola alzada se retorcía. ¡Con lo preocupada que estaba la muchacha por si no conseguía transformarse!

Los hombres del Príncipe susurraban inquietos entre ellos, hasta que dieron media vuelta y huyeron como un enjambre. La mitad de los guardias del califa hicieron lo mismo, aunque seis idiotas armados con lanzas y espadas avanzaron hacia ella.

La leona descargó las zarpas sobre dos de ellos a una velocidad vertiginosa, y ambos cayeron sangrando. Un lancero intentó ensartarla con su arma pero descubrió que esta no podía atravesar la piel dorada. Zamia le atenazó el brazo entre sus fauces repletas de colmillos y lo lanzó a lo lejos como si fuera un muñeco.

Sus compañeros salieron corriendo en el momento en que Raseed llegó hasta ellos, dispuesto a ofrecerle a la leona una ayuda que no necesitaba.

—¡Alabado sea Dios Todopoderoso y gracias a los Ángeles Hospitalarios! —exclamó Zamia cuando el grupo se quedó a solas de nuevo. Litaz dudaba que hubiera oído alguna vez un agradecimiento más sincero—. Ni tus destilaciones ni tus diagramas servirán para dar con el doctor, mi señora. Pero ya he percibido su

olor. Está por aquí.

A pesar de su formación y su experiencia, Litaz no dejaba de asombrarse al ver cómo una leona pronunciaba aquellas palabras y, acto seguido, daba un brinco para iniciar la búsqueda. «¿Y qué ha pasado con su ropa?», se preguntó la erudita que llevaba dentro. En cualquier caso, poco podía hacer aparte de seguir a la chica, que se colocó al frente del grupo para seguir un rastro indetectable para los humanos, pasando rauda frente a Raseed. El derviche la miró detenidamente antes de que también él decidiera seguirla. «El hombre sagrado que amaba a una leona… Sería un buen argumento para un espectáculo de títeres si…».

Un hombre se abalanzó sobre ella desde un nicho de la pared.

Uno de los partidarios del califa, aunque parecía que había perdido su arma. No cabía duda de que había visto en ella una presa fácil. Antes de que Litaz tuviera ocasión de alzar su daga, el asaltante le asestó un puñetazo en plena cara. Sus ojos se llenaron de estrellas al rojo vivo y lágrimas abrasadoras mientras un chorro de sangre empezaba a manar de su nariz. Era una mujer. Dios no había hecho su cuerpo para soportar aquel tipo de ataques.

Pese a todo, llevaba años enfrentándose a situaciones como aquella. Retrocedió algunos pasos y dirigió hacia el rostro del hombre una rociada de ardiente pimienta en polvo. El guardia se frotó los ojos, gritando, y después no fue complicado apuñalarlo en el estómago.

Raseed, que se mantenía junto a ella, empleó su espada bífida para desarmar a otro guardia. El derviche realizó otro barrido con el que derribó al oponente. Un tercer guardia profirió un alarido y echó a correr, envuelto en unas llamas mágicas que el marido de Litaz había invocado. Después volvieron a quedarse solos. Tres cadáveres yacían a los pies de Raseed, seguidores tanto del califa como del Príncipe Halcón. El derviche mataría a cualquiera que portase armas y fuese lo bastante necio para comportarse de un modo amenazador, Litaz no tenía ninguna duda al respecto. Sin embargo, sintió cierta vergüenza al alegrarse por ello. Más adelante, a la vuelta de una esquina, Zamia rugió para que se dieran prisa.

Llegaron a otra cámara abierta, un espacioso patio repleto de pequeños estanques vaporosos y flores y árboles que crecían en sus macetas, plantas que se encontrarían en su entorno natural si fuesen

devueltas a las selvas de la República. Era evidente que una poderosa magia acuática ejercía su influjo en aquel lugar. Además, los sonidos de distintos animales llenaban de vida la sala.

—El parque de las Bestias —anunció su marido con voz sibilante —. La colección de animales de jardín del califa… Había oído hablar de este sitio.

—¡CREEEC! ¡Hasta los ángeles cantan las alabanzas del Garante de la Virtud! ¡CREEEC! —Nunca antes había oído Litaz una voz tan semejante a la humana que fluyera, por artes mágicas, de un pájaro. El animal, de plumaje gris y verde, voló alarmado hacia una rama más elevada cuando otro enjambre de luchadores irrumpió entre el follaje, volcando las palmeras y los arbustos de floriletáleas rosas.

Un hombre de complexión rechoncha que vestía una librea adornada apareció en medio de seis guardias fuertemente armados.

—¡Dawoud, hijo de Wajeed! —gritó al tiempo que blandía su maza de acero, ennegrecida ya por la sangre de sus enemigos.

Roun Hedaad. Hacía años que Litaz ayudó a salvarle la vida, aunque un rostro como aquel no se olvidaba con facilidad. El ceño fruncido del hombre amazacotado hacía que los marcados surcos de su rostro parecieran todavía más profundos.

—Y veo a la noble Litaz, hija de Likami. ¿De modo que los dos estáis del lado de los traidores? Os debo la vida, pero se diría que habéis dispuesto las cosas de tal manera que debo mataros y pagar por mi ingratitud en el Lago de las Llamas… porque no puedo permitir que paséis de aquí.

Dos monos pasaron entre ellos, parloteando airadamente. Dawoud se colocó frente al derviche y la mujer de la tribu, mostró sus manos vacías y miró con cautela las ballestas de los guardias. Habló con voz tensa, señal de que seguía teniendo preparadas las energías mágicas que albergaba en su interior:

—Capitán Hedaad, no somos traidores. Hemos venido aquí con la esperanza de…

La explicación de Dawoud se perdió bajo el gemido repentino de media decena de guardias. Los hombres que rodeaban a Hedaad comenzaron a temblar de un modo extraño mientras se les marchitaba la piel y, al mismo tiempo, los ojos se les ponían en blanco.

De pronto, como guiados por un tutor invisible, los recién

creados monstruos entonaron al unísono un canto:

—TODOS LOS QUE ESTÉN POR DEBAJO OBEDECERÁN. TODOS LOS QUE ESTÉN POR DEBAJO OBEDECERÁN.

Acto seguido, todos a una, se volvieron contra su capitán.

Aquellos no eran simples traidores, ni aquel era un ataque ordenado por Pharaad Az Hammaz. De eso Litaz se dio cuenta al instante. El aire de aquella cámara arrastraba algo que estaba indudablemente relacionado con la sangre maculada con la que ella ya había tenido contacto durante sus días en el taller. Pero, aparte de eso, ignoraba lo que estaba contemplando en aquel momento.

—Gules de piel —susurró su atónito marido.

«Gules de piel. Pero si no son más que una leyenda». Si bien no llegaba a igualar en edad a Dawoud ni a Adoulla, sí que había dedicado bastantes años a luchar contra la magia malévola. Con todo, jamás se había enfrentado a algo así. Había visto y hecho cosas que la gente normal tachaba de meras fantasías. Ahora sabía cómo se sentían esas personas cada vez que la veían trabajar.

A pesar de su edad y su cuerpo orondo, Roun Hedaad esquivaba los espadazos de los gules de piel con agilidad felina. Lanzó un barrido con su maza, que se hundió en la cabeza de una de las criaturas, pero el golpe no pareció ralentizarla demasiado.

El derviche y la leona se recuperaron de su conmoción al mismo tiempo y se abalanzaron contra los engendros. Raseed saltó y describió un sibilante arco sesgado con la espada, que atravesó limpiamente el cuello del gul de piel más cercano. La cabeza de la criatura cayó al suelo mientras el cuerpo daba un paso más antes de derrumbarse. La cabeza empezó a sisear y el cuerpo desplomado se sacudió a ciegas en busca de su testa. Raseed, con los ojos abiertos como platos, alejó la cabeza farfulladora de una patada, como si se tratase de una de las pelotas de madera con las que jugaban los niños de Soo.

Zamia ya había saltado sobre otro de los seres, descargando sus zarpas repetidamente y dejando tras ellas unas estelas plateadas imposibles de seguir con los ojos. De un brinco se lanzó hacia su siguiente objetivo, acumulando a su espalda una masa de extremidades mutiladas bañadas en su propia sangre.

No obstante, ante los ojos incrédulos de Litaz, la carne destrozada del gul de piel comenzó a recomponerse por sí sola.

Cuando la muchacha terminó de destripar a otro oponente, su primera víctima se levantó de nuevo, sin una sola cicatriz en todo su cuerpo.

Uno de los seres se acercaba gruñendo y arrastrando los pies hacia Litaz y su marido mientras sacudía de un lado a otro la espada que había utilizado durante su vida natural. Cuando se introdujo en uno de los estanques más grandes que había repartidos por la cámara, una criatura de color verde pardusco emergió de un salto para echarse sobre él. Un cocodrilo, el animal más temible de la tierra natal de Litaz. No abultaba mucho, tal vez porque era joven o quizá porque lo habían hechizado para que dejase de crecer, aunque incluso un cocodrilo a medio desarrollar tenía un aspecto aterrador. Solo necesitó apretar tres veces al gul de piel entre sus mandíbulas para partirlo por la mitad. Pero cuando el gul se recompuso y uno de sus brazos salió reptando de las fauces del animal, este salió huyendo despavorido.

Zamia corría de aquí para allá, hostigando a los monstruos y esquivando sus puñetazos y estocadas. Raseed descargó su espada sobre la muñeca de un gul de piel, cercenándole la mano. Sin embargo, apenas esta hubo caído al suelo, echó a gatear con los dedos para regresar al cuerpo, lo que le confería el aspecto de una araña repulsiva. Ahora el derviche luchaba espalda con espalda junto a Roun Hedaad, los dos sangrando, los dos sin duda preguntándose cómo matar a un enemigo que no podía morir.

Por la salida que daba a la habitación azul se oía un creciente murmullo de gruñidos y siseos. Se acercaban más cosas de aquellas. «Que Dios Todopoderoso nos asista».

—Esto no funciona. Tienes que hacer algo —le dijo a su marido. Cuando notó que Dawoud le ponía su mano de dedos alargados en la cadera, sintió un poco menos de miedo.

Entonces oyó que mascullaba sonoramente en aquella suerte de idioma mágico que ella nunca llegó a comprender ni por asomo, a pesar de que llevaban treinta años juntos. Se estaba preparando para liberar la energía que había estado conteniendo dentro de sí.

—¡Poneos todos detrás de Dawoud! —gritó a sus compañeros.

Raseed y Zamia obedecieron. Pero comprobó con tristeza que Roun Hedaad no podía: yacía muerto con media cabeza arrancada de un espadazo. Dos gules de piel le estaban desollando el pecho,

ansiosos por extraerle el corazón. Ansiosos por alimentarse.

Litaz se colocó detrás de su marido, cuyo cántico había cobrado un volumen contranatural. Su voz dulce y áspera no sonaba nunca tan profunda como cuando invocaba un conjuro, pensó. Era en el instante en que un hechizo brotaba de sus labios cuando más parecía un hombre a ojos de ella.

Dawoud guardó silencio y dirigió las palmas de las manos hacia la horda de monstruos que avanzaba hacia ellos. Debía de haber ya una decena de aquellas criaturas en el parque de las Bestias.

Un gran haz de luz —un cegador estallido dorado tan brillante como el sol del mediodía que pendía sobre ellos— salió disparado de las manos de su marido para impactar con precisión contra la piña de gules de piel. En una ocasión Litaz vio cómo aquel rayo tiraba al suelo y reducía a cenizas a un hombre. Y por un momento, cuando el haz derribó a toda la horda de criaturas, se atrevió a confiar en que la magia de Dawoud hubiera prevalecido. Todos los gules de piel quedaron inmóviles mientras una columna de humo se elevaba de sus cuerpos.

Litaz oyó cómo Dawoud respiraba aceleradamente, entre jadeos, y observó que de pronto dos nuevas arrugas habían aparecido en su rostro.

A continuación percibió cierta agitación entre la masa de gules de piel. Se le encogió el corazón. Lo único que habían hecho era ralentizar a las criaturas, que se retorcían decididas a levantarse de nuevo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dawoud, resollando con una angustia tal que Litaz temía que cayese fulminado.

«Hace tan solo diez años habría permanecido incólume después de invocar un conjuro», pensó preocupada.

—No lo sé —respondió ella—. Pero no podemos pelear con esas cosas. Tenemos que salir de aquí.

El conjuro de Dawoud les había concedido el tiempo suficiente para huir por una amplia arcada que llevaba del parque de las Bestias a otra estancia con techo, una pequeña antesala de piedra.

Raseed y Zamia corrían tras ellos, pero el derviche se manifestó en desacuerdo:

—¡Mi señora! La huida no es el estilo de la orden…

—Ni de los badawi —intervino Zamia con su voz abestiada.

Litaz vio que al otro lado de la arcada los gules de piel conformaban una especie de patrulla de guardias que marchaba poco a poco hacia ellos. No tenían tiempo para discusiones.

—¡Estúpidos niños! —gruñó Dawoud entre jadeos, dándoles voz a los pensamientos de su esposa—. ¡Son gules de piel! Las zarpas de león, los hechizos, las rociadas y las espadas bífidas… Nada de eso surte el menor efecto contra estos monstruos, si lo que dicen los libros antiguos es cierto. Solo Adoulla sabría cómo matarlos. Y si nosotros no lo conseguimos…

Sus palabras quedaron a medio pronunciar cuando un grito pavoroso rasgó el aire…, un grito que Litaz reconoció. Procedía de la habitación contigua. «¡Adoulla! ¡Aguanta, viejo amigo, ya vamos! ¡Al menos, que muramos todos juntos!».

Zamia y sus compañeros se encontraban en una pequeña antesala contigua al parque de las Bestias.

—Solo Adoulla sabría cómo matarlos —dijo Dawoud, hijo de Wajeed—. Y si nosotros no lo conseguimos…

Zamia oyó un grito, una voz familiar, procedente de la estancia de al lado. «¡El doctor!».

Rauda como una centella, echó a correr hacia una inmensa cámara sostenida por varias columnas, seguida por Raseed. Todavía se encontraba débil a causa de las heridas, de manera que debía hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse en forma de leona.

La habitación albergaba una caótica mezcla de olores y espantos. El Príncipe Halcón y un niño sentado en un trono, gritando. Cadáveres. Un muro de luz. Más monstruos balbucientes. Un hombre enjuto y barbinegro que despedía un hedor propio de otro mundo.

Zamia ignoró todo aquello y se centró en lo que la había llevado hasta allí: Mouw Awa, el hombre-chacal, se hallaba encorvado sobre el cuerpo del doctor. Imaginó los cadáveres de su banda y extrajo nuevas fuerzas de su creciente rabia.

Pasó junto a Raseed como una exhalación, sin apartar los ojos en ningún momento de Mouw Awa.

—¡Este es para mí! —bramó.

Con una descarga de sus zarpas, embistió a la criatura sombría

para apartarla del doctor; el golpe la hizo volar varios metros. Cuando Raseed se giró para enfrentarse a algún otro enemigo, ella lo perdió de vista.

La voz espeluznante del hombre-chacal retumbó en su cabeza:

¡La gatita! ¡No! ¡Mouw Awa le ha dado muerte! ¡La salvaje niña-leona ha sido asesinada!

La figura sombría de Mouw Awa retrocedió cuando vio que Zamia se acercaba.

La leona gruñó.

—No te creas. ¿Tienes miedo, criatura? ¡Haces bien! —Se sentía valiente, como correspondía a una badawi. Tenía la sensación de que su padre hablaba a través de ella. Tensó el cuerpo, dispuesta a atacar.

Saltó, pero Mouw Awa se movía demasiado rápido. Se echó hacia atrás, de modo que las zarpas de Zamia solo rasgaron el aire. El monstruo le tiró un mordisco y después otro, pero ella estaba lista para recibir sus ataques desesperados. Mouw Awa luchaba con miedo. No cabía duda de que la criatura era mitad chacal: cruel con las presas indefensas pero cobarde a la hora de vérselas con un enemigo que podía matarlo.

Zamia inició otra embestida con sus garras, que abrieron varios tajos profundos en la carne sombría del ser. Mouw Awa aulló de puro dolor.

¡No! ¡Ha herido a Mouw Awa!

La criatura lanzó otra embestida, y de nuevo erró el blanco. El contraataque de Zamia apenas la rozó.

Se rodearon mutuamente, los dos buscando el punto débil del rival. El ser intentó desconcertarla con su muda voz demencial:

¿No recordáis el dolor? ¿La enfermedad que os invadió cuando los colmillos de Mouw Awa se hundieron en vuestra alma? ¡Sí! ¡Sí lo recordáis!

Zamia no prestó mucha atención a las palabras que oía dentro de su cabeza. Tenía la venganza al alcance de la mano.

En ese momento Mouw Awa realizó una finta, a una velocidad que Zamia no creía posible, y le tiró otro mordisco. Sus mandíbulas no encontraron más que aire, pero el empujón derribó a Zamia. Unas garras sombrías que apestaban a cadáver se clavaron en sus costados. El dolor estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento.

Más que ver, pudo sentir cómo algo que un día fue un hombre la miraba con desprecio desde el interior de aquellas sombras.

¡La gatita espera frustrar los planes de su amigo bendito! ¡No! ¡Las fauces aplastantes de Mouw Awa se…!

Zamia vio la oportunidad y atacó. A punto de desvanecerse a causa del dolor y encomendándose a los Ángeles Hospitalarios, se revolvió con ferocidad. Esta vez sus zarpas atraparon al monstruo aullador y lo tiraron al suelo.

¡No! ¡Lo han engañado! ¡Mouw Awa, el hombre-chacal ha sido engañado!

El resto de la sala se disolvió. Zamia no veía, oía ni olía nada, salvo al enemigo que tenía ante sí. Haciendo acopio de todo su valor, atenazó entre sus mandíbulas el cuello de Mouw Awa y tiró hacia ella, arrancando del ser unas sombras tan sólidas como la carne. El hombre-chacal, aullando ahora sin palabras, agitaba los puños y las garras a su alrededor.

Con todo, Zamia siguió apretando y hundiendo sus colmillos, hasta arrancarle la garganta a la criatura. Los aspavientos del hombre-chacal cobraron intensidad por un momento para, acto seguido, cesar por completo.

Zamia jadeó, ahogada por el amargor más acerbo, que llenó su boca y se extendió hasta su nariz. Sin pretenderlo, abandonó la forma de leona.

Luego se puso de pie, temblando.

Las sombras de las que parecía que Mouw Awa estaba hecho formaron un remolino que se elevó como una voluta de humo. Un viento invisible e imperceptible las deshilachó hasta reducirlas a simples jirones que terminaron disipándose.

En el suelo del palacio no quedó más que el esqueleto de un hombre. Hadu Nawas. La Guadaña de Infantes. El cadáver no tenía un cráneo humano, sino el de un chacal. Los restos recordaban a los huesos que el viento dejaba desnudos en el desierto, y todo lo que Zamia había perdido entre la arena.

Calzada de nuevo con sus botas, le dio una patada al esqueleto, que automáticamente se deshizo en una nube de polvo. Cerró los ojos, atenazada por el dolor agónico que le producían las heridas, y se desplomó de espaldas sobre el suelo de piedra.

«Mi banda ha sido vengada. Los Banu Laith Badawi han sido

vengados».

Se atrevió a decirse a sí misma que su padre se sentiría orgulloso.

Y, por último, vomitó; una y otra vez, hasta que las lágrimas empañaron sus ojos y el estómago empezó a dolerle.

Raseed oyó gritar al doctor y, sin importarle los peligros con los que pudiera encontrarse, echó a correr todo lo rápido que sus pies le permitieron. Accedió a una espaciosa cámara sostenida por varias columnas con un gran estrado colocado en el centro. Vio los cadáveres del califa y un hombre vestido con una túnica negra —un magus de la corte, supuso— desplomados en el suelo. Un hombre enjuto ataviado con un mugriento caftán blanco se encontraba de pie entre los cuerpos. Un grupo de gules de piel aporreaba una pared de luz trémula.

Sobre el estrado descansaba un trono de respaldo alto labrado en reluciente piedra blanca. El Príncipe Halcón ocupaba el asiento y sostenía entre sus manos las del niño de larga melena que estaba a su lado. Pharaad Az Hammaz gritaba:

—¡No funciona! ¡NO FUNCIONA!

Raseed no sabía, y no le importaba, a qué se refería el traidor. Toda su atención estaba puesta en lo que ocurría junto al estrado, donde Mouw Awa se hallaba encorvado sobre el doctor, quien gritaba agónicamente.

Debía socorrer a su mentor. Aprovechando que el hombre-chacal estaba distraído, Raseed se abalanzó sobre él a una velocidad a la que no había corrido en toda su vida.

Con todo, a pesar de su formidable agilidad, Zamia Banu Laith Badawi se le adelantó. Pasó junto a él, transformada en un rayo de luz dorada y rugiendo «¡Este es para mí!» mientras se lanzaba hacia Mouw Awa, al que golpeó para apartarlo del doctor.

Raseed observó a los luchadores, luz y sombra enredados en una maraña de zarpas y gruñidos. A continuación vio que el hombre del sucio caftán —Orshado, tenía que tratarse de él— echaba a correr para tocar con tranquilo ademán la pared luminosa. Se produjo un fogonazo rojo con el que el muro se desvaneció. A la señal de Orshado, los gules de piel, ya sin obstáculos, avanzaron hacia el trono.

Raseed se acercó al doctor. Unas garras le habían dejado el caftán hecho jirones, aunque el derviche no vio rastro de sangre. Alrededor de los ojos del doctor, Raseed vio unas líneas de un color rojo más intenso que la sangre.

—¡Por los Ángeles Hospitalarios! Doctor, ¿estáis…? ¿Qué puedo hacer? —preguntó, avergonzado del miedo que tenía.

—Raseed bas Raseed —respondió el doctor con una voz hueca y vacía—. Un buen hombre… Un buen compañero.

Raseed sostuvo al cazador de gules por los hombros.

—¡Doctor, os lo ruego! ¿Cómo podemos matar a estas cosas?

Los brillantes ojos castaños de Adoulla parecían forcejear con la luz roja que los bordeaba.

—¿Eh? De… Decapitar. ¡Detened a los gules de piel!

—Ya he decapitado a uno, pero…

—Or… Orshado —dijo el doctor antes de sumirse en una especie de sueño mortal propiciado por algún conjuro.

«Orshado. ¡Entonces es al gul de gules a quien hay que decapitar!».

De soslayo vio destellar unas chispas de fuego mágico: Litaz y Dawoud estaban peleando con una nueva oleada de gules de piel. Ignoraba qué habría sido de Zamia.

Tendió con delicadeza el orondo cuerpo flácido de su mentor sobre el estrado. Al mirar al frente, vio cómo Orshado se subía de un salto imposible —tal vez por arte de magia— al trono. El gul de gules le asestó un revés a Pharaad Az Hammaz con la fuerza que, sin lugar a dudas, había extraído de algún hechizo. El cabecilla de los ladrones soltó su espada y cayó del trono a la tarima. Orshado, con un pie apoyado en el trono, agarró al niño —«El heredero», comprendió Raseed— de su larga melena azabache y sacó un cuchillo.

«Va a beber la sangre del heredero, tal como decía el manuscrito».

Orshado alzó y descargó el arma curvada a una velocidad vertiginosa, arrancándole un alarido de dolor al heredero. El caftán de Orshado recibió una lluvia de salpicaduras rojas.

Al mismo tiempo, el Príncipe Halcón, semiinconsciente, pronunció una palabra y realizó un gesto extraño. Estiró el brazo más allá del ensangrentado heredero y apretó algo que había sobre

uno de los reposabrazos del trono. Raseed oyó un sonoro clic y el crujido de una piedra que empezaba a deslizarse.

«¿Otro secreto del que los califas nunca tuvieron conocimiento?». Eso parecía, puesto que el suelo se replegó rápidamente mientras el trono y el estrado sobre el que se sostenía —con Raseed, el doctor, el heredero, Pharaad Az Hammaz y Orshado encima— se elevaban en lo alto de una especie de columna.

El derviche miró angustiado el cuerpo flácido del doctor por última vez antes de fijarse en Orshado. El gul de gules volvió a hundir el cuchillo en el pecho del heredero.

Entonces Raseed saltó sobre el trono. «¡Dios Todopoderoso, aunque sé que no soy digno, te suplico que le des fuerza a Tu servidor!».

Se lanzó contra Orshado. Pero el gul de gules agitó la mano y entonces algo extraño, algo imposible, sucedió.

La sala del trono desapareció. Unas arremolinadas luces rojas ocuparon el lugar de las paredes de piedra y el techo. Los compañeros de Raseed se esfumaron. Orshado y sus monstruos se desvanecieron. Raseed se había quedado solo.

«¿Qué clase de magia maligna es esta?».

El derviche miró desesperado a su alrededor en busca de un techo, un suelo o una puerta. Pero todo el escenario se había transformado en un vórtice incandescente.

Decidió poner en práctica algunos ejercicios de respiración que le propiciaron algo de calma. Recitó las escrituras:

—«Aunque camino por un páramo de gules y djinns malvados, el miedo no podrá arrojar sus sombras sobre mí. Me cobijo en Su…».

Los Capítulos Celestiales se extinguieron en sus labios cuando un hombre apareció ante él.

El hombre portaba una lanza. Vestía ropas toscas y una cicatriz de aspecto espeluznante atravesaba su tronco. Costaba creer que pudiera mantenerse en pie. Raseed observó algo familiar en su rostro…

«¡Uno de los salteadores de caminos!». Cuando dos años atrás salió de la Logia de Dios, tres salteadores de caminos lo sorprendieron cuando se dirigía hacia Dhamsawaat. No le resultó difícil matarlos.

Aquel era el primer hombre al que Raseed había quitado la vida.

El bandido lo miró con ojos vacíos y le habló:

—«¡OH, CREYENTE! ¡SABED QUE ASESINAR A OTRO HOMBRE ES PROVOCAR EL LLANTO DE DIOS!».

Al oírlo citar los Capítulos Celestiales, Raseed se quedó paralizado de miedo. Aunque el hombre movía los labios, la voz que recordaba las escrituras era la suya, la voz titubeante que a menudo oía dentro de su cabeza.

Mientras el hombre hablaba, los otros dos salteadores de caminos a quienes Raseed mató aquel día aparecieron también. A uno le faltaba la mitad de la cabeza y el otro sangraba por el pecho. Se unieron a la salmodia, cantando ambos con la voz de Raseed:

—«¡OH, CREYENTE! ¡SABED QUE ASESINAR A OTRO HOMBRE ES PROVOCAR EL LLANTO DE DIOS!».

Otro hombre mutilado apareció junto al derviche. El magus Zoud, quien se dedicaba a secuestrar mujeres para desposarlas y después echárselas a sus gules de agua como alimento. Raseed lo mató durante su primera caza de gules con el doctor.

—«¡OH, CREYENTE! ¡SABED QUE ASESINAR A OTRO HOMBRE ES PROVOCAR EL LLANTO DE DIOS!».

Un nuevo hombre desalmado al que Raseed dio muerte tiempo atrás se presentó ante él. Y después otro. Como si fueran uno solo, la pareja de muertos se aproximó a él. Y por fin Raseed sintió que recuperaba la sensibilidad de sus extremidades.

Quiso atacar con su arma al que estaba más cercano, pero la espada bífida pasó silbando a través del salteador como si este estuviera hecho de aire. Temía que aquellos hombres lo tocasen con sus manos más de lo que jamás había temido nada, aunque no acertaba a imaginar por qué. Retrocedió poco a poco, sin dejar de mirarlos a la cara.

A su espalda oyó revolverse una inmensa lengua de fuego. Sintió que sus sedas azules se chamuscaban. Apartó los ojos de los hombres muertos y se giró para averiguar de dónde procedía aquel calor abrasador. Vio una vasta sima llena de agua que en realidad era fuego.

«¡El Lago de las Llamas! ¡Dios me ha enviado al Lago de las Llamas!».

Los hombres muertos avanzaban. Raseed retrocedió unos pasos

más y notó cómo el calor empezaba a cocerle la piel de la espalda. Procedente de ninguna parte y, a la vez, de todas partes, oyó un llanto débil que sonaba como si el universo se estuviera partiendo en dos.

Entonces, más tenue que aquel llanto, distinguió otra voz. Frágiles y lejanas, oyó las palabras que el doctor Adoulla Makhslood le había dicho momentos antes:

—Raseed bas Raseed. Un buen hombre… Un buen compañero.

El derviche se aferró a ellas como si se tratase del protector abrazo de Dios. En ellas halló fuerza.

«No. Este fuego no es de verdad. Estos hombres están muertos. He servido a Dios Todopoderoso lo mejor que he sabido. En ocasiones he fracasado, pero "la perfección es el palacio donde solo Dios habita"».

Alrededor de Raseed, el espeso y caótico vórtice se agitó y pareció atenuarse. Los muertos desaparecieron. Por un segundo, vio ante él una figura enjuta vestida con un caftán mugriento.

«¡Orshado! ¡Todo esto es obra de él, no de Dios!».

Permaneció allí tan solo un instante, y después los hombres muertos se aparecieron de nuevo ante él, obligándolo a retroceder hacia el Lago de las Llamas. Raseed notaba cómo se le quemaba la piel pero consiguió sofocar sus gritos.

Se obligó a concentrarse en sus pensamientos como nunca lo había hecho. Visualizó al doctor, a Litaz y a Dawoud. Visualizó a Zamia Banu Laith Badawi, que se había atrevido a hablarle de matrimonio. Pensó en los defectos de los que adolecía cada uno de ellos y en el bien que habían hecho. Y se oyó a sí mismo entonar un cántico:

—«La perfección es el palacio donde solo Dios habita. La perfección es el palacio donde solo Dios habita. La perfección es el palacio donde solo Dios habita».

De nuevo la abrasadora luz roja se agitó y se atenuó. De nuevo vio a Orshado frente a él.

Raseed se lanzó hacia delante, sin dejar de cantar, con la mente llena de recuerdos de sus amigos. La luz roja se dispersó. Los muertos no regresaron. Descargó su espada contra Orshado y sintió como si estuviera atravesando un muro de ladrillos.

Oyó el grito gutural de un hombre sin lengua. A continuación se

encontraba de regreso en la sala del trono, sobre el estrado que se elevaba. El heredero se desangraba en el trono y Orshado se hallaba de pie frente a Raseed, apretándose las sienes para contener el dolor. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido durante su enfrentamiento con los espectros de los hombres muertos.

La agonía que le habían provocado seguía atormentándolo. El dolor lo hacía estremecerse y sentía la espalda abrasada. Pero se obligó a seguir adelante, a asestarle otro espadazo a su enemigo.

Hombre-chacal, gules de arena, gules de piel. Una y otra vez a lo largo de los últimos días, Raseed se había mostrado demasiado débil para alzar su espada y derrotar a las criaturas del Ángel Traidor. Pero ahora se sentía embargado por el poder de Dios. Se había convertido en el Arma de los Bien Adorados.

Aquel era el momento para el que llevaba toda la vida preparándose.

La fuerza que Raseed le imprimió a su estocada hizo que Orshado y él se apartasen del trono y cayesen por el borde del estrado, que se encontraba ya a escasa distancia del techo. Volaron hacia el suelo mientras la espada del derviche atravesaba el cuello del gul de gules.

El hombre del sucio caftán no emitió sonido alguno, ni siquiera al morir.

Raseed sintió que se le partían todos los huesos cuando impactaron contra el suelo de piedra. Gritó de dolor, pero en su cabeza tan solo oía los Capítulos Celestiales: «Dios es la misericordia que da muerte a la crueldad».

Vio que el cadáver de Orshado se estremecía antes de quedarse inmóvil.

Intentó ponerse de pie, pero sentía que el dolor luchaba por arrastrarlo a la oscuridad. Observó cómo el estrado —con el doctor, el heredero y el Príncipe Halcón todavía encima— se elevaba sobre una columna de mármol tallada a imagen de la piel escamosa de una cobra. Uno de los bloques de piedra que conformaban el techo se deslizó hacia un lado. El trono salió por la abertura resultante, hasta que la parte inferior del estrado se encajó a la perfección en ella. Tras un último ruido estruendoso provocado por el roce de las losas, el ingenio dejó de moverse.

Durante otro momento de incertidumbre, Raseed no apartó los

ojos del techo que se había tragado al doctor. Observó satisfecho que uno tras otro los gules de piel iban cayendo desplomados.

Por último, el dolor empaló su cuerpo de nuevo y la oscuridad se lo llevó.

Adoulla Makhslood se sentía como si una descomunal roca gris hubiera caído de súbito sobre su alma, reduciendo a añicos cualquier atisbo de felicidad que aquella pudiera albergar. Percibía lo que ocurría a su alrededor: un león que corría de aquí para allá, lenguas de fuego que hendían el aire, los pasos blandos de un hombre cubierto con un caftán sucio y a sí mismo farfullándole algo a alguien vestido de azul, pero no acertaba a comprenderlo. Sentía que se le escapaba la vida, que poco a poco se soltaba del abrazo protector de Dios. En todos los años que llevaba habitando la magna tierra de Dios, jamás había sentido tal desesperación.

En ese momento oyó el aullido de un chacal que de alguna manera también sonaba como el baladro de un hombre. Y al instante siguiente notó que la mano clemente de Dios Todopoderoso apartaba a un lado la roca que le aplastaba el alma.

Pestañeó con fuerza para limpiarse unas lágrimas de agradecida dicha. Oyó el estruendo de una losa en movimiento seguido por el clic que algo emitió al acoplarse en un hueco. Se frotó los ojos y se sentó. En su pecho palpitaba un dolor abrasador y tenía el caftán hecho jirones, pero cuando se palpó el cuerpo en busca de heridas no encontró ninguna.

Y entonces lo recordó todo. Las cosas que sus ojos vieron mientras su alma se encontraba detrás de una pantalla de sombras. Mouw Awa atacándolo. Zamia atacando a Mouw Awa. Orshado acuchillando al heredero. El trono ascendiendo hacia el techo.

Se levantó a duras penas e intentó poner su cabeza en orden. «Estoy vivo. Lo que debe de significar que Mouw Awa ha sido aniquilado. Pero ¿y su amo?». No vio rastro de Orshado.

Se encontraba en una diminuta habitación de piedra sin puertas ni ventanas. El estrado del trono había subido de algún modo hasta esa cámara, que llenaba casi por completo. El cuerpo inmóvil del heredero yacía sobre el Trono de la Luna Creciente, salpicado de la sangre del niño. Pharaad Az Hammaz estaba inclinado sobre el heredero muerto.

De su boca se descolgaban unos hilos de sangre.

Adoulla cayó de rodillas; el júbilo que lo embargaba por haber sorteado una muerte oscura lo abandonó al instante. Profirió un grito mudo al contemplar aquel acto abominable.

El Príncipe lo miró; su rostro reflejaba una culpa tan visible como la sangre que lo cubría.

—El chico me pidió que lo hiciera, mi señor. Sabía que se estaba muriendo. —Su voz brotaba quebrada, desprovista de su habitual bravuconería—. No es verdad que los poderes del Trono de la Cobra se transfieran por medio del contacto de las manos, según parece. Su magia nutritiva y sanadora era una leyenda. Pero el conjuro de la sangre bebida. Los poderes de la guerra. Esos sí son verdad. Puedo sentir esa realidad fluyendo a través de mí.

Adoulla quería vomitar. Sintió deseos de estrangular al Príncipe en aquel momento. Pero tuvo que emplear todas sus fuerzas solo para ponerse de pie. Mientras se levantaba dejó brotar su rabia:

—¡Era un crío, maldito hijo de puta maquinador! ¡No tenía ni diez años!

Y así, el lunático se desprendió de su máscara de hombre engreído.

—¿Creéis que no lo sé, mi señor? ¿Creéis de verdad que esto no me parte el corazón?

—Ojalá el corazón te lo hubieran partido los gules y este niño no hubiese tenido que morir. Tienes que ser muy miserable para hacer algo así, Pharaad Az Hammaz, y Dios te maldecirá por ello.

El bandido se enjugó la sangre del rostro con la tela de la manga.

—Quizá. Yo no maté al niño, mi señor, pero ahora está muerto. Y también su padre. Se iniciará una lucha por este condenado trozo de mármol y necesitaré todo el poder que pueda reunir para que no vuelva a adueñarse de él ningún asesino que viva de chuparle la sangre a nuestra ciudad. ¿Qué otra cosa podía hacer? —La sonrisa altiva regresó a su cara.

El pragmatismo del Príncipe encolerizó a Adoulla. Sin apenas darse cuenta de lo que estaba haciendo, el viejo embistió al bandido y le asestó el gancho de derechas que tan bien se le daba cuando era el muchacho más corpulento de la vía del Asno Finado. El Príncipe se había quedado embelesado con su poder recién

adquirido, de lo contrario Adoulla ni siquiera lo hubiera rozado, pero consiguió golpearlo con tal violencia que se oyó crujir algo.

Un brillo de odio afloró al instante a los ojos del cabecilla de los ladrones, cuya mano voló a la empuñadura de su espada. Adoulla se había condenado a sí mismo.

Pero entonces una sonrisa triste se extendió despacio por el rostro del Príncipe.

—Supongo que me lo merezco, mi señor. Eso y más. —Pharaad Az Hammaz hizo una mueca de dolor al rozarse la comisura de los labios, de la que brotaron unas gotas de sangre.

Adoulla bajó la vista al suelo, asqueado del Príncipe Halcón, asqueado de sí mismo, asqueado de todo cuanto existía en la magna tierra de Dios.

—Miradme, mi señor, por favor —le rogó el Príncipe. Ahora su voz sonaba distinta, como la de un niño asustado.

Adoulla levantó la vista y cruzó la mirada con él.

—Incluso… Incluso sin la magia benévola que confiaba en dominar —prosiguió el ladrón—, todavía queda una oportunidad de empezar algo nuevo. Por eso, antes de morir, el niño me pidió que lo hiciera. El califa decía que fue Dios quien puso a su linaje en el trono. Ahora sé que no mentíais cuando dijisteis que ese tal Orshado fue enviado por el Ángel Traidor con el fin de ocupar el trono. En cuanto a mí, yo solo soy un hombre, mi señor. Un hombre que intenta hacer lo correcto.

»Cuando vi a Orshado apuñalar al chico, supe cuál era mi deber. Y gracias a un truco de la antigua cantería pude hacer lo que había que hacer en privado. Ahora la pregunta es qué ocurrirá cuando vuelva a bajar el trono a su sitio e intente poner todo este caos en orden. Todavía quedan ministros que me apoyan, y mis diplomáticos y empleados de la ley me ayudarán a obtener el reconocimiento de los demás reinos. Aún queda una última oportunidad de evitar que la sangre inunde de nuevo las calles. Con el tiempo, incluso es posible que mis estudiosos encuentren algún modo de emplear los poderes del Trono de la Cobra en beneficio del pueblo. Pero si se llega a saber… —Señaló al heredero muerto y titubeó.

Tragó saliva antes de proseguir:

—Si se llega a saber que este incidente tuvo lugar, también esa

última oportunidad se irá por el desagüe. Estallará otra guerra civil, de eso podemos estar seguros. Vos y yo no estamos juntos en esto por simple casualidad, mi señor. Vos diréis que es la voluntad de Dios. Yo solo diré que «los grandes marineros navegan los mismos mares». Pero en cualquier caso, necesito vuestra ayuda. Que mantengáis en secreto lo que habéis visto.

«¿Sabes lo que les ocurre a las putas en tiempo de guerra?». La pregunta que Miri le había formulado dos días atrás resonó en su cabeza. Miró el cadáver lacio del heredero sobre el Trono de la Luna Creciente. Si guardaba aquel secreto cruel y miserable, habría una oportunidad, una sola, de que todo aquello finalizase sin mayor violencia, sin que muriesen diez mil personas más en las calles. Adoulla vio cómo una pequeña mancha de sangre, no sabía si del heredero o del Príncipe, se deslizaba mágicamente hasta desprenderse de su caftán. Volvió a recordar el sueño que le había enviado Dios: un caftán mugriento y un río de sangre. ¿Era Orshado de quien Dios le había estado previniendo? ¿O se trataba de él mismo?

«Qué absoluto desastre». Guardaría el secreto del Príncipe. Estaba mal, le repugnaba, y no le cabía ninguna duda de que habría de pagar por ello cuando Dios lo llamase a Su lado. Pero al mismo tiempo no quedaba otra alternativa. Y tal vez serviría, allí mismo y en aquel preciso instante, para salvar la ciudad, a sus amigos y a la mujer a la que amaba. Elevó la vista hacia Dios Benevolente, De Quien Manan todas las Suertes, y suplicó perdón en silencio.

Miró al Príncipe y endureció la voz todo lo que pudo:

—Si demostráis ser un embustero, Pharaad Az Hammaz, si no hacéis cuanto esté en vuestra mano por mantener a salvo esta ciudad y proveer de alimento a sus habitantes, habrá un precio que pagar. Un precio demasiado alto. No creáis que podréis escudaros en los palacios ni en la magia mortal. Si traicionáis a esta ciudad, juro en el nombre de Dios Todopoderoso que seré yo quien se beba vuestra sangre.

El Príncipe, sin decir nada, hizo una reverencia solemne.

20

Bajo el sol de la mañana naciente, Zamia contemplaba en compañía de sus amigos las ruinas derrumbadas y calcinadas a las que había quedado reducida la tienda de Dawoud, hijo de Wajeed, y Litaz, hija de Likami. El hedor a madera quemada y piedra carbonizada lastimaba su olfato hipersensible, lo que la obligaba a observar la escena un paso por detrás de los demás.

Litaz por fin había dejado de gritar. Su voz brotaba inflamada por una rabia fría pero no menos poderosa.

—Los Humildes Alumnos. Que Dios los condene a todos al Lago de las Llamas. Mientras nosotros salvábamos esta condenada ciudad del Ángel Traidor, ellos estaban… Ellos hicieron esto.

Raseed, con el brazo vendado y el rostro magullado a consecuencia de la contienda, miraba con pesadumbre los restos del edificio.

—Esto… Esto que han hecho no obedece a la voluntad de Dios, mi señora. Lo siento.

—Es la voluntad de unos hombres malvados —dijo el doctor con voz débil, rodeando con un brazo los hombros de Litaz y con el otro los de su marido. Zamia había observado que incluso antes de que se topasen con aquel desastre, el doctor ya parecía más abatido de lo normal.

Una vez que los curanderos de Pharaad Az Hammaz terminaron de tratar las heridas del grupo, este abandonó, escoltado y en silencio, el caos en el que se había sumido el Palacio de la Luna

Creciente. Cuando salieron por la puerta, el Príncipe Halcón les dio las gracias y los bendijo con voz apagada. Ni siquiera Raseed dijo nada cuando se marcharon, aunque no dejó de escrutar con ojos como puñales al cabecilla de los ladrones.

Y ahora esto.

—Lo único que puedo decir —susurró el doctor— es lo que me dijisteis hace unos días: después de algunas semanas de trabajo, vuestro hogar estará reconstruido. Os…

Dawoud levantó una de sus alargadas manos para pedirle silencio al doctor. Durante un buen rato permanecieron todos allí, mirando.

Al cabo de unas horas, los cinco se encontraban en el salón de té de Mohsabi, tomando néctar y té de cardamomo mientras daban mordiscos desganados a las pastas. A cambio de una propina, el dueño del establecimiento, un hombrecillo pulcro y acicalado con una perilla, invitó al resto de la clientela a que desalojase el local para que el grupo debatiera con tranquilidad lo acontecido durante la batalla en palacio.

—Entonces, ¿sigue siendo el Príncipe Halcón? —preguntó Dawoud—, ¿o ahora es el Garante de la Virtud, el califa Pharaad Az Hammaz? En fin, al margen de cómo decida hacerse llamar, ese lunático no lo va a tener nada fácil. Apostaría un dinar contra un dírham a que la guerra volverá a asolar estas calles antes de que todo esto acabe. Y por muy grande que sea Dhamsawaat, solo es una ciudad. Los gobernadores de las demás ciudades de Abassen, el Tribajato de Soo, el sumo sultán de Rughal-ba… ¿cómo reaccionarán? Los Reinos de la Luna Creciente siempre se han mantenido unidos por unos hilos demasiado frágiles. Después de lo de anoche… —El viejo magus meneó la cabeza; ahora parecía mayor que antes del combate—. Por cierto, ¿y los guardias? El conjuro de Orshado debió de atrapar las almas de medio millar de hombres —le recordó Dawoud al doctor—. ¿Sobrevivirán ahora que el gul de gules está muerto?

El doctor se encogió de hombros.

—Según los libros antiguos, cada caso es distinto. Unos mueren y otros sobreviven, aunque nunca vuelven a ser los mismos; de hecho, algunos terminan perdiendo la razón. Una minoría, los más fuertes, los más cercanos a Dios, se recuperará por completo

después de algunos días de convalecencia, sin más secuelas que una laguna de unas pocas horas en su memoria. Pero tenemos asuntos más importantes que discutir. Mientras veníamos hacia aquí, Litaz y tú farfullabais con bastante rabia acerca de algo. Y ahora, en las dos ocasiones que os he hablado sobre la reconstrucción de la tienda, me habéis hecho callar. ¿Estáis pensando en lo que creo que estáis pensando?

El magus se estiró y miró a su esposa, que sonrió con tristeza antes de asentir.

—Nos conoces demasiado bien, hermano mío —dijo Dawoud, al cabo—. Es hora de que nos marchemos de Dhamsawaat. Litaz lleva años diciendo que le gustaría volver a ver la República, y ahora yo comparto su postura en gran medida. Siempre hemos querido volver de visita, pero siempre surgía algún contratiempo. Y… esta última batalla, Adoulla, me ha costado cara. Semanas, meses de vida. Pronto seré demasiado viejo para hacer un viaje así.

Litaz apoyó su manita sobre el hombro de su marido.

—Este asunto de los Humildes Alumnos, los disturbios de la ciudad… Quizá todo sea una señal de Dios. Quizá sea hora de que regresemos a casa.

—Eh… Os… Os echaremos de menos, amigos míos —dijo el doctor con ojos vidriosos—. En el nombre de Dios, os echaremos muchísimo de menos.

Las lágrimas afloraron también a los ojos de Litaz.

—Podrías venir con nosotros, por supuesto, Adoulla. Aunque sospecho que tienes algunos asuntos que atender, ahora que nuestro papel en esta espantosa locura ha terminado. ¿Es posible que pronto nos anuncies un feliz acontecimiento para que asistamos a él antes de que nos marchemos?

Zamia no imaginaba a qué se refería la alquimista, pero de pronto el doctor pareció avergonzarse.

Litaz prosiguió, ahora con un semblante algo menos triste:

—De todas maneras, de camino aquí, debo confesar que intentamos robarte a tu ayudante cuando le preguntamos si le gustaría acompañarnos. El muchacho necesita ver más mundo —dijo sonriendo a Raseed, que bajó la mirada—. Tuvo la amabilidad de declinar la oferta, claro está.

La alquimista miró a Zamia.

—¿Y tú, Zamia Banu Laith Badawi? Podrías viajar con nosotros si lo deseases. El camino amplio no es el desierto, aunque quizá te resultase menos agobiante que esta ciudad. Dawoud y yo formamos una banda de dos, pero aun así sería un honor para nosotros contar contigo como protectora.

Zamia no sabía qué pensar ni, mucho menos, qué decir. Unirse a una nueva banda con la que caminar —con la que, de hecho, ya caminaba— se le antojaba una idea extraña, teniendo en cuenta lo ajenos que eran a las costumbres de los badawi.

Y además estaba Raseed bas Raseed. Deseaba poder abandonar con él aquella ciudad espantosa. Con él, pensaba, tal vez algún día lograse olvidar que era la Protectora de la Banda y encontrase un lugar donde esas cosas carecieran de importancia. Un lugar donde no acechasen los enemigos. Seguro que había un lugar así en algún rincón de la magna tierra de Dios. Le avergonzaba que aquella idea le resultara tan tentadora.

No obstante, sabía que aquello no eran más que deseos. No podía permitirse olvidar jamás que ella era la Protectora de la Banda. Ni que el mundo estaba infestado de enemigos de la humanidad. Los Ángeles Hospitalarios no le habían concedido los poderes del león para que se zafase de sus obligaciones. Además, amaba al derviche —«Sí, lo amas», dijo para sí— por la devoción con que se entregaba a su deber.

—Tengo… Tengo que pensarlo, mi señora. —Fue cuanto acertó a decir.

Miró a Raseed. A pesar del mal aspecto de sus heridas, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo alfombrado de telaberinto y la espada bífida apoyada sobre sus esbeltos muslos. Zamia estuvo a punto de dar un brinco cuando el derviche se levantó haciendo una mueca de dolor y le habló.

—Zamia… —dijo antes de quedarse sin palabras, como si alguien lo hubiera apuñalado. A la muchacha le halagó que la expresión de Raseed no se debiera tan solo a sus heridas. Prosiguió —: Me… Me gustaría hablar contigo a solas, si no te importa. —Señaló un compartimento vacío situado en un lateral, apartado de los mayores.

«No te olvides de tu deber», dijo Zamia para sí. Se agarró la mano izquierda con la derecha, apretándosela hasta hundir las uñas

en la piel, y lo siguió.

Raseed bas Raseed hizo todo lo posible por no olvidar su deber. Llevó a Zamia a un rincón privado del salón de té de Mohsabi, un reducido compartimento donde el doctor y sus amigos no podrían oírlos. No había más clientes en el local, debido no solo a la colaboración del propietario, sino también al hecho de que los rumores sobre lo acontecido en palacio —fantásticos y descabellados— ya inundaban las calles. La gente corría a las tiendas para comprar comida y bastones de pelea antes de encerrarse en sus casas y prepararse como buenamente pudieran para lo desconocido.

Raseed se volvió hacia Zamia. La miró hasta que se le acabó el valor y deslizó los ojos hasta el suelo, aunque enseguida los levantó de nuevo para volver a encontrarse con la luminosa mirada de la mujer de la tribu. Le dolía el cuerpo y nunca había sentido el alma tan descentrada. Pese a todo, debía hablar.

—Ayer luchaste con bravura, Zamia Banu Laith Badawi —le dijo, sintiéndose estúpido apenas las palabras abandonaron sus labios.

—Como tú, Raseed bas Raseed.

—Zamia… Quiero… Quiero que sepas que de todas las mujeres que pisan la magna tierra de Dios, tú eres la única con la que querría casarme. —Notaba que las mejillas le ardían de pura vergüenza y no se creía que se hubiera obligado a decir aquello.

Los ojos verdes de Zamia —los más hermosos que Raseed había visto nunca— se ensancharon. Aun así no respondió.

—Pero… —continuó, deseando caer muerto allí mismo—. Pero la orden prohíbe que los shaykhs se casen. Si pidiera tu mano, estaría renunciando a toda posibilidad de seguir avanzando a los ojos de Dios. Mantendría para siempre mi condición de derviche y nunca podría enseñar en la Logia de Dios. Hasta que te conocí, estaba seguro de que ascender de derviche a shaykh, y así convertirme en un instrumento más útil de Dios, era el mejor destino por el que podía rezar.

Zamia tenía los ojos empañados, pero no derramó ninguna lágrima. Tragó saliva y Raseed hubo de hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para abstenerse de tocarla.

—¿Y ahora? —preguntó ella, al cabo.

—Ahora… Ahora no sé. Puede que regrese a la Logia de Dios. Me marcharé de esta ciudad despiadada, eso sí lo tengo claro. Después… —Se interrumpió al comprobar que no sabía qué más decir.

—¿Raseed?

—¿Sí?

—¿Qué ocurrió allí? ¿En la sala del trono?

Raseed quiso responderle, pero las palabras se negaban a formarse. Por un instante, su cuerpo debilitado estuvo a punto de traicionarlo y romper a llorar.

Por fin se oyó a sí mismo decir:

—Una visión provocada por la magia de un hombre cruel. No hablaré de ello, Zamia, pero me… me ha hecho pensar en… en muchas cosas. Que Dios Todopoderoso me perdone, pero después de estos últimos días ya no sé qué lugar ocupo en Sus planes. Aunque creo que debo tomarme un tiempo para averiguarlo. En soledad.

Zamia se pasó una mano por los ojos y asintió.

—Entonces eso es lo que debes hacer —dijo. Por último, le sonrió con tristeza, lo besó en la mejilla y dio media vuelta.

Raseed notó que su rostro ardía como el Lago de las Llamas. Si sus shaykhs hubieran visto aquel beso, se habrían escandalizado, pero no podía culpar a Zamia Banu Laith Badawi. Lo único que podía hacer era contener las lágrimas que inundaban sus ojos y seguirla para regresar con los demás.

Adoulla tomó un sorbo de su té y miró a sus más viejos amigos. Al escrutar a Dawoud casi se le parte el corazón. Estaba acostumbrado a verlo somnoliento y ojeroso después de una lucha, pero ahora presentaba un aspecto distinto. Había transcurrido un día y sus hombros seguían hundidos. Las arrugas circundaban sus ojos y sufría unas contracciones al caminar que el día anterior no lo afectaban.

«Se marchan de verdad», pensó Adoulla sintiendo un dolor casi físico. Todo había cambiado, y no siempre para mejor. Miró alrededor del salón de té de Mohsabi, decorado con elegancia. En el local —más lujoso que el de Yehyeh— se respiraba una atmósfera agradable; Mohsabi era un anfitrión generoso, aunque el té se

antojaba un tanto insípido y…

«Oh, Yehyeh, amigo mío. Merecías un final más sosegado que el que Dios te concedió. Aun así, que tu alma halle cobijo en Su abrazo».

Adoulla recitó en silencio unos versos del último pasaje de *Hojas de palma*, de Ismi Shihab:

¡Esto es la vejez! He visto a muchos amigos marchar.
Oro a su partida, demasiado cansado para llorar.

Raseed y Zamia, ambos un tanto afligidos, salieron de un compartimento lateral y regresaron a la mesa, zanjado ya el asunto privado del que tuvieran que hablar. Adoulla miró a los dos jóvenes guerreros y suspiró. Lo asustaban y le hacían preguntarse por el futuro, aquellos dos niños entusiastas que tanto ansiaban matar, que consideraban que asesinar a otros era su llamada y un camino para convertirse en personas honorables. «Ojalá viviéramos en un mundo donde no hicieran falta las espadas ni las garras de plata», pensó. Sin embargo ese no era el mundo en el que vivía. Sin pretenderlo, gimió de dolor al pensar en cómo era el mundo en realidad.

Sabía que Dawoud llevaba razón acerca del caos que muy probablemente terminaría por desatarse. Pero al margen de lo que se avecinaba, al margen del edificio en el que Adoulla viviese y de dónde tomase el té, Dhamsawaat era su hogar. A fin de cuentas, eso no podía cambiarlo nadie. Y, por otro lado, no contemplaba la posibilidad de que Pharaad Az Hammaz fuese peor califa que el último. Incluso prefería confiar en que el bandido, el usurpador bebedor de sangre, llegaría a hacerlo mejor.

Al gemir, sus compañeros, no solo sus viejos amigos, sino también los dos jóvenes, lo miraron. En los ojos de cada uno de ellos (alicaídos, de un verde brillante, pitañosos y razonables) percibió que se preocupaban por él. Aún más, percibió amor. Subyacía bajo un velo de brusquedad y honor grave, pero era amor en cualquier caso. Todos lo miraron para ofrecerle tácitamente su apoyo. Cuatro buenas personas que deseaban ahorrarle su dolor.

«Tal vez este mundo no se halle en tan malas manos, después de todo».

Sus amigos y él nunca se habían enfrentado a un enemigo tan

poderoso, y aun así lo derrotaron. Y todo y nada había cambiado. El cielo no se había abierto para dar paso a un coro de Ángeles Hospitalarios que cantase la muerte de todos los creadores de gules. No habían sido recibidos con una lluvia de flores por un pueblo a salvo para siempre jamás. Mañana, o al día siguiente, o dentro de un mes, aparecería un pescadero o un ama de casa que, aterrorizados, acudirían a Adoulla en busca de auxilio. Dios no lo había agraciado permitiéndole jubilarse y retirarse a un palacio donde pasarse el día con sus amigos y comiendo en abundancia. El lunático Príncipe Halcón, armado con los poderes corruptos del Trono de la Cobra, gobernaba Dhamsawaat de un modo insospechado. Y las personas a las que más quería Adoulla planeaban abandonar la ciudad o estaban muertas.

Aunque no Miri.

No Miri, lo más importante de todo. Le había hecho un juramento sagrado. En más de una ocasión Adoulla había lamentado comprometerse de esa manera, aunque jamás había faltado a su palabra.

Su deber para con Dios nunca le había parecido tan dulce.

Y así, a pesar de todos los horrores que había visto, y a pesar de todos los que le quedaban por presenciar, sintió que una sonrisa leve se deslizaba entre sus labios. Había otras maneras de ayudar a las personas aparte de la caza de gules, se dijo. Los hombres ya se las apañaban sin él en el pasado. Volverían a hacerlo ahora. Él ya había pagado con creces la «entrada del festival de este mundo».

Ahora le tocaba bailar a él.

Aquella tarde se presentó de nuevo ante la puerta del ordenado escaparate de Miri Almoussa. La puerta reforzada con bandas de bronce estaba cerrada, algo inusual. Lo más probable era que alguno de sus Cien Oídos le hubiese traído noticias sobre la batalla en palacio. De ser así, la pragmática Miri se estaría preparando como buenamente pudiera para el caos inminente.

Llamó a la puerta y, cuando esta se abrió, no fue Cara de Hacha quien lo recibió, sino la propia Miri. Adoulla notó de pronto un nudo en la garganta que le impedía articular palabra.

Miri no dijo nada; se limitó a mirarlo con unos ojos en los que relucía una pregunta tácita.

Adoulla tragó saliva, se aferró a su caftán y asintió. Cuando Miri

dio un paso hacia él, se permitió una ligera sonrisa.

Por último, el doctor Adoulla Makhslood se postró de rodillas, apoyó la frente en el suelo y lloró delante de la mujer con la que iba a casarse.

Agradecimientos

Son muchas las personas que me han ayudado a transformar *El Trono de la Luna Creciente* de la fase larvaria de «bonita idea» en el libro que sostienes ahora en las manos. Me gustaría dar las gracias en particular a:

Todos los lectores que me han ayudado a pulir mi estilo estos años: mis compañeros del taller Taos Toolbox 2007 (sobre todo a Christopher Cevasco, Scott Andrews y Dorothy A. Windsor), los asistentes al taller Rio Hondo 2009, y los miembros, tanto antiguos como actuales, de los grupos de escritura Tabula Rasa y Altered Fluid (en especial a E. C. Myers, Rajan Khanna, Richard Bowes y Justin Howe).

Walter Jon Williams, el mejor profesor en el ámbito de la literatura de género.

Kevin J. Anderson, por el valioso regalo de su tiempo.

Los miembros del *listserv* SFNovelists, por su generosa labor como mentor.

Jennifer Jackson, superagente sin par.

Betsy Wollheim, la mejor correctora y editora que podría desear cualquier escritor.

Este libro no existiría sin vosotros, amigos. ¡Gracias!



SALADIN AHMED (Octubre, 1975). Nació en Detroit y se crio en un barrio árabe-americano del estado de Michigan. Estudió en la universidad de Michigan, en Brooklyn College y en Rutgers. Desde hace más de diez años imparte clases de escritura creativa en diversas universidades estadounidenses. Actualmente vive cerca de Detroit con su mujer y sus hijos.

Los relatos de Ahmed han sido nominados a los premios Nebula y Campbell, publicados en varias revistas y antologías, y traducidos a cinco idiomas.

El Trono de la Luna Creciente es su primera novela y desde su publicación en inglés acumula el reconocimiento de la crítica así como los galardones más importantes del género fantástico: ganó el Premio Locus 2012 a la mejor primera novela y fue finalista de los premios Nebula y Hugo a la mejor novela del año. Asimismo le ha valido al autor una nominación a los British Fantasy Awards en la categoría de mejor debut.